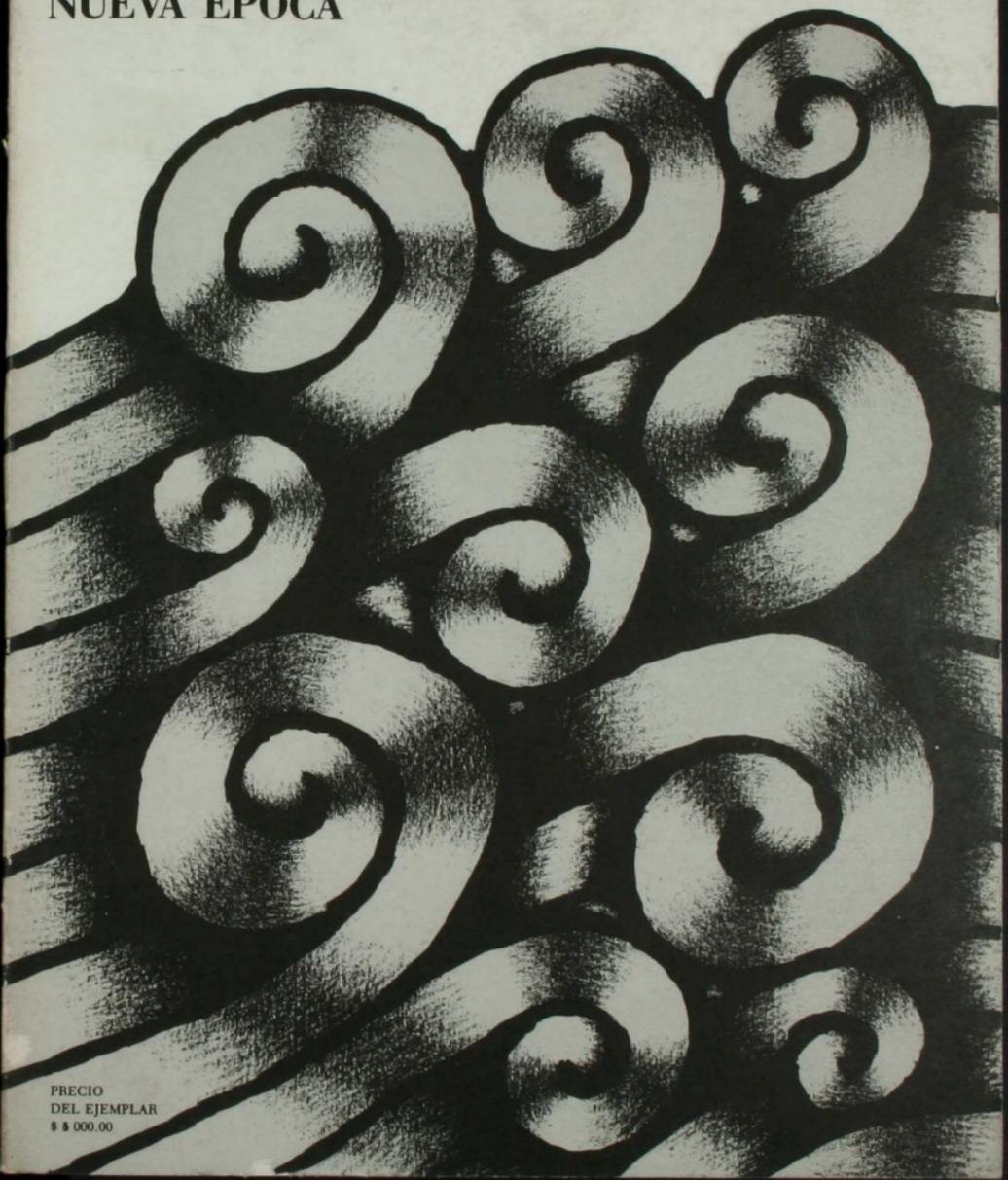

CUADERNOS AMERICANOS

13

NUEVA ÉPOCA



PRECIO
DEL EJEMPLAR
\$ 8 000.00

CUADERNOS AMERICANOS
NUEVA EPOCA

FUNDADOR: JESUS SILVA HERZOG

DIRECTOR: LEOPOLDO ZEA

REDACCION: LILIANA WEINBERG

COMITE TECNICO: Arturo Azuela, Fernando Benítez, Héctor Fix Zamudio, Pablo González Casanova, Marcos Kaplan, Miguel León-Portilla, Jesús Silva-Herzog Flores, Diego Valadés, Ramón Xirau, Leopoldo Zea.

CONSEJO INTERNACIONAL: Antonio Cándido, Brasil; Rodrigo Carazo, Costa Rica; Federico Ehlers, Pacto Andino; Roberto Fernández Retamar, Cuba; Enrique Fierro, Uruguay; Laura Furci, Video-concepto; Domingo Miliani, Venezuela; Francisco Miró Quesada, Perú; Otto Morales Benítez, Colombia; Germánico Salgado, Ecuador; Samuel Silva-Gotay, Puerto Rico; Gregorio Weinberg, Argentina.

Giuseppe Bellini, Italia; Grazyna Grudzinska, Polonia; Tzvi Medin, Israel; Hiroshi Matsushita, Japón; Sergo Mikoyan, Unión Soviética; Charles Minguet, Francia; Magnus Mörner, Suecia; Richard Morse, Estados Unidos; Amy Oliver, SILAT; Guadalupe Ruiz-Giménez, España; Hanns-Albert Steger, Alemania.

CONSEJO EDITORIAL: Sergio Bagú, Horacio Cerutti, Ignacio Díaz Ruiz, Elsa Cecilia Frost, Francesca Gargallo, Miguel González Compeán, Jorge Alberto Manrique, Edgar Montiel, Valquiria Wey.

DIFUSION Y ADMINISTRACION: Gisela Olvera Mejía

CONSEJO DE APOYO: *Coordinador:* Juan Manuel de la Serna. Lorea San Martín, María Elena Dubernard, Margarita Vera y Ana María Méndez Maqueo.

Asuntos Administrativos: Julio César Méndez Hernández.

Edición al cuidado de Porfirio Loera y Chávez.

P. B. Torre I de Humanidades
Ciudad Universitaria
04510 México, D. F.

Apartado Postal 965
México 1, D. F.
Tels.: 548-96-62, 554-37-35 y
554-32-40

No nos hacemos responsables de los ejemplares de la revista *Cuadernos Americanos* extraviados en tránsito a su destino.

DESEO SUSCRIBIRME A CUADERNOS AMERICANOS

NOMBRE

DOMICILIO

LOCALIDAD

CODIGO POSTAL

PAIS

TELEFONO

CHEQUE

BANCO

GIRO

SUCURSAL

SUSCRIPCION

RENOVACION

CANTIDAD

PRECIO POR SUSCRIPCION DURANTE 1989
(6 números)

México \$ 28,000
Otros países
Via marítima o terrestre 85.00 DLLS.
Via aérea 95.00 DLLS.

CUADERNOS
AMERICANOS

COLECCION CUADERNOS AMERICANOS
NUEVA EPOCA

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

*CUADERNOS
AMERICANOS*

NUEVA EPOCA

AÑO III

VOL. 1

13

ENERO-FEBRERO 1989



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

MEXICO 1989

CUADERNOS AMERICANOS

NUEVA EPOCA

Número 13

Enero-Febrero

Vol. 1

INDICE

	<i>Pág.</i>
JOSÉ GUILHERME MERQUIOR. El otro Occidente (Un poco de filosofía de la historia desde Latinoamérica)	9
MARCOS WINOCUR. Cuba 1959. La Revolución y la Burguesía	24
JORGE LÓPEZ PÁEZ. Vino del Sur. Relato a varias voces	46

HOMENAJE A DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO

LEOPOLDO ZEA. El proyecto de Sarmiento y su vigencia	85
FÉLIX WEINBERG. La antítesis sarmientina "Civilización-Barbarie" y su percepción coetánea en el Río de la Plata	97
FERNANDO AINSA. Argirópolis. Raíces históricas de una utopía	119
MARÍA ELENA RODRÍGUEZ OZÁN. Conflictos y armonías de Sarmiento	135
OSCAR R. MARTÍ. Sarmiento y el positivismo	142
ANA CAROLINA IBARRA. La contribución de Sarmiento al liberalismo argentino	155

POR LOS CAMINOS DE NUESTRA AMERICA

MANUEL MALAVER. IX. Venezuela: Final de viaje y principio de una nueva aventura	169
X. El viaje maravilloso llega a su fin	177

RESEÑAS

<i>Las ideas sociales de Sarmiento</i> , por Horacio Cerutti Guldberg	189
<i>Honduras: guerra y anti-nacionalidad</i> , por Adalberto Santana	192

LIBROS Y REVISTAS RECIBIDOS	195
---------------------------------------	-----

INDICE DEL AÑO 1988	197
-------------------------------	-----

NUEVA EPOCA

1989

AÑO III, NUMERO 13, Enero-Febrero/1989

Se prohíbe reproducir artículos de esta Revista
sin indicar su procedencia.

No nos hacemos responsables de trabajos no solicitados,
ni se devuelven originales.

Autorización de la Dirección General de Correos:

Registro DGC Núm. 017 0883. Características 2 2 9 1 5 1 2 1 2

Autorización de la Dirección Gral. del Derecho de Autor No. 1686

Certificado de licitud de contenido No. 1194

Certificado de licitud de título No. 1941.

ISSN 0185-156X

EL OTRO OCCIDENTE

(UN POCO DE FILOSOFIA DE LA HISTORIA
DESDE LATINOAMERICA)

Por José Guilberme MERQUIOR
ENSAYISTA BRASILEÑO

ES POSIBLE que uno de los rasgos de nuestra filosofía finisecular resulte ser el renacimiento de la filosofía de la historia —un género hasta hace poco fundamentalmente relegado en las áreas dominantes de la producción filosófica occidental. Desde luego, nosotros, iberoamericanos, guardamos en general cierta distancia con respecto al ocaso y descrédito de la filosofía de la historia en sentido sustantivo, Croce u Ortega todavía nos parecen menos lejanos, con sus historicismos, que no suenan un Spengler o un Collingwood al oído filosófico germánico o anglosajón actual. Pero lo cierto es que la teoría de la historia como *proceso* histórico, y no como análisis de las condiciones de posibilidad del conocimiento histórico —esto es, la teoría de la historia, por oposición a la metodología de la historiografía— apenas empieza a recuperar su legitimidad en el pensamiento contemporáneo.

Sin embargo, se multiplican las manifestaciones de inconformidad con el exorcismo "analítico" de la filosofía de la historia, bajo el pretexto de que conviene mantener en su exilio al espectro de Hegel. El marco neoevolucionista de la teoría habermasiana de la acción comunicativa es quizás el ejemplo más elocuente del cambio de actitud hacia el programa histórico-filosófico. Los escrúpulos metodológicos siguen siendo indispensables, pero la dieta epistemológica ha cesado de monopolizar la voluntad de reflexión acerca de lo histórico.

Hace un siglo Burkhardt describió el historicismo como una bestia bizarra, "un centauro en la orilla del bosque de los estudios históricos". Ahora bien, actualmente el centauro amenaza con trotar en pleno centro de los estudios filosóficos. Por supuesto que ya no se lo deja cabalgar como antes. La era del historicismo clásico, desinhibidamente idealista y especulativo, pertenece al pa-

sado. La visión "necesitaria" de la historia, ya sea metafísica o determinista, no ha logrado sobrevivir al examen crítico. Como acaba de escribir Ernest Gellner, decir que la historia contiene eslabones, y que los primeros son las precondiciones de los más tardíos, no es lo mismo que decir que los primeros predeterminan a los últimos. Pero los grandes historicismos no eran sólo superdeterminismos. Poseían también otra dimensión: la de *evaluación* del trayecto y capital históricos del género humano. Para decirlo una vez más con Gellner: la imposibilidad, o impracticabilidad, de la predicción histórica no excluye la posibilidad de la *comprensión* del pasado y de ciertas tendencias evolutivas.

En el umbral en que vivimos, hace mucha falta esa evaluación. Además, de todas maneras habrá que hacerla, pues en nuestras sociedades cambiantes varias opciones estratégicas tendrán como presupuesto uno u otro concepto de la historia, del pasado y del porvenir. En consecuencia, es mejor asumir lo inevitable de la conciencia histórica y tratar de construirla como teorización racional, en vez de expresarla como simple y ciega opinión. De un modo u otro haremos filosofía de la historia —¿por qué no hacerla como teoría y no como mera *doxa*?

Yo quisiera contribuir mínimamente al renacimiento de la filosofía de la historia desde una perspectiva latinoamericana. Más aún: me gustaría hacer ahora de mis reflexiones un breve diálogo con la última meditación de Leopoldo Zea, su *Discurso desde la marginación y la barbarie*. Se trata de un ensayo verdaderamente histórico-universal, *weltgeschichtliche* en el fuerte sentido hegeliano de la palabra: una fascinante invitación a pensar ciertos puntos nodales en la dialéctica histórica de Occidente y de América Latina. La mera existencia de ese libro —coronamiento de una larga y fecunda disquisición de filosofía latinoamericana de la historia— es testimonio de cuán cercano y sonoro se ha hecho últimamente el tropel del centauro histórico-filosófico.

El libro de Zea tiene una riqueza casi musical de motivos. Deténgome, para empezar, en uno que bien merece el nombre de dialéctica de la exclusión/inclusión cultural. Zea parte de la relación entre *logos* y barbarie en el mundo antiguo. Muéstranos cómo, bajo el imperio de Roma, el *logos* del derecho trascendió la discriminación cultural impuesta a los bárbaros por el *logos* de la cultura griega. Lo que la *paideia* excluía, el derecho lo logró abarcar. Luego los bárbaros germánicos invasores estremecieron la vigencia y vivencia de la ley y de la cultura. Pero al hacerlo ya se delineaba una nueva, decisiva inclusión: el abrazo cristiano del ecumene, grecorromano o bárbaro.

Religión excluyente —como todos los monoteísmos— de otras creencias, el cristianismo trajo un nuevo principio de orden, supraracial y supracultural. El *Leviathan* de Hobbes apodó al papado de "fantasma del difunto imperio romano, sentado en su tumba". Pero lo cierto es que el fantasma dio pruebas de enorme vitalidad. En el génesis del Medievo, cuna de Occidente, el *logos* cristiano fue auténticamente *católico*, es decir, universal en su capacidad de incorporación y conexión. Quien nos lo recuerda es la moderna sociología histórica, en los estudios de Michael Mann o de John Hall. Mann presenta convincentemente al cristianismo como la respuesta a la crisis de identidad del mundo antiguo, y ve en el ideal de un orden cristiano el factor que a la vez moderó la violencia y reguló el intercambio en y entre los Estados feudales. Hall hace hincapié en la contribución de la fe al desarrollo de la economía medieval: el cristianismo era la unidad de Europa, la base consensual del crecimiento del contractualismo.

Poco a poco, en el *Discurso* de Zea, el tema de la marginación se entrelaza con el motivo de la inclusión dialéctica. Por eso, creo, su discurso no es sobre sino *desde* la marginación: un "desde" historicista: una perspectiva dinámica, un horizonte de integración. Zea subraya, en ese contexto, la preocupación tanto ibera como rusa de participar en los destinos de Occidente.

Mucho se ha escrito acerca de las dos naciones excéntricas de Europa, España y Rusia, los dos cenagales de Napoleón. Ni la una ni la otra conocieron (Rusia) o conocieron en profundidad (España) el Renacimiento, la Reforma y la Ilustración. Ambas tenían, históricamente, sociedades civiles "invertidas", al decir de Ortega. Pero entre Pedro el Grande y Lenin Rusia se acercó al poder y a la técnica de Occidente. En cuanto a España, donde la laboriosa lucha de la Reconquista había tenido como efecto una considerable *islamización* de la cultura, la expansión imperial ultramarina, en cambio, llevó a la Península a occidentalizar a muchas tierras y pueblos.

Al fin y al cabo, la modernización forzada en Rusia, lo que Herzen llamaba "petrograndismo" y, del mismo modo, la política de los Austrias del otro lado del continente rebasaron la excentricidad de ambas naciones y las involucraron decisivamente en el sistema europeo.

Toynbee solía pintar a Rusia, incluso la soviética, no como el producto autocrático de una civilización "bizantina", no occidental. No todos los historiadores están de acuerdo. Según Geoffrey Barraclough los valores, si no los medios, del comunismo soviético son perfectamente occidentales. Hace treinta años el emigrado Vladi-

mir Weidlé, aunque extrañando la vieja Rusia, notaba que el régimen rojo realizó dos notables avances en la historia rusa: dio al pueblo un sentido de participación en la vida nacional y puso término a la alienación cultural de la clase dirigente. Pero hasta antes de la victoria leninista Rusia ya era bien europea, sin dejar de ser, desde luego, una "otra" Europa. Reinhardt Wittram observa que, de no haber tomado los asuntos balcánicos tan en serio, de haber sido, en una palabra, más euroasiático en su proyecto nacional, el imperio de los zares habría podido evitar su caída: "la vieja Rusia pereció porque era demasiado europea". En el lenguaje de Zea, los "bárbaros" habían logrado superar su marginalidad.

El caso hispánico fue todavía más elocuente, pues la expansión ibérica fue sencillamente la ola de occidentalización más honda y abarcadora desde Alejandro Magno y el helenismo; y baste con decir, para medirla en toda su magnitud, que, durante toda la Edad Media, el Occidente había estado, como lo dijo Braudel, "saturado de Oriente". Portugal y España, los marginados cispirenaicos, fueron la dinámica de Occidente en el alba de los tiempos modernos. La marginación se había hecho vanguardia civilizacional.

Rodó pensaba que la barbarie consiste en querer ser como los otros. Pero el análisis mismo de Zea sugiere que el anhelo de alteración es la ley de la historia. Mi maestro Lévi-Strauss lo enseña: el progreso cultural es función del encuentro de culturas. Rodó pensó lo ibero contra lo angloamericano, y ahora el angloamericano Richard Morse, en su *Espejo de Próspero*, busca en lo iberoamericano la imagen especular de su cultura yanqui. ¿Será que ello hace de Morse un bárbaro, en el sentido de Rodó?...

Tiene razón Zea: hoy podríamos hablar de una barbaromanía respecto de los intelectuales norteamericanos empeñados en descubrir y valorar la humanidad no-occidental. El *Discurso* de Zea es en gran parte una plática con el libro de Morse. Próspero ha finalmente entendido la maldición de Calibán: "¡Que caiga sobre vos la roja peste por haberme inculcado vuestro lenguaje!". El antiguo "civilizador" comienza a sospechar de su misma civilización, y añora la barbarie ajena. El marginador se margina.

Así el calibanismo de Morse vengá, ochenta años después, el arielismo de Rodó. Pues el partido de Calibán no va dirigido contra Ariel sino contra Próspero. Y en realidad cumple la misma función que el panegírico del alado espíritu, máquina de guerra contra el angloutilitarismo, en Rodó: afirma la superioridad axiológica de la cultura ibérica, más humana y cordial, más lúdica y sociable, que su hermana angloamericana. Como el insípido elogio

etnocéntrico de Rodó, la autocrítica cultural de Morse nos llena de autocomplacencia.

Morse tiene una visión bastante positiva de la "terca matriz de pensamiento y sentimiento" de la cultura social ibérica: la noción "tomista" de un Estado orgánico, jerárquico pero armónico. Es cierto que ese cálido holismo, lejano del Estado mecánico de Hobbes y de Locke, se inclina más hacia el populismo que hacia la verdadera democracia. Sus versiones de izquierda son más rousseauistas que favorables a la política de clases. No importa: en opinión de Morse, eso es mejor que el atomismo social de la democracia yanqui, que él describe con disgusto casi marcusiano. En definitiva, *El Espejo de Próspero* no espera mucho del principio demoliberal en América Latina. Morse cierra la parte histórica del libro persuadido de que la matriz criptotomista de nuestra cultura política logrará persistir. Sin embargo, comenta, "cabe esperar que la mezcla de la cultura política ibérica con el rousseauianismo (léase: con el populismo, JGM) llene las aspiraciones humanistas occidentales más plenamente que el injerto del marxismo en la tradición nacional rusa o que la mezcla angloatlántica de liberalismo y democracia".

Como todos nosotros, siento una sincera admiración por los estudios históricos del profesor Morse, un *gentleman scholar* a quien Latinoamérica, y Brasil o México en particular, tanto deben. *El Espejo de Próspero* contiene varias páginas de oro, sobre todo al caracterizar la especificidad de la modernidad hispánica en el siglo XVI. Capitalizando interpretaciones revisionistas (p. ej., José Antonio Maravall), Morse rechaza la idea simplista de una España reacia a lo moderno. La modernidad tenía más de una cara y lo que hizo Iberia fue optar por un camino muy distinto del norteno. Además, durante toda una época, entre 1470 y 1560, la de Nebrija, Vives, Cisneros, Vitoria y Suárez, dio pruebas de notable tolerancia e intensa experimentación intelectuales.

Morse sabe ser muy iluminador en cuanto al pasado ibérico, metropolitano o colonial. Pero debo confesarme algo menos entusiasta con respecto a sus interpretaciones del presente. Primero habría que cavilar sobre su método. La búsqueda de matrices ideológicas transepocales no es, en principio, ilegítima. Y por otro lado el mismo Morse advierte contra las explicaciones panculturalistas. Pero de hecho *El Espejo de Próspero* está construido sobre la idea de una cultura política cuya *forma mentis* fue elaborada por la España filipina y no obstante perdura hasta hoy. Al rechazar las dos revoluciones mentales modernas, la religiosa y la científica, ciencia y conciencia, el mundo ibérico se habría inmunizado con-

tra "sus resultados lógicos", el utilitarismo y el individualismo, que el resto de Occidente internalizó. Aclaremos: nuestro *ethos* sigue siendo premoderno —y qué bueno que así sea, se apura Morse a añadir, pues con eso escapamos al triste mundo desencantado, a la *waste land* moral de la alta modernidad.

Es una conclusión muy halagüeña para nosotros, iberoamericanos. Bárbaros en la modernidad, no tendríamos que preocuparnos; si lo somos es porque nos mantuvimos humanos. Quizás, como el campesino de Gogol, somos seres de poca luz, pero estamos llenos de calor ... He aquí el arielismo: nada tiene de malo el mundo ibérico; mala es la modernidad, por fea y deshumana...

Ayer quienes notaban nuestros fracasos en materia de liberalismo y democracia los atribuían —como lo hizo Cosío Villegas respecto de la Reforma— a la falta de determinadas premisas socioeconómicas de la libertad. Así también Piotr Struve, el gran liberal ruso, veía con pesimismo las posibilidades de la libertad en su tierra, ya que la *intelligensia* no la apreciaba y los *mujiqs*, inmensa mayoría de la población, no tenían ninguna experiencia en la propiedad.

Al parecer, ahora ya nos podemos ahorrar ese tipo de correlación. Ya no hace falta apuntar el déficit de bases sociales para el florecimiento de la libertad. Nosotros, se sugiere, no servimos para la democracia porque todavía traemos dentro de la cabeza el sano antiindividualismo de nuestros abuelos. El tomismo no es ideal, pero mil veces el tomismo antes que el atomismo de la cultura moderna. Tal es el mensaje dirigido al Sur por Richard Morse.

Pero la misma insuficiencia sociológica de ese culturalismo revela que la antimodernidad iberoamericana es para Morse menos una realidad que una alternativa sentimental a la cultura que él, como su querida escuela de Frankfurt, cordialmente detesta, es decir, la moderna cultura de masas, la sociedad de consumo.

La realidad es, creo, un poquito distinta. El paisaje moral de Latinoamérica en la actualidad se halla mucho más cerca del mundo desencantado de lo que Morse está dispuesto a admitir. Se trata más bien de una situación de transición, donde varios valores tradicionales (algunas "tercas matrices") van siendo socavados por el impacto corrosivo del progreso desigual y de la modernización vigorosa, aunque incompleta y distorsionada. Y en ese limbo cultural, sólo la modernidad parece ofrecer una promesa de reintegración psicológica.

Nuestro pasado lejano fue testigo, en un contexto mucho más dramático, de una experiencia reintegradora similar. Pues tal fue lo que hallaron los indios, luego del trauma de la Conquista, en

el catolicismo misionero. "Por la fe católica, escribe Octavio Paz, los indios, en situación de ofandad, rotos los lazos con sus antiguas culturas, muertos sus dioses tanto como sus ciudades, encuentran un lugar en el mundo". En esa fecunda aculturación nació lo que el indio occidentalizado Ignacio Altamirano, en su edad madura, bautizó "igualdad ante la Virgen" (de Guadalupe, desde luego). Latinoamérica todavía espera quien haga por ese democratismo religioso, de tanta raigambre en países como México, lo que un Gilberto Freyre hizo por la cultura del mestizaje en la antigua sociedad patriarcal brasileña: su inventario e interpretación.

Zea nos recordó la fecundidad de la dialéctica exclusión/integración en el cristianismo antiguo. En la cristianización del Nuevo Mundo parece haber pasado algo por el estilo. Como lo dice de manera excelente Octavio Paz, el catolicismo era una religión vieja en España pero nueva —nueva y creadora— en América. A Spengler le impresionaba mucho la vitalidad cultural de la Contrarreforma. ¿Acaso es posible dejar de reconocerla frente a la arquitectura de la Nueva España? La verdad es que, en el centro-sur de México ocurrió muy pronto lo que Enrique Florescano, en ese libro admirable que es *Memoria Mexicana*, describe como "pulverización de la memoria étnica" indígena. Sometidos a una triple separación, territorial, jurídica y económica, suprimida su escritura y abolidos sus calendarios, arrojados a la imposibilidad de articular mensajes con contenidos autóctonos de alcance más que puramente local, mexicas y zapotecas cesaron de hablar de sus naciones en cuanto tales, mientras todo un foso se cavaba entre su pasado y su presente.

En ese foso penetró la energía mítica del catolicismo evangelizador. Su fertilidad culmina en la elaboración criolla del culto guadalupano, poderoso mito de sacralización de la patria, ya en pie alrededor de 1600. La interpretación del milagro de la Virgen del Tepeyac por el criollo Miguel Sánchez inaugura una matriz nativista de enorme resonancia y largo futuro. El guadalupanismo se hace fulcro de un catolicismo criollo que, aunque sin enardecerse en un sentido mesiánico-milenarista, preside, principalmente en manos de los jesuitas, devotos guadalupanos, a una considerable mexicanización del cristianismo, "traduciendo" varios mitos indígenas al rito romano.

Simultáneamente con la generalización del guadalupanismo, o sea, hacia fines del segundo siglo colonial, surge en México una gran novedad en materia de ideología criolla: el encomio del pasado precolombino. No hay nada de parecido en el criollismo sudamericano, ni siquiera en Perú; ahí, la regla fue el total alejamien-

to de las élites criollas con respecto al elemento prehispánico. Pero en México, ya antes de 1700, autores como Juan de Torquemada y Carlos de Sigüenza y Góngora comparan el imperio azteca con la antigüedad clásica —elogio máximo en la pluma de humanistas. En el siglo siguiente un jesuita, Clavijero, hará de ese tema la base de su refutación de la historiografía ilustrada europea, que en la *Historia de América* de Robertson (1777) había considerado bárbaros a los imperios precolombinos.

Por tanto, después de haber innovado en religión, al ensanchar el mito mariano, *el criollismo novohispano creó un mito histórico* con su propia visión encomiástica del Anáhuac. Sólo hacía falta, ahora, un *mito político*. Eso es precisamente lo que cristalizará en la mente criolla tras el impacto en Iberia de la gesta de Bonaparte. La catálisis vino, por supuesto, con la crisis de la autoridad monárquica debida a la invasión napoleónica de la Península. Dicha crisis hizo revivir en el pensamiento criollo de 1808 a 1810 la idea de pacto social.

No se trataba, claro está, del contractualismo moderno de corte individualista, lockeano, sino del contractualismo *corporativo* del neotomismo ibérico del Renacimiento. Lo que los ideólogos de la proto-Insurgencia adoptaron fue el concepto de pacto de soberanía según Vitoria y Suárez, ratificado por Jovellanos y otros en la España ilustrada.

El trasfondo social del contractualismo criollo no es ningún misterio. A pesar de la alta participación criolla (salvo en las cumbres del gobierno virreinal) en el reformismo borbónico, el despotismo ilustrado de fines del siglo XVIII fue bastante perturbador para buena parte de la burguesía criolla. Como lo señala el mexicanista de Cambridge, David Brading, luego de la intensificación del dominio burocrático español promovida por las reformas borbónicas, la polémica antigachupín de la Insurgencia era inevitable, especialmente porque de dichas reformas formaba parte la campaña del despotismo ilustrado contra privilegios del clero, y del clero nativo en particular. Este sería, de hecho, el mentor y vocero de la Insurgencia. En cierto modo, se reprodujo la situación que, en las postrimerías del siglo XVII, engendrara las primeras manifestaciones de resentimiento criollo al volverse la corona contra las encomiendas, fundamento de la posición social y económica de los criollos.

El contractualismo criollo fue la respuesta política al derrumbe del poder español, seguido de su opresiva reafirmación bajo el reformismo de Carlos III. Pero lo que convirtió la recuperación criolla del concepto de pacto social en un mito político duradero fue

el hecho de que los ideólogos de la Insurgencia enmarcaran el pacto con otras dos naciones. Primero, la Insurgencia redefinió el pacto en términos de soberanía *popular*. Era esa justamente una dimensión que brillaba por su ausencia en los contractualistas del ayuntamiento (Azcárate, Talamantes) antes del levantamiento de Hidalgo, pero que será central en el ideario insurgente y especialmente en Morelos.

En segundo lugar, la idea de soberanía popular fue ligada, en la Insurgencia, a la creencia criolla, ya mencionada, según la cual México era no sólo una nación soberana sino una *antigua* nación soberana, esto es, una nación cuya libertad era muy anterior a la Conquista. El "mito de la nación preexistente" (Florescano) precedió al Grito de Dolores, pero su energía histórica sólo sería deflagrada cuando el criollismo igualitario y mestizo de Hidalgo y Morelos lo conectara con las demandas emancipacionistas de las clases populares; y es de suma importancia tener presente que la conexión se hizo *movilizando al mito mariano* de Guadalupe. "Ni rey ni tributos": tal fue la bandera que, cubierta por el manto de la Virgen morena, "atrajo a las fillas de la Insurgencia a las masas indígenas, a miles de trabajadores y desempleados del campo y de las minas, y a los curas, letrados, militares, licenciados e individuos pertenecientes a los sectores medios y populares de las ciudades". Religión, historia y política se dieron la mano en una ideología criolla potenciada hacia la transformación social.

La hondura social de la Insurgencia mexicana es única. Pero el fenómeno ideológico del "patriotismo criollo" tuvo un diámetro continental bastante amplio. Entre Clavijero y Bustamante, o entre Fray Servando Teresa de Mier y el brasileño Fray Caneca, ejecutado en 1825, se forma y se despliega en Latinoamérica un republicanismo católico que prestaba un cariz radical a la vieja cultura política organicista, ganando a veces fueros de un verdadero jacobinismo cristiano.

Ahora bien: tras esa época, correspondiente al primer tercio del siglo XIX, el alto criollismo iberoamericano, en un principio tan permeable a la historia y a lo popular, pasó a repudiar, en gran medida, esa vocación integradora. Hubo una metamorfosis en nuestro criollismo ideológico, esto es, en los valores y creencias sostenidos por capas criollas en nuestro pasado como instrumento de liberación y disociación del yugo europeo. Mi distinguido y apreciado colega, el profesor Germán Carrera Damas, embajador de Venezuela en México, acaba de publicar una importante crítica de la visión criolla en Latinoamérica. Señala el carácter estrechamente mimético y excluyente, sobre todo de los componentes indígena y

negro de nuestras culturas, de dicha visión del proceso histórico latinoamericano. Según Carrera Damas, los "fundamentos históricos-conceptuales" de la cultura criolla predominante conllevan una concepción demasiado "euro-occidentalizada de sí misma", que compromete la mayor creatividad de nuestras élites.

La posición crítica de Carrera Damas se refiere a la visión criolla en Venezuela. Mi perspectiva, en cambio, enfoca un ámbito más bien continental, dominado por la evolución del nacionalismo mexicano. La idea de base es que a medida que nos alejamos de la época de la Insurgencia, el criollismo, convertido en liberalismo, perpetra ciertas exclusiones masivas, traicionando así el potencial de integración y asimilación de la experiencia iberoamericana. Tal fue la némesis del criollismo: mientras él crecía como autonomismo nativista, como *nacional-liberalismo*, más se cerraba como invención mitogónica y como incorporación de masas. De ahí la tragedia del liberalismo clásico en Latinoamérica: su falta de anchura social. En *Los grandes problemas nacionales* (1909) Molina Enríquez, en una esquemática pero penetrante teoría étnica de las clases sociales en México, presenta a la Reforma como el triunfo de una alianza entre la clase media mestiza, urbana y ranchera, y una parte del patriciado criollo (los liberales moderados). Alianza fatal porque en último análisis su precio fue la supervivencia de la hacienda, baluarte del poder social criollo. La Reforma originaria sería plebeya y mestiza, al paso que la Independencia —que no la Insurgencia— había sido criolla y patricia.

Es cierto que el liberalismo de la Reforma, lleno de líderes mestizos y aun indios puros, no logró equipararse al fervor guadalupano y al ímpetu igualitario de los insurgentes de 1810. Pero no seamos injustos. Limitado étnica y socialmente, el liberalismo de la Reforma reanudó aquel intercambio mental e institucional con la modernidad que México había iniciado en la era de las Luces y nunca más volvió a abrazar como proyecto colectivo. Por ello el indio Juárez, si bien dijo no a Europa, dijo sí al Occidente. Otro gran liberal contemporáneo suyo, Sarmiento, en el otro extremo de Iberoamérica, también propuso caminos que todavía impresionan por su actualidad, en su espíritu si no en su forma. Sarmiento proponía, en efecto, como fórmula de construcción nacional, el binomio inmigración/educación. Pero su fórmula se deja traducir hoy muy sencillamente en nuestras dos mayores carencias: capital (físico y humano) e integración de masas.

Un siglo después de Juárez y Sarmiento, el neocriollismo latinoamericano consiste en escatimar la acumulación más veloz de capital y en mantener nuestras masas en su prolífica penuria por

medio de la perpetuación de mecanismos políticos y económicos anacrónicos e improductivos, salvo en lo que respecta a la protección de élites corporativistas y otros grupos parásitos. Es la ideología del cerco y del cierre, el nacionalismo como defensa del rezago.

En su historicismo protestante, Hegel veía a Iberia como una pareja de naciones "hacia afuera", ineptas para la profundización de la conciencia, el principio vital de la cultura moderna. Pero de hecho Iberia, con su expansión talásica, inauguró la dinámica de los tiempos modernos. Ojalá sus hijas puedan a partir de ahora asumir el genio de la exteriorización, que hoy ya no se llama conquista sino comercio. No falta quien piense que para ellas la ruta de la prosperidad pasa por el ingreso en el club de los *trading states* —de los Estados comerciales. Una vez más, la permeabilidad y la integración son la clave del éxito histórico.

Si la historia es un tejido de rupturas e integraciones, la historia de las colonias ibéricas tiende a ser el superlativo de esa dialéctica. Hoy día, en Latinoamérica, la ruptura con el peso del pasado significa la superación de un complejo condicionante: *el Estado patrimonial, el capitalismo periférico y las modernizaciones sucursales*. Pero la triple, inevitable ruptura sólo resultará armónica si viene acompañada por una mentalidad resultantemente moderna y no por una reedición atávica de nuestra matriz mental premoderna, orgánico-jerárquica.

En nuestras sociedades urbanizadas e industrializadas, el pluralismo, antes que ser un ideal, es una tendencia real. La diversidad de los individuos y de los grupos sociales ya es hoy mucho más sustancial que antes. ¿Cómo suponer que sigamos prisioneros de una ideología anacrónica? ¿Acaso el patrimonialismo y el precapitalismo no padecen entre nosotros de una creciente falta de legitimidad? En vano acusamos al Estado y a la economía: los verdaderos blancos de las fuerzas del progreso —del desarrollo auténtico y no de la hinchazón desarrollista— no son ellos, sino el Estado *patrimonial* y la economía *subcapitalista*.

Voy a explayarme por un segundo en el punto del capitalismo. Pierre Vilar llamó una vez a la expansión española del siglo XVI "el grado supremo del feudalismo". Tanto en la Conquista como en la Reconquista, los españoles siguieron un estilo feudal: ocuparon las tierras, subyugaron a los habitantes y robaron sus riquezas. Obviamente, señala Vilar, ésta no fue la forma de abrir el sendero a la inversión capitalista.

Se ha notado que cuando los españoles fueron al Nuevo Mundo dejaron una sociedad aristocrática de terratenientes. ¿Podría ser

del todo sorprendente que una vez que llegaron se convirtieran en arrebataadores de tierras, creando haciendas familiares en un mundo lleno de grandes extensiones de tierra y de trabajadores fácilmente dominados? Por lo tanto los indios se convirtieron por así decirlo en servidumbre de las encomiendas. En las palabras de Harvey Kaye, sobrevino un señorialismo permanente, si no un feudalismo estricto. En cuanto a la vida después de la Independencia, la verdad es que, mientras la mayor parte de los precios de las manufacturas disminuyeron constantemente en el siglo XIX, los precios de los productos agrarios subieron, asegurando así normalmente una alta rentabilidad al sistema de hacienda.

Después de estos básicos recordatorios históricos, regreso a mis dos villanos, el Estado patrimonial y la economía subcapitalista. Ambos son, por supuesto, ramales del pasado señorialista. Pero hace mucho que ambos perdieron su eficacia social y económica. La crisis de nuestra "década perdida" bien lo demuestra. Ahora bien, en una sociedad día tras día más moderna, la legitimidad, si bien no se reduce a la eficacia, depende crecientemente de ella. El poder se desacraliza, mientras las masas, al igual que las élites, empiezan a asumir una actitud de cobranza pragmática, y no más de deferencia *a priori* hacia las autoridades e instituciones. En esas circunstancias, legitimidad y eficacia pasan a mantener una relación simbiótica. Pero en el capitalismo avanzado la misma complejidad de la división del trabajo y la sofisticación de la economía internacional rebasan de lejos la capacidad operativa del Estado neopatrimonial y de la economía semiestatal. La vieja fórmula de la legitimidad caduca.

Desde luego, las crisis de legitimación, en Iberoamérica, no nacieron con las tensiones actuales. Bajo el duradero binomio patrimonialismo/subdesarrollo Latinoamérica independiente sufrió casi siempre una carencia de legitimidad. Pues la legitimidad, nota Gellner, es la soberanía recordada con tranquilidad; y por mucho tiempo nuestras jóvenes naciones no lograron ejercer la soberanía gran cosa, ni dentro de sus territorios ni en la arena internacional. El Chile portaliano, Brasil en el Segundo Reinado, Argentina bajo el "orden conservador", eran más bien excepciones, islas de estabilidad en un continente pobre, turbulento y vulnerable. Otra isla, por supuesto, fue México en los primeros decenios del Porfiriato. En el primer siglo de la autonomía, por lo tanto, era natural que nuestra vivencia ideológica del problema de la legitimidad se tradujera en términos de *identidad* —una cuestión que sería más adelante superdimensionada no por nuestros nacionalismos en sí, sino por las mitologías construidas en su nombre.

El déficit de legitimidad lo vivíamos como una duda sobre nuestra propia identidad. De ahí la abrumadora importancia que tuvo, por tanto tiempo, el tema de la raza en nuestros discursos de autointerpretación nacional o continental. Por su visibilidad social tanto como por su carga emotiva, la raza era una materia mítica perfecta para el drama de la identidad iberoamericana. Sólo en unos pocos casos la teoría de la raza se alejaba del mito cientifista para captar resistencias o evoluciones reales, como en el descubrimiento del *sertanejo* por Euclides da Cunha o la sociología agraria de Molina Enríquez, donde se usaron conceptos raciales para identificar relaciones de poder dentro de la estructura social.

Insisto: porque sólo teníamos una legitimidad precaria, en cuanto estaba basada en una soberanía tenue, solíamos dramatizar los dilemas de nuestra identidad. Ahora, en cambio, con nuestros Estados, si no nuestros regímenes consolidados y nuestro proceso de *nation-building* muy avanzado, ya disponemos de la distancia histórica necesaria para identificar y desmitificar los actores y factores del psicodrama de la identidad latinoamericana.

La ventaja de las perspectivas "hegelianas", como las abiertas por la reflexión histórica de Zea, es la claridad con que iluminan el problema, también muy hegeliano, del *nivel* histórico. Para expresarlo con franqueza: ¿Cuál es nuestro nivel, en Iberoamérica, hoy? ¿Quedamos en el eslabón del *state-building*, como tantas otras naciones más jóvenes, o más bien ya penetramos en un nivel "histórico-ibero", es decir en una *reprise* creadora del atrevimiento talámico de nuestros ancestrales ibéricos, iniciadores geoculturales de la aventura de la modernidad? No lo decidiremos solos pero tampoco se lo decidirá por nosotros.

En resumen, ¿qué nos dicen los rasgos principales de nuestra experiencia histórica? Que venimos de una doble herencia ibérica. Una experiencia marcada, sin duda, por una alta dosis de asimetrías sociales y autoritarismos políticos —el legado del señorialismo y del patrimonialismo. Pero una experiencia, también, señalada por una gran capacidad de integración cultural. Una herencia, pues, al mismo tiempo de desigualdad y de mezcla, de exclusión y de integración. Mi tesis es que, en su conjunto, nuestras sociedades criollas desde la Independencia no supieron llevar la dinámica de la integración al plano social. Por ello tenemos ahora a la integración como reto histórico de Latinoamérica. Pero el mismo reto de la integración se compone a la vez de dos preguntas y respuestas. ¿Qué debemos integrar? —nuestras masas, en el confort, la ciudadanía y la dignidad. ¿A qué debemos integrarnos? —a la econo-

mía-mundo, factor de prosperidad y desarrollo. Y para ambas cosas, desde luego, son necesarias instituciones modernas.

No somos una antítesis de Occidente ni una alternativa para lo moderno. Somos una larga, original *modulación* de la cultura occidental. Hijos de la violenta codicia de Europa, hemos sido también la encarnación de sus mejores aspiraciones sociales y humanas. Cuando en 1805 Bolívar, acompañado de su tutor Simón Rodríguez, hizo en el Monte Sacro, en Roma, el juramento solemne de liberar América, expresó la esperanza de que la libertad, tantas veces vencida en Europa, fuese victoriosa en el Nuevo Mundo, siguiendo el curso de la civilización, que marcha siempre hacia el Oeste. Bolívar, lo mismo que Hegel, abrazaba de ese modo el viejo mito heliodrómico: la marcha de la civilización, como el sol, camina hacia el Occidente. Lo que concretizó ese mito histórico-filosófico fue, desde luego, la modernidad. En el "rapto de Europa", para utilizar la preciosa imagen de Díez del Corral, los pueblos no occidentales empezaron a robar a Occidente la cultura moderna. En eso todavía estamos —sin ninguna vuelta discernible en el horizonte del porvenir. Sólo que nosotros, iberoamericanos, no tenemos por qué sentirnos raptadores o raptados. Al contrario: nuestro trayecto es la misma trayectoria de Occidente. *Somos el otro Occidente*: condenados a mediar entre Norte y Sur, geocultural y económicamente, nuestro destino no es resistir a la modernidad. Es, simplemente, modularla.

BIBLIOGRAFÍA

- Brading, David, *Mito y Profecía en la Historia de México*, México, Vuelta, 1988.
- Braudel, Fernand, *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II*, París, Armand Colin, 1966, tomo 2.
- Bushnell, David y Macaulay, Neill, *The Emergence of Latin America in the Nineteenth Century*, Oxford University Press, 1988.
- Carrera Damas, Germán, *El dominador cautivo: ensayos sobre la configuración cultural del criollo venezolano*, Caracas, Grijalbo, 1988.
- Cosío Villegas, Daniel, *Historia moderna de México*, 1956, tomo 3.
- Díez del Corral, Luis, *El rapto de Europa: una interpretación histórica de nuestro tiempo*, Madrid, Alianza, 1958.
- Florescano, Enrique, *Memoria Mexicana: ensayo sobre la reconstrucción del pasado*, México, Joaquín Mortiz, 1987.
- Gellner, Ernest, *Legitimation of Belief*, Cambridge University Press, 1974.
- , *Plough, Sword and Book: the structure of Human history*, Londres, Collins Harvill, 1988.
- Hall, John A., *Power and Liberties: the causes and consequences of the rise of the West*, Oxford, Blackwell, 1985.
- Halperin Donghi, Tulio, *The Aftermath of Revolution in Latin America*, New York, 1973.
- Harris, Nigel, *The End of The Third World: newly industrializing countries and the decline of an ideology*, Harmondsworth, Penguin, 1986.
- Kaye, Harvey, "Barrington Moore's paths to modernization: are they applicable to Latin America?", en *Bulletin of the Society for Latin American Studies*, 28 (1978).
- Lévi-Strauss, Claude, *Race et Histoire*, París, Gonthier, 1961.
- Mann, Michael, *The Sources of Social Power, vol. 1: a history of power from the beginning to AD 1760*, Cambridge University Press, 1986.
- Merquior, José Guilherme, "Philosophy of history: thoughts on a possible revival", en *History of the Human Sciences*, 1 (1988).
- Morse, Richard, *El Espejo de Próspero: un estudio de la dialéctica del Nuevo Mundo*, México, Siglo XXI.
- Paz, Octavio, *El laberinto de la soledad*, México, FCE, 1972.
- Ricard, Robert, *La conquista espiritual de México*, México, Juspolis, 1947.
- Rosecrance, Richard, *La expansión del estado comercial*, Madrid, Alianza, 1978.
- Stein, Stanley y Barbara, *The Colonial Heritage of Latin America*, New York, 1970.
- Véliz, Claudio, *The Centralist Tradition of Latin America*, Princeton University Press, 1980.
- Vilar, Pierre, "The Age of Don Quijote", en Peter Earle, ed., *Essays in European Economic History, 1500-1800*, Londres, 1974.
- Wittram, Reinhard, *Russia and Europe*, Londres, Thames & Hudson, 1973.
- Zea, Leopoldo, *Discurso desde la marginación y la barbarie*, Barcelona, Anthropos, 1988.

CUBA 1959 LA REVOLUCION Y LA BURGUESIA

Por Marcos WINOCUR
DIVISIÓN DE ESTUDIOS DE POSGRADO,
FACULTAD DE ECONOMÍA, UNAM

ES UN hecho que los sectores económicamente dominantes de un país se ven compelidos a definirse en presencia de los movimientos revolucionarios. Es un hecho, pero aún no constituye una experiencia del todo analizada en el marco de América Latina. El caso que nos ocupa, la Revolución Cubana, no es una excepción. ¿Cómo se definieron los hacendados del azúcar en el período 1952-1959? El caso resulta del mayor interés tomando en cuenta que se trata de la primera revolución que luego dará pasos hacia el socialismo en América Latina, y cuya repercusión ha sido notable desde los comienzos.

1. Antecedentes históricos

LA Colonia americana aparece como subsecuente de la Conquista. Pero su índole es otra. No un hecho de armas, sino operado en el estricto dominio de la producción. La finalidad es la explotación de riquezas brindadas transoceánicamente —minas, plantaciones, ganadería— circunstancia que tipifica el fenómeno. Dicese que la espada del conquistador fue trocada en instrumento de labranza. Cabe agregar que éste iba a ser manejado por alguien en cuyas manos otro lo había depositado. De este otro nos ocuparemos, que es decir de una burguesía nativa. Nacida bajo la Colonia se proyecta sobre la República. Y con mayor razón si de la isla de los cubanos se trata, considerando lo tardío del planteo independentista.

Fue así que la guerra patria cubana estalló por oriente en 1868. En ese paso los hacendados de la zona representaban no sólo sus intereses, sino los de la nación entera. Con retraso de medio siglo,

* Este trabajo, fundado en fuentes originales, forma parte de mi tesis doctoral dirigida por Pierre Vilar para l'Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales de París.

ahora el momento revolucionario se apuraba. Pero, a pesar de prolongarse las hostilidades por diez años, no se logró ganar en igual medida a la nación entera. En occidente los hacendados se mostraron en general reticentes. Finalmente la relación de fuerzas se inclinó a favor del imperio que concentraba las fuerzas militares y, perdida la guerra para los cubanos, el dominio colonial continuó vigente.

No fue muy alentador el recuento para los hacendados orientales. En lugar de la salida a un conflicto de raíz económica, fue la tierra assolada, las familias diezmadas. El sentimiento independentista continuó vivo. Pero la empresa ya no suscitaba entusiasmo entre los hacendados. Y así, cuando años después una segunda guerra patria tenga lugar, encontrará a su cabeza a hombres de muy distinta extracción social, como el abogado José Martí, el inicialmente sargento Máximo Gómez, el arriero mulato Antonio Maceo, y otros.

Mientras tanto, no se trataba sólo de España, sino de los Estados Unidos. Geográficamente están a un paso de la Isla: 180 km separan ambas costas. Y económicamente han venido reduciendo las distancias. Hacia 1860 el comercio exterior cubano se distribuía como sigue: 62% a los Estados Unidos, 22% a Inglaterra y 3% a España (el 13% restante correspondía a otros países con quienes no existía tráfico regular). Este dominio norteamericano en la posición compradora se explica porque su industria refinadora de azúcar se abastecía en Cuba. Y tiempo después, hacia 1895, se constata en la Isla una considerable inversión de capitales norteamericanos del orden de los 50 millones de dólares. Que, por lo demás, debe ser vista en perspectiva: veintisiete años después se habrán radicado por un monto veinticuatro veces mayor, en el orden de los 1 200 millones de dólares. Y ello significará para la década de los veinte una cifra récord entre los países latinoamericanos.

Nos enfrentamos pues con un hecho operado en el campo de las fuerzas de producción, a saber: las innovaciones tecnológicas aplicadas a la molienda del azúcar, y cómo ese hecho va a repercutir sobre las relaciones dominantes de producción, de tipo esclavista, y en los acontecimientos políticos. Esclavo por asalariado y sumisión a la Colonia por lucha independentista son cambios correlativos a otros cambios: caldera a vapor en lugar de fuerza motriz animal, aparatos de hierro en lugar de madera y extracción al vacío en lugar de hacerlo a cielo abierto. Por lo demás, el aumento de productividad hizo crecer sin pausa los volúmenes de producción y con ello se reforzó el peso de la burguesía azucarera en la sociedad del siglo xx. De década en década la burguesía azuca-

raera conoció altibajos. Los buenos años veinte de "la danza de los millones", cuando no se sabía de restricciones en los mercados. Los malos años treinta, cuando, a partir de la crisis mundial, los precios cayeron verticalmente. Y los años cuarenta de recuperación modesta, favorecidos por las compras que provocara la segunda gran guerra. Era la historia de siempre: no bastaba con producir, había que colocar el azúcar en los mercados. Los buenos años hacían olvidar la competencia, los malos años la volvían a poner sobre el tapete.

Dentro de ese último marco es que desembocamos en nuestro tiempo corto de la década de los cincuenta.

II. De la remolacha enemiga

CONDICIONADA por la necesidad de colocar el azúcar, Cuba oscilaba entre dos políticas: zafra libre, sin limitaciones, y zafra restringida por debajo de la capacidad productiva de la Isla. La década de los cincuenta experimentó ambas. Libres hasta 1952, la zafra recolectada ese año batió todos los récords alcanzando las 7 012 000 toneladas.¹ Pero este suceso, lejos de aportar la riqueza, planteó serios problemas: por primera vez desde 1941 la zafra pudo ser sólo parcialmente colocada en un volumen de 4 849 000 toneladas.² Vale decir, el 30.6% de la producción azucarera de 1952 quedó como excedente para ser vendido en años subsiguientes. La consecuencia no se hizo esperar: vuelta a la política de zafra restringida a partir de 1953.

¿Cómo repercutió este cambio? Como catastrófico para la economía cubana lo calificó un comentarista en el tradicional *Diario de la Marina*. Y pasó a enumerar: la contracción se agravó, disminuyó el ingreso nacional, la recaudación fiscal, las exportaciones y las importaciones —de 517.6 a 489 millones—, de modo que se cerró el balance de pagos internacional con déficit; el ingreso azucarero total bajó de 411.5 millones a 253.9 millones y los correspondientes a los agricultores de 144 millones a 125.4 millones, cifras dadas en pesos cubanos a la par del dólar.³

¹ *Anuario azucarero de Cuba*, cit. en Hugh Thomas, *Cuba for the pursuit of freedom*, Londres, Eyre and Spottiswoode, 1959, p. 1564.

² Instituto Cubano de Estabilización del Azúcar, *Compilación Estadística*, cit. en Michel Gutelman, *L'Agriculture socialisée à Cuba*, París, Maspéro, 1967, p. 38.

³ José Antonio Guerra, "La industria azucarera cubana: 1932-1957", en *Diario de La Marina* (15 de septiembre de 1957), cit. en Raúl Cepero

Más que exhaustiva verificación estadística, importa la cita en cuanto muestra de cómo una corriente de alarma por los efectos de la restricción azucarera buscaba eco en la opinión pública. Y en la ocasión se echaba mano del principal órgano de la "gran prensa" de la Isla. Si bien las cifras manejadas por el comentarista lo son de manera incompleta, no por ello sus conclusiones resultan menos rigurosas. Tal se desprende de la compulsión estadística a que hemos sometido los rubros citados y otros que hacen al termómetro de la economía de un país.⁴ Todos denuncian sensibles bajas acentuadas en los dos años subsiguientes (1954-1955) componiendo el tablero de un deterioro económico general, sin llegar a la crisis. Y, en fin, se agrega el incremento en los niveles de desocupación. De toda la década, 1955 fue el año de más corta zafta: 69 días.⁵

¿Qué hacer? La respuesta llegó desde el mundo de los negocios. "Cuba ha de competir o perecer", proclamaba editorialmente y asumiendo el hecho de la superproducción azucarera registrada, la revista empresarial *Cuba económica y financiera* en 1952.⁶

Ciertamente, no era la única alternativa. Podía comenzar por buscarse otras espaldas que soportaran el peso de la mala hora. Desde hacía cierto tiempo no se abonaba a los trabajadores azucareros un rubro salarial llamado diferencial, convenido en la década de los cuarenta. Pero ese era el límite... más allá, frente a una clase obrera de reconocidas tradiciones de lucha y que recibía su ración dentro del deterioro económico general, era no sólo difícil sino peligroso. Incluso se trataba de un límite precario que la burguesía azucarera no alcanzaría a conservar. El diferencial debió ser restituido, al menos en parte, luego de una violenta huelga estallada en vísperas de la zafra de 1956. Fallaba pues la posibilidad de incrementar plustrabajo vía superexplotación y compensar así menores entradas causadas por la contracción.

Bonilla, *Política azucarera (1952-1958)*, México, Editora Futuro, s.f., p. 69. Los precios del azúcar son dados en centavos de pesos cubanos por unidad de peso (libra) inglesa.

⁴ "Ingreso nacional cubano (1952-58)", en *Cuba económica y financiera*, 404 (1959), p. 15; "Política azucarera (1952-1958)", en *Anuario azucarero de Cuba* (1959), p. 185; *Compilación estadística*, pp. 38-39; "El intercambio cubano-americano", en *Cuba económica y financiera*, 386 (1958), p. 3. Fuentes procesadas en Marcos Winocur, *Cuba: sucre, café et révolution*, tesis del tercer ciclo, París, 1975.

⁵ Antonio Núñez Jiménez, "La ley de reforma agraria y su aplicación", en *Primer forum nacional sobre la reforma agraria*, séptima sesión, La Habana, 1959, p. 7.

⁶ "O competimos o perecemos", en *Cuba económica y financiera*, 318 (1952), p. 3.

Otra alternativa consistía, como el mundo empresarial lo manifestó al jefe de Estado, en "promover un inmediato desarrollo económico por otros cauces".⁷ Por otros cauces: significaba incrementar y diversificar los cultivos no azucareros e industrializarse. De ese modo, al mismo tiempo que se creaban fuentes de trabajo, se sustituían importaciones. Ahora bien, los países compradores lo eran siempre y cuando, por igual valor del azúcar adquirido, fueran vendedores a Cuba. Y si Cuba se ponía a producir bienes de consumo sustituyendo importaciones, no había manera de colocar el azúcar.

Un ejemplo será ilustrativo. Proviene de la revista empresarial que titula "Nuevos ataques injustos contra Cuba".⁸ Un senador norteamericano, Frank Carlson, exhorta al Congreso a reducir la cuota de importación de azúcar cubano aduciendo que la Isla había anunciado la construcción de dos molinos harineros. Según el senador, ello implicaría restricción a las compras cubanas de harina norteamericana. La revista empresarial reaccionaba vivamente: si ese punto de vista predominara, decía, el país "tendría que resignarse a ver congelada su economía, de una parte por la limitada cuota azucarera norteamericana y la competencia mundial, y de otra para mantener su mercado interno sin cambio alguno en beneficio de los exportadores extranjeros".⁹ Conjugando los verbos en presente, eso era lo que estaba ocurriendo. Por lo demás, la burguesía azucarera no tenía ningún interés en cambios en el mercado interno que de contragolpe hicieran peligrar sus ventas al exterior. De modo que otra de las alternativas, cultivos e industrialización que produjeran sustitución de importaciones, resultaba vetada.

No quedaban mayores opciones. La burguesía marchó hacia el planteo de una agresiva competencia en los mercados exteriores, a saber: lanzar todo el azúcar capaz de producirse a la venta. Implicaba un regreso a las zafras libres, con sus consiguientes riesgos. Por lo pronto, la caída en los precios. Pero no se excluía la perspectiva de romper el círculo de los compradores tradicionales y, en desafío a la guerra fría de los años cincuenta, intentar el intercambio con los países socialistas u otros en vías de desarrollo. No era una apuesta fácil, mas no se advertía otro camino: las zafras restringidas conducían a la asfixia. De todos modos, aclaremos desde ya, no se llegó a rebasar los marcos formativos pues antes que

⁷ "Exposición de las clases económicas al jefe de Estado", en *Cuba económica y financiera*, 320 (1952), pp. 21-22.

⁸ "Nuevos ataques injustos contra Cuba", en *Cuba económica y financiera*, 373 (1957), p. 8.

⁹ *Ibid.*

nada era preciso —como veremos— remover obstáculos de índole política. Y cuando se hizo, derribando la dictadura, fue tarde: la audacia competitiva de los hacendados había quedado muy atrás, devorada por el torbellino revolucionario.

Mientras tanto, las zafras restringidas eran bien vistas en los mercados exteriores. Conducían a la Isla a una política pasiva ante los competidores. Unos se destacaban: los cultivadores de remolacha azucarera (y de caña) norteamericanos. Frente al proveedor número uno impugnaban con renovada fuerza de año en año la cuota que su país había asignado a la Isla. No en balde ya en los años cuarenta un autor cubano había titulado uno de los capítulos de su ya clásica obra "De la remolacha enemiga".¹⁰

Las zafras restringidas significaban pues un primer obstáculo para el intento de una política azucarera expansiva. Un segundo obstáculo lo configuraba el Convenio (internacional) de Londres, que rigió entre enero de 1954 y diciembre de 1958. Se trataba de un instrumento regulador, en cuya virtud la mayoría de los países productores de azúcar acordaron distribuirse una participación en el mercado mundial. Sus defensores argumentaban que de ese modo se evitaban los efectos nocivos de la competencia y los azares de la demanda y la oferta incontroladas, todo en vistas a asegurar a cada país la colocación de un volumen mínimo de azúcar e impedir la caída de los precios internacionales.

El Convenio de Londres venía así a articularse con las zafras restringidas. ¿Cuánta azúcar producir? Exactamente, descontando una pequeña proporción para el consumo interno, la suma de dos volúmenes. Uno, la cantidad fijada en la cuota norteamericana. El otro, el tonelaje regulado para los cubanos en virtud del Convenio de Londres. En fin, una modesta seguridad era el precio de renunciar a la competencia. Ahora bien, esta modesta seguridad no dio los resultados previstos por los defensores del instrumento internacional. Los precios azucareros cayeron en 1954-1955, es decir, no bien comenzó a aplicarse. En cuanto a la participación cubana en el mercado mundial, disminuyó en el 16.8% del cuatrienio 1954-1957 con respecto al mismo lapso 1951-1953.¹¹

¹⁰ Fernando Ortiz, *Contrapunteo cubano del tabaco y del azúcar*, La Habana, Consejo Nacional de Cultura, 1963, p. 521 (Publicado originalmente en 1940).

¹¹ "El convenio azucarero internacional para 1959-1963", en *Cuba económica y financiera*, 393 (1958), pp. 31-32. Cf. "Política azucarera (1952-1958)", pp. 178-179.

III. "Los que permitimos producir a nuestro país somos nosotros"

Las críticas arreciaron. Se descubren desde los más diversos ángulos: el III Fórum Nacional Azucarero reunido en la Universidad de La Habana (1955), que congregara hacendados, colonos (pequeños y medianos cultivadores de caña), técnicos y otros representantes,¹² la revista de actualidades *Bohemia*¹³ y la empresarial *Cuba económica y financiera*.¹⁴ He aquí tres ópticas diferentes que se conjugan en la crítica al Convenio de Londres y a la vez de las zafras restringidas: un autorizado y específico forum, un órgano popular y otro del mundo de los negocios. Era este último precisamente el que resumía la situación: "con zafras cada día más restringidas, con el aumento ininterrumpido de la producción en otras áreas, con precios que declinan en todos los mercados y con el dogal de un convenio azucarero internacional, el mercado americano adquiere para nosotros una importancia vital. La defensa, por tanto, de este mercado —concluía— es un imperativo económico y social".¹⁵

Resulta llamativa la expresión usada en el último párrafo: "la defensa...". ¿Es que la cuota norteamericana estaba amenazada? Pues, si así fuera, ese elemento, en el contexto general, sería trascendente. En efecto, hemos constatado:

¹² Mario Cueto, "Problemas de la industria básica cubana", en *Figuras, trabajos y acuerdos del III Fórum nacional azucarero*, en *Bohemia* 51 (1955), pp. 98-100 y 170-172.

¹³ Baldomero Casas Fernández, "Un análisis de la situación azucarera. La restricción azucarera es un error que nos va a traer desastrosas consecuencias", en *Bohemia*, 16 (1953), pp. 16 y 84-86; José Pardo Llada, "Azúcar, politiquería y especulación", 34 (1955) p. 72 (*Bohemia*, 16 de abril de 1953 y 21 de agosto de 1955).

¹⁴ Baldomero Casas Fernández, "Es factible la zafra libre", en *Cuba económica y financiera*, 347 (1955), pp. 41-43; Luis José Abalo, "Ensayos de pronóstico económico. Las necesidades y posibilidades futuras de la economía nacional", en *Cuba económica y financiera*, 353 (1955), pp. 11-14; J. de D. Tejeda Sáinz, "Opio para azucareros" en *Cuba económica y financiera*, 352 (1955), pp. 35-36; "Nuevos motivos de inquietud", en *Cubazúcar*, abril-mayo de 1957. "Opiniones azucareras internacionales", en *Cuba económica y financiera*, 32 (1955), p. 43. Baldomero Casas Fernández, Alejandro Suero Falla, Federico Fernández Casas y Luis Mendoza —firmantes de artículos varios publicados en *Cuba económica y financiera*, *Bohemia* o *Prensa libre*, en el mismo sentido de oposición a la política azucarera oficial— eran hacendados, propietarios de uno o varios ingenios.

¹⁵ J. de D. Tejeda Sáinz, "La defensa de la cuota azucarera de Cuba en los Estados Unidos. Un poco de historia y una pauta", en *Cuba económica y financiera*, 343 (1954), p. 20.

- a) un deterioro económico general en la década de los cincuenta, que afectaba incluso a la burguesía;
- b) la perspectiva de tentar una agresiva política de competencia;
- c) dos obstáculos a remover, las zafras restringidas y el Convenio de Londres.

Y bien, en razón de c) no se ha logrado siquiera ensayar b) a objeto de remediar a) cuando se advierte un peligro mayor: retroceder incluso en las posiciones conquistadas. Y —como lo señala a modo de conclusión *Cuba económica y financiera*— en la más importante, la cuota norteamericana.

Veamos pues este último punto. Con alarma, la Isla iba registrando las noticias de ultramar. La revista empresarial titulaba: "Los remolacheros americanos y la batalla de las cuotas". ¿Por qué batalla y en qué consistía? Veintidós estados norteamericanos —daba cuenta la revista— pasaban a beneficiarse de 343 066,8 hectáreas asignadas por el Departamento de Agricultura para siembra remolachera. Sobre estos estados (que cubren el 67% del área territorial de los Estados Unidos y abarcan el 40% de su población) se lanzaba en especial una campaña publicitaria: norteamericanos, consumid el mejor, el azúcar norteamericano.¹⁶ "No ha dejado de sorprender aquí —editorializaba en otra ocasión la revista empresarial— y nada favorablemente, el descubrimiento de que la ayuda americana está fomentando cultivos de caña en varios sitios del hemisferio occidental... Y desde que el prominente azucarero mister Kemp descorrió ese velo, ante el Sugar Club de Nueva York días atrás —agregaba— en Cuba se comenta el hecho con evidente amargura".¹⁷

La burguesía azucarera se sentía desplazada. El tono ofrece los matices de una ruptura... se recordará: "Cuba ha de competir o perecer". ¿Qué se decía desde la otra orilla? Nuevamente un senador norteamericano salía a la palestra, sin reparos en hacerse oír a través de *Bohemia*: "así como los cubanos tienen que defender sus intereses —enfaticaba el representante por Louisiana, Allen J. Ellender—, yo tengo que defender los de mis electores! Yo represento en el Senado americano una vasta zona productora de azúcar de los Estados Unidos. Y tengo que demandar aquí todo lo que tienda a beneficiarla". Y añadía el senador que Cuba "se ha excedido en la producción... Los que permitimos producir a nuestro país somos nosotros".¹⁸

¹⁶ J. de D. Tejeda Sáinz, "Los remolacheros americanos y la batalla de las cuotas", en *Cuba económica y financiera*, 344 (1954), p. 45.

¹⁷ "El intercambio".

¹⁸ Vicente Cubillas Jr., "¡Sensacional! ¡Exclusivo! Habla el enemigo

La última frase, no por insolente, era menos cierta: había que pedir permiso al vecino del norte antes de dar luz verde al azúcar, pues ¿de qué servía producirlo si el principal cliente rehusaba comprarlo? Y éste, por boca del senador, lanzaba a los cubanos: señores, os habéis excedido en la producción. Y no lo decía en 1952, tras una zafra libre, sino en 1955, en pleno régimen de restricción azucarera. Pues claro: todavía entonces los cubanos continuaban pagando culpas viejas, colocando en el mercado mundial los excedentes de aquella zafra libre de 1952.

Era así un factor de arrastre, incidiendo como agravante en el trasfondo general: un deterioro económico sobre el cual será necesario insistir.

La producción de los años cincuenta se encontraba en alza respecto de las dos décadas anteriores. Pero nuestros índices de comparación no pueden detenerse ahí. Pues, no obstante la relativa recuperación, el azúcar registraba niveles del mismo orden que tres décadas atrás. Si tomamos el sexenio de zafra restringidas y lo comparamos con otro de tres décadas atrás, obtenemos estos índices. Promedio anual de producción azucarera para el período 1925-1930: 4 749.8 (en miles de toneladas), promedio anual de producción azucarera para el período 1953-1958: 4 981.5 (en miles de toneladas).¹⁹ Como se ve, son cifras del mismo orden. El término "estancamiento" aquí no es exagerado. Sólo que, en ese lapso de tres décadas, la población —no obstante haber cesado el flujo inmigratorio— no había tenido la gentileza de estancarse y, lejos de ello, había crecido desmesuradamente.²⁰

Para un país no industrializado y con cultivos no diversificados, qué importaban los bienes de consumo en función de sus ventas de azúcar, convertido éste así en la moneda internacional cubana; esto significaba más bocas que alimentar y menos que poner en ellas. Para un país cuya fuente de trabajo número uno era la zafra, esto representaba más brazos disponibles y nada que hacer con

No. 1 de Cuba. Los cubanos defienden sus intereses. Yo definiendo los de mis lectores", en *Bohemia*, 10 (1955), pp. 30-32 y 97; "Azúcar. Cambio de táctica", 12 (1955), p. 80.

¹⁹ Thomas, *op. cit.*, pp. 1563-1564.

²⁰ *Censo del año 1943. Informe general*, La Habana, P. Fernández y Cía., 1945, p. 811; Fernando González Q. y Jorge Debasa, *Cuba: evaluación y ajuste del censo de 1953 y las estadísticas de nacimiento y defunciones entre 1943 y 1958. Tabla de mortalidad por sexo, 1952-1954*, Santiago de Chile, Centro Latinoamericano de Demografía, 1970, p. 29; *Censos de población, viviendas y electoral. Informe general*, 1953, Oficina Nacional de los Censos Demográfico y Electoral, La Habana, P. Fernández y Cía., 1955.

ellos. No en balde 1955 había arrojado el saldo de una zafra de sólo 69 días de ocupación para la masa obrera, según se consignara, y no muy prósperos negocios para la burguesía. La producción cayó ese año al más bajo nivel de la década, a 4 404 000 toneladas.²¹

Era precisamente luego de esta zafra que se formulaban las declaraciones del senador norteamericano Allen J. Ellender. Por lo demás, las perspectivas futuras no aparecían como alentadoras.

Las perspectivas futuras... con ellas volvemos a la pregunta formulada párrafos atrás, y cuya respuesta venimos intentando: ¿es que la cuota norteamericana estaba amenazada? La trascendencia de la pregunta —recordemos— residía en que, bloqueada virtualmente la participación cubana en el mercado mundial conforme a lo estipulado en el Convenio de Londres, quedaba una esperanza: la cuota norteamericana. Pues ella, de tiempo en tiempo, sufría incrementos en función del alza en la demanda en los Estados Unidos. Y bien, la hora de los esperados incrementos sonó en 1956. Sólo que... pero antes aclaremos: para los cubanos, cuota americana significaba los volúmenes que en virtud de tales tenían asignados y el derecho a conservar íntegra la proporción que había determinado esos volúmenes. Esa proporción había llegado a cubrir en una época más del 90% de la demanda norteamericana, y luego disminuido al 43.20% que se registraba en 1956. Pero ese año, como decíamos, llegó la noticia de nuevos incrementos en la cuota... con una baja en la proporción: del 43.20% se reducía al 29.59%, disposición a regir durante cinco años a partir de 1957. Vale decir, durante ese período Cuba dejaría de vender un estimado de 2 419 275 toneladas de azúcar que correspondía a la diferencia (13.61%) que se le había suprimido. La pérdida o, mejor dicho, lo que se dejaría de ganar en esos cinco años a causa del cercenamiento de la cuota en su proporción dentro del mercado norteamericano, se estimaba en unos 240 millones de dólares.²²

Estaba la mano de los competidores, ninguna duda cabía: ellos cubrían lo que a los cubanos se cercenaba. Y muy especialmente los dueños de casa, los remolacheros norteamericanos, quienes, se ha visto, contaban con la defensa de sus intereses en el seno mismo del organismo de decisión, el Congreso de Estados Unidos.

Nada más significativo que mostrar la evolución comparativa entre la producción remolachera de ese país y sus compras de azúcar cubano. Tomaremos dos sexenios: el de zafra restringidas de los años cincuenta y el que inmediatamente le antecede, registrando las variaciones porcentuales de uno a otro.

²¹ *Anuario Azucarero de Cuba, 1959*, p. 1564.

²² *Política azucarera (1952-1958)*, p. 69.

Producción remolachera norteamericana 1947-52: 9 835 (en miles de toneladas). *Idem* 1953-58: 11 952 (en miles de toneladas). Aumento: 17.71%. Ventas azucareras cubanas en el mercado norteamericano (cuota) 1947-52: 16 810.7 (en miles de toneladas). *Idem* 1953-58: 15 680.8 (en miles de toneladas). Disminución: 6.72%.²³ Vale decir, acusaban tendencias contrarias: la primera en alza, la segunda en baja.

"Cuba ha de competir o perecer". Era otra forma de expresar el veredicto dado por el Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento en su informe sobre la Isla, ya citado: "Pocos países dependen de su comercio exterior en tan alto grado como Cuba". Ese estado era tolerable —y tolerado— si los negocios se mantenían prósperos. Pero llegados los tiempos de las vacas flacas... las voces de los hacendados se fueron dejando oír. Una crítica iba subiendo de tono. Contra la zafra restringida, el Convenio de Londres, contra las medidas tomadas en Estados Unidos. Por la apertura de nuevos mercados. Uno de los hacendados se felicita de las ventas de azúcar (200 000 toneladas) a la Unión Soviética, operadas en 1955.²⁴ Pero este hecho, dentro de la política oficial, aparece como una excepción. Y así las críticas van convergiendo hacia el plano político, contra el gobierno de las zafras restringidas, firmante del Convenio de Londres, y de la pasividad ante los Estados Unidos: el gobierno de Fulgencio Batista, dictador militar tras el golpe de Estado de marzo de 1952.

"Guerra de los dos azúcares", se habían complacido en llamarla ya en los años cuarenta Fernando Ortiz.²⁵ Ahora bien, estos azucareros cubanos de la caña que entreveían que la salida era enfrentar competitivamente a los azucareros norteamericanos de la remolacha ¿habían acumulado como clase la fuerza necesaria para la empresa? La respuesta es afirmativa. No cabe sin embargo medir esa fuerza en función de la expansión azucarera. Ello fue válido en el siglo XIX, mas no en el siglo XX luego que la producción se estancó. Otro índice proporciona la respuesta. La burguesía cubana se había convertido en "expropiadora" de los capitales azucareros norteamericanos de la Isla. Estos, y también otros de origen extranjero, estuvieron dispuestos a vender los ingenios menos tecnificados y rentables, reinvertiendo en distintos rubros

²³ *Agricultural statistics 1958*. Department of Agriculture, Washington 1959, p. 81; *Agricultural statistics 1966*, Department of Agriculture Washington, 1966, p. 86; *Compilation statistique*, p. 38.

²⁴ Baldomero Casas Fernández, "Es factible la zafra libre".

²⁵ *Contrapunto cubano*, p. 94.

como la ganadería. Y así nos encontramos con las siguientes proporciones invertidas:

a) En 1939 el 55.07% de la zafra fue producto de capitales norteamericanos y el 22.42% de capitales cubanos (el 22.51% restante correspondió a inversores españoles, canadienses, ingleses, holandeses y franceses); b) En 1958 el 62.13% de la zafra es producto de capitales cubanos y el 36.65% de capitales norteamericanos (1.22% respectivamente: inversiones españolas y francesas).²⁶

Hay quienes cuestionan estas cifras y señalan que los capitales norteamericanos estaban abandonando la parte menos rentable de sus inversiones azucareras, desprendiéndose de ingenios de baja productividad. Precisamente. Juzgamos aquí a los compradores y no a los vendedores. Juzgamos aquí la actitud asumida por la burguesía cubana y no a los capitales norteamericanos, cuyos motivos de desplazamiento de inversiones no vienen al caso... salvo para reforzar el argumento: en la coyuntura la burguesía cubana compraba a baja rentabilidad cuando no podía ignorar los riesgos: aumentar la brecha frente a los competidores norteamericanos dentro de la Isla, los cuales se reservaban el índice más alto de productividad.

La tendencia que aparece dominante en la burguesía es apostar "al alza", esto es, apostar al azúcar (a colocar los volúmenes posibles a los mejores precios en el mercado mundial). Es una actitud cuya lógica se inscribe hasta llegada la zafra gigante de 1952. Pero si este tipo de política azucarera se ubica en adelante, la audacia empresarial se decuplica; en años malos, de consecuentes zafras restringidas, su apuesta es el azúcar. En condiciones que tan desfavorablemente evolucionaban ¿para qué quería la burguesía cubana hacerse de más ingenios?, ¿por qué no seguir el ejemplo de los capitales norteamericanos derivando sus inversiones hacia otros rubros? En la coyuntura su voluntad aparece como azucarera, inversionista, competitiva.

IV. ¿Torbellino revolucionario? Sólo después se supo

CONTINUABA siendo patrimonio del capital norteamericano poco más de un tercio de las inversiones azucareras existentes en la Isla. En un período de expansión "cubanizadora" coincidente con el

²⁶ *Anuario azucarero de Cuba, 1958*, cit. en Antonio Núñez Jiménez, *Geografía de Cuba*, La Habana, Editorial Nacional de Cuba, 1965, p. 287; *Primer forum*, pp. 15-16; "Evoluciona la propiedad de los ingenios", en *Cuba económica y financiera*, 331 (1953), p. 19.

planteo de una disputa por mercados, uno se vislumbraba como el competidor: el capital norteamericano. Cañero en la Isla, remolachero en su país de origen, no era tradicionalmente bien visto en razón de las franquicias obtenidas sobre suelo cubano y del privilegio del que gozaba para elegir el espectro de mayor rentabilidad, situaciones acentuadas bajo el gobierno de Fulgencio Batista y cuya política de zafras restringidas agregaba un nuevo motivo: el reparto inequitativo de los cupos de molienda. Fue así como un sector de los hacendados, los llamados propietarios de pequeños ingenios, levantó su voz para reclamar "igual tratamiento que esos intereses (extranjeros, los cuales son) objeto de privilegios..."²⁷ Para el propio resguardo llegaron a fundar un Comité Ejecutivo de los Pequeños Ingenios Cubanos, reiterando las críticas a la política oficial azucarera y frente a la actitud no solidaria de la Asociación Nacional de Hacendados.²⁸

De esa última contradicción precisamente se trata. El desarrollo capitalista había sido dado a la Isla en función de una división internacional del trabajo, particularizado por comercializar la mitad o más de la monoproducción azucarera a un solo país, el vecino del norte. Una relación de tipo bilateral pero regida unilateralmente por una de las partes, los Estados Unidos, por medio de su Congreso. Con esa situación heredada de sus antepasados se baten los hacendados. Ciertamente habían hecho transferencia del poder de decisión, pero sin firmar la rendición incondicional. Y, en esa medida, guardaban capacidad para generar contradicciones extrafronteras.

¿Qué decía en esencia aquel pacto de clases bajo cuyo signo había nacido a principios de siglo la república azucarera? Ustedes —los cubanos— producen; nosotros —los norteamericanos— compramos. Y he aquí lo irritante: mientras la voluntad azucarera cubana se afirmaba, la voluntad compradora norteamericana se debilitaba. Es lo que vimos antes: mientras la burguesía nativa reinvertía en el rubro, el vecino del norte venía disminuyendo, de reajuste en reajuste, las proporciones de la cuota asignada a la Isla, hasta dar en la quita de 1956.

De ahí que escuchemos las voces, en ocasiones airadas, de los hacendados. Claro está, no eran los únicos ni fueron los primeros en manifestarse. La demanda por cambios en la política económica era general e insistente a medida que transcurría el período. Desde

²⁷ Tony Delahoz, "No queremos ser víctimas de los poderosos de la industria, afirma Luis de Armas, líder del grupo de ingenios cubanos de pequeñas compañías", en *Bohemia*, 36 (1952), pp. 62-63 y 95.

²⁸ *Ibid.*

la clase obrera hasta los sectores no azucareros de la burguesía, pasando por los demás productores o intermediarios, urbanos o rurales, todos tenían su ración dentro del deterioro económico. Y a todos concernía ese común destino de los cubanos, el azúcar.

Los propios hacendados recurrían al argumento del descuento general para abonar sus tesis. Veamos un ejemplo. Un propietario de ingenios, al manifestar su disconformidad con las zafras restringidas, citaba en su abono la opinión de diversos sectores sociales del entorno; los colonos (campesinos cultivadores en el llano) que lo abastecían de caña, los trabajadores afectados a la maquinaria y los comerciantes de la jurisdicción.²⁹ Ningún esfuerzo costará encontrar en el resto de la prensa comercial —en la medida en que ésta se podía manifestar bajo una dictadura— la protesta expresada desde el ángulo de los particulares intereses de clase. Había pues una presión social fuerte, uno de cuyos elementos militantes lo había constituido la ya citada huelga general azucarera en vísperas de la zafra de 1956.

Y aun cuando la iniciativa social se hubiera escapado de sus manos, mientras los hacendados no veían amenazada su preeminente posición monopolista, nada obstaba para utilizar el torbellino de los años cincuenta como respaldo nacional para el planteo de una agresiva competencia extrafronteras. Torbellino revolucionario, decíamos. Pero esto se hizo claro después. Mientras tanto aparecía como torbellino a secas.

La burguesía azucarera no lo temía. Como en tiempos de la colonia, el hacendado se veía protagonista. Y en verdad continuaba siéndolo. Había hecho un *slogan* de sí mismo a través de los *mass media* de su "gran prensa", *slogan* que repetían la calle e incluso las letras de canciones de moda: sin azúcar no hay país. Como el azúcar tenía dueño... el razonamiento era claro para todos: el azúcar se erigía en destino y la burguesía en condición para el ser nacional.

Nada más cubano que el azúcar, el hacendado su dueño: nadie más cubano que el hacendado. Todo lo demás pasaba por un monótono mapa: cañas, ingenios, esclavos de ayer u obreros de hoy, tierras, ferrocarriles, puertos. De todo el hacendado se sentía poseedor o por lo menos consideraba que, dentro de la Isla, servía a sus fines. Sin azúcar no hay país, resumía su filosofía. Y si algo faltaba era sacar la cabeza fuera de la Isla y decirselo a los remolacheros del vecino del norte. En otras palabras, una actitud de agresiva competencia. Todo se venía conjugando en ese sentido. En-

²⁹ "Opiniones azucareras internacionales. Cuba", en *Cuba económica y financiera*, 384 (1958), p. 45.

tonces, si algo faltaba, fue dado por la palabra "oficial" de la clase cuando el patriarca azucarero, el mayor productor de todos, no sólo de la Isla sino del orbe entero, salió a la palestra.

V. El Rey del Azúcar

¿QUIÉN era? Julio Lobo. En realidad ya lo conocemos. Aquel hacendado que vimos páginas atrás argumentar contra las zafras restringidas en nombre de sus colonos, obreros del ingenio y comerciantes del entorno; éste era Julio Lobo. Ya en tal actitud aparecía clara la inteligencia de colocar la nación, a través de una gama de sus sectores sociales, tras el hacendado. Corría marzo de 1958. Tres huelgas, brotes insurgentes y lucha armada en la sierra, la guerra civil que poco después sacudirá al país de un extremo al otro. Es hora de dar un paso al frente y es para esa misma época que Julio Lobo hará algo más: salir al encuentro de los remolacheros en casa de éstos.

El *New York Herald Tribune*, hacia la época que nos ocupa uno de los más importantes cotidianos norteamericanos, nos ofrece su semblanza:

En Cuba, donde azúcar es todo, y más que todo sinónimo de nación, Mr. Lobo es simplemente "Julio" para los hombres de negocios, los conductores de taxis y los miles de empleados de sus once ingenios. Internacionalmente, es el Rey del Azúcar... para sus enemigos su existencia se presenta por sí sola como una violación de las restricciones internacionales contra los cartels. Mas, tal cual el proverbio de los negocios predica, *business alone is not a crime*.³⁰

He aquí el trozo de una pluma periodística. Julio Lobo, figura patriarcal en la tierra del azúcar. Julio Lobo, el rey, el más poderoso, controvertido y temido internacionalmente. Pues bien. Esta figura —remarca el mismo comentario periodístico— deja el silencio impuesto a sus cuarenta años de vida activa como hombre de negocios, para salir a la pública palestra. Poco en efecto le hubiera costado publicar una solicitada o un anuncio comercial más, del tamaño y precio que fuera. No, esta vez él personalmente concede la entrevista en inusual descarga del peso de su autoridad. Tam-

³⁰ "Lobo dreams of benefits for Cuba in plan to modernize sugar mills", en *New York Herald Tribune*, 23 de marzo de 1958; David Steinberg, reportero, *Financial-Business*, 2a. sección, pp. 5-6.

poco era cuestión de hacerlo a través de un diario cubano, sino del *New York Herald Tribune*.³¹

Era pues la tribuna dirigida a los norteamericanos. La ocasión se prestaba pues Julio Lobo acababa de adquirir ingenios azucareros por valor de 24.5 millones de dólares, comprendidos un ferrocarril, usinas, etcétera.³² ¿Qué decía el entrevistado? "Debemos modernizarnos o morir". Otra vez la situación planteada en términos de alternativa dramática. Con una variante: "modernizarnos".

Ahora bien, todo el mundo sabe lo que en buen romance significa: bajar los costos. Y bajar los costos es esencialmente para eso: ganar mercados, desplazar la competencia. "Debemos modernizarnos o morir", no era pues sino otra forma de expresar la alternativa conocida: "competir o perecer". Mas, como se ha señalado, la tecnificación no proporcionaba grandes posibilidades y, en realidad, para competir hacía falta otra cosa: decidirse a producir azúcar a capacidad plena y toda lanzarla al mercado, esto es, el sistema de las zafras libres. Es lo que, en otros términos, concluía en definitiva Julio Lobo: "Estamos firmemente convencidos de que el reto al azúcar hoy día puede responderse con un consumo aumentado en lugar de una producción disminuida".³³

Tales son los párrafos que por su parte elige la revista empresarial para reproducir en sus páginas, a los que añade este comentario:

Precisamente ésta es la posición que ha adoptado *Cuba económica y financiera* durante largos años. No es restringiendo zafras, ni defendiendo exclusivamente el precio como mejor se sirve a nuestra industria azucarera. Estos dos sistemas son negativos, tanto a corto como a largo plazo, pues a menor producción mayor costo por unidad y mayor oportunidad damos a otros países para aumentar su capacidad...³⁴

Hemos seguido la actitud de la burguesía azucarera a través de manifestaciones recogidas en la prensa del período hasta rematar en las declaraciones de Julio Lobo. Declaraciones que se expresan con motivo de sus reinversiones azucareras. Es precisamente esta cuestión la que se encuentra en la base, necesaria para medir si la burguesía se iba en palabras o si en principio ya acompañaba de hecho sus manifestaciones de descontento. Y bien, la actitud asu-

³¹ *Ibid.*

³² *Ibid.*

³³ *Ibid.*

³⁴ "Opiniones azucareras internacionales", p. 39.

mida por Julio Lobo coincidía con la observada en general en el seno de la clase.

Cierto es que los hacendados habían sido acusados de preferir prudentes reinversiones en inmuebles en Miami o New York, en bonos del gobierno federal norteamericano o bien en el atesoramiento de dólares en bancos extranjeros.³⁵ Quizás optarían por ello antes que reinvertir en industrias no azucareras. Pero no nos podemos basar en supuestos: la tendencia general de las dos últimas décadas era expansiva: la "cubanización" de las inversiones extranjeras del azúcar, al punto de haber triplicado en ese lapso la capacidad productiva. Todo indicaba una *voluntad azucarera* que, al sobrevenir la crítica coyuntura de los años cincuenta, motorizaba una situación competitiva originaria, pasando a un planteo de guerra por los mercados con destinatario los remolacheros del norte.

Guerra por los mercados. Pero no sólo ésa, la "de los azúcares". Otra guerra, en el sentido más propio de la palabra, conmovía por entonces al país y se libraba en provincia de Oriente, en cuyas montañas se hacía fuerte la guerrilla comandada por Fidel Castro. Curiosamente, en el mismo ejemplar del *New York Herald Tribune* donde Julio Lobo había lanzado su desafío anti-remolachero, se hacía la crónica y evaluación del estado de la lucha armada.

La guerra total comenzará el 10. de abril, dicen los rebeldes cubanos liderados por Fidel Castro. Fue un ultimátum directo a la dictadura del Presidente Fulgencio Batista. La osada proclama rebelde de "guerra total" parece a primera vista como destinada a hacer ruido, a la luz de sus comparativamente escasas cohortes en las montañas de la provincia de Oriente. Sin embargo, se trata de un manifiesto que debe ser tomado en serio en vista del hecho que los rebeldes se han batido tenazmente contra las tropas de Batista, y además que su espíritu revolucionario parece haber rápidamente calado hondo en Cuba.³⁶

VI. El pacto de Caracas

No se equivocaba el diario norteamericano. La fuerza de la guerrilla instalada en las montañas cubanas no podía medirse por el número de sus efectivos sino por el apoyo creciente con que contaba, por la solidaridad que le llegaba, incluso desde los núcleos de la

³⁵ *Informe sobre Cuba*, t. 1, pp. 9-10 y 22-23.

³⁶ "Cuba rebel threat", en *New York Herald Tribune*, 23 de marzo de 1958.

burguesía no azucarera, especialmente en la provincia de Oriente. Y en cuanto a la población en general, venía sufriendo no sólo el deterioro de las condiciones económicas, sino el peso de una dictadura, tal como el *New York Herald Tribune* califica al gobierno de Fulgencio Batista. Una mecánica de protesta-represión-protesta iba en ascenso, cobraba las formas más agudas pues la dictadura no conocía límites en el empleo de la represión, ni el pueblo cejaba en su respuesta.

Fue entonces cuando la burguesía azucarera prestó atención. ¿Qué estaba pasando en la Isla? ¿Qué significaba todo ese ruido de armas? ¿Quién era este Fidel Castro, especie de Robin Hood de las montañas de Oriente? Uno que bien pronto podía suceder en el gobierno a Fulgencio Batista. Y que tenía la audacia que le faltaba a éste, el hombre de las zafra restringidas, de la firma del Convenio de Londres, de la pasividad frente a los remolacheros del norte.

Era un momento histórico en el que la Revolución advertía la proximidad del enfrentamiento militar decisivo y, con éste, la necesidad de acumular en un polo todas las fuerzas sociales capaces de cerrar paso, o cuando menos, restar apoyo a la dictadura, o, dicho en otras palabras, aislar al enemigo. Era pues un momento de necesario repliegue programático. Difícilmente los hacendados se negarían —o declararían una neutralidad objetivamente favorable a la Revolución— a quien se pregona partidario de nacionalizaciones.

Así lo testifican las declaraciones dadas a conocer por la prensa. Nos referimos tanto a las de Julio Lobo ya citadas como a las que por entonces viene formulando Fidel Castro allí donde le es permitido, esto es, en órganos periodísticos de Estados Unidos cuyo eco recogía de inmediato en Cuba, y que se encuentran algo olvidadas por cierto sector de los historiadores. No podemos en este texto reproducirlas todas, por lo que remitimos al lector a las fuentes.³⁷

Una de ellas consiste en declaraciones formuladas al periodista norteamericano Andrew Saint George, de quien lo menos que se podrá decir es que era un exaltado anticomunista. En uno de los párrafos Fidel Castro manifiesta: "Nuestro movimiento 26 de Julio nunca proclamó la nacionalización de las inversiones extranjeras aunque yo, por mis veintitantos años, personalmente abogué por

³⁷ Entre otras: Fidel Castro, "Inside Cuba's Revolution", en *Look*, 4 de febrero de 1958, pp. 24-30; Fidel Castro, "Why we fight", en *Coronet* (Chicago), febrero de 1958, pp. 80-87; "Castro on eve of his big bid", en *Life*, 14 de abril de 1958; "Cuestionario de Jules Dubois", en *La Revolución Cubana* (documentos de la revolución), prólogo y notas de Gregorio Selser, Buenos Aires, Palestra 1960, pp. 147-151; "Cuba, this man Castro", en *Time*, pp. 35-36.

la nacionalización de los servicios públicos. La nacionalización nunca puede ser tan beneficiosa como una correcta inversión privada, sea criolla o extranjera, que lleve como finalidad la diversificación de nuestra economía".³⁸ La nacionalización de las compañías eléctrica y telefónica, ambas propiedades de capitales norteamericanos, había sido propuesta por Fidel Castro en *La historia me absolverá* (1953).

Representativo del conjunto de expresiones vertidas por esa época, el párrafo expresa claramente el repliegue programático de los revolucionarios en bien de la unidad de todas las fuerzas posibles contra la dictadura. Son parte de una deliberada táctica política y confluyen objetivamente —junto a otras como las declaraciones de Julio Lobo— hacia un acuerdo político donde quedará concretado el frente antibatistiano; es el documento conocido como "Pacto de Caracas", y al cual pasaremos a referirnos. Como telón de fondo permanecía la "guerra de los dos azúcares", según la recordada expresión de un clásico autor cubano; y la otra guerra, la guerra civil, en fase de agudo y decisivo enfrentamiento a medida que avanzaba 1958 y cuyo teatro principal continuará siendo el que había apuntado el desembarco del Granma, la Sierra Maestra.

No sin vicisitudes, con marchas y contramarchas, luego de acordar un manifiesto y romperlo tiempo después, se llega finalmente al Pacto de Caracas, fechado el 20 de julio de 1958.³⁹ Permanecerá vigente hasta la caída del régimen y, no obstante ausencias que se revelan entre los firmantes, constituye el documento fundamental de unidad de las fuerzas de oposición. Junto a Fidel Castro figuran connotados representantes de corrientes políticas tradicionales como Carlos Prío Socarrás —el Presidente depuesto por el golpe de Estado de 1952— y personalidades no partidarias. Nombres vinculados a las altas esferas de negocios que operaban en la Isla, y que contaban al momento de requerirse amplitud en el movimiento antidictatorial.⁴⁰ El Pacto de Caracas convocaba a la nación entera, con expresa mención de los hacendados.

¿Cómo respondieron éstos en conjunto? Culminaba un proceso cuyos rasgos sobresalientes se ha intentado dibujar a lo largo de la década. De más en más la burguesía azucarera fue traduciendo las expectativas económicas en definición política. Y ésta fue apu-

³⁸ Fidel Castro, "Inside Cuba's Revolution".

³⁹ El Pacto de Caracas reclamaba explícitamente la unión de obreros, estudiantes, miembros de las profesiones liberales, comerciantes, industriales, colonos, campesinos y hacendados. Texto incluido en *La Revolución Cubana*, Documento de unión de las fuerzas opositoristas, pp. 152-155.

⁴⁰ Fidel Castro, *Discurso pronunciado por el primer ministro del gobierno revolucionario* (1-2 de diciembre de 1961), varias ediciones.

rada por un hecho que súbitamente tornó dramática la situación. En diciembre de 1958 la guerra civil se extendía desde la Sierra Maestra en oriente hacia el centro del país, y por esta causa no podía darse comienzo a la zafra. Al estar ésta en peligro, la burguesía azucarera en bloque aventó toda duda: que cayera Fulgencio Batista. Desde luego, el compromiso se remontaba a meses atrás, con ocasión de la firma del Pacto de Caracas.

Dejemos que dos de sus partidarios, que ocuparon altos cargos en el gobierno, nos hagan el relato de esas semanas finales de 1958 en el marco de la Asociación Nacional de Hacendados. Con cierta amarga ironía, explican:

Se discutía con inusitado patriotismo si debía o no exigirse al Presidente Batista que renunciara. Se describía la situación y se planeaba la forma de ubicarse mejor junto a la revolución con frases como éstas: "Señores, la revolución es un hecho. No debemos permanecer alejados de quienes están llamados a escalar el poder". Algunos (hacendados), más listos, descubrían que desde hacía rato estaban en contacto con el 26 de Julio. Otros, los más comprometidos con el gobierno, se justificaban con un: "No vamos a conspirar contra Batista, sólo a proteger nuestros intereses que son los de la nación".⁴¹

Fulgencio Batista... en tal trance puede pensarse que ya nadie estaba dispuesto a brindarle su apoyo. Sin embargo, pocos días antes de su caída el senador norteamericano Allen J. Ellender, de visita en La Habana, declaró a la prensa que él estaba decididamente a favor de Fulgencio Batista y en contra de Fidel Castro, a quien llamaba un "bandido".⁴² Como se recordará, el senador era el defensor de los intereses de sus representados, los remolacheros norteamericanos...

Conclusiones

Nos hemos detenido particularmente en este momento histórico, de notable superposición de lo político sobre lo económico. Dos hechos resaltan en el punto de partida: la contracción azucarera y el golpe de Estado de Fulgencio Batista. Y, entre ambos, el descontento que provoca la primera. Para eso, en efecto, ha sido llamado el "hombre fuerte". Coincidente con los requerimientos hemisféri-

⁴¹ Jorge García Montes y Antonio Alonso Avila, *Historia del Partido Comunista de Cuba*, Miami, Ediciones Universal, 1970, pp. 546-547.

⁴² "Enemigo público No. 1 de Cuba", en *Bohemia*, 10(1959), p. 19.

cos de la guerra fría, ningún gobierno civil sería capaz de encarar su tarea. La tarea de decir a los cubanos: resignense al deterioro que les traerá la contracción azucarera. De allí que esta última sea reivindicada por nosotros en el punto de partida. A la apertura del período 1952-1959 no aparece el golpe de Estado sino un conjunto interactuante de oferta azucarera en alza en el mercado mundial que choca con la zafra gigante cubana de 1952 para arrojar el nuevo signo en la política económica de la Isla: contracción azucarera.

Zafras restringidas... ¿qué son sino una serie de malas cosechas? Con la diferencia de que no cabe echarle la culpa a la naturaleza... con la semejanza de que el mercado mundial actuaba sobre el país con tanto imperio como la naturaleza. En suma, un período descompensando el proceso a la base: la relación entre la Isla y el mercado mundial. O, dicho en otras palabras, un tiempo corto que cuestiona el contenido de la larga duración cubana.

Todavía antes que Fernando Ortiz, otro clásico autor cubano, Ramiro Guerra, enumeraba ya en 1927 como primera contradicción para el empresario cubano, la siguiente: "contra la producción azucarera de los Estados Unidos y de sus posesiones insulares (Hawái, Puerto Rico y Filipinas)".⁴³ El autor subrayaba seguidamente el carácter estéril de esa contradicción en el campo económico, dada la potencialidad del competidor. Tal vez haya sido así y la disputa por los mercados estuviera perdida para la burguesía cubana. Vino la revolución, cambió las reglas del juego, y el desenlace no pudo saberse. De cualquier modo la contradicción, hasta el punto en que pudo desarrollarse, rindió frutos en otro campo: el político, allí donde el hecho revolucionario acorraló a la burguesía arrancándole decisiones cuyas inmediatas consecuencias estuvo entonces muy lejos de calcular.

Los hacendados cubanos apostaron y perdieron. Jugaron a que el torbellino de los años cincuenta sirviera a sus intereses—"que son los intereses de la nación", como todavía decían en vísperas de la caída de Fulgencio Batista— pero el torbellino fue más fuerte, y los arrastró hacia un juego donde las apuestas serían más altas que sus intereses. La Revolución dio en 1952-1959 con un impensado aliado y la burguesía azucarera aceleró la marcha hacia un destino por entonces más impensado aún.

Tumbada la dictadura, el período cede lugar a otro de distinto carácter, tal como lo evidencia la variación de las contradicciones sociales a partir de 1959. No aceptará la burguesía de los ingenios y de los latifundios pagar el precio de la reforma agraria

⁴³ Ramiro Guerra, *Azúcar y población en las Antillas*, La Habana, Instituto Cubano del Libro, 1970, p. 113, prólogo de Manuel Moreno Fraginals.

para continuar gozando de apoyo en su disputa por los mercados. Toda tarea de liberación nacional acabará por resultarle irritante y rápidamente será cancelado el compromiso con las masas rurales, la clase obrera y otros sectores populares, al alistarse la burguesía con su reciente adversario, el capital extranjero.

Pero ésta es ya otra historia. Y nuestras notas no van más allá de un período de la Revolución cubana: cuando los hijos del azúcar—esos millones que de una u otra manera quedaban involucrados en su circuito— derribaron a Fulgencio Batista; y cuando los hacendados, entonces amos del azúcar, abandonaron al dictador en su caída. Bien pudieron después preguntarse sobre aquéllo que el filósofo Hegel llama la astucia de la Historia: acciones orientadas hacia un fin se vuelven en dirección opuesta y, cayendo sobre sus autores, los dejan atrapados.

VINO DEL SUR.

Relato a varias voces.

Por Jorge LÓPEZ PÁEZ
CUENTISTA MEXICANO

REGINA

—**C**ONOCÍ A uno de los hombres más excitantes, más, ¿cómo te diré?, algo más que interesante, no sabría cómo explicártelo. Lo único que puedo decirte es que debes conocerlo.

Regina interrumpe la conversación. Sin ninguna duda toma un disco y lo coloca en el tornamesa. Su aparato es de primerísima y como consecuencia el ruido, que no sonido, impide cualquier conversación. Se vuelve hacia Adolfo y Enrique, sentados éstos al fondo del salón de música, quienes abstraídos en su plática no se dan cuenta de que Regina viene hacia ellos moviéndose, y valga el adjetivo manido, "excitantemente", ondulando sus caderas, echando hacia atrás su cabellera, como una absoluta sublimación de cualquier escena de seducción en una película de Juan Orol. Enrique, con su pesadez y sus dificultades para moverse, a pesar de las operaciones para corregirle sus juanetes, hace un intento, por pura cortesía se levanta a bailar siempre *comme il faut*. Enrique sonríe, sin emitir palabra se disculpa de su torpeza. Regina se mueve para un lado para otro, dirige una mirada acá, otra allá, ante cualquier observación, que es obvio, no oye, se ríe mostrando toditita su dentadura, perfecta. La pieza se nos hace, a los cuatro hombres que estamos, larguísima. Sienta por fin, extenuado a Enrique. Adolfo hace el intento de levantarse, al fin y al cabo es su turno, pero Regina lo ignora se vuelve hacia donde estoy yo y Carlos. Con ligera inquietud la veo venir. El ritmo es rapidísimo. Ella sabía, invita a bailar a Carlos, y no pudo haber escogido mejor compañero. Ella se mueve como utensilio eléctrico de cocina un poco desconchinflado. Carlos cumple como primer bailarín de la más célebre bailarina, esto es no le hace sombra. Después pensé que el disco había sido escogido con premeditación. Vino el respiro: una pieza con un ritmo menos rápido y que bailé yo. Mudo, atento a los movimientos de ella, a sentirme un satélite más de su círculo, a sentir el cosquilleo de su

cabellera que parecía, como pulpo, meterse por la boca, por la nariz, por los oídos. Con el sonido tan fuerte nadie hablaba, atentos a la pareja formada por Regina y su seguro servidor.

Me alegré de que terminara mi pieza. Ahora sería el turno de Adolfo. Con una mujer como Regina tendría que bajar su nariz siempre hacia el cielo. A verse los pies, observar por donde se le reuntaba el vientre de Regina, y como es perfeccionista tendría que mostrar sus habilidades. Se asomó una de las sirvientas, con una seña le indicó a Regina que habían llegado otras visitas, y bajando sus manos señaló que llevaban faldas. Regina no pudo controlar un ligero gesto, a ella le hubiera gustado permanecer con sus amigos. Prontamente bajó el volumen del aparato, sin importarle nuestra presencia, reacomodó su vestido y se dio unos ligeros toquecitos en su cabellera. Era otra, y decidida salió al encuentro de sus huéspedes. Estas resultaron amigas nuestras. El volumen del aparato no volvió a aumentarse, nadie sugirió que se bailara.

El final de la comida resultó desconcertante. La hermana de Regina, Conchita, fue la que dio la señal de la desbandada. Se disculpó y a las cuatro y media partió, y todo mundo tuvo un pretexto para retirarse, salvo Carlos y yo. Regina insistió en que nos tomáramos unos aguardientes franceses. No la íbamos a dejar sola. Ella se había preparado para pasar la tarde en nuestra compañía. Mientras servía mi *poire*, sin volverse, y como si no se hubiera interrumpido nuestra conversación.

—Y pensar que ayer, precisamente, a estas horas estaba con Alberto.

—¿Alberto? ¿A quién te refieres, a Alberto Camacho?

—No, no. Alberto Hernández.

—Te aseguro que con ese nombre conozco como a veinte. Desde los compañeros que me tocaron en la primaria, secundaria, preparatoria. . .

—No sigas. Tienes razón. Pero este Alberto Hernández es especialísimo. Es este hombre del que te hablaba hace rato.

Intervino Carlos: "Yo estaba distraído. No oí nada. ¿O pudieron hablar con el tocadiscos puesto?"

—Le platicaba a Ezequiel —explicó Regina— que conocí a un hombre, con decirles que no había conocido ninguno como él. Es argentino. . .

—¡Ah carambas! —exclamó Carlos.

—Ahí está lo increíble. No habla como ellos, esto es no tiene acento, y nunca le oí un "Che".

—Entonces verdaderamente sí debe ser notable —volvió a comentar Carlos, zumbón.

—Yo no había visto un hombre al que se le rindieran las mujeres. Le caen.

—¿Y cómo lo sabes? —Carlos volvió a la carga.

—Yo vi algo: todas se le resbalaban, palabra, y además Otón (mi marido) me contó muchas cosas. Esto no es de los últimos días, ya otra vez me tocó ver a una norteamericana guapísima que se sentó, ya no sé con qué pretexto, se sentó en nuestra mesa a fumarle.

—Bueno —dije yo—, hablas de ayer y de la otra ocasión. A mí, ni a Carlos que yo sepa, nos has contado dónde estabas ayer y cuándo fue la otra ocasión. Ayer por casualidad nos encontramos con Conchita tu hermana en un restaurante, hablamos de ti, que hoy vendríamos a comer a tu casa y no mencionó que estabas fuera.

—Ni que fuera mi boletín, es simplemente mi hermana, y no tiene que saber todo lo mío y yo no sé todo lo de ella. No estuve aquí en la ciudad desde el sábado pasado. Con mi color de cafiaspirina no se ve que estuve cinco días en la playa, en la playa más hermosa que hayan visto. ¡No me vayas a decir que la conocen!

Hicimos un movimiento con la cabeza, aún sin saber el nombre, para que continuara hablando.

—Es una playa de Jalisco, se llama Tenacatita. Son kilómetros de playas a cual más bonita, hay arroyos que allí desembocan, unas bahiñas increíbles, como para pasar una luna de miel o un romance de ría-ca-chá.

Al decir esto se había levantado, hecho un movimiento cachondo y dispuesto a bailar o a recordar o a imaginar alguna aventura ardiente.

—De veras muchachos: son unas playas padrísimas. Precisamente por eso estuvimos allí. Hay mucha gente interesada en hacer hoteles, fraccionamientos, qué sé yo. Otón fue por encargo del gobierno. Ya ha ido otras veces, yo lo acompañé la otra ocasión y ésta, de la que regresé ayer, entre otras cosas, y que lo sepan, porque los había invitado para hoy, y no quería que me murmuraran porque los había dejado plantados. Nos rogaron mil veces para que nos quedáramos para una fiesta. Es cierto que también Otón tenía que volver, y no me iba a dejar sola echándome mis ría-ca-chás.

—¿Y si él se hubiera quedado solo se hubiera echado sus ría-ca-chás? —le pregunté para provocarla.

Volvió a levantarse. Movié la cadera. Nos vio maliciosa y explicó riéndose: "El pobre no sabe bailar: ¿Lo han visto alguna vez?"

Sabedora de que nos había ganado el punto, sin consultarnos lle-
no de nuevo nuestras copas.

—Recuerda Regina que nosotros tenemos que regresar. Yo creo que todos se fueron porque vieron que iba a llover. ¿No sería bueno que pidiéramos el taxi? Si cae un chubasco no va a haber coches en el sitio.

—No se preocupen. Ya sabe la operadora del sitio que siempre le mando dinero. Si no ya lo verán. En cambio yo sí me preocupé...

Nos provocó el suspenso. En vez de la cara desmadrosa y alegre cuando bailaba puso otra de dramática preocupación.

—Otón y Alberto desde mediodía, dueños de cientos de kilómetros de playa, bajo una palapa, rodeados de comisarios ejidales, de posibles inversionistas, en que aventaban proyectos, a cual más fantástico, comenzaron a beber desde mediodía.

—¿Y tú qué hacías? —inquirió Carlos.

—¿Qué creen? ¿Qué creen? Nada más, nada menos que la niña bonita, con la que todos les hubiera gustado... ¿Qué creen?

—Bailar un ría-ca-chá.

—Eso mero... y si les confieso a mí también. Con decirles que hasta unos jaraneros aparecieron, no sé si vinieron por el mar, de tierra adentro o por avión. Porque eso no se los he contado: sobrevolamos las playas de Tenacatita varias veces en una avioneta. Vimos otras playas, también desde el aire y consideramos.

—Tú también interviniste.

—Aunque no lo hubiera querido: "Señora ¿no cree usted esto o aquello o lo de más allá?". Y ni modo que me hubiera quedado muda. Además, ustedes me conocen cuando me entusiasmo. Con decirles que lo único que les puedo aconsejar: Tienen que conocer Tenacatita. Es como un paraíso, o lo más cercano, es lo que a mí me parece. Les hubiera gustado la reunión bajo la palapa. Ya entrada la tarde, yo entre tanto hombre, no sé por qué me acordé, o más bien, no me gustaría decir por qué, de *De repente en el verano*. Entonces me guardé de no reírme, de no echar relajo. Otón y Alberto ya estaban borrachos y los otros, naturalmente, también. El sol, al ras del horizonte, nos llenó de luz, nos alucinó, ¿así se dice, verdad? Ya a contraluz se veía el licor, aun las simples cubas preciosas, resplandecientes. Recuerden que soy pintora. Dije cubas, sí, cubas-libres, porque también había champañá. Dízque para mí. A Otón no le gusta. Y Alberto, tan mono, para no dejarme sola, me acompañó. Era chistoso: algunos de los comisarios también aceptaron, curiosos, una o dos copas. No sé de dónde aparecieron unos nubarrones por donde se pone el sol. Obscureció de repente. A pesar de los tumbos de las olas del mar oímos unos truenos espantosos, los que como hacía un rato los rayos del sol, nos deslumbraron. Entonces la desbandada. Entre el retuendo los

sonidos de los automóviles que se iban. De tantas gentes en la palapa nos quedamos ocho: Otón, Alberto, el chofer de éste, un copiloto, y yo, y dos sombrerudos. Explicó el copiloto que no podíamos regresar a Colima, la avioneta se la habían llevado temerosos de que el viento la arrastrara, mañana temprano vendría por nosotros. Otón y Alberto parados se sostenían en los respaldos de los equipales.

—No se preocupen —señaló Alberto— vamos a donde está el desarrollo (turístico), no sé si sepan que ahí vivo. Ocuparán mi recámara.

—¿Pero tú Alberto? —pregunté yo. Y él tan caballeroso explicó:

—Hay mil y un lugares para mí —respondió jactancioso, e invitó al copiloto a que nos acompañara. Ya empezaba a llover, y ustedes que son del trópico saben cómo llueve en el mero trópico. Yo estaba con miedo, con mucho miedo, con decirles que no se necesitaba la luz de los fanales del yip, el relampagueo iluminaba el camino, y los rayos encendían las copas de las palmeras. Diluviaba. Debo decirles que yo iba adelante con el chofer, y Otón, Alberto y el copiloto atrás. Me imagino que como yo estaban ellos agarrados de donde podían para no salirse del yip, porque no les he dicho que no tenía techo. Agua arriba, agua abajo, como si fuéramos en un río. Llegamos por fin a la carretera pavimentada, era un respiro, los brazos me dolían de tanto esfuerzo en sujetarme, y no me lo van a creer, en ese momento, se sirvieron un jaibol Otón y Alberto.

—¿Pero cómo? —pregunté.

—Tú no sabes los recursos de los borrachos. Chupaban directamente de una botella que traían, y que no sé cómo no se rompió, y absorbían el agua del cielo.

—¡Ah!

—A Alberto se le alcanzaba a ver, con los resplandores, lo verde de sus ojos, y el camino parecía que nunca iba a acabar. Dize que era un "desarrollo turístico", yo sólo vi como ruinas. El par de borrachos, todavía se pararon como a cien metros de distancia de él, a verlo. El copiloto me sostenía en un montículo, como si no creyera lo que veía. Palabra.

Vimos caminar a Alberto y Otón. Iban en dirección de los edificios en construcción. La lluvia y los rayos sin cesar. En ese momento lamenté llevar mis zapatos con tacón alto. Si no hubiera sido por el copiloto que me sostenía hubiera tenido que andar a gatas. Ustedes saben lo que es entrar en edificios en construcción: todo el piso lleno de alambres, varillas, trozos de madera: el es-

panto y además, para que se entienda bien, esto en el trópico. Pensé en las víboras, en las tarántulas. Veía uno todo a la luz del relámpago y luego la oscuridad. A unos diez metros adelante Alberto y Otón. Un relámpago, seguimos caminando, ya no vi ni a Alberto ni a Otón. Nos detuvimos a esperar otro relámpago. Tampoco los vimos, y otro relámpago y otro. Volvimos a caminar. En medio del ruido del agua y los truenos creí oír una voz, la de Alberto. Al acercarnos claramente oí: "¡Cuidado, cuidado!", la voz como de ultratumba. A pasos muy lentos nos acercamos a donde creímos que venía la voz. Un relámpago nos reveló un foso, con muchísima precaución nos aproximamos. Como tres metros abajo, en una saliente estaba Alberto y mucho más abajo, al día siguiente calculamos que era a unos siete metros de profundidad Otón, batido, lleno de lodo, vuelvo a repetir todo visto como si se cortara una película, por la visión de los relámpagos. Empezamos a buscar algo con que izar a Alberto, había palos llenos de astillas, hasta que por fin se le ocurrió al copiloto tomar una varilla de hierro. Con grandes esfuerzos logramos sacar a Alberto del foso.

—Necesito un trago —fue lo primero que dijo al salir del hoyo.

—Ustedes traían la botella —respondió el copiloto.

Con gran tranquilidad, como si no hubiera apuro, repuso: "Entonces la tiene allá abajo Otón".

Se volvió a ver por todos lados, como si estuviera en un campo de golf, con toda calma: "No se muevan de donde están. Voy por gente". Entonces sentí frío, me puse a temblar. El copiloto para darme calor me apretó en sus brazos. ¡Qué musculatura, qué fuerza! Oímos voces, luego aparecieron como seis gentes. Dos, sujetándose a una reata bajaron para subir a Otón. No lo hubieran creído. Todo sucio, más bien batido, escurriendo lodo, y sin soltar la botella. Debo confesarles que me reí, y el copiloto también.

Después de bañado Otón, también lo hice yo. Lo encontré tomándose otra copa de whisky. El cuarto de Alberto tapizado con fotos de mujeres bellísimas, unas vestidas y otras no. Mientras me secaba no vi nada en la ventana, después me pareció que me espiaban. Me entró miedo, ya para entonces Otón roncaba. Seguía lloviendo, pero sin intensidad. Apagué la luz. Creí ver en la ventana, sin cortinas, los reflejos de una linterna sorda, y creo que también oí "Florecita", silbada. Yo la había pedido a los cantineros varias veces. El silbador no parecía cansarse. Yo estaba extenuada, nerviosa, pero la curiosidad me mataba por saber quién me llamaba: Alberto o el copiloto.

Ustedes sí saben, claro que saben cuando se levanta uno en el trópico después de un tormentón. Todo parece como si hubiera sido un sueño. Las únicas evidencias son uno que otro charco y los moretones que tenía Otón. Este se levantó antes que yo. Luego lo oí hablar desde afuera. Reconocí las voces de Alberto y del copiloto. Me arreglé lo más pronto que pude. Otón, mi marido, reía.

—Ven a ver dónde nos caímos. ¡Qué suerte! Al fondo del hoyo, a un lado, hay una roca. Bien dicen: no llegué a la raya.

—Yo quisiera un jugueto, o algo, un café.

—Nosotros...

Interrumpí a Otón. "Sí, ya sé, se tomaron su whisky".

—Yo no —dijo el copiloto—, como si fuera de otro equipo. "La avioneta ha de estar por llegar. Nos hizo señas de que nos calláramos. Yo oí el fleco de las palmeras. Ahí viene. Si quieren tomar en Manzanillo el avión para México nos tenemos que ir inmediatamente".

—Y ya ven muchachos —nos dijo a nosotros—. Aquí estoy. Tómonse la del estribo. Mientras lo hacen llegará el taxi.

Nos dejó por un momento, al regresar, como si hubiera dejado una frase sin terminar: "Pues Alberto...".

—¿En qué te quedaste? —pregunté.

—Nos fue a dejar a Manzanillo. No saben qué tipazo. Ya se los presentaré.

Al arrancar el taxi Regina se quedó parada frente a la gran puerta de su casa, sola, salvo por los dos grandes perros que asomaban sus hocicos a cada lado de sus muslos.

EL DOCTOR

—Cuando una gente te advierte sobre su comida la cosa pinta mal. ¿Qué es eso de servir ostiones, vino blanco y quesos? ¿Qué no tienen una magnífica cocinera? ¿Acaso no son ricos? Todo eso no es sino pura güevonería, todas las cosas en ía: tacañería, descuidaría, y otras cosas más que ya me aburren.

—¿No vas a ir entonces? —le pregunté.

—¿A dónde crees que pueda ir? Claro que voy a ir. Voy a llevar mi saco blanco que me compré en Venecia, y mis zapatos de dos colores, que por si quieres saberlo también me los compré allí.

—Al verte tan enojado pensé que no ibas a ir.

—En verdad me da coraje, porque tienen dinero creen que se les puede perdonar todo. Si no saben cómo dar de comer: que pregunten; si no saben hacerlo que lo compren; si no saben servirlo: que alquilen varios meseros.

—Ya te volviste a sulfurar. ¿Por casualidad no te compraste una camisa en Venecia para que vayas envuelto en ropa y fragancias del Adriático?

—No me importa cómo vayan a ir ustedes. Y ahora que me acuerdo también tengo una camisa que me compré en Milán.

Olvidó los futuros agravios que recibiría en la casa de Regina y de Otón y continuó enumerando las prendas de vestir que se había comprado en su último viaje a Europa, como el tema me aburre me volví, en el primer descuido del doctor Pruneda, a platicar con Rosendo Castillo, el cual no había sido invitado para el próximo sábado a la casa de Otón y Regina Palancares.

El viernes, muy temprano, llamó el doctor Pruneda. "Te vienes tú y Carlos temprano aquí a la casa, nos tomamos una copa antes de irnos. Ya invité también a Rosendo Castillo, así tenemos quién nos lleve a la casa de los Palomares".

—Yo preferiría irme directamente. Si empezamos a tomar en tu casa...

—Te juro que nada más será una; para animarnos. Esta se nos bajará en el trayecto. No sé cómo se les ocurrió a los Palancares vivir tan lejos. Es muy distinto llegar ya con una cuba entre pecho y espalda. Recuerda además que cuando llega uno, apenas han mandado a comprar las bolsitas de hielo. En realidad no son bien organizados.

—Antes de que te vuelvas a sulfurar le voy a cortar. Mañana nos vemos en tu casa a la una y media.

—A la una. No me gusta tomarme mis copas con apuración. Guillermo, el minimayordomo, como solía llamarle la concurrencia habitual de la casa del doctor Pruneda, nos esperaba en la puerta del departamento del doctor. Sonreía. Su filipina bien planchada, nos saludó con los ojos y con los mismos preguntó sobre nuestra bebida.

La casa del doctor Pruneda era un ejemplo en su organización. No bien sentados ya estaban las copas servidas enfrente de uno, con su respectivo protector. Me extrañó ver además de Rosendo Castillo a Pedro Terán. Ya me había admirado que Rosendo estuviera invitado a la casa de los Palancares, pero todo era posible cuando intervenía el doctor Pruneda. Si en un comienzo no habían invitado a Rosendo era posible que el doctor Pruneda hubiera llamado a Regina: "Rosendo está muy solo, ¿no tendrías inconveniente en que lo lleve el sábado a tu casa?". Y esto no obedecía a razones humanitarias, sino a interesadísimas intenciones del doctor Pruneda: Rosendo era poseedor de gran automóvil del año, de ese modo el doctor Pruneda llegaría a la casa de los Palancares

en elegante automóvil y sus amigos a su alrededor como si fuera su séquito.

El doctor Pruneda atento a sus invitados, celebrando cualquier chiste, cualquier broma, y deleitándose en las propias. Había un pero: sus ojos verdes con su córnea, a esa hora todavía blanca, delataban su temperamento violento. Algo le molestaba. Las copas medio vacías de Rosendo Castillo y de Pedro Terán fueron cambiadas por otras rebosantes. Miré a Carlos, que se chiquiteara la suya, la jornada se anunciaba a que fuera larga. No íbamos a llegar a la casa de los Palancares ya borrachos. Consulté mi reloj, al observarme señaló el doctor Pruneda: "Tan pronto como se terminen la copa Rosendo y Pedro nos iremos. Siquiera para que no seamos los primeros y ya tengan preparado el arsenal. Yo, y no por echármelas, si voy a servir vino ya tengo descorchadas las botellas. Vamos a llegar y ya verán: apenas van a sacarlas dizque de la bodega. ¿Te han llevado alguna vez a verla? Ustedes que son los consentidos. Lo que sí me alegra es que en un día, caluroso como éste, les van a consumir mucho. ¿No lo crees?"

—No sé quiénes vayan a ir. ¿Tú lo sabes?

—De veras. ¿Quién crees que vaya a ir?

—Ni por consentido que me llamas jamás me han consultado sobre los invitados ni espero que jamás lo harán.

—Los Iturriaga, los Aguirre, ojalá y no vaya la resaca de la hermana, la que siempre me ha rechocado, o la prima de Regina esa Margarita. A la única que le cae bien es a Regina porque la imita. Regina le puede decir a uno "¡Estúpido!" Y lo dice con gracia, en cambio la prima esa Margarita repite "¡Estúpido!", parece como si uno lo fuera y a la vez le mentara a uno la madre.

—Doctor —anunció el minimayordomo— ya son las dos. Todos nos levantamos a la vez. El doctor Pruneda me hizo una seña con los ojos para que me retrasara. Carlos, Rosendo Castillo y Pedro Terán desaparecieron por la escalera. Precisamente bajo el dintel de la puerta, ya no al alcance del oído de la concurrencia, sin bajar la voz dijo el doctor Pruneda: "¿No estarías tú molesto si te imponen una persona? ¿Verdad que sí? Pues me la hizo Rosendo Castillo. Sin decir 'agua va', se presentó con el prieto horroroso de Pedro Terán, con lo mal que me cae, con lo vulgar que es. Rosendo, como siempre gentil, lo sentí 'chiveado', pero el negro ese lo ha de haber aconsejado. 'Pues Pepe', me dijo, ya con su copa: creo que no voy a ir a la comida".

—Ostionada con vino y quesos —lo corregí.

—Pues a eso, pues Pedro no tiene a donde ir. Acepté la invitación porque Pedro estaría en Morelia. Me da mucha pena.

No le contesté. Fui al teléfono y llamé a Regina. Me dijo que sí lo llevara, claro, no le importa una charola más una charola menos de ostiones a quién le importa, es distinto si se hace una comida de sentados. Tenía que decirlo para que estés atento si es que recibe Pedro alguna mala cara.

Frente a la puerta el automóvil, Rosendo Castillo al volante y Pedro Terán a su lado. Con esa situación terminó de enfurecerse el doctor Pepe Pruneda. A él le gusta, sin tener en cuenta cualquier situación, ancianidad, enfermedad, o los deseos del dueño del automóvil, él tenía que sentarse en el lugar delantero junto al chofer. Recorrimos unas cuantas cuadras en silencio. El egoísmo de Pepe pudo más que el dolor de las afrentas anteriores, a él no le iban a echar a perder una tarde, una reunión a donde él iba a lucir. Hizo una observación aguda, con eso rompió la tensión y llegamos todos de un magnífico humor a la casa de Regina, en la parte más elegante de Coyoacán.

Al fondo del zaguán de la casa de Regina, que da directamente al jardín, un hombre abría ostras. A la izquierda un gran murmullo de voces. Cuando menos eran unas veinticinco personas, de distintas clases sociales, diversos sexos y disímboles ocupaciones: escritores, médicos, amas de casa, señoritas quedadas, músicos, gordos que alcanzarían en el futuro la cabeza de un ministerio. Y, en contra de las negativas predicciones del doctor Pruneda, un mesero distribuía copas, no solamente de vino blanco, oscuras cubas libres, y ambarinos whisksys.

Nos saludó Regina, ya sin las tensiones de los primeros invitados. Era natural que no conociéramos a todos. Hubo algunas presentaciones, que no concluyeron, ya que llegaron más personas, por unos instantes quedó junto a mí el doctor Pruneda.

—No hay que negarlo, son avezadas estas mujeres, te fijaste que el mesero es habilitado, es el mozo de Conchita, la hermana de Regina. Lo que no sé es si le compraron la filipina o la alquilaron. No está tan bien entrenado como Guillermo mi minimayordomo. Si no fijate también en Pedro Terán. No ha terminado de saludar y ya está engullendo un plato con ostiones. Siempre he dicho y lo sigo sosteniendo que la gente sin entrenamiento, esto es, sin educación es la que más se divierte, goza, ¿qué le puede importar al pelado ese?

Las amargas observaciones del doctor Pruneda fueron interrumpidas por Checo de la Lama, quien más tarde llegaría a ser prestigioso gobernador, bajo de altura, bajo de voz, alharaco y sincero. El doctor tuvo que inclinarse para corresponder al abrazo, y fue tal la exageración de sus expresiones que toda la

reunión volvió los ojos hacia ellos. Momentos después se me acercó el mesero habilitado, a quien de sobra conocía. "Dice la señora que se acerque por el rumbo de la cocina".

Obedecí. No sé si Otón había también sido llamado, por ahí estaba sosteniendo un gran vaso con su cubalibre, al parecer distraído o crudo o vigilante o tal vez las tres cosas. Salió con estudiadísima naturalidad Regina de la cocina.

—¿Necesitas algo? ¿No te han atendido bien? Dime.

—Todo perfecto.

—A ti que te gusta la cocina quiero que veas cómo se prepara una parrillada.

—No podrás pedir mejor maestro —recalcó entre pomposo, juaguetón y satisfecho Otón, el esposo de Regina.

Miré a uno y a otro sin comprender. Entonces Regina me tomó del brazo derecho y me condujo al interior de la cocina.

Además de las sirvientas, a las que ya conocía, estaba un hombre rubio, de pelo delgadísimo, de ojos verdes y saltones, delgado, y sobre su saco blanco un delantal de mujer, común y corriente. Grácilmente inclinado sobre una banqueta, sobre la cual estaban colocados unos recipientes y sobre éstos una variedad de carnes. Los ojos de Regina sobre mí. El "güero" absorto en su quehacer, ni siquiera advirtió mi presencia. Salimos al corredor. Otón ya no estaba, sabedor de que había otra persona en la cocina además de las sirvientas. Me tomó del brazo Regina entre cachonda, divertida y curiosa.

—Crearás, lo que es el magnetismo de este hombre: Rebeca (la cocinera) que a regañadientes me hace caso. Tú sabes la historia con Otón, apenas llegó este hombre y la tienes tendida, rendida (perdóname la expresión) la muy jodida. La manda con sólo alzar la ceja.

—Aquí sí no comprendo.

—Este es Alberto, del que te conté lo de Tenacatita.

—Llegué a pensar que era un mensajero, mejor dicho un cocinero.

—¡Qué bárbaro! ¡Estúpido, doblemente estúpido! Vente, vamos a la reunión. Ya después que termine de hacer su parrillada te lo presentaré.

—Oyeme: vamos a promiscuar.

—¡Jesús, José y María! Ni había pensado en eso. De cualquier modo habrá cosas distintas. Otón dijo: "Si hubiéramos sabido que iba a estar Alberto le hubiéramos pedido que nos hiciera una parrillada". Yo no sé si tú creas en la telepatía, pero este hombre,

no hace mucho se presentó con unos bultos que resultaron la carne, y yerbas para hacer esa salsa.

—Chimichurri.

—El chi que sea, pero vámonos, si no va a decir Otón que no atiendo a mis invitados. Mira ahí viene Alberto. Deja que te lo presente. Este, al venir a nuestro encuentro, se re-anudó una corbata roja, muy delgada, para aquellos tiempos. Se inclinaba al estirar la mano, como lo hacía Eric von Stroheim, cuando aparecía en la pantalla de oficial prusiano. Hablaba el español como mexicano, con ligeros modismos argentinos, y le daba a uno el tú a la segunda frase.

—Pero Ché *andiamo*, hace mucha sed. Tú sabes he estado trabajando desde que llegué.

Podía uno resumir la comida: gran borrachera. A eso de las siete de la noche se me acercó Pedro Terán.

—Dile a Carlos que ya nos vamos. No quiero que Rosendo quede hasta las manitas. No te preocupes: yo voy a manejar. Y no es tan sólo eso sino que el doctor Pruneda, ya lo conoces, tan imprudente y mandón, está organizando una excursión.

—¿Excursión?

—Le ha estado insistiendo a Rosendo que nos vayamos a su casa. No sé a cuántas personas más ha invitado. Si nos dejamos él toma el auto y nos deja a todos sentados esperándolo hasta mañana.

Busqué a Carlos: todavía no hacía el bizco, esto es no estaba lo suficientemente borracho, para no poder andar. Estaba encantado, feliz. En un aparte le expliqué.

—No vamos a tener en qué irnos, y a esta hora y en este día no va a haber coches en el sitio.

Apuró su copa. Al llegar a la puerta de salida nos encontramos a Rosendo y a Pedro Terán, como era predecible, pero también estaba el doctor Pruneda, con una copa en la mano. Llegué a pensar en que Pedro Terán me había dicho una mentira, con tal de dejar en la fiesta al doctor Pruneda, y éste se acomodó junto a Rosendo en el asiento delantero. Me volví a ver a Pedro Terán, me hizo señas de que no estaba muy borracho Rosendo. Apenas acomodados en el automóvil se acercó el mesero habilitado con una charola, en ella cinco vasos, todos con cubas-libres. El doctor Pruneda tenía bajado el vidrio de la ventanilla, nosotros no, pero con presteza Pedro Terán bajó el de su ventanilla y nos pasó nuestros vasos. El doctor Pruneda le ofreció el suyo a Rosendo Castillo, y le informó: "Tómame un buen trago. Cuando nos toque un

alto te tomas el otro. Pero no esos tragos de sediento, así no vas a llegar a la casa".

—Tú me habías dicho Rosendo —intervino Pedro Terán— que nos íbamos directo al departamento.

—Del doctor —replicó riéndose y conciliador Rosendo—, te juro que nada más será por un rato.

Pensé que en llegando a la casa del doctor Pruneda nos despediríamos, y lo intenté, pero desde Carlos, pasando por Rosendo, hasta Pedro y el doctor no nos dejaron. Volví a calcular mal: "Bueno, un rato y a la casa". Carlos todavía no presentaba huellas de un futuro estado comatoso.

Para organizar una fiesta de improviso no hay quien iguale al doctor Pruneda. Apenas sentados ya estábamos todos con un vaso en la mano. Lo vi levantarse, ir hacia el balcón, y como era costumbre en esa casa, arrojó la llave de la puerta de la entrada al edificio, y se dirigió hacia la puerta del departamento. Voces jadeantes se oyeron, cosa natural después de subir tres pisos, de perrales más altos que los normales. No reconocí las voces, luego irrumpieron en el saloncito tres personas que estaban en la fiesta además de Alberto, el argentino. Este se comportaba con todos los invitados como si los hubiera conocido de toda la vida. Como media hora después, esta vez no vi ninguna de las maniobras del doctor Pruneda, solamente constaté que habían llegado otras cinco personas, éstas no habían estado en la fiesta, no sé si pasaron por la calle y vieron encendidas las luces y tocaron o el doctor Pruneda las invitó días antes. Ya para entonces algunos se sentaron en un pretilito que servía de borde de camellón a la jardinera que daba al balcón y otros sobre la alfombra. El griterío era insostenible. El doctor Pruneda ya no servía las copas cada quien entraba y salía a la cocina a preparárselas.

Me tomó Carlos del brazo.

—¿Te sientes bien?

—De tan bien, me quiero ir. Píde un taxi.

—Por favor dime cuál es tu estado.

—Hasta este momento bien, no sé si me da el aire.

Salimos a la inglesa; sin despedirnos.

Carlos se fue temprano a la mañana siguiente a Guadalajara. Creí que no iba a poder hacerlo, no tomó ni siquiera un vaso de jugo de naranja, ni un té, de sólo verlos arqueaba, sus ojeras delataban enfermedad mortal.

La mañana, en mi oficina, se había arrastrado con lentitud con todos los agravantes de una cruda. Sonó el teléfono, era el doctor Pruneda.

—No seas ranchero. Te espero, digamos en diez minutos, en la cantina junto a Excélsior.

—Estoy en la oficina.

—Lo sé. Con una cuba te vas a componer. Te repito: no seas ranchero.

Accedí. Efectivamente me compuse, y no acepté tomarme otra, ya al despedirnos me dijo Pepe Pruneda, el doctor.

—Te espero temprano a cenar.

—¿A qué llamas temprano?

—A la hora que creas conveniente.

Llegué a mi casa. Me recosté con la intención de gozar de una ligera siestecita, y me dormí. Me despertó el teléfono. Era el doctor Pruneda.

—¿Pasa algo? ¿Por qué no has venido?

—Nada que mencionar. Deja que me eche un regaderazo, en menos de media hora estaré por allá. ¿No estás cansado?

—No veo por qué, vente pronto.

Detuve mi mano en el auricular. Tenía ganas de quedarme en mi casa, tranquilo, pero a la vez consideré el esfuerzo de Pepe Pruneda en tener lista la cena. Era probable que se sintiera solo, tal vez por eso me había advertido que llegara temprano.

Desde lejos vi iluminadas las dos ventanas que daban a la calle del departamento de Pepe Pruneda, como si ya estuvieran otras visitas, y no me equivoqué. Además del legendario Alberto, estaban dos hombres con acento sudamericano, los que después constaté que eran colombianos. Sobre una de las mesas un hermoso ramo de flores, y para repetir uno de los dichos favoritos del doctor Pruneda: "Flores caras". Y el doctor vestido a la perfección, como si fuéramos a ir a una cena a la Secretaría de Relaciones, pensé que íbamos a ir a algún restaurante. Alberto también estaba de saco y corbata y ésta me pareció familiar. Ya todos estaban con copas. Los colombianos y Alberto hablaban de extraños proyectos, en ganancias fabulosas. Los colombianos también portaban saco y corbata, el contraste entre la ropa del doctor Pruneda y la de ellos era notable.

Guillermo el minimayordomo me proporcionó la primera copa y apenas había apurado el primer trago cuando volvió. "El doctor quiere que vaya a la cocina. Deje su copa, yo se la llevo". Tan entretenidos estaban los sudamericanos que ni cuenta se dieron que me retiraba. El doctor Pruneda con un brazo muy estirado, como si temiera ensuciarse, meneaba algo sobre la estufa.

—Por favor prueba esta salsa bernesa. Dime si le falta algo: estragón o lo que sea.

—Si lo hago luego no como lo probado.

—Anda no seas ranchero. Quiero que la salsa resulte perfecta. Según me dijo Alberto esta mañana es su salsa favorita.

—¿Volviste a la cantina?

—No, ¿cómo crees? Me lo dijo aquí, hoy en la mañana. ¿Comprendes?

—*Mi no entender.*

—Aquí ha estado todo el día. No tuvo tiempo de irse a cambiar a su casa, temía que le fueras a decir que ese saco se parece al mío.

—Con razón reconocí la corbata.

—¡Cómo no la ibas a reconocer si frente a ti me la regaló Paco Alducín!

—Me acuerdo.

Insistió en que probara la salsa. Me pareció bien y así se los manifesté. Volvimos al salón. El doctor Pruneda irrumpió en el círculo con alguno de sus sabidísimos chistes, y logró cambiar el tema de las ganancias por cualquier otro, con tal de que él pudiera intervenir. Las copas menudeaban. Decidí a la tercera que me sirvió Guillermo el minimayordomo abstenerme, la cruda de la mañana había sido devastadora, otra así me iba a mandar a la cama. Hice un intento de pararme, no se oía ningún preparativo en la cocina para la cena. Pepe Pruneda que no deseaba que decayera la reunión me dijo que me tomara otra copa y que al término de ésta cenaríamos, y sin llevar la cuenta creo que mientras yo me tomaba la mía ellos se tomaron otras tres.

Se hicieron los movimientos necesarios para centrar la mesa en el minúsculo saloncito, y el minimayordomo con la perfección de un gran mayordomo presentó una mesa perfecta. Para asombro del doctor Pruneda, uno de los colombianos, muy igualado, le dijo al doctor Pruneda: "Pepe, permite que nos quitemos las corbatas y los sacos". Y no esperó a la respuesta. Lo único distinguible de sus camisas eran unas grandes manchas de sudor abajo de sus hombros, Pepe Pruneda no se dio por enterado, como si no se hubieran despojado de sus vestimentas. El menú apantallante, con el solo fin de deslumbrar: *consomé gelée* con caviar y un copetito de crema. Los colombianos desinhibidos con tantas copas preguntaron por lo que tomaban. El doctor Pruneda estiró sus comisuras como si se sonriera irritado ante la rusticidad, y cuando sirvieron gordos turnedós con la salsa bernesa, con una guarnición de papas a la francesa, y los colombianos con la ayuda de un trozo de pan los limpiaron de la impureza de la salsa, el doctor ya no les dirigió la palabra. Luego al servir una ensalada con quesos no aceptaron

aduciendo que estaban "llenos". El minimayordomo presentó ya servidos en elegantes platos acanalados de Wedwood un helado de vainilla, los colombianos atacaron el helado, para sorprenderse y reírse hilarantemente cuando apareció Guillermo el minimayordomo con un *chaffing dish* flameante, y en el que reposaban unas cerezas *jubilée*. El desprecio del doctor por los sudamericanos casi rayaba en la grosería. Pero ellos no se dieron por enterados: bebieron vino blanco, rojo, y no opusieron resistencia cuando apareció Guillermo el minimayordomo con una charola de plata llena de licores. Ya para entonces nadie oía a nadie.

El disgusto del doctor, a pesar de sus intervenciones jocosas, no cesaba. Le pedí a Guillermo que me consiguiera un taxi. El doctor Pruneda lo vio significativamente, poquito después comprendí el mensaje, al informarme el minimayordomo que mi taxi estaba en la puerta y también el de los colombianos. Al despedirnos oí claramente que Alberto al día siguiente, con la ayuda de sus amigos sudamericanos, se cambiaría al departamento del doctor Pruneda. Calculé que iba a ser desastroso el cambio: en el departamento no había literalmente un alfiler, y sin olvidar las exageraciones de Regina imaginé las pertenencias de Alberto exorbitantes.

Pasé una jornada sin tener noticias del doctor Pruneda. El miércoles su telefonazo: "Te espero a cenar mañana, a la hora de siempre. Es de corbata, y sin saco sport". Me extrañó esta invitación, pero con el doctor Pruneda no había ninguna regla, todo se podía esperar de él.

Al llegar a la cita ya me encontré a Regina con Otón. Ella muy guapa, con la inicial nerviosidad que mostraba en los primeros momentos al estar en un nuevo ámbito. Otón ya se había tomado su primera cuba, pues al ofrecerme mi copa el minimayordomo le cambió el vaso. A la vez llegaron el matrimonio formado por Conchita, la hermana de Regina, y Paco su marido; un excelente pintor languagria, una vecina ex-cantante con un espécimen raro en estas latitudes, un húngaro, que para variar llevaba el nombre de Bela, y al que el doctor, entre cariñoso y burlón, llamaba Belita, y era, como su nombre lo indica, una vela apagada. Quedé sentado junto a Regina. Apenas tomó cohesión la fiesta, y sin temor a ser oída me preguntó: "Oye cuando llegamos estaba aquí Alberto. Habló por teléfono y se fue. Me extrañó encontrarlo aquí. Tú sabes que no se conocían".

—El domingo después de tu casa nos vinimos aquí.

—¡Ah!, con razón.

—Me parece que Alberto, si no me equivoco, está viviendo aquí.

Me tomó del brazo, se volvió, casi cayéndose de la silla, hacia mí, me miró profundamente a los ojos. "No es cierto, no es cierto. Eso no es posible, tú te estás burlando de mí. Eres un mentiroso".

—Todo esto quiere decir que deseas saber algo más.

Se repantigó en su silla, como si estuviera enojada, pero con igual tensión en su hermoso cuello, y afiladas sus fuertes facciones. Se volvió de nuevo hacia mí, no tan exageradamente como antes, una gran sonrisa, y exhalando coquetería desde el último pelo de la cabeza a la uña del dedo gordo del pie me dijo: "Claro que quiero saberlo todo, toditito".

—No te excites. Lo que sé me lo ha hecho entrever el doctor Pruneda. Esto es, que Alberto está viviendo aquí.

—¿No será invención de Pepe?

—Me parece que no.

—Es que no puedo pensar que Alberto, el... Ya te he contado.

—Acuérdate cuando el crítico de arte, en tu casa en Cuautla, se estaba acostando con tu amiga la pintora guapísima, y me dijiste: "Qué quieres, ha descubierto el Mediterráneo". ¿Te acuerdas?

—Vagamente.

—Pues te haré memoria. Días después pude observarlo haciendo extrañas maniobras, yo en un punto de observación excelente, desde la mesa de un restaurante, y te dije más tarde: "Descubrió el Mediterráneo, pero pronto volvió al Atlántico".

—Imbécil, idiota. ¿Por qué me recuerdas esto?

—Porque pudo haber sucedido lo mismo.

—No lo creo.

—Mira: ahí está Alberto. Pregúntale.

—Me crees chiflada, loca.

* * *

El domingo siguiente hubo reunión en el departamento del doctor Pruneda y tres días después otra, a las dos asistió Regina, en la última sola, acompañada por Conchita su hermana y el esposo de ésta. Otón, como funcionario importante, había tenido que salir de la capital. Regina con el dedo en el renglón.

—Hay cosas que me asombran.

—¿Como por ejemplo?

—Lo que estoy viendo.

—No sé a qué te refieres.

—No me gusta que te hagas "penitente".

Y como tal quedaba yo, sin dejarle que me siguiera cuestionando.

El magnífico pintor languagria tuvo una exposición "en conocida galería". El círculo de amistades acudió, entre otros el doctor Pruneda acompañado por Alberto. Este último lucía un saco, camisa, corbata y zapatos nuevos. El pintor languagria invitó, y creo que esta es la única vez que lo ha hecho, a un *cocktail* a su casa. Y en actitud contraria a su invariable conducta de no dejar la casa sino "hasta levantar el petate", el doctor Pruneda se despidió en el momento más animado de la fiesta y arrastró con él a Alberto.

Para suerte del doctor Pruneda fue una temporada en que las amistades, por disímiles pretextos, hicieron invitaciones. El doctor encantado en mostrar díganos a su nuevo *mignon*, que ya pasaba de los treinta. Regina más curiosa que nunca, como si no pudiera entrarle en la cabeza que se le hubiera ido una persona a la que admiraba o codiciaba, y a su vez el doctor Pruneda se regodeaba en enseñarle su proeza, que le doraba su vanidad y a la vez vengarse de los que él calificaba como "atracos", a los coqueteos, flirteos, devaneos, que Regina había intentado con sus anteriores amantes o supuestos amantes o que deseaba que lo fueran. La deliciosa coquetería de Regina, aunque nunca hubiera cuajado —que no pongo la mano en el fuego por ella, aun a la distancia de muchos años— lo exasperaba, el solo recuerdo de algunas de estas acciones lo excitaba como si los celos los estuviera sufriendo en el momento de la evocación. Esa fue la temporada de su venganza, y dejó bien claro que no era un devaneo sino todo un señor *affaire*.

No vi en esa temporada *tête-à-tête* al doctor Pruneda, salvo en las ocasiones que cité atrás. La vida social continuó con el ritmo antiguo, me invitó el doctor Pruneda a cenar a su casa.

—Vente como quieras, no va a venir mucha gente.

En el momento de tocar frente a la puerta del departamento del doctor Pruneda, se abrió ésta. Salieron cuatro hombres, y lo único que pude distinguir fue su acento sudamericano. El doctor Pruneda parado a un lado de la puerta con heladísima sonrisa. A la vista no estaba Alberto, ni el *minimayordomo*. De inmediato se refirió a éste: "Guillermo tuvo un compromiso familiar. Nos haremos las copas tú y yo, y comeremos algo muy sencillo".

Después de dos copas, y sin que viniera a cuento, habló de un posible viaje a Europa.

—Te sacaste la lotería.

—Sacaré mis ahorros del banco. Eso es todo. Estoy hastiado de todo, de esta ciudad, de la gente, del trabajo.

—¿Y Alberto?

—Sin querer diste en el blanco. Ya no sé qué hacer con él.

—¿Dónde está?

—En la recámara, acostado, borracho.

—¿Y esos hombres que salieron?

—Amigos que vinieron a visitarlo, no me preguntes para qué porque no sé, y si lo sé no es para contarlo.

—Estás críptico.

—No sé a qué te refieres, el caso es que vinieron sus amigos, no me preguntes la hora, cuando llegué de la oficina ya estaban instalados aquí, tomándose mis licores, y comiendo esas mierdas de la calle, de las que su solo olor me mata. Deja que te sirva otra copa, pero antes voy a rodear la cama de colchas no se le vaya a ocurrir vomitar a este dipsómano.

Lo oí abrir puertas con violencia y cerrarlas a portazos, pasó velozmente por la estancia, con toda claridad escuché el arrojarse de los hielos en los vasos. De regreso colocó las copas como si las asentara y pudiera enterrarlas en la mesa. Se sentó y no miró hacia donde yo estaba, sino hacia el jardincito del balcón. Se fue acompañando su respiración, y como si yo fuera a contradecirlo, volviéndose hacia mí dijo: "Además no sirve para nada...".

—¿?

—Me refiero a Alberto, no sé qué hubiera hecho Regina con él —se rió brevemente gozando su fechoría—. Te repito no sirve para nada: siempre está borracho. Aquí sí está el *quid*: porque no puede hacer nada se emborracha o se emborracha para no hacer nada.

Me reí.

—De verdad y créemelo no sé cómo deshacerme de él, por eso he inventado el viaje para Europa. Yo digo que lo voy a hacer y de este modo se va. Además no me gusta lo que hace ni mucho menos sus amigos. Apenas llego se callan, como si temieran que yo me entere.

—Bueno, y ya que estamos en esto: ¿qué hace Alberto?

—Ya te dije que nada.

—No me refiero a la cama.

—Tampoco que yo sepa.

—¿De qué vive?

—Es obvio: de mí. Hasta la ropa le lavan aquí. Porque no he esperado a que se la ponga dos veces. Desde el día siguiente que se quedó aquí le presté camisas. Y estos aventureros tienen éxito: toda mi ropa les sienta como si se la hubieran hecho a la medida.

—La luce bien.

—Y no tan sólo eso sino que calza del mismo número que yo.

—Eso se llama tener suerte.

Pasaron unos días en que no supe nada de Pepe Pruneda, luego su telefonazo y la invitación a cenar en su casa. Antes de salir, cautamente, pregunté por el atuendo. "Regina, Conchita, Celia, Alicia van a venir de largo, así que ya sabes". Al llegar ya estaba toda la concurrencia. Al parecer las relaciones entre Alberto y Pepe Pruneda eran excelentes. Los dos se veían muy elegantes, y Alberto recibía como si fuera suya la casa. La noche era extraordinariamente calurosa para la Ciudad de México. Pepe Pruneda tenía iluminada toda su casa con velas. Me impresionó sobremedera la blanca córnea de los grandes y saltones ojos de Alberto, sentado al lado de Regina. Reían. Los ojos de Pepe Pruneda fijos en ellos, a pesar de la vivacidad de Paco Alducín, el marido de Conchita, quien conversaba con él. Como es natural en una reunión de una docena de personas no oí el timbre, pero sí vi pasar al minimayordomo hacia la ventana para arrojar la llave. Yo había calculado que ya no cabría ningún invitado más. Aparecieron dos individuos, los presentaron como colombianos, hasta la fecha no sé si fueron los mismos que había visto salir de ese departamento, y no bien les habían proporcionado sus bebidas Alberto, alzando un poco la voz para llamar la atención dijo:

—Regina, mis amigos colombianos, están aquí de paso a los Estados Unidos, por razones que no vale la pena mencionar, se ven obligados a rematar unos lotes de esmeraldas.

Ya para entonces toda la concurrencia oía a Alberto.

—Alberto —replicó Regina— yo qué voy a hacer con un lote de esmeraldas.

—No, no me entiendes. Te puedes quedar con una, con dos, o las necesarias para un collar. Hay desde chiquiticas a... Ya las verás.

Y Alberto sin ordenarle de palabra hizo que uno de los colombianos extrajera de la bolsa interior del saco una especie de cartera, la abrió y puso ante nuestros ojos unas inmensas esmeraldas. El sensible y acomedido minimayordomo acercó un candelabro de plata para que se pudieran apreciar más las piedras. El mismo colombiano con la maestría de un joyero profesional mostraba las esmeraldas cerca de la flama de la vela y explicaba: "Esta tiene un jardín increíble. Véanla". Y dejaba que toda la concurrencia apreciara sus indicaciones, y hasta que la piedra no había regresado a sus manos, tomaba otra para hacer la misma operación.

Nadie dijo esta boca es mía. Entonces el mismo colombiano sacó de la bolsa interior del saco opuesta a la primera otra cartera. Las esmeraldas eran más pequeñas, y no tenían la insolente

belleza de las otras. Tampoco nadie se decidió. Dejó las dos carteras abiertas mostrando las piedras, entonces entró al quite el otro colombiano. Extrajo también una cartera. Explicó: "Estas tienen distintos cortes". En efecto, había barritas rectangulares, cuadradas, y otras en formas irregulares. Se volvió a la concurrencia para calibrar el efecto, y presentó otra cartera y vino la explicación: "Estas son como para joyeros, para hacerse anillos con brillantitos o aretes. Las primeras que saqué, éstas de cortes irregulares, se pueden utilizar para mancuernillas o brazaletes". Intervino Regina: "Y éstas, como para mancuernillas cuánto cuestan". Le dieron el precio y el resto de las mujeres siguió preguntando, sin atreverse a inquirir sobre las piedras grandes y hermosas, fue Paco Alducín, el marido de Conchita, quien lo hizo, y apartó una de las piedras.

—No quiero que se vayan a ofender los señores. Me llevaré una y si mi lapidario da el visto bueno les compraré unas seis, pero que sean de las mismas. Ustedes me dirán dónde puedo verlos.

Alberto y los dos colombianos se miraron entre ellos, como si no tuvieran domicilios fijos, Alberto se pronunció: "Si quieres mañana aquí a las siete de la noche". Paco Alducín se volvió hacia el rostro de Pepe Pruneda, como si le consultara, y el doctor no se dio por enterado. Después casi toda la concurrencia dentro de la que me incluyo compró, a excepción del pintor lengua-gria. De esa noche no hay más que contar, salvo, que ya al salir, muy tarde, al despedirme del doctor Pruneda me dijo: "Te voy a pedir un favor. Ven mañana a tomarte una copa o a cenar o las dos cosas. Yo no quiero que se vaya a malinterpretar esto de la venta de las piedras. A mí no me lo consultaron. Yo no los había invitado a cenar, y viste: se quedaron. Mañana después que se vean aquí con Paco Alducín, buscaremos un pretexto para salir. No quiero que éstos hagan de mi casa su cuartel general. La otra tarde estuvieron aquí ocho. Amanecí sin una gota de licor. ¿Crearás?"

—Sí lo creo, nos vemos mañana.

Llegué puntual a la casa de Pepe Pruneda. Los colombianos con Alberto instalados. En un aparte el doctor Pruneda me explicó: "Llamó Paco Alducín. Va a llegar media hora tarde y viene con una muchacha". No se presentaba el minimayordomo. Fue Alberto el que me informó: "Guillermo sigue con su problema. Dime ¿qué tomas?". Al mismo tiempo que él se levantó el doctor Pruneda hacia la cocina. Eran esta vez tres los colombianos, uno más que la noche anterior, todos jóvenes, y con las corbatas mal anudadas. Continuaron su conversación como si yo no estuviera, esto es, no me hicieron el menor caso, ni cuando Alberto colocó

mi copa y de nuevo se retiró a la cocina. Su tema de conversación era Alberto y su suerte extraordinaria "con eso se le resolverá su situación migratoria", alguno se refirió a un niño, y uno de ellos, por supuesto que lo dijo todo de broma, resolvió la dificultad: "Fácil: lo eliminamos". Eran reiterativos, y si "eso se realizaba", lo que era probable, a ellos se les facilitaría el problema de habitación. "Son cuatro las recámaras, y en el garage pueden caber tres carros grandes". Oí el timbre, pasó hacia la ventana Alberto. En eso vino el doctor Pruneda, se inclinó hacia mí y me dijo: "Por fortuna tenía un filete de mar en el refrigerador. Paco Alducín traerá seis botellas de vino francés, implicando con eso que tiene ganas de quedarse. Despidete temprano para ver si siguen tu ejemplo".

Paco Alducín se presentó con una muchacha más joven que él, de hermosísimos ojos, eso era lo primero que se apreciaba al presentarnos, más tarde constaté que su figura era casi de la belleza de sus ojos. Después de la primera copa salieron a relucir las esmeraldas.

—Aquí están las otras cinco que usted dijo que quería —explicó un colombiano al tiempo que las sacaba de una de las bolsas interiores del saco.

—Sucede —riéndose travieso Paco Alducín indicó —que necesito otras seis.

—¡Seis más! —repitieron al unísono, cuando menos dos de los colombianos. Los ojos de Alberto más pronunciados.

Dos de los colombianos se levantaron sin decir palabra, se dirigieron a la puerta. Alberto continuó atendiendo a los huéspedes, mientras el doctor Pruneda trajinaba en la cocina. A mí se me hicieron como veinte minutos, quizás fue un poco más, para que regresaran los dos colombianos, venían sudorosos y sofocados, no explicaron nada, sólo mostraron las seis esmeraldas más que deseaba Paco Alducín. Las examiné con cuidado. Colocó seis en una bolsita que le proporcionaron los colombianos y extendió un cheque, y acto seguido le ofreció una de las bolsitas a la muchacha de los ojos hermosos, llamada Ada.

—El problema ahora es la forma, la montura, como se dice —adujo Ada, que virtió sobre su mano izquierda las piedras.

—Tú guárdalas hasta mañana. A mí me gustan para una pulsera, pero tú dirás —complaciente hacia ella dijo Paco Alducín, al tiempo que levantaba su vaso para que se lo rellenaran.

Para sorpresa nuestra, después de dos rondas de copas, se levantaron, como si estuvieran en el ejército, los tres colombianos,

se despidieron, y Alberto los acompañó a la puerta. Este tardó en volver. Explicó Paco Alducín: "Mi lapidario me recomendó que comprara las que pudiera. El precio está regalado. No crean que las compré así como así. Les di confianza dándoselas a Ada. Mañana a primera hora iré de nuevo con mi lapidario para que las examine una por una. ¿No crees doctor Pruneda que vayan a huir esta madrugada?"

—Querido Paco, la transacción fue entre ustedes. Yo no tengo nada que ver con esto.

—Pero con ellos.

—Con ellos no. En el último extremo a Alberto lo conocí en la casa de Otón tu cuñado.

—¿Te lavas las manos?

—Las tengo lavadas. Para que te tranquilices debo explicarte que los he oído hacer planes para muchos meses. No me preguntes para qué porque no sabría contestarte. Lo único que sé es que son socios de Alberto. Ahora que regrese éste pregúntale si quieres.

—No te pongas serio Pruneda. Lo dije en broma.

—Como tal lo tomé.

—Pero contestaste en serio.

—Era parte de la broma.

Y el doctor Pruneda se tiró una carcajada que fue aplaudida por todos. Luego el doctor explicó: "Tan pronto como regrese Alberto servirá la cena. Una cosa muy sencilla. Guillermo el minmayordomo no pudo venir".

—¿Se dedica a vender piedras preciosas ahora? —preguntó chanceando Paco Alducín.

—Casi le atinaste Francisco —replicó el doctor Pruneda—, operaron a la madre de Guillermo de piedras en la vesícula.

Me preparaba para asistir a una cena en la casa del doctor Pruneda cuando sonó el teléfono, era Regina.

—¿Estás invitado?

—Me supongo que tú también.

—¿Ya estás enterado?

—¿Qué has hecho últimamente?

—No se trata de mí, sino de Alberto.

—Dime.

—Se casó.

—¿Se casó? ¿Cuándo? ¿Con quién? ¿Dónde?

—De lo único que estoy cierta, para decirlo cursivamente, es que contrajo nupcias. Palabra.

—¿Palabra de quién?

—De mi marido Otón. Alberto le pidió que fuera su padrino

de boda, pero Otón, como tú sabes, tiene muchas ocupaciones. No pudo ir y le envié, en su representación, a uno de sus ayudantes.

—Me lo dices de tal forma que tengo que creerle.

—Claro que tienes que creerme. Por eso te hablé. ¿Crees que vaya a estar en la casa de Pepe Pruneda?

—¿Quién?

—La novia, la esposa, como quieras llamarla.

—Por lo que hablamos debes de comprender que no sabía nada. ¿Supiste que estubo en Washington dos semanas?

—Con razón.

—Bueno, ¿y por qué se casó? Ya caigo, sus amigos hablaban mucho de la gran suerte de Alberto. A eso se referían. Pero para qué te cuento, en una media hora nos vamos a ver.

—Tú con tus reticencias para hablar por teléfono. Luego en la casa de Pepe Pruneda no se puede hablar, te tienes que estar cuidando de Pepe Pruneda, de Alberto, y hasta de Otón mi marido.

—Ya nos las arreglaremos. Allá nos vemos.

La casa del doctor Pruneda al centavo, hasta con varios ramos de flores. Ya estaban instalados Paco Alducín y la hermana de Regina, Conchita. Casi a quemarropa me hicieron un comentario que me interesó, lo que hizo desviar mi irrefrenable curiosidad. Además, teniendo enfrente al doctor Pruneda era imposible preguntarle a Conchita o a Paco Alducín si ya sabían del matrimonio de Alberto.

Llegaron otras visitas. A cada timbrado nos veíamos Regina y yo. ¿Iba a ser Alberto? La reunión se desarrollaba como era habitual en la casa de Pepe Pruneda: mucho vino y poco espacio. Casi en el momento de servir el *buffet* apareció Alberto. Nos volvimos Regina y yo. Tal vez la esposa iría a aparecer detrás de él, pero no fue así. Como esta reunión fue entre semana me despedí temprano. Me pidió Conchita, la hermana de Regina, que la esperara un instante; ella también partiría, y había concertado con Regina partir todos en el mismo momento. Después de decirle adiós al doctor Pruneda descendimos la escalera, Regina colgada de mi brazo, yo sosteniéndome del barandal, la escalera del edificio donde vivía el doctor Pruneda era famosa por las roturas de piernas, brazos, cuellos, y muchísimos descalabros. Tan pronto como oyó Regina cerrarse la puerta del departamento de Pepe, me dijo: "No la trajo. Ahora se queda en la casa de Pepe Pruneda. Si no fuera porque Otón mi marido me lo dijo tan seriamente tendría mis dudas. ¿Tú qué crees?"

—Ya te dije hace rato que he estado ausente, en Washington.

—Como cosa tuya, ahora que estemos ahí afuera, pregúntale a Otón, yo no lo hago porque es capaz de darme un descolón. Como que no sabe qué pensar de Alberto. Como si éste se hubiera burlado de él, sin embargo lo estima.

Conchita, su marido Paco Alducín, Otón y Regina nos detuvimos en la entrada. No tuve necesidad de preguntarle nada a Otón, Conchita, la hermana de Regina, expresó:

—Yo no entiendo nada.

—¿Qué es lo que no entiendes? —preguntó con manifiesta complicidad su marido Paco Alducín.

—Yo esperaba ver a Alberto con su nueva mujer, porque bien sabes, por supuesto, que se ha casado.

—Por interpósita persona mi marido Otón fue el padrino —agregó Regina.

—Sí se casó —aseguró, sin decir nada más Otón.

—¿Bueno y...? —interrogó con puntos suspensivos Conchita.

—Es un matrimonio bien avenido y moderno —remató Otón.

Nosotros te llevaremos, es por nuestro camino —me invitó a partir con ellos.

A mí me hubiera gustado más haberme ido con Conchita y su marido, y creo que a ellos también.

Pasó un día sin noticias de Pepe Pruneda. Apenas llegado a mi oficina su telefonazo: "Ojalá y no tengas compromiso para esta noche. Voy a tener un festejo, para poca gente. Va a venir la mujer de Alberto".

—Mira, tengo una invitación, pero ten la seguridad de que en este momento la cancelo. ¿A qué hora quieres que esté allá?

—Temprano.

—¿A la mexicana o a la americana?

—Transemos: a las siete y media. Sé, como tú, que mañana tendremos que trabajar.

La estancia del departamento de Pepe Pruneda con flores frescas. El dueño con sus mejores galas. No esperó a que se sentara.

—Sin conocerme la mujer de Alberto me mandó esta tarde las flores.

—¡Qué gentil!

—Y no eso sino este *agnus dei*, siglo XVIII, con marco de plata.

—Perdona mi ignorancia, yo sólo conozco otros corderos.

—Aquí lo tienes enfrente de ti, ahí colgado. Repito el marco es de plata, tiene más *cachée* así sin pulir. Es un regalazo. No creas que por eso la invité sino por ser la mujer de Alberto. Parece ser que es muy tímida, y esa es la razón por la cual no convidé a nin-

guna de nuestras amigas rebuscadas o sofisticadas como se dice ahora, para no cohibirla, y por lo tanto que Alberto no se sienta *chiveado*, como dicen los muchachos de ahora. ¿Qué te parece?

—¿Qué?

—Di cualquier cosa.

Para salvación mía tocaron el timbre. El doctor Pruneda se reanudó la corbata, se miró en el espejo, se volvió hacia mí.

—No sé por qué no ha llegado Guillermo —se autpreguntó, y se dirigió molesto hacia la puerta: era distinto ser recibido por un mozo de filipina, para tomar los abrigos o sombreros o serlo por el dueño de la casa. Resultó ser un colombiano llamado Pedro, al que había visto una o dos veces en la casa de Pepe Pruneda, pero de inmediato se abrió la puerta, Guillermo, el minmayordomo, impecable, y de nuevo el timbre. Desde donde yo estaba sentado lo pude ver dirigirse a la puerta del departamento. Se paró el doctor Pruneda unos dos metros dentro del pasillo, con su sonrisa de recibir. El colombiano me hizo una pregunta, le hice señas de que esperara un momento. Los pasos en la escalera se oían más cercanos.

El primero en aparecer fue Alberto, muy bien vestido con un traje en beige. Muy a la alemana le hizo una flexión con el torso al minmayordomo. Saludó de mano a Pepe Pruneda y se quedó parado junto a éste, obstruyéndome la vista. Entreví una falda. Oí decir al doctor Pruneda sus agradecimientos por el regalo, y explicó que ya estaba colgado. Alberto se acercó a la pared y dejó pasar a una señora. Pensé que sería su suegra. Me levanté y mientras venían hacia mí me volví a la puerta para ver a la esposa de Alberto.

—Mi mujer —me dijo Alberto, al tiempo que la señora grande me estiraba la mano.

—Chana Blanco —creí oír, para estar cierto repetí.

—Blanco, no escuché su primer nombre.

—En verdad me llamo Engracia, pero todo mundo me dice Chana —me explicó la señora sonriendo, en las comisuras se apreciaba fuerte vello, como bigotito de alguien con mucha ascendencia mongólica. Intervino Pepe Pruneda.

—Yo nunca te llamaré Chana, para mí desde este momento, en que sellamos la amistad vas a ser Thelma, pero con h, y no pronunciado a la americana, que me rechoca.

—Aquí sí no entiendo —replicó Chana.

—El doctor bromea —explicó Alberto—. Tiene la manía de cambiarles, a las gentes que quiere, sus nombres, a mí siempre me ha dicho en francés Albert.

—¡Ah!

Ya instalada Chana se inclinó hacia ella Guillermo el minimayordomo para preguntarle lo que deseaba beber. Se volvió ella hacia Alberto, y con los ojos inquirió sobre lo que debiera pedir. Alberto ordenó algo muy suave, un jerez. Intervino Pepe Pruneda, con su voz de mando ordenó un campari largo, con mucha agua, e invitó a Chana a que conociera el departamento. Se dirigieron los cuatro a la recámara, y apenas han de haber cabido. Chana quedó junto a la puerta, tímida. Se acomodaba la falda de su vestido, nerviosa. Aún por detrás era la imagen perfecta de una solterona frisando en la sesentena, después pude ver que se asomaba al minúsculo baño, y al entrar de nuevo en la estancia pude apreciar un gran crucifijo sobre su pecho. Portaba una minúscula bolsita que sostenía con su mano izquierda. Sus zapatillas negras y de medio tacón. Pasaron frente a mí rumbo a la cocina. Oí las repetidas frases, que ocurrían siempre que el doctor Pruneda hacía el minitour de su departamento. "Todo cabe en este huevito".

Pepe Pruneda, hábito muy de él, le ofreció a la pobre mujer platillos, tan inusitados para ella: *consomé gelée* con un copetito de caviar danés, una *quiche lorraine* y para finalizar un trozo de filete con salsa bernesa. A la legua se veía que ella no estaba acostumbrada a esa comida, pero su apetito triunfó sobre sus prejuicios. Donde sí vi un asombro incontenido fue cuando apareció Guillermo el minimayordomo con un minúsculo carrito y sobre él todo el atuendo de un *chafing dish*. El doctor, con una maestría que hubiera envidiado en una curación, preparó unos mangos *flambée*. El minimayordomo le pasaba al doctor los platos de poste y el doctor encantado por la "apantallada" que le proporcionaba a Chana, ya para ese momento rebautizada como Thelma.

Apareció el minimayordomo con una charola de plata, de la que algunos de los *habitués*, aseguraban que solamente era plateada, repleta de cremas, coñacs y armañacs. Alberto, para extrañeza mía, extendió su mano indicándole al minimayordomo que no le sirviera ni a él ni a Chana. El doctor Pruneda se volvió hacia él interrogante, explicó Alberto que debían partir. La señora encargada del niño ya para esas horas debía estar desesperada. Aproveché el pretexto para despedirme y el colombiano hizo lo mismo.

No bien instalado en mi oficina sonó el teléfono: era el doctor Pruneda.

—Si vas a venir cerca de mi oficina pasa un momento. ¿Podemos irnos a tomar un café o cualquier cosa?

—Prefiero el café. ¿Te parece bien entre once y once y media?

—Perfecto.

Me pareció raro no encontrarlo en su oficina. Su secretaria no estaba, la encontré al salir del elevador. Me informó que el doctor Pruneda estaba en un consultorio frente al cine Metropolitan.

—¿En qué número?

Bajó la voz: "Mero enfrente. Vaya y lo va a encontrar con el doctor Aguilar, han de estar llegando. No le puedo explicar aquí".

Tenia razón: el consultorio resultó ser una tortería. El doctor Pruneda junto con el doctor Aguilar estaban sentados en aquella nada pretenciosa tortería, frente a ellos unas cervezas.

—Dispensa —se disculpó el doctor Pruneda al verme— pero no pude aguantar ni la sed ni el hambre.

—A mí me sucede lo mismo —abundó el doctor Aguilar, y me invitaron a unirme. Me disculpé.

Comprobé que eran aparentes sus prejuicios contra la comida mexicana, y muy estudiada su pose en favor de la cocina francesa. Pepe Pruneda engulló dos tortas, una de queso de puerco con un moreno chipotle, adosada con frijoles refritos negros, lechuga quizás no muy lavada y otra de lomo de puerco, con queso fresco y orlada con el tierno verde del aguacate. Pidieron otras dos cervezas. Yo vi mi reloj. El doctor Pruneda no advirtió mi gesto, en cambio el doctor Aguilar, todavía con el vaso medio lleno de cerveza se levantó, explicó: "Las próximas las pagaré yo, tengo que recibir a una persona ya ahorita".

El doctor Pruneda levantó la mano derecha como si fuera César, se sonrió.

—Tengo tanta sed que si tú me acompañas me tomo la tercera.

—Ni loco, me dormiría en la oficina.

—Pero me esperarás si me la tomo.

Consulté mi reloj, le hice señas que sí podía.

—Desde hoy debemos ayudar a Alberto.

—¿ ?

—A su mujer hay que decorarla.

—Ni que fuera cuarto.

—No me tomes a la letra. Esa mujer tiene que cambiar: imáginatele con otra ropa, peinada como se debe, con un chonguito mono, casi en la coronilla, otro calzado y con un buen cosmetó-

logo, del que por cierto me enteré hay uno muy bueno en el Palacio de Hierro.

—¿Y quién va a emprender esa tarea?

—¿Quién crees? yo. Desde esta mañana. Hablé con Alberto. Estuvo de acuerdo. Le indiqué todo, tú me comprendes, le di la lista de lo que debe hacer, qué comprar, a dónde ir, de quién aconsejarse. Si no tienes nada que hacer mañana en la noche vente a cenar. Y si tuvieras que hacer te pediría de favor que cancelaras tu compromiso. Como debes de comprender tenemos que dorarle la píldora a Thelma. Será un proceso paulatino, ya que esté en su nuevo estilo la iremos presentando con distintas gentes. Ya lista haremos, también estuvo de acuerdo en esto Alberto, una gran fiesta, lo que se llama un fiestón. No sé dónde vaya a ser, por desgracia en la casa no tengo espacio, pero en la de ella quizás, pues según me dijo Alberto la casa es grande, ahí sí puede haber una orquesta, digamos un conjunto, no muy ruidoso, para que no acapare la atención. Por supuesto que tú tienes smoking, pues esa fiesta será de rigurosa etiqueta, y creo que se podrá dar champaña desde el principio. ¡Qué lata con esos snobs *au revours*, como el marido de Regina, Otón, que no toman champaña y siguen con sus cubas! ¿No lo crees?

—Creo que es hora de regresar inmediatamente a mi oficina.

Mientras esperaba que me arrojaran la llave del departamento de Pepe Pruneda pude ver poca luz. Calculé que iba a ser el primero. Y la realidad contradujo mis predicciones. Al abrirme el minimayordomo oí el murmullo de voces. La estancia solamente estaba iluminada con la luz de las velas. Mis ojos casi vieron a los concurrentes en penumbras, éstos eran Alberto, Thelma y un colombiano, al que reconocí por el acento. Como es natural no pude apreciar de momento ninguna transformación en el atuendo de la nueva esposa de Alberto. Ya después sí noté el chonguillo imaginado por el doctor Pruneda. El vestido era de color claro y sobre los hombros tenía un especie de chal. Le habían delineado las cejas y me pareció entrever un poco de *rouge* sobre sus labios. Más tarde cuando se realizaron las maniobras para preparar la mesa para la cena, la vi un poquitín más alta: seguramente calzaba con un tacón más elevado. Sin esperar a que trajeran los licores Alberto explicó:

—Nos va a dispensar pero tenemos que ir por el niño.

El colombiano, que casi no había abierto la boca en toda la reunión, también se despidió.

—¿Qué te pareció el cambio? —me preguntó el doctor Pruneda apenas cerrada la puerta del departamento.

—Discreto.

—De eso se trataba: de que pierda el miedo. No la iba yo a poner como una vampiresa, digamos como Regina. Pero, por si no te fijaste, le depilaron las cejas, muy poco, le quitaron el bozo, las uñas manicuradas, el vestido sin ser de diseñador es otra cosa a esos estilos sastre de solteronas o lesbianas, las zapatillas todavía para mi gusto demasiado discretas, pero Roma no se hizo en un día, y para acabar y terminar, me parece que mi ocurrencia de tener el salón iluminado por las velas fue perfecto. Alberto me apretó el brazo en una forma muy significativa, me quiso decir que estaba muy, pero muy agradecido. Mañana iremos a un restaurante, modesto, yo lo sugerí, para que esta mujer pierda sus inhibiciones. ¿Quieres venir?

—El compromiso que cancelé para venir hoy aquí lo cambié para mañana. Y ya me voy.

—Yo que Alberto hubiera mandado a ese niño a un hospicio o a un internado. En eso es en lo único en que estoy de acuerdo con los colombianos. Tómate la del estribo.

—Hasta mañana.

Obligaciones sociales relacionadas con mi trabajo me impidieron aceptar una o dos invitaciones del doctor Pruneda. Y me felicité, ya que el día en que volviera a ver a Thelma-Chana, sería con la casa del doctor iluminada *a giorno*, y ella totalmente transformada, digamos un remedo de Regina, ideal para ese entonces de Pepe Pruneda.

Una mañana, aburrido, y sin quehacer apremiante en la oficina, salí a tomarme un café a Sanborn's. Regresé tranquilo, bajo el brazo varias revistas. No bien pisé el umbral de la puerta de la oficina una de las compañeras me llamó con gestos de urgencia.

—Dice el doctor Pruneda que le llame inmediatamente.

No esperé a regresar a mi cubículo, marqué el número. El mismo Pepe Pruneda respondió:

—Deja lo que tengas que hacer, ven.

—Dime siquiera algo. Acabo de regresar de la calle.

—Comprende que te estoy hablando de la oficina. Casi a mitad de tu oficina y la mía está el bar Latino. Si llegas antes de mí pídemela una cuba.

—De una vez te lo digo. Me tomaré sólo una.

La secretaria levantó la mirada para verme. Le hice señas de que si me necesitaban para algo ya sabía dónde podían encontrarme.

Al llegar al bar Latino ya había dos cubas sobre la mesa. La que estaba enfrente de Pepe Pruneda medio vacía. ¿Cómo había

llegado tan pronto?, no lo supe ni lo sabré. Tal vez tomó un taxi. Comenzó: "¿Te acuerdas de Alberto?"

—Que yo sepa no he tenido un ataque de amnesia. ¿O tal vez alguna manifestación de falta de memoria?

—Dije ¿Te acuerdas? Porque de ahora en adelante sólo nos vamos a acordar de él.

—Soy todo escucha...

—Las cosas iban bien. El entrenamiento con Thelma pausado pero eficaz. Habían iniciado investigaciones en varios internados para enviar al niño, así no interferiría. Yo había ido a la casa de Thelma para sugerir una total renovación. La casa es como era Thelma antes. ¿Comprendes?

Asentí con la cabeza.

—Pues anoche estaba, por cierto, esperando a Alberto y a Thelma para ir al Rivoli, cuando tocaron la puerta. No la de la entrada del edificio, sino la de mi departamento. La abrí. Me empujó hacia adentro un pelado y detrás de él venían otros dos. A quemarropa me preguntaron que qué era de Alberto, todo esto sin sentarnos, sin una copa enfrente, y en una actitud como si yo fuera un criminal. Les dije que era mi amigo. Se me ocurrió, y de eso estoy orgulloso, citarles que lo había conocido por Otón, aunque menor funcionario, funcionario de cierta nombradía. Su actitud cambió por completo, ya no me miraron amenazantemente. Aproveché la ocasión para ofrecerles unas copas. ¿Y crearás que aceptaron? Les dije que estaba dispuesto a cooperar con el mayor gusto, y sin que me lo pidieran les relaté cómo había conocido a Alberto en la casa de Otón, amigo mío queridísimo. Como comprenderás omití varios detalles. A la segunda copa, y para fortuna mía, tenía en el refrigerador un queso chihuahua, que me había mandado de allá mi hermana Celia, abrí un frasco de aceitunas rellenas, de esas que tanto te gustan. Casi terminan con el frasco y con el queso, y estoy exagerando como sabes que soy, me alcanzará para dos quesadillas. Se tomaron otra, ya para ésta éramos muy cuatuchos. Me soltaron la información sin pedirla. Parece ser que el hermano de Thelma es ministro de la suprema corte de justicia de la nación. Yo no sé si esto lo sabía Alberto. A Thelma la veía de vez en cuando, pero, colijo, por lo que me dijeron los agentes, que el ministro quiere mucho al niño, y cuando supo que lo querían mandar a un internado a San Luis, tomó cartas en el asunto. Y aquí sí viene lo grave. Alberto no es argentino sino alemán. Uno de los agentes, del que después te contaré algo, me lo preguntas por sí me olvido, asentó que creo que nazi. Afirmación que me atreví a refutar, ya que no puede serlo por su edad.

Pero después de lo que me dijeron todo se puede esperar. Al deportarlo...

—¿Lo deportaron?

—Claro, anoche, fue cuando dicen que perdió el control. Les ofreció todo lo que tenía menos que lo mandaran a Argentina. Ellos creen...

—Dilo, ¿qué creen?

—Que tiene cuentas pendientes. ¿Te tomas otra?

—Imposible. Ahora dime lo que me pediste que te acordara.

—¿Crearás?

—¿Qué es lo que debo de creer?

—Pues el agente que afirmó que era nazi, al salir, y de paso se fueron a regañadientes, ya que tenían que dar un informe, si no se hubieran quedado más tiempo, me dijo que me quería venir a saludar él solo. Ya te contaré.

—Me voy.

—No te tomes nada, pero acompáñame a esta segunda copa. Todavía tengo algo más que decirte. Apenas se habían ido, sonó el teléfono. Yo creo que uno de los colombianos ha de haber estado espionando, ya que preguntó: "¿Ya se fueron todos?"

—Sí, pero no te acerques a lo mejor regresan, y no sé si vayan o tengan intervenido el teléfono. Después de lo que supe ni que fuera tan tonto para seguir tratando a esos... —comentó Pepe.

* * *

EMA

DESPUÉS del silencio. En la casa del doctor Pruneda no se volvió a mencionar ningún habitante del Cono Sur, fue en la casa del difunto Jorge Ibarguengoitia, cuando su tía Emita, hermana de su madre, una solterona de muchísimos años, y a la que le gustaba coquetear con las personas menos *ad hoc*, o tener noviazgos casi imaginarios de lo imposibles, en una tarde lluviosa, de entre semana, en la que no estaba Jorge, y con muchas copas, y con una oportunidad certera, lanzó la frase introductoria.

—No me lo van a creer, ¿a que no saben quién me escribió, pregunta por todos ustedes?

—El Aga Khan —respondió Pepe Pruneda, riéndose exageradamente con su invención.

—Te equivocas mondo y lirondo Pepe. Precisamente por ti es por quien hace más preguntas. Creí que lo ibas a adivinar. Hoy

en la mañana recibí la cuarta carta de la Cárcel de Cocheros, en Buenos Aires, Argentina. ¿Verdad que era fácil de adivinar?

—No sabía que estaba en la cárcel —respondió el doctor Pruneda, al tiempo que tomaba su copa para rellenarla y la de otro de los invitados. Emita no agregó más, con mi curiosidad despierta me pareció que el doctor Pruneda hacía con más lentitud las copas, para no oír más de Alberto o para que la conversación tomara otros rumbos, pero Emita no cesó, continuó al aparecer Pepe Pruneda en la puerta.

—Lo que no me gusta es que me hizo un encargo. Algo de dinero. No vayan a creer que me lo pide a mí, sino a Otón, el marido de Regina. Se acuerdan que fueron muy amigos, él fue el que me lo trajo. Me parece estarlo viendo.

—¿A Otón? —preguntó Pepe Pruneda, ya contrariado.

—No, no seas tonto: a Alberto, con sus ojos verdes, si bien un poco saltones y rasgados. ¡Qué tipazo! ¡Qué bueno que no está Jorge mi sobrino!

—¿Por nosotros?

—Esta tarde estás tonto Pruneda. Por mí. Nunca le gustó Alberto, no sé si eso hizo que me gustara más a mí. Pero les decía que Alberto quiere que yo le diga a Otón que necesita dinero. ¿No creen ustedes que sería bueno enviarle algo?

Pepe Pruneda estiró los labios a guisa de sonrisa. Ninguno de los presentes se pronunció.

—Ya veo que tendré que llamar a Otón —remató Ema—. Precisamente éste me contó, aunque no con los detalles que a mí me hubiera gustado. ¿Lo van a creer? Pues cuando llevaban a Otón a la Argentina, en el transbordo de avión que hizo en Lima se les escapó. Tres días anduvo suelto, creo que dos metido en un tinaco en el mismo aeropuerto. Fueron más las exclamaciones de admiración de Otón, que lo que me dijo, y además con las interacciones cada vez que se llevaba su cuba a la boca.

Volvió a la carga el doctor Pruneda: "Emita, ¿y tú que le escribes preguntale cómo lo hizo?"

—Cuando me conteste ya te platicaré.

* * *

CONCHITA

PASARON los años. Un domingo daba una comida el doctor Pruneda en la llamada mini-hacienda, llegué antes que los demás invitados. El doctor Pruneda tenso, el m'nimayordomo no había

aparecido. Supervisaba los asientos de la terracita, sonó el teléfono. Después de unos instantes se asomó a la puerta. "Oye, ¿te acuerdas del nombre de la cárcel donde estuvo ese Alberto?"

—Era un nombre raro.

—Pero no te acuerdas.

—No.

Volvió al instante: "¡Qué ocurrencias! Llamar para eso, no sé por qué no llamaron a Otón".

—A lo mejor no está en la ciudad.

Sonó el timbre de la calle.

—¡Cocheros! —grité encantado de que me viniera el nombre a la memoria.

—¿Qué dices? Estás loco.

—La Cárcel de Cocheros, en Buenos Aires.

—Mientras voy al piso inferior a tirar la llave háblame a Conchita.

Obedecí, Conchita agradecidísima. Estaba con sus hijos mayores y sus cónyuges. Ella les contaba y Paco Alducín, su marido, de las aventuras de Alberto, y les faltaba el detalle del nombre de la cárcel desde la cual le escribía a Emita.

A los pocos días vino a comer Conchita a mi casa. Yo decidido a interrogarla. Se topó con uno de los invitados en la puerta de la entrada, así que no pude hacerlo al recibirlas, y después tampoco hubo manera, más tarde cuando terminó la comida la acompañé a la puerta de la calle, ni el automóvil ni el chofer a la vista.

—No debe tardar: ha de haber ido a comprar cigarros.

—Conchita ¿y a propósito, por qué vino a la plática el caso de Alberto? El argentino.

—Creo que Paco, mi marido, se está poniendo viejo. Se acuerda de cosas, situaciones. Frente a los hijos a veces es difícil contar todo. Yo no sé si lo supiste...

—Dime antes de que venga tu coche.

—Pues una tarde llegó Pepe Pruneda con Alberto a la casa de Jorge Ibarguengoitia. Emita sentada, te acuerdas de esos sillonzotes, por un lado le tomaba la mano Enrique Cepeda, el novio de toda la vida, y por la otra con la mano de Alberto, y yo al lado de este último. Primero se sentó Pepe Pruneda frente a nosotros, platicaba con Lulú Antillón, la mamá de Jorge. No había licor en la casa y Pepe Pruneda se ofreció a ir a comprar una botella. Todo esto ocurrió poco tiempo antes de que lo deportaran, tres o cuatro días. No te podría decir por qué vino a la conversación el hijo de Thelma. El cínico de Alberto me contó del proyecto de llevarlo a San Luis.

—Pero Conchita —me dijo— siempre hay algo desventajoso. si se va el niño qué voy a hacer.

—No te entiendo Alberto.

—Pues en la noche siempre lo pongo enmedio, y si Thelma se levanta y da la vuelta para acostarse del otro lado siempre le advierto que va a despertar el niño.

—¿Y...?

—Pues no sé qué hacer: si se va el niño me quedo con Thelma solito. ¿Tú qué harías?

—Nunca he estado en esa situación.

En ese momento me di cuenta de que estaba muy borracho. Le preguntó a Conchita: "Y ahora dime tú: ¿siempre mandaron al niño a San Luis Potosí?"

—Pues yo creo que no.

—¿Entonces no le pasó nada a Thelma?

Como Conchita no tenía ninguna respuesta que ofrecer le abrió la puerta de su coche, antes de que su chofer lo hiciera.

* * *

PACO

ESCASOS tres días después me tocó estar con Paco Alducín y con Conchita en la inauguración de una muestra de pintura.

—Te agradezco la información sobre el nombre de la Cárcel de Cocheros, durante días la traje en la punta de la lengua, ya sabes lo molesto que es eso —aseguró Paco Alducín.

—Ustedes también han despertado mi memoria. He tratado de sacudirla preguntándole a Pepe Pruneda, pero por lo visto no le gusta esa etapa de su vida.

Terció Conchita: "Que te cuente Paco lo de Abasolo".

—¿Qué tiene que ver Alberto con Abasolo? —preguntó Paco amasado.

—Cuando te llamó —le explicó a su marido.

—¡Pinche Alberto!

—Deja que te explique —me dijo Conchita—. A Paco le fascina que lo llamen por teléfono en un restaurante, en una reunión, pues bien, estábamos en Celaya y fuimos a comer, por una celebración de años de matrimonio, a la casa de un primo de Paco en Abasolo. A media reunión llega una de las sobrinas de Paco: "Tío, te llaman desde Buenos Aires".

—¡Pinche Alberto! Era una llamada por cobrar. Llamó a la casa en México, allí le explicaron que estaba en Celaya y... me

llamó a Abasolo. Quería mil dólares. Claro que le dije que no tenía, era más conveniente que le llamara a su amigo Otón. Y creerán que me respondió que le daba pena.

—Volvió Paco a la reunión rojo de coraje. Yo ni me atreví a preguntarle nada, pero de regreso a Celaya calculé el costo de la conferencia y se volvió a enojar —agregó Conchita.

—Y vengativo el tal Alberto. Estaba en Panamá de negocios, con un... y perdónamelo Conchita con un pendejazo y además aburrido, pero no les dije dónde, en un bar del mejor hotel de Panamá. Vi a Alberto sentado en la barra solo. No les puedo decir si derrotado o no, ya viste que así como en la noche todos los gatos son pardos, en el trópico con guayabera casi todos somos yucatecos. No es buena la comparación pero ya la hice. Seguro de que era él me paré para invitarle una copa. Yo creo que me había visto, se volvió hacia mí extrañado, me vio de arriba a abajo y me respondió en perfecto alemán que no me conocía.

—Pero no sabes alemán —replicó Conchita.

—Bueno, habló en alemán y me desconocí.

*Homenaje a
Domingo Faustino Sarmiento*

EL PROYECTO DE SARMIENTO Y SU VIGENCIA

Por Leopoldo ZEA
CCYDEL, UNAM

TERMINADAS LAS GUERRAS de independencia en la llamada América Latina, se planteó de inmediato a los pueblos que la formaban una difícil disyuntiva. Difícil por sus consecuencias, ya que la misma implicaba una amputación. El dilema u opción expuesto por el argentino Domingo F. Sarmiento fue ¿civilización o barbarie? En su extraordinario libro *Facundo*, titulado también *Civilización y barbarie* (1845) presentará la disyuntiva a la que va a dar respuesta en su último libro *Conflicto y armonías de las razas en América* (1883). En su primera obra mostró la existencia de "dos sociedades distintas, rivales e incompatibles; dos civilizaciones diversas: la una española, *européa*, civilizada y la otra bárbara, americana, casi indígena". Es en las ciudades donde el meollo civilizador se enfrenta a la barbarie del campo buscando absorberla. Ahora bien, dentro de este enfrentamiento ¿qué sentido tiene la emancipación política alcanzada? ¿Emancipación frente a qué? ¿Frente a España?, ¿la España que en América representaba la civilización?

España había dejado su impronta en América, de alguna manera había absorbido la barbarie americana expresada por el indígena. Pero, a su vez, España había sido derrotada en Europa por una civilización más civilizada. En las ciudades tuvo origen la revolución de independencia, animada por la cultura que en Europa había vencido a España. España se había convertido en el pasado de Europa, lo que ya no debía ser América. Otra Europa señalaba a América nuevos caminos, los caminos del llamado progreso, los caminos propios de la civilización de la que eran líderes otros pueblos en Europa: Inglaterra, Francia, y en América los Estados Unidos. En las ciudades la otra Europa triunfa sobre los españoles. En el Viejo Continente el pasado fue derrotado como en América lo fue en las guerras de independencia surgidas desde las ciudades. En el campo, en el mundo rural será donde el espíritu impuesto por la colonia seguirá vivo. Buenos Aires, la ciudad argentina por

excelencia, vence a España; pero Rosas, caudillo del feudalismo campirano, vence a su vez a Buenos Aires. El espíritu moderno que había vencido en Europa al espíritu medieval encarnado por España es vencido a su vez por el medievalismo americano.

América se había liberado de España, pero no del espíritu medieval que la había impuesto. A la emancipación política debería seguir, lo decían Sarmiento y la generación americana de la que forma parte, una "emancipación mental". Había que liberarle de los hábitos y costumbres impuestos por el coloniaje español para anular la barbarie, resultado de esa imposición. Civilización era Europa, pero no España. Civilización es lo que no es ni puede aún ser América; civilización que se expresa al otro lado de las fronteras mexicanas y del Atlántico más allá de los Pirineos. Los caudillos de la Revolución de Mayo hicieron posible la emancipación política de la Argentina desde Buenos Aires. Revolución que ahora tiene que ser completada por nuevos caudillos que hagan propio el espíritu de la ciudad, de la civilización. "¿Por qué combatimos?", pregunta Sarmiento. "Combatimos por volver a las ciudades su vida propia". Por reintegrarlas a la modernidad, a la civilización de la que partió el pueblo argentino para independizarse de España. En esta lucha debe ser negado el pasado, tanto el americano como el español. "Buenos Aires —dice Sarmiento— se cree una continuación de la Europa, y si no confiesa francamente que es francesa y norteamericana en su espíritu y tendencia, niega su origen español". Niega el modo de ser que le impusieron la conquista y la colonización españolas. En la opción civilización y barbarie, civilización es lo que debe ser apropiado por América para dejar de ser bárbara.

En *Facundo*, Sarmiento describe magistralmente el mundo americano en el que la España medieval se mezcló con la barbarie americana. Un mundo que es la negación de la civilización que cunde y amenaza con engullirlo si este mundo no adopta los principios que han hecho posible la civilización en Europa y en Norteamérica. Esta visión es común en América Latina a todos los miembros de la generación de la que es parte Sarmiento en la Argentina. Común la preocupación por reeducar a los pueblos y adoptar los hábitos y costumbres que han hecho posible la civilización en Europa y en los Estados Unidos. Hay que liberar a estos pueblos de su pasado medieval y bárbaro, español y americano. Reeducción y reivindicación extraordinariamente difíciles en pueblos que son ya el fruto de tres largos siglos de dominación ibera. Difícil será levantar esta tierra áspera y bárbara, por cuyos habitantes corren sangres distintas, con etnias inconciliables. Pueblos en los que el mestizaje sólo

ha dado origen a individuos con ánimos encontrados entre sí, individuos ambiguos, y por ambiguos sin seguridad, sin apoyo sobre el cual levantar naciones como las que han sido levantadas en Europa y Norteamérica.

De estas dificultades habían sido ya conscientes los hombres que, como Simón Bolívar, habían luchado por la emancipación política de esta América, pero sin acertar sobre las bases para levantar una sociedad que superase las encontradas expresiones de existencia heredada del coloniaje. Allí estaban ya las palabras de Bolívar, que hablaban de los pueblos por él liberados: "Tengamos presente que nuestro pueblo no es el europeo, ni el americano del Norte, que más bien es un compuesto de África y de América que una emanación de Europa; pues que hasta la España misma deja de ser europea por su sangre africana, por sus instituciones y por su carácter. Es imposible asignar con propiedad a qué familia humana pertenecemos. La mayor parte del indígena se ha aniquilado, el europeo se ha mezclado con el indio y con el europeo. Nacidos todos del seno de la misma madre, nuestros padres diferentes en origen y en sangre, son extranjeros, y todos difieren visiblemente en la epidermis; esta semejanza trae un reto de la mayor trascendencia". Sarmiento, años más tarde, plantea el mismo problema cuando pregunta: "¿Somos europeos? ¿Tantas caras cobrizas nos desmienten! ¿Somos indígenas? Sonrisas de desdén de nuestras blondas damas nos dan acaso la respuesta. ¿Mixtos? Nadie quiere serlo, y hay millares que ni americanos ni argentinos querrían ser llamados. ¿Somos Nación? ¿Nación sin amalgama de materiales acumulados, sin ajuste ni cimiento? ¿Argentinos? Hasta dónde y desde cuándo, es bueno darse cuenta de ello".

Simón Bolívar exponía ya esta preocupación en 1819, la que reflejaba el punto de partida ineludible de esta realidad, el peculiar género humano que había surgido en esta parte del mundo. Había que partir de ello y no tratar de ser otro que lo que se era. Sarmiento, por el contrario, planteará la necesidad de la anulación de un ser que ha sido el resultado de la imposición colonial. Había que dejar de ser lo que se era para poder ser otra cosa. Bolívar se expresaba con las palabras citadas en 1819 y Sarmiento en 1883. Sarmiento parte en realidad de la experiencia de la que será amargamente consciente Bolívar al final de su vida. Bolívar, a punto de morir y lleno de amargura, describirá ya la América frente a la que surgirá el proyecto civilizador de Sarmiento, la América bárbara e irredenta que tiene que dejar de existir para que la región pueda llegar a ser parte de la civilización. En octubre de 1830, escribe Bolívar a su fiel general Rafael Urdaneta: "La situación de

América es tan singular y tan horrible, que no es posible que ningún hombre se lisonjee de poder conservar el orden largo tiempo ni siquiera en una ciudad. Creo más, que la Europa entera no podría hacer este milagro sino después de haber extinguido la raza de los americanos, o por lo menos la parte agente del pueblo, sin que- darse más que con los seres pasivos. Nunca he considerado un peligro tan universal como el que ahora amenaza a los americanos. . . la posteridad no vio jamás un cuadro tan espantoso como el que ofrece la América más para lo futuro que para lo presente, porque ¿dónde se ha imaginado nadie que un mundo entero cayera en frenesí y devorase su propia raza como antropófagos?". Era el mundo bárbaro, mestizo, racial y culturalmente, que describirá más tarde Sarmiento en su *Facundo*. Mundo que tenía que desaparecer, raza que debía ser extinguida; a eso tenderá el proyecto civilizador de Domingo F. Sarmiento. Proyecto que se hace expreso de diversas formas a lo largo de toda esta nuestra América, cansada de guerras fratricidas y de antropofagia. Una raza que en vez de unificarse, de asimilarse, se divide en diversas partes que combaten entre sí, hasta su mutuo aniquilamiento. ¿Civilización o barbarie?, ¿catolicismo o republicanism?, ¿liberalismo o conservadurismo?, etcétera. Habrá que optar por el pasado o por el futuro, por lo que fatalmente se es o por lo que se quiere llegar a ser. En el extremo sur de esta América, en la que la presencia indígena es menos densa, se propondrá un radical lavado de cerebro junto a un no menos radical lavado de sangre. Reeducar la manera en que han sido educados los hombres que han hecho posible grandes naciones en Europa y en Norteamérica; traer a estas tierras, mediante una poderosa emigración europea, hombres que hagan por la región lo que ya han hecho por Europa y por los Estados Unidos de Norteamérica. Región que debe dejar de ser hispanoamericana, española, para poder ser los Estados Unidos de la América del Sur. Erradicar cerebros atrofiados y cambiar sangres contradictorias.

Sarmiento muestra en el *Facundo* la raza o razas que pueblan esta región del continente. "El pueblo que habita estas extensas comarcas —dice— compone dos razas diversas que mezclándose forman medios tintes imperceptibles, españoles e indígenas". A ésta se agrega "La raza negra, casi extinta ya, excepto en Buenos Aires, que ha dejado zambos y mulatos, habitantes de las ciudades, eslabón que liga al hombre civilizado con el palurdo". ¿Qué resulta de todo esto? De "la fusión de estas tres familias —sigue Sarmiento— ha resultado un todo homogéneo que se distingue por su amor a la ociosidad e incapacidad industrial, cuando la educación y las exigencias de una posición social no vienen a poner espuela

y sacarle de su paso habitual. Mucho debe haber contribuido a producir este resultado desgraciado la incorporación de indígenas que hizo la colonización. Las razas americanas viven en la ociosidad y se muestran incapaces para dedicarse a un trabajo duro y seguido aún por medio de la compulsión. Esto sugirió la idea de introducir negros en América, que tan fatales resultados ha producido". En *Conflicto y armonías*, ya triunfante el grupo civilizador del que es alma Sarmiento, éste insiste con mayor violencia en sus ideas. La mezcla de tres razas, la cerril raza española, la servil raza negra y la salvaje raza indígena, dan origen a la intransigencia, la servidumbre y el salvajismo. En América, dice Sarmiento, "Iba a verse lo que produce una mezcla de españoles puros, por elemento europeo, con una fuerte aspersión negra, diluido el todo en una enorme masa de indígenas, hombres prehistóricos, de corta inteligencia, y casi los tres elementos sin práctica de las libertades políticas que constituyen el gobierno moderno".

El mestizaje de razas, de diversa forma inferiores por su capacidad para el uso de las libertades que dan sentido a la civilización, era el meollo de los obstáculos que impedían a la Argentina y a la América seguir el camino de la civilización. La España de la Inquisición, el África de la servidumbre y la América salvaje poco o nada tenían que ver con los valores propios de la civilización que se expresaba en la América del Norte y en Europa. "¡No os riáis, pues, pueblos hispanoamericanos —escribe Sarmiento en *Facundo*—, al ver tanta degradación! ¡Esta enfermedad la traemos en la sangre! ¡Cuidado pues!". La gran nación que se alzaba al Norte del continente había seguido por el contrario otros caminos. Ante todo los heredados de la Europa civilizadora que había vencido a la España defensora de los valores del Medioevo. Además no cometieron el error de mezclarse en América con los nativos, los indígenas. "El norteamericano —escribe Sarmiento en *Conflicto y armonías*— es, pues, el anglosajón exento de toda mezcla con razas inferiores en energía, conservadas sus tradiciones políticas, sin que se degraden con la adopción de las ineptitudes de raza para el gobierno, que son orgánicas del hombre prehistórico". ¿Qué hacer?, los Estados Unidos eran el ejemplo: ser como los Estados Unidos.

Ese tener que ser como los Estados Unidos o como Europa, la Europa que había dejado de ser España, implicaba una acción casi imposible, la encaminada a desrealizarse, a anular una identidad considerada impuesta por la Conquista y la Colonia, negar su mestización. ¿Qué puede hacer esta América —pregunta Sarmiento— para poder seguir los destinos prósperos y libres de la otra? "Nivelarse —contesta— y ya lo hace con las otras razas europeas, co-

rrigiendo la sangre indígena con las ideas modernas, acabando con la edad media". Desespañolizarse, pero y más aún, desamericanizarse. América, a lo largo del discurso de Sarmiento, es sólo expresión de la barbarie que hay que vencer. ¿Cómo? Mediante una gran emigración europea, concretamente sajona. Emigración que haga por esta región lo que ya ha hecho por los Estados Unidos. En *Facundo* escribe: "El contacto con los europeos de todas las naciones es mayor aún, desde los principios, que en ninguna parte del continente hispanoamericano: la *desespañolización* y la *europaización* se efectúan en diez años de un modo radical, sólo en Buenos Aires se entiende". El proyecto debe ser más amplio, más completo, ha de abarcar todas las regiones de la nación argentina. La emigración europea llama con golpes repetidos a sus puertas, hay que abrir estas puertas "para poblar nuestros desiertos". "¿No queréis —pregunta— que vayamos a invocar la ciencia y la industria en nuestro auxilio, a llamarlas con todas vuestras fuerzas para que vengan a sentarse en medio de nosotros, libre la una de toda traba puesta al pensamiento, segura la otra de toda violencia y de toda coacción?". "Esta población —escribe en 1893— hará, por supuesto, su propia fortuna que no puede ser considerada como producto de una expoliación, ya que tal riqueza carecía de existencia antes de su explotación". "El europeo que viene a establecerse entre nosotros sí hace una gran fortuna, esa fortuna no existía antes, la ha creado él, la ha añadido a la riqueza del país".

Domingo Faustino Sarmiento, americano cien por ciento, poseedor de esa fuerza bárbara que parece ser propia de esta región, puso la misma al servicio del proyecto encaminado a la desmitificación y anulación de la barbarie. El proyecto civilizador no fue sólo argentino; se proyectó a lo largo de toda la América liberada del coloniaje ibero. Había que cambiar la mente mediante la educación, cambiar la sangre por la emigración. Tal fue la preocupación de toda la América, la que más que considerarse latina buscaba semejarse a la sajona. En países como México, con una densa población indígena y mestiza, la aspiración central fue hacer de estos mismos hombres los "yanquis del sur", como también lo propusiera Juan Bautista Alberdi para la Argentina. Al igual que México, otros países a la sombra de los Andes se consideraban aplastados, como Perú y Bolivia, por la raza indígena en su búsqueda de un cambio de mentalidad. El positivismo, en sus diversas expresiones, sería visto como el instrumento adecuado para cambiar la mente. Sarmiento, ya en el poder, pondrá en marcha un extraordinario proyecto educativo que partirá de la Escuela Normal de Paraná y que tendrá como fin preparar a los argentinos para el

buen uso de sus libertades y para la dominación de la naturaleza. A esto se agregó la gran emigración llegada de Europa, para hacer la grandeza de la región, como había hecho la grandeza de los Estados Unidos de Norteamérica.

Emancipadores como Simón Bolívar, conocedores de la realidad de la América surgida bajo el coloniaje ibero, se empeñaron en transformar esa realidad partiendo de ella misma y buscando romper la yuxtaposición impuesta por la conquista y la colonización y así dar origen a un grupo de pueblos libres, independientes, pero al mismo tiempo integrados entre sí. Integrados en la libertad como lo habían estado bajo la dependencia colonial. Pero la ruda realidad se impuso a los proyectos y sueños de libertad e integración. De las encontradas etnias y culturas surgió una América donde unos buscaron imponer su dominio a otros, pretendiendo ocupar el vacío de poder dejado por el coloniaje.

La generación de la que forma parte Domingo Faustino Sarmiento quiso ser más radical a partir de la amarga experiencia de los libertadores. Había que realizar una nueva emancipación, la emancipación mental, lo cual implicaba anular la yuxtaposición impuesta, anulando sus componentes: anular lo español, lo indígena y lo africano. Borrar hábitos y costumbres heredados de la conquista, pero igualmente lavar la sangre de etnias que habían mostrado su incapacidad para la civilización. Tarea ruda y difícil, y de hecho imposible, se trataba de dejar de ser lo que se era para poder ser algo distinto. Renunciar al pasado, a la propia historia, la única historia posible marcada por la dominación impuesta, para iniciar otra nueva historia con olvido de la primera. Otra historia hecha por hombres que sin volver la cara al pasado fuesen capaces de crear un futuro sin raíces en lo anterior. Tal sería el proyecto de Sarmiento y el de sus pares en esta América.

Pero la realidad, la brutal realidad americana seguiría presente, sin posibilidad alguna de desplazamiento. Para dominar la barbarie había que contar con la barbarie misma. Para rebasar la yuxtaposición de la conquista había que partir de la realidad que había de rebasarse haciendo de ella la materia para lo que había de ser construido. Los hábitos y costumbres heredados de la colonia no fueron sin embargo rebasados, tan sólo se encubrieron, se realizó sobre toda la América bárbara una nueva yuxtaposición. A la yuxtaposición impuesta por la conquista de América, se agregó la del liberalismo, la civilización y otras formas de vida, que se habían originado en Europa y en los Estados Unidos, pero partiendo de sus propias experiencias.

La poderosa emigración que Sarmiento y sus pares posibilitaron

no hizo por la región lo que otra gran emigración había hecho por la América del Norte originando los Estados Unidos. Allí, en Norteamérica, los emigrantes se encontraron con tierras libres a su disposición, tierras sin dueño, al alcance de su propia iniciativa y para su exclusivo servicio. En la América del Sur las tierras tenían ya dueños, lo mismo las heredadas del dominio impuesto por la colonización que las arrebatadas por la República a los indígenas. Los emigrantes no hicieron otra cosa que trabajar tierras ajenas y cuidar ganados que no eran propios. Vinieron a ocupar el lugar que los indígenas tenían en el altiplano, allí donde la gran población indígena era encomendada a sus poderosos conquistadores y colonizadores. El emigrante europeo que llegó al Sur no se insertó en la tierra americana como en Norteamérica. Su presencia fue una yuxtaposición sobre la realidad que el proyecto sarmientino trató de cambiar. El emigrante sólo tomó el lugar del inexistente indígena trabajando para determinados señores, para los dueños de las tierras. La historia y la literatura argentina de la región dan fe de esta nueva yuxtaposición. Los industriosos emigrantes se fueron por ello desplazando del campo a las ciudades, creando partidos y con ellos nuevas propuestas políticas, comunistas, radicales y anarquistas. Buenos Aires volvió a ser el centro de la civilización entonces bajo la influencia del emigrante europeo que añoraba sus ancestrales tierras y culturas al otro lado del Atlántico. De la periferia volvieron, sin embargo, a brotar fuerzas que reclamaron sus derechos dando lugar a expresiones sociales y políticas que parecieron repetir las montoneras de los Rosas y los Facundo. La yuxtaposición, lejos de ser eliminada, se acumulaba.

El sueño sarmientino de una emigración que al hacer su propia grandeza hiciera la de la región rioplatense no fue posible. Una fue la emigración destinada a trabajar los campos y cuidar ganado y después dar los obreros de las fábricas, y otra fue la presencia de los grandes consorcios del capitalismo de Europa y los Estados Unidos que enviaron, no trabajadores sino gerentes que se encargasen de obtener el mayor provecho de la región. En los Estados Unidos el emigrante europeo hizo grandes fortunas, pero fortunas que serían parte de la nación, dueña de esas tierras. No explotaron sino que acrecentaron, como decía Sarmiento. En Sudamérica, como en el resto de la América Latina, la riqueza obtenida salió de la región para acrecentar la riqueza de los centros de poder económico del capitalismo. La vieja colonización ibera fue, simplemente, sustituida por la colonización de otros centros de poder en Europa y en Norteamérica. De la América del Sur no surgieron otros Estados Unidos; siguieron siendo tierra para explotar con nuevos due-

ños: los Estados Unidos y la Gran Bretaña, que ocuparon el vacío de poder que el viejo imperialismo ibero había dejado.

Mentalmente la yuxtaposición indígena, española y africana se yuxtapuso a la mentalidad de los emigrantes europeos venidos de diversas regiones europeas, especialmente de Italia y España. Emigración que culturalmente se sentirá extraña, ajena a la bárbara realidad americana. Más extraña de lo que pudieron estarlo Sarmiento y su generación, que ya eran parte de esta tierra. Surgió un fuerte sentimiento de orfandad respecto de la tierra, la historia y la cultura de origen. Héctor H. Murena ha expresado este sentimiento en su libro *El pecado original de América*. Se volvía a las viejas contradicciones que ya se planteaban Sarmiento y su generación, problemas como los que expone Eduardo Mallea en su libro *Historia de una pasión argentina*, Ezequiel Martínez Estrada en *Radiografía de la Pampa* y la obra misma de Borges. Eran éstos los herederos de la emigración que debían haber hecho por la Argentina lo que otros emigrantes habían hecho por la América del Norte. Generación que se ve ahora inmersa en los problemas sociales que plantea nuevamente la Argentina de la provincia y de los suburbios. La Argentina que se decía blanca, occidental y cristiana y la Argentina de los cabecitas negras siguiendo a líderes cuyo lenguaje recordará el de los caudillos descritos por Sarmiento en su *Facundo*.

La guerra sucia y la guerra de las Malvinas agudizaron los viejos problemas de identidad que se planteó Sarmiento y que trató de resolver mediante su proyecto civilizador. En supuesta defensa de los valores blancos, occidentales y cristianos, se cometieron barbaridades no descritas en el *Facundo* de Sarmiento. Desalentador fue, igualmente, el trato que el mundo occidental dio a los supuestos defensores de sus valores en la guerra de las Malvinas. El proyecto civilizador de Domingo Faustino Sarmiento no pareció superar las contradicciones de identidad como tampoco lo logró el proyecto integrador de Bolívar. La realidad americana se impuso una y otra vez sin poder ser dominada, sin hundirse en ella ni evadirla. No pareció posible dejar de ser lo que se era para ser otra cosa. Había que partir de lo que se era para poder ser distinto, pero no tan distinto que se fuese ajeno a sí mismo. No se podía ser otro Estados Unidos, pero sí hacer lo que Estados Unidos. Como no se trata, ahora, de ser copia de este o aquel pueblo socialista, sino de hacer lo que esos pueblos están haciendo por sí mismos. Hay quienes ahora afirman que el dilema no es ya "civilización o barbarie", sino "socialismo o barbarie". Aceptar tal dilema sería caer en viejos errores. No se trata ya de imitar los frutos de otros pue-

blos, sino la actitud que los mismos han tomado para alcanzar tales frutos. Se trata de asimilar lo propio y, a partir de esta asimilación, asimilar lo ajeno en servicio de lo propio.

¿Cuál es entonces la vigencia del proyecto de Sarmiento? ¿Qué resultó de ese proyecto y qué significa en nuestros días para la Argentina y para la América de la que es parte? Lo vigente, lo actual, del proyecto de Sarmiento es nada más y nada menos que esta nación, la nación a la que dio origen, la Argentina de ahora que desde luego es ya diversa de la Argentina que él vivió, describió y trató de cambiar. Ya no es la Argentina de *Facundo*, pero tampoco la que quiso forjar el propio Sarmiento. Es la Argentina actual que ha resultado de la realidad y de los sueños del civilizador. El torrente emigratorio que Sarmiento hizo posible no cubrió la realidad americana cambiándola; pura y simplemente se fundió en ella, pero al fundirse la cambió. Ya no fue la Argentina de Facundo y Rosas, pero tampoco resultó aquella Argentina soñada "con un millón de hombres civilizados" que hiciera imposible la guerra civil. El torrente que vino de Europa no limpió la tierra americana; se hizo parte de ella, transformándola. Existen en el *Facundo* de Sarmiento y en varios de sus análisis sobre la realidad que trató de cambiar hasta su raíz un cierto amor que será, al final de cuentas, amor de sí mismo como expresión de esa realidad. Una cierta y no oculta admiración hacia la barbarie a la que trató de poner fin. Expresión de este amor son las palabras que dedica a Simón Bolívar, al hombre que pretendió, como él, hacer de esta bruta realidad algo distinto y que murió desesperanzado. Hablando de *Facundo* escribía, para relacionarlo con Bolívar, que este caudillo, "siendo lo que fue, ni por un accidente de su carácter, sino por antecedentes inevitables y ajenos de su voluntad, es el personaje histórico más singular, más notable, que puede presentarse a la contemplación de los hombres que comprenden que un caudillo que encabeza un gran movimiento social no es más que el espejo en que se reflejan, en dimensiones colosales, las creencias, las necesidades, preocupaciones y hábitos de una nación en una época dada de su historia".

Facundo fue expresión de la Argentina, como lo fue Simón Bolívar de toda la América bárbara. Sin los antecedentes que describirá Sarmiento en su *Facundo*, nos dice, sería difícil entender a un hombre de la América como fue Bolívar. "Sin estos antecedentes, dice Sarmiento, nadie comprenderá a Facundo, como nadie, a mi juicio, ha comprendido todavía al inmortal Bolívar". Bolívar es América como Facundo es Argentina. Es la América que quiso cambiar Bolívar y la Argentina que trató de cambiar Sar-

miento. Los biógrafos de Bolívar, dice, sólo supieron dar de él una falsa imagen, vieron en él a un Napoleón menos colosal", "pero no han visto al caudillo americano, al jefe de un levantamiento de las masas". "Sólo veo en esa falsa imagen, sigue Sarmiento, el remedo de Europa y nada que revele a la América". "Colombia tiene llanos, vida pastoril, vida bárbara, americana y pura y de ahí partió el gran Bolívar; de aquel barro hizo su glorioso edificio. ¿Cómo es, pues, que su biografía lo asemeja a cualquier general europeo de esclarecidas prendas? Esa manera de tratar a Bolívar, agrega, convendría a San Martín y otros de su clase. San Martín nunca hubiera podido encabezar montoneras, lo habrían colgado en la segunda tentativa". "El drama de Bolívar se compone, pues, de otros elementos de los que hasta hoy conocemos". "Bolívar es todavía un cuento forjado sobre datos ciertos; Bolívar, el verdadero Bolívar, no lo conoce aún el mundo; y es muy probable que cuando lo traduzcan a su idioma natal aparezca más sorprendente y más grande aún". Sarmiento en su *Facundo* se asomó al mundo del que es expresión Bolívar. La América bárbara que Bolívar y Sarmiento trataron de cambiar. Luchar contra ella fue la tragedia de Bolívar, y será también la de Sarmiento. Bolívar murió insatisfecho, Sarmiento al parecer satisfecho. Uno vio a la América bárbara devorando su obra, el otro pudo ya ver a millones de hombres civilizados haciendo otra América.

Bolívar se apoyó en su propia realidad, en su propia y bárbara naturaleza, haciendo de ella instrumento de su cambio. Sarmiento hizo de Europa, de sus emigrantes y filosofía, instrumento para cambiar la realidad que no pudo cambiar Bolívar. Murió satisfecho aunque, paradójicamente, en tierra bárbara. Sarmiento propuso agregar a la difícil sangre mestiza del indio, el español y africano, la de millones de emigrantes llegados de Europa, buscando el cimientito que faltaba. Pero no hizo de los americanos europeos, sino de los europeos otra clase de americanos. Su extraordinario esfuerzo en el campo educativo dio al argentino conciencia de la nación que la barbarie ocultaba. Forjó la nación en la que había soñado Bolívar, una nación americana, pero ya nación. Fueron argentinos formados en la escuela de Sarmiento los que reclamaron, en 1918 y en Córdoba, la asunción de lo americano y hablaron de la "hora americana" sabiéndose parte de una patria grande. Los emigrantes no trajeron tanto industrias como la aptitud para su uso. Y con esta aptitud, ideas e ideales más allá de la civilización de la que eran originarios y en la cual no tenían ya cabida. La civilización europea los había expulsado hacia una tierra bárbara, que hicieron suya y a la que, como quiso Sarmiento, cambiaron. Pero no hicieron de

ella otra Europa, sino una América civilizada sin dejar de ser América. En la proclama universitaria de Córdoba se expresa la América de la que es forjador Sarmiento. Al terminar el siglo XIX, otro argentino, Roque Sáenz Peña, corregía desde Washington el "América para los americanos" de Monroe, con un "América para la humanidad". José Ingenieros, Manuel Ugarte, Alfredo L. Palacios y otros muchos sostendrán el mismo ideal de una "América para la humanidad" defendiéndolo del "América para los americanos". Nacionalismo y antiimperialismo fueron las banderas de la Argentina, que asumía como propia una realidad hecha posible por el mestizaje de mestizajes.

Se mantienen, sin embargo, contradicciones que recuerdan a las que enfrentaba Sarmiento, una cierta evasión europeizante que la realidad va domando, la realidad interna y externa que hacen de la Argentina una peculiar nación americana. Peculiar, como son peculiares las naciones que surgieron de las hazañas de Bolívar, Morelos, San Martín, O'Higgins y otros. Pero no tan peculiares que dejen de ser americanas. Una americanidad que va encontrando cimiento, a partir de la conciencia de una identidad que asemeja a unos pueblos con otros, como parte de la Patria Grande, pero sin menoscabo de lo propio. Todo eso que hizo posible Sarmiento en su empeño por crear una nación civilizada y una América civilizada.

LA ANTITESIS SARMIENTINA "CIVILIZACION-BARBARIE" Y SU PERCEPCION COETANEA EN EL RIO DE LA PLATA

Por Félix WEINBERG
UNIVERSIDAD NACIONAL DEL SUR,
BAHÍA BLANCA, ARGENTINA

MUCHO SE HA discutido y se discutirá aún acerca del sentido e implicancias de la antítesis civilización-barbarie que propuso Sarmiento en su *Facundo*. No nos proponemos aquí realizar una nueva exégesis de esa histórica formulación. Tan sólo pretendemos recapitular y acotar, brevemente, algunos de sus más importantes elementos, para luego avanzar, sí, en la reconstrucción de cómo fue percibida en su época esa dicotomía.

Para Sarmiento la ciudad era el ámbito que expresaba a la civilización y coexistía con la barbarie asentada en la campaña. "La ciudad es el centro de la civilización argentina, española, europea —escribe Sarmiento, y permítasenos algunas pocas citas de páginas suyas bien conocidas—; allí están los talleres de las artes, las tiendas del comercio, las escuelas y colegios, los juzgados, todo lo que caracteriza, en fin, a los pueblos cultos". La ciudad, agrega, "es la que desenvuelve la capacidad industrial del hombre y le permite extender sus adquisiciones".

Por otra parte, "la vida primitiva de los pueblos, la vida eminentemente bárbara y estacionaria asoma en los campos argentinos". La peculiaridad de sus hábitos limita sus necesidades. La explotación pastoril no es la ocupación de sus habitantes sino su medio de subsistencia. La dispersión y aislamiento de la población y el primitivismo en que se desenvuelve su existencia impiden formar sociedad. "La asociación normal de la campaña es la desasociación", dice Sarmiento. Sin embargo, en el plano político esta población rural desempeñaría un papel importante al vincularse estrechamente al fenómeno del caudillaje, que tanto preocupó a Sarmiento a lo largo de su vida.

No obstante todo ello, distingue —cosa que se olvida con frecuencia— entre la campaña pastoril y la campaña agrícola. Esta

última, aunque restringida en el espacio, y no demasiado alejada de las ciudades, establece en su ámbito relaciones sociales que hacen indispensable un rudimento de villa que les sirva de centro, esto es, que podría considerarse como una etapa embrionaria de urbanización.

Ahora bien, el arcaísmo de las relaciones sociales, el modo primitivo de producción, llevó a Sarmiento a denominar barbarie a las formas de vida de la campaña pastoril impuestas en el desierto pampeano. Esta barbarie no es para Sarmiento sino una forma cultural y no una negación total de civilización —como se ha pretendido muchas veces— aunque a lo largo de su libro juegue con la simplificación de oposiciones. Él mismo lo entiende así cuando escribe que "en la República Argentina se ven a un tiempo, dos civilizaciones distintas en un mismo suelo". Y esto estaría avalado por su maestro Guizot cuando estudia "el estado de civilización de los pueblos bárbaros" en su *Historia de la civilización en Europa*. Recuérdese que en su origen griego, la palabra bárbaro definía a los pueblos que no hablaban su idioma y presentaban costumbres más rudimentarias que las de ellos, según el Abate Yvon en el tomo segundo de la *Encyclopédie* dirigida por Diderot (1751). Cosa curiosa, en esa *Encyclopédie* que recoge la voz bárbaro, todavía no se incluye la voz civilización, que recién aparece a fines del siglo XVIII.

Para Sarmiento, desde el punto de vista histórico la campaña era el pasado, y la ciudad el presente y el porvenir. La ciudad constituye, en su opinión, "la base de todo desarrollo social". La urbanización, con Sarmiento, se convierte en ideología, es decir que le asigna un papel histórico en la evolución de la sociedad. Sarmiento sigue los modelos de los países más avanzados de Europa occidental, es decir de los países que estaban consumando la revolución industrial. Hay en *Facundo* una clara concepción burguesa de la sociedad argentina. Téngase en cuenta que para la época no habían otros caminos alternativos. Pero adviértase también que esa concepción burguesa no debe confundirse con los intereses del patriciado urbano o rural. En un reciente libro nuestro (*Las ideas sociales de Sarmiento*, Buenos Aires, EUDEBA, 1988) hemos expuesto elementos de juicio que nos llevan a la convicción de que a partir del *Facundo*, y con el transcurso de los años, Sarmiento irá adquiriendo una conciencia cada vez más lúcida como ideólogo de las incipientes clases medias y populares. Tiene una concepción dinámica de los estratos sociales y asigna a las clases medias urbanas el papel preponderante como motor de integración social y desarrollo económico. Así, con este planteamiento, el progreso del país

no era una abstracción ni un mero conjunto de anhelos legítimos: sería el resultado de un proceso profundo que había que orientar para conmovir a la sociedad entera. Todo esto estaría impulsado desde la ciudad porque, como dice José Luis Romero en su *Estudio de la mentalidad burguesa*, ella era "lo activo, la civilización, el fermento operativo, apta precisamente para difundir las formas de vida y las ideas que la burguesía había venido elaborando".

La antítesis civilización-barbarie expuesta en *Facundo* propone explícita e implícitamente temas fundamentales de nuestro desarrollo histórico, y que comenzaron a dilucidarse entre nosotros durante la primera mitad del siglo XIX, como el carácter de la Revolución emancipadora, la organización del Estado nacional, el caudillismo, las guerras civiles, la modernización de la estructura productiva del país, el problema agrario, la inmigración, la colonización, la urbanización, el cambio social, la educación, el desarrollo tecnológico y cultural, la naturaleza y condiciones de los vínculos con Europa, entre otros. Casi podría decirse que toda la problemática vital del país está sugerida en el *Facundo* de Sarmiento. Es un libro que contribuye a descifrar las claves sustanciales de nuestra nacionalidad —empresa virtualmente iniciadora—, aunque pueda no compartirse su interpretación.

El esquematismo de su planteo no sería otra cosa que un propósito deliberado de exponer simplificados, descarnados, nuestros problemas cruciales, entrevistos en perspectiva histórica, para difundir el conocimiento de su envergadura y profundidad. Ya se sabe que años más tarde, en otros trabajos, Sarmiento desarrollaría en forma sistemática la mayor parte de estas cuestiones. De modo, pues, que *Facundo* constituye, por una parte, un diagnóstico profundo de los conflictos del país suscitados por enfrentamientos de dos estilos de vida —el de la sociedad urbana y el de la sociedad pastoril— y sus ideologías consiguientes y, por otra, una proyección hacia el futuro de su concepción de políticas de cambio, superadoras de los conflictos.

Civilización y barbarie, como conceptualizaciones culturales más o menos restringidas, comenzaron a circular en el Río de la Plata desde principios del siglo XIX. Aparecen en el *Telégrafo Mercantil*, en el *Semanario de Agricultura, Industria y Comercio* y en el *Correo de Comercio*, los tres primeros periódicos que vieron la luz en Buenos Aires en pleno virreinato. Después de la Revolución de Mayo los encontramos en la *Gaceta de Buenos Aires*, el periódico fundado por Mariano Moreno. A partir de entonces podemos seguir los pasos de esos vocablos en casi todos los órganos de prensa que fueron apareciendo en Buenos Aires. En el *Mensajero Argentino*,

de 1827, periódico de tendencia rivadaviana, hallamos por vez primera la dicotomía de civilización-barbarie. En *Otro Periódico* (1831), de los exiliados unitarios en Montevideo, se reitera la antinomia. En los escritos de los románticos también se puede verificar la circulación de esas palabras, de indudable origen iluminista. En este caso el enriquecimiento conceptual hace que se utilicen indistintamente también otros vocablos a los que se asignan significaciones ideológicas semejantes. Ya lo veremos en los análisis críticos de Echeverría de los que nos ocuparemos en seguida.

Alberdi, en 1838, sostiene que el progreso de la sociedad es resultado del enfrentamiento, siempre en lucha, "de la libertad y de la tiranía, del progreso y del *statu quo*, del porvenir y del pasado, de la civilización y de la barbarie".

Como se puede apreciar, la antítesis de civilización-barbarie no era novedosa en el Río de la Plata, ya que hacía tiempo que estaba en el ambiente intelectual.

Todo esto no resta méritos a Sarmiento, quien, con gran agudeza, dilucida por vez primera en su denso y célebre libro el significado sociohistórico de ese antagonismo que bullía en las entrañas del país, y elabora una interpretación original y totalizadora.

A partir de la edición del *Facundo* los vocablos civilización y barbarie se difunden, penetran y generalizan en el léxico utilizado por los exiliados antirrosistas, como puede verificarse en sus publicaciones.

* * *

Nuestro estudio tiene como límite cronológico el año 1852, puesto que la caída del gobierno autoritario de Rosas produce un cambio sustancial en la situación política y, más aún, se cierra un ciclo histórico.

Nos ocuparemos solamente de la repercusión provocada por el *Facundo* en el Río de la Plata, más precisamente en Montevideo, convertida por entonces en un efervescente centro de actividad política y cultural impulsada por uruguayos y por argentinos proscritos. Se advertirá que se excluyen expresamente los escritos producidos en Chile. Recuérdese que Sarmiento habló de una "escuela de Chile", para distinguir lo que se había hecho allí de lo que de algún modo sugería rasgos propios y diferenciadores con relación a los trabajos realizados en el Plata.

Como lo hemos sugerido en páginas anteriores, los problemas que plantea Sarmiento en 1845, en el *Facundo*, ya habían sido abordados en el Plata, a partir de 1837, por los iniciadores del

inovimiento romántico, aunque estos trabajos no alcanzaron la repercusión pública, nacional e internacional del *Facundo*. Aquí los análisis fueron formulados con enfoques diferentes, aunque el criterio que los informaba resultase prácticamente coincidente.

La búsqueda de explicación de las singularidades de la evolución histórica de nuestros países a partir de la emancipación puso en el primer plano la observación de varias situaciones: 1º, virtual estancamiento del progreso a nivel nacional, 2º, persistencia y generalización de la guerra civil y 3º, instauración de gobiernos autoritarios.

La indagación acerca de las causas y sentido de ese estado de cosas sería precisamente la motivación central de las reflexiones de nuestros románticos, cuyos desciframientos de la realidad argentina fueron elevados al plano doctrinario y expresados con términos que definían antagonismos. Esos términos no siempre eran semejantes, aunque a la postre y en lo fundamental aludían a los mismos fenómenos sociales. Así, desde distintos niveles de análisis, surgen revolución y contrarrevolución, civilización y barbarie, ciudad y campaña, sociedad europea y sociedad americana, tendencia democrática y tendencia retrógrada, ideas nuevas e ideas antiguas. Obsérvese que todas estas antítesis marginan deliberadamente la visión tradicional de pugna entre unitarios y federales, considerada superficial y estéril para explicar la problemática nacional. Importa destacar este esfuerzo consciente para tratar de comprender el país, para pensar su realidad y su historia, y para conjeturar su futuro.

Señalamos ya las coincidencias, más allá de los matices que informa cada autor enrolado en el romanticismo. También hay que subrayar la virtual simultaneidad de estas inquisiciones. Y todo esto no es fruto del azar. Hay una concepción ideológica común, sustentada a partir de la elaboración local del romanticismo social, de decisiva gravitación en los ámbitos intelectuales rioplatenses durante la cuarta y quinta décadas del siglo pasado. No nos detendremos en la indagación de los estímulos ideológicos europeos, tarea ya cumplida por varios estudiosos, puesto que lo que aquí y ahora nos importa, más que la verificación puntual de determinadas influencias, es la comprobación de los resultados que sintetizan las lecturas, las observaciones, las vivencias y las reflexiones, esto es, el grado de identificación con la realidad propia y consiguientemente la nacionalización del pensamiento y las consecuencias que se derivan de ello, es decir, la formulación de propuestas de cambio originales y concretas para la sociedad argentina con vistas a su modernización y desarrollo.

Apelando a un criterio cronológico corresponde ocuparse en pri-

mer lugar de Esteban Echeverría. El iniciador de nuestro romanticismo social afirmó que la Asociación de la Joven Generación Argentina, que él organizó en Buenos Aires en 1838, se propuso, entre otros objetivos, analizar la realidad nacional en toda su complejidad y buscar "la explicación de nuestros fenómenos sociales", teniendo como regla de criterio la tradición revolucionaria de Mayo, cuyos objetivos —según afirma— eran consolidar la emancipación, organizar la democracia y promover el progreso material del país. Mayo significa, para él, una ideología nacional, nueva y progresista.

En el *Código* (después llamado *Dogma socialista*), se hacen algunas precisiones que interesan para una comprensión de sus ideas respecto de la cuestión que estamos examinando. "Las altas miras de la Revolución [de 1810] no fueron solamente derribar el orden social antiguo sino también reedificar otro nuevo" sobre cimientos democráticos, escribió en la duodécima palabra simbólica. Y en la segunda palabra simbólica sostuvo que "progresar es civilizar o encaminar la acción de todas sus fuerzas al logro de su bienestar".

Al cabo de más de un cuarto de siglo de desencuentros, de anarquía política y de guerras civiles, el país no sólo no había impuesto un rumbo renovador sino desembocado en una dictadura. La reflexión de Echeverría sobre los orígenes de esta situación lo lleva a explicitar algunas tesis originales: 1º En las revoluciones aparecen siempre dos ideas enfrentadas: "la idea estacionaria, que quiere el *statu quo*, y se atiene a las tradiciones del pasado, y la idea reformadora y progresiva; el régimen antiguo y el espíritu moderno". 2º De las entrañas de ese antagonismo nació la contrarrevolución. "La contrarrevolución —dice— no es más que la agonía lenta de un siglo caduco, de las tradiciones retrógradas del antiguo régimen, de unas ideas que tuvieron ya completa vida en la historia". 3º "La contrarrevolución es el triunfo de la idea estacionaria y la represión del espíritu reformador". Y como la idea estacionaria se identifica con la colonia, Rosas resulta ser "el representante del principio colonial de aislamiento retrógrado", que encarna la contrarrevolución y pretende restaurar los intereses predominantes en el viejo régimen.

Estas tesis básicas ofrecían una novedosa perspectiva a los estudios sobre la evolución histórica argentina y una explicación coherente sobre el significado del gobierno autoritario que en esa época sojuzgaba al país. Hasta entonces los habituales cuestionamientos a Rosas por parte de sus adversarios estaban erigidos sobre una visión simplista, que hacía recaer toda la responsabilidad en los caracteres personales negativos que se le atribuían. Echeverría muestra que el problema de fondo de Rosas no era de individuali-

dades sino de sistemas sociales. Y muestra también, consiguientemente, que las facciones políticas en pugna no son meras divisas sino expresiones de fuerzas sociales antagónicas.

Echeverría establece así, en forma implícita, la necesidad de estudiar metódicamente los problemas argentinos sin dejarse llevar por los prejuicios, las apariencias ni por lo coyuntural. Había que ocuparse de las causas profundas, de los hechos sociales, económicos, políticos y culturales que en compleja trama incidían en la vida del país. No creía Echeverría en estudios asépticos y por ello insistió tanto en la necesidad de asumir una concepción ideológica, y no una concepción cualquiera sino democrática, esto es, que tendiera a la democracia.

Unos años más tarde, en 1844, en su disertación *Mayo y la enseñanza popular en el Plata*, se propuso Echeverría ahondar su análisis sobre el pensamiento de Mayo a la luz de los sucesos desarrollados en el país a partir de entonces. La sangrienta guerra civil que dividía a los argentinos era el resultado —dice— "de la colisión necesaria entre la idea de Mayo, progresiva y democrática, y la idea colonial, retrógrada y contrarrevolucionaria".

Todo este marco teórico debió ser tenido en cuenta al elaborar Sarmiento el *Facundo*, puesto que fue correligionario y amigo de Echeverría. Echeverría refleja la visión eminentemente urbana y porteña del problema político-social argentino. Pero esto no es excluyente de una interpretación comprensiva de la generalidad del país. Hay, por lo pronto, una realidad nacional que él asume y también un proyecto para modificar y superar esa realidad. Es muy posible que Sarmiento, a través de su *Facundo*, influyera a su vez en las ideas de Echeverría. Así, en el *Manual de enseñanza moral*, de 1846, señala éste que el habitante de la campaña no posee medios de instrucción ni de adquisición como el de las ciudades, por lo que ha estado condenado por su ignorancia a una inferioridad de condición social. Y esto tenía importantes implicaciones políticas: al estar habituado por tradición a respetar sistemas autoritarios exteriorizaba costumbres, prejuicios y actitudes conservadoras. Por ello la dispersión y el aislamiento de la escasa población rural conspiraba contra toda propuesta de integración y modernización. Los agrupamientos sociales significativos —es decir, los centros urbanos— eran "la condición forzosa de toda civilización y de todo progreso".

Coincidiendo también con Sarmiento, escribía Echeverría en la *Ojeada retrospectiva*:

Queríamos que la vida social y civilizada saliese de las ciudades capitales, se desparramase por todo el país, tomase asiento en los lugares

y villas, en los distritos y departamentos. Nosotros queríamos que el pueblo pensara y obrase por sí, que se acostumbrara poco a poco a vivir colectivamente, tomar parte en los intereses de su localidad comunes a todos, que palpase allí las ventajas del orden, de la paz y del trabajo común, encaminando a un fin común.

Tenemos aquí sintetizadas las ideas de Echeverría, y que son también las de Sarmiento, acerca de la necesidad de impulsar un proceso de urbanización que acabase con el primitivismo de la sociedad pastoril y la mentalidad que engendra el desierto.

No sólo en los ensayos doctrinarios afronta Echeverría los problemas nacionales. Coherente en su actitud cívica, en sus páginas literarias hay también menciones expresas o sugeridas acerca de las tensiones y antagonismos que sufría el país. Unos pocos ejemplos pueden ilustrar esta toma de posición.

En *La cautiva*, de 1837, por vez primera en el plano literario aparece el desierto y la barbarie que lo singulariza. Dos años más tarde, consumada ya la ruptura definitiva de los jóvenes románticos con Rosas, escribirá Echeverría *El matadero*. En esas vigorosas páginas, enmarcadas en un clima político represivo, se visualiza un mundo suburbano constituido por arrieros, pialadores, carniceros, achuradores, etcétera, todos ellos prolongación y exacerbación de costumbres peculiares del medio rural. A estos exponentes de rusticidad se contraponen en el relato la figura del joven de la ciudad, "patriota ilustrado, amigo de las luces y de la libertad". La tragedia final confronta la barbarie y la civilización —denominaciones que en el texto no figuran—, dos estilos sociales que se repelen.

En el poema "El 25 de Mayo en Montevideo", de 1844, se hace referencia a la lucha entre el tirano que impuso "bárbara esclavitud" y la libertad y su bandera "civilizadora".

Después de la difusión del *Facundo*, Echeverría deja constancia en una nota de su poema "Avellaneda", de 1850, del combate que libra "el principio civilizador y progresivo de la Revolución de Mayo contra las facciones retrógradas y bárbaras que pretenden sofocarlo".

Como se advierte, habría una interrelación entre las ideas de Echeverría y de Sarmiento, anterior a 1845 y que se prolonga en años siguientes.

Correspondería preguntarse ahora ¿cuál fue la opinión de Echeverría sobre el *Facundo*? Está claramente expresada en la *Ojeada retrospectiva*, de 1846, cuando el autor hace una recapitulación de la obra desarrollada en el exilio por los miembros de la Asociación de la Joven Generación formada en Buenos Aires en 1838. Cedamos la palabra a Echeverría:

Los apuntes biográficos de Fray Aldao y la vida de Juan Facundo Quiroga son, en concepto nuestro, lo más completo y original que haya salido de la pluma de los jóvenes proscritos argentinos. No dudamos que estas obras serán especialmente estimadas en el extranjero por cuanto revelan el mecanismo orgánico de nuestra sociabilidad, y dan la clave para la explicación de nuestros fenómenos sociales, tan incomprensibles en Europa.

El señor Sarmiento descubre además, en la vida de Quiroga, buenas dotes de historiador; sagacidad para rastrear los hechos y percibir su hilación lógica; facultad sintética para abarcarlos, compararlos y deducir sus consecuencias necesarias; método de exposición dramático; estilo animado, pintoresco, lleno de vigor, fresca y novedad; hay, en suma, en esa obra y la sobre Aldao, mucha observación y bellísimos cuadros diseñados con las tintas de la inspiración poética.

Creemos que esta sintética, penetrante y felicísima valoración del *Facundo* virtualmente no ha sido superada hasta hoy.

Hace luego Echeverría una salvedad, que también conviene transcribir textualmente:

Notamos, sin embargo, un vacío en la obra del Sr. Sarmiento sobre Quiroga; la hallamos poco dogmática. Mucho hay en ella que aprender para los espíritus reflexivos, pero hubiéramos deseado que el autor formulase su pensamiento político para el porvenir e hiciese a todos palpables las lecciones que encierra ese bosquejo animado que nos presenta de nuestra historia.

Echeverría entendía, pues, que el *Facundo* era una obra no suficientemente doctrinaria o teorizadora y que al mismo tiempo omitía una formulación programática para lo inmediato. Esta última, como es sabido, será objeto de otro libro de Sarmiento, *Argirópolis* (1850). En cuanto a la primera objeción, dadas las muy peculiares características del *Facundo*, que no se le escapaban a Echeverría, como acabamos de ver, creemos que este "panfleto, poema, historia", que todo esto era al decir del propio Sarmiento, no se avenía, salvo destruyendo el raro equilibrio del conjunto, con un desarrollo particularizado y metódico de los aspectos doctrinarios o dogmáticos. Y que esta observación de Echeverría era materia opinable lo veremos más adelante.

Sea como fuere, años más tarde Sarmiento le escribe a su amigo Echeverría a propósito de varios trabajos suyos posteriores, que en éstos había dogmatizado un poco aludiendo claramente a la objeción al *Facundo* y agrega intencionalmente: "pero poco, porque me guardo para mejores tiempos". La posterior y prolongada trayectoria pública de Sarmiento testimonia su consecuente adhesión a

principios doctrinarios de transformación social, económica y política del país. Y en esto se mantuvo leal a la ideología renovadora que propugnaba el *Dogma socialista* de Echeverría.

* * *

Un destacado publicista uruguayo, Andrés Lamas —una de las figuras mayores del romanticismo en ese país—, comenzó a publicar en 1845 una serie de artículos destinados a estudiar el sistema de Rosas y su influencia política en el territorio oriental. El trabajo, titulado *Apuntes históricos sobre las agresiones del dictador argentino don Juan Manuel de Rosas contra la independencia de la República Oriental del Uruguay*, vio la luz en las columnas del diario montevideano *El Nacional* a partir del 18 de junio y concluyó en septiembre del año antes mencionado. Recién en 1849 se editaron estos artículos en un volumen que llevaba igual título al indicado.

Desarrolla Lamas una teoría para explicar el estado de cosas que se vivía por entonces en ambas orillas del Plata. Argentina y Uruguay, escribe, además de estar estrechamente ligadas por la comunidad de origen y de tradiciones, presentaban “una analogía perfecta de formas políticas y de elementos sociales”.

Lamas retrata con elocuencia el proceso de cambio irreversible abierto a partir de la Revolución de 1810 en todas las esferas de la sociedad. La independencia —propone Lamas— se fue conquistando “entre tempestades y disturbios de descomposición social”. Esto produjo la anarquía, que llevó a una verdadera “guerra social”. En las ciudades, donde era preponderante la tradición cultural europea, “la falta de temas sociales bien comprendidos, la exageración natural de los nuevos principios y su inexperta aplicación” dieron origen a los partidos políticos y abrieron el escenario a las luchas de individualidades y a las ambiciones personales, especialmente entre los que eran depositarios de la fuerza armada. En el interior, a su vez, se vio reforzado el “espíritu de localidad” o provincialismo, que tanto puede ser “un instrumento poderoso de mejora y civilización, o de atraso y de barbarie”, según la dirección que se le imprima. El estado embrionario de la sociedad, donde los intereses económicos y las instituciones de gobierno no lograron arraigarse suficientemente todavía “por la práctica, por la educación, por el goce de sus beneficios”, condujo finalmente a una subversión del orden social. Esta crisis, y la consiguiente situación de violencia que desató, creó nuevos intereses que lastimaron los antiguos, provocando cambios súbitos de posición y fortuna.

A partir de estos supuestos propone Lamas su interpretación de fondo sobre dicho estado de cosas. En los enfrentamientos producidos a partir de la Revolución, dice Lamas, “han intervenido las tendencias enemigas que coexistían en el seno de nuestras sociedades: la tendencia absolutista y retrógrada, emanación de las tradiciones seculares de la colonia, y la tendencia democrática y progresiva de la revolución”. Y agrega: “En una de estas dos grandes divisiones históricas se han afiliado, algunas veces sin conocerlo, los diversos bandos que se han disputado el poder...”.

Tratando de explicar con algún detenimiento el papel histórico de esos dos partidos, sostiene Lamas que la tendencia democrática se propuso objetivos reformistas demasiado ambiciosos, no concordes con la realidad, y que provocaron reacciones por incompreensión, como expresa aludiendo a la gestión de Rivadavia. La situación se agravó porque “sus reformas chocaron algunos intereses y preocupaciones, aumentando así con auxiliares eventuales la resistencia de la tendencia absolutista”. En cuanto a ésta, afirma Lamas que era débil pero capitalizaba “los errores de los liberales y entre el vértigo de la guerra civil su triunfo era imposible porque no podía afirmarse sino sobre las bases coloniales, y estas bases sólo podían restablecerse por la realización de muchos imposibles”.

“Los caudillos son hijos de la guerra civil —escribe Lamas más adelante—; ella los engendra y los nutre, y en medio de sus horrores se multiplican”. Luego, en la Argentina, logró imponerse el sistema autoritario de Rosas, al que caracteriza de la siguiente manera: “Detuvo materialmente a la civilización que desde las ciudades se derramaba por los campos, para producir la reacción de la barbarie; para hacer invadir a las ciudades... por los restos incultos de las costumbres coloniales”. Lamas define a Rosas como “hombre excéntrico al movimiento civilizador” y a este respecto afirma que “el medio único de destruir el poder ominoso de las individualidades es el progreso de la civilización...”.

Bueno es conocer también con más precisión qué entendía Lamas por civilización:

Nuestra civilización, nuestra industria actual es un embrión; ella ha de ser el resultado de la civilización, de la industria, de la población extranjera que mezclándose con nosotros, aclimatándose en nuestro suelo, explotándolo, sí, explotándolo, ha de producir cuando nos bastemos a nosotros mismos, cuando rellenemos los desiertos, cuando uniformemos nuestra educación, una civilización y una industria americana.

Hay un aspecto importante en las ideas de Lamas que merece subrayarse. Para él la civilización, si bien está concentrada en los centros urbanos, y desde allí irradia su influencia al escenario rural, coexiste en la propia ciudad con las tradiciones coloniales conservadoras. No habría, pues, en su opinión, exclusiones tipificadas por el determinismo geográfico que, para usar la terminología de Lamas, ubicaría a la tendencia democrática sólo en el ámbito urbano, y a la tendencia retrógrada en el medio rural. Esto, como se verá, es quizá el matiz que más distingue a las ideas de Lamas de las de Sarmiento, aunque haya en definitiva virtuales coincidencias de enfoque y hasta de léxico.

Importa ahora una aclaración cronológica de la mayor entidad. Estos *Apuntes históricos* los escribió y publicó Lamas en Montevideo entre junio y septiembre de 1845, sin conocer el *Facundo*, que precisamente en esos días (mayo y junio de 1845) estaba viendo la luz en las columnas de *El Progreso* de Santiago de Chile. Los primeros ejemplares de *Facundo* editado como libro debieron llegar a Uruguay hacia fines de agosto de ese año, y el diario montevideano *El Nacional* reprodujo el *Facundo* entre octubre de 1845 y febrero de 1846, es decir, después de que Lamas concluyera su trabajo (el capítulo segundo de los *Apuntes históricos*, donde desarrolla su análisis apareció en junio). Quedaría por determinar qué bibliografía teórica y qué fuentes utilizó el ensayista oriental que le llevaron, apelando a estudios serios y criterios científicos, como dice Pablo Blanco Acevedo, a coincidir con las tesis de Sarmiento, ignorando cada uno de ellos lo que estaba escribiendo el otro. Pero esta coincidencia es más amplia aún, porque también comprende a Echeverría. En efecto, en junio de 1845 éste publicó su opúsculo *Mayo y la enseñanza popular en el Plata*, que ya hemos citado. Allí, como se recordará, insistió Echeverría en que los problemas de nuestra sociedad eran el reflejo "de la colisión necesaria entre la idea de Mayo, progresiva y democrática, y la idea colonial, retrógrada y contrarrevolucionaria". Nótese la semejanza con las ideas de Lamas. Esto precisamente llevó a Echeverría a dejar constancia en su escrito de que "nadie podrá legítimamente disputarnos la prioridad de esta teoría, único fundamento racional de criterio histórico para nosotros". Y agrega: "Con mucho gusto lo hemos visto reproducido en los interesantísimos *Apuntes* que publica *El Nacional*, obra tan bien pensada como escrita", dice aludiendo al trabajo de Lamas.

En este itinerario de la recepción de las ideas propuestas por el *Facundo* deberían incluirse otros nombres, como el de Bartolomé Mitre, a través de algunos escritos juveniles, y el de Alejan-

dro Magariños Cervantes en sugerentes páginas literarias e históricas. Pero como en rigor de verdad no aportan nuevos elementos críticos para la discusión de la tesis sarmientina, en aras de la brevedad obviamos aquí los detalles.

Para completar el bosquejo que presentamos nos resta indicar las reacciones que suscitó el *Facundo* entre publicistas argentinos exiliados en Montevideo y uruguayos enrolados en los dos partidos protagonistas de la guerra civil en ese país, todos ellos sin mayores vinculaciones con el romanticismo.

* * *

En octubre de 1845, el diario montevideano *El Nacional*, cuya redacción estaba por entonces a cargo de Francisco Agustín Wright, comenzó a publicar el *Facundo* en su folletín, concluyéndolo a principios de febrero de 1846. Wright —un antiguo federal lomo negro, que rompió con Rosas en 1835 al asumir éste el poder con facultades extraordinarias— comentó la llegada a Montevideo del libro de Sarmiento diciendo que trata "con mucha altura el gran debate que la civilización y la barbarie mantienen hoy en el Río de la Plata". Algún tiempo después, al comenzar a reproducir el *Facundo* en su periódico, dejó traslucir sus reticencias: "No aceptamos ni repudiamos los pensamientos ni los hechos de este escrito; lo insertamos simplemente para noticia y entretenimiento de nuestros lectores".

En su viaje a Europa Sarmiento arriba a Montevideo en diciembre de 1845. Su nombre ya era bien conocido allí, donde el *Facundo* le había granjeado popularidad. Florencio Varela —virtual líder de los contados unitarios supervivientes—, se negó a comentar el libro de Sarmiento en su diario *Comercio del Plata* por su disconformidad con las aserciones del *Facundo* y especialmente por las duras críticas que en la obra se hacían al partido unitario. En las entrevistas que tuvieron Varela y Sarmiento cada uno sostuvo sus posiciones. Este, en su libro *Viajes*, llamó a Varela "el último mohicano de la raza pura de los constitucionales; digno representante de un partido que ha desaparecido hasta el último, por la muerte de los jefes y por la desmoralización del resto...".

También conversó Sarmiento en Montevideo con Valentín Alsina, liberal vinculado a la administración rivadaviana, quien expresó mucho interés en el *Facundo*, aunque tampoco compartía su tesis central. Le prometió a Sarmiento enviarle por escrito sus observaciones a la obra, tarea que por diversos motivos se postergó varios años. Recién en 1850 le hizo llegar casi un centenar de páginas con notas puntuales, que corregían detalles erróneos y aser-

ciones equivocadas, según su punto de vista. Pero más allá de las minucias Alsina sostenía que la lucha entre la civilización y la barbarie, entre las campañas y las ciudades, no tuvo un desenlace fatalista como sugiere Sarmiento. "Ese resultado, escribe Alsina, no se ha debido tanto a un orden dado de cosas, de ideas o sentimientos en las campañas, cuanto a mil acasos y accidentes, a hechos en sí insignificantes, a la ignorancia e inestudio de nuestro estado social, y a multitud de errores políticos y militares". Y entrando en el meollo de la tesis de Sarmiento, dice Alsina:

Para poder sentarse... la teoría de usted como doctrina general y segura, sería preciso que en esa lucha obrasen, de un lado, exclusivamente las campañas, y del otro exclusivamente las ciudades; y esto ni ha sucedido ni sucederá jamás. Siempre hubo a favor de las ciudades hombres de las campañas o gauchos, y a favor de las monteras, hombres y elementos de las ciudades...

Estas ideas coinciden con las expuestas por Lamas en 1845, a las que antes nos hemos referido. Agrega Alsina, completando su pensamiento:

¿Quién triunfó?: la campaña; y sobre este dato levanta el edificio de su sistema, atribuyendo el resultado no a las causas que, para producirlo, han venido encadenándose en progresión, sino a ciertas ideas, al poder de la barbarie y a otras. No niego que éstas concurren y coadyuven, pero no son esencialmente determinantes ni principales.

Creemos que la minuciosidad de Alsina ha tomado en sentido literal las reflexiones de Sarmiento, y por lo tanto se le escapaba el trasfondo de su significación.

Hay aún una acotación metodológica, que Alsina expuso de entrada, al comienzo de su extenso trabajo. Le dice a Sarmiento que es "propenso a los sistemas; y éstos, en las ciencias sociales como en las naturales, no son el mejor medio de arribar al descubrimiento de la verdad, ni al recto examen, ni a la veraz exposición de ella". Esta observación es exactamente la opuesta a la formulada por Echeverría y que recordamos antes. Para éste el *Facundo* era poco dogmático y ahora Alsina señala que peca por exceso de sistema o dogmatismo. Creemos que estas opiniones discordantes reflejan, en la distinta óptica crítica de uno y otro lector, su distinta posición ideológica y consiguientemente la diversidad de sus exigencias políticas.

La observación de la realidad social de Montevideo hizo que Sarmiento anotara en su libro de *Viajes* un fenómeno social de importancia que rectificaba de algún modo sus tajantes afirmacio-

nes del *Facundo*. Montevideo era una ciudad europeizada y en cuanto a la campaña oriental —que no pudo visitar— le atribuyó la subsistencia de hábitos coloniales, aunque percibió que la población criolla dividía sus preferencias políticas indistintamente entre los partidos blanco y colorado, enfrentados en tenaz guerra civil. Los caudillos uruguayos, Oribe por un lado y Rivera por el otro, tenían aliados y sostenedores "adentro y afuera de Montevideo". Esto acercaba a Sarmiento, a su vez, a las reflexiones de Lamas. La ardua cuestión del caudillaje y sus sustentos políticos, en efecto, podía vislumbrarse allí con bastante claridad, dejando a un lado toda simplificación.

Es oportuno consignar que Sarmiento, al preparar la segunda edición del *Facundo*, introdujo ligeras correcciones de detalle en base a las notas de Alsina pero —como dice Alberto Palcos— desechó las observaciones "enderezadas no tanto a rectificar hechos como el criterio histórico que los informa".

* * *

En 1847 tuvo lugar en el Uruguay un episodio polémico poco conocido y sumamente ilustrativo del dualismo civilización y barbarie y sus repercusiones políticas.

En las postrimerías de ese año —más precisamente, entre noviembre y diciembre—, el doctor Manuel Herrera y Obes, prominente figura del llamado Gobierno de la Defensa —se desempeñaba como ministro de gobierno y relaciones exteriores—, publicó una serie de artículos en el periódico montevidiano *El Conservador*. El motivo que originó este trabajo fue el enfrentamiento del grupo ilustrado principista de la ciudad —del que Herrera y Obes era figura influyente— con el caudillo oriental Fructuoso Rivera, que acababa de ser desterrado al Brasil. La larga justificación de esa grave medida gubernamental hizo incursionar a Herrera y Obes en las causas que engendran el caudillismo en los países del Plata, y la gravitación social del choque entre los estilos de vida de la ciudad y de la campaña. No es una diatriba contra el general Rivera sino una serena reflexión acerca de las peculiaridades del proceso histórico a partir de la emancipación. Y veremos en esas páginas cuánta influencia tiene la tesis sarmientina, ya clásica por entonces.

Herrera y Obes comienza por reconocer que la sociedad uruguaya estaba dividida en dos bandos que venían disputándose el terreno a lo largo de muchos años "en una lucha de armas, de ideas y de intereses diametralmente opuestos...; que cada uno de esos bandos tiene su carácter propio perfectamente definido, con sus hombres, con sus tendencias y con sus medios de acción propios"

y esto, agrega, "es una cosa demasiado grave para que no proceda de causas muy serias".

Para penetrar en esta ardua realidad, desentrañar sus motivaciones profundas y aun medir sus consecuencias futuras, es necesario —dice Herrera y Obes— "remontarnos más allá del detalle de los acontecimientos, y tomando hombres y sucesos y épocas transitorias en su punto de vista general y abarcar toda la revolución social porque pasamos". Aclarado su método de trabajo, inicia la indagación que se proponía.

Después de la independencia aparecen en los pueblos hispano-americanos dos fuerzas poderosas: "la una se precipita del fondo de los desiertos sobre las ciudades; la otra, de las ciudades a los desiertos". Los hábitos, costumbres y tradiciones hispanas terminaron por chocar con los elementos de la innovación que se introducen con la revolución emancipadora. "Dos principios así opuestos y comunes debieron por fuerza producir idénticos resultados en todas partes, y los han producido".

Profundizando más aún su análisis escribe:

Dentro y fuera de Montevideo están hoy frente a frente los dos elementos de que se compone la sociedad entera de América; están los principios de la tiranía y la barbarie de un lado; están los principios de la libertad y de la civilización del otro. He ahí la América en sus dos altas y generales cuestiones.

Los principios reaccionarios, dice, se encarnan en los caudillos, que encuentran oposición en otros principios:

Se alza la clase civilizada de la América con el principio revolucionario; pero se alza sin caudillo, sin representante exclusivo, porque la civilización no se hace representar por un hombre solo en ninguna parte. Ella se forma de la inteligencia de todos y hace un pacto tácito entre todas las ideas, con todos los hombres que pertenecen a su rango.

Insiste Herrera y Obes en que

las ciudades y las campañas han sido los dos campeones de los dos grandes y contrarios principios de la América: el principio sano de la revolución y el principio dañino de la reacción... La ciudad debía llevar su prestigio civilizador a sus hermanos del interior; y sus hermanos llegaban a ella con el prestigio de su fuerza y la imponían. Este orden de cosas —inverso del que debía ser el orden natural— era demasiado serio y alarmante.

Todavía más: para el autor de estos artículos, el principio civilizador estaba apoyado en las ciudades por la parte civilizada

de nuestra sociedad; y el principio bárbaro de reacción colonial estaba sostenido por las masas de las campañas. El principio civilizador estaba representado por las ideas de la revolución, y el otro por los caudillos.

Herrera y Obes aborda asimismo otra arista polémica cuando define a la civilización como una potencia irresistible "que recorre el mundo bajo las formas del comercio, de las artes, de la industria, de los libros, que en todas las cabezas deja una idea, en todos los corazones un interés; que empieza por el bienestar de cada hombre y acaba por la felicidad pública". En otra página afirma que "sólo el amor al orden y al trabajo, la educación industrial, la asociación con el europeo pueden mejorar la condición de nuestro pueblo. Pero desgraciadamente al salir de la ignorancia española, pasa él a las manos de la guerra civil". Remata su pensamiento con una defensa de la influencia europea en estos países, tema tan controvertido desde entonces.

Creemos que en este escrito Herrera y Obes deja traslucir en ciertos tramos un pensamiento iluminista tardío que se corresponde con el de una holgada burguesía que pretende consolidar su poder político. Hay, también, una concepción elitista y aparentemente estática de la vida social, que desconfía y teme a los sectores populares. Para él "el talento, la ilustración y la experiencia" constituyen el capital de las minorías que impulsa y "determina la marcha de la mayoría". No está claro si para Herrera y Obes el progreso económico y cultural habría de promover los cambios necesarios para imponer el estilo de vida de la "civilización" no sólo en el recinto urbano sino en todo el territorio del país disolviendo para siempre el espíritu reaccionario. Y decimos que no está claro porque, por ejemplo, como no explícita el papel que podría desempeñar la educación en ese progreso, no se vislumbra si las mayorías, una vez lograda su inserción activa en la economía moderna y superada su incultura, accederían a la responsabilidad del gobierno. En esto Sarmiento, como Echeverría, tenían claro que la educación constituía una variable de desarrollo y de cambio social, cuyo objetivo era el establecimiento de una sociedad democrática. Para ellos el protagonismo de la élite no era una estación terminal sino una etapa de transición hacia formas ampliadas de participación política.

* * *

Pocos días después de concluir la publicación de los artículos de Herrera y Obes, salió a la palestra, para replicarle, un político par-

tidario del general Oribe, caudillo blanco y jefe del campo sitiador del Cerrito, frente a Montevideo. La respuesta estuvo a cargo del doctor Bernardo Prudencio Berro, un prestigioso hombre público que años más tarde, en 1860, fue electo Presidente del Uruguay. El escrito de Berro vio la luz también en forma de artículos en el periódico oribista *El Defensor de la Independencia Americana*, entre diciembre de 1847 y marzo de 1848.

Berro analiza varios tópicos relativos a la cuestión planteada por Herrera y Obes sobre el papel de los caudillos, el carácter de la guerra civil en estos países, la influencia europea, y, como problema de fondo, el de la civilización y barbarie.

Comienza por plantear definiciones de los términos civilización y barbarie. La primera, para él, abraza el desarrollo social e intelectual y consiste en la "suma de conocimientos, de instituciones y de costumbres propios para llenar los altos fines del progreso y de la felicidad de las naciones". Por barbarie entiende "un estado en que no exista ese desarrollo social e intelectual que constituye la civilización, o en que domine un desarrollo contrario a ésta". Creemos que esta definición de barbarie es extrema en cuanto no admite que fuera un estado inferior de desarrollo al de la llamada civilización; por el contrario, sería la negación de todo desarrollo moderno.

Después de traer a colación algunos antecedentes europeos, deduce que la civilización, amalgama de elementos heterogéneos, no se ha desarrollado de modo uniforme en todos los países. Desde su punto de vista expresa que no hay enfrentamiento entre la civilización y la barbarie sino entre el saber, por una parte, y la ignorancia y la preocupación, por otra, lucha inseparable de la existencia de las sociedades humanas. No se puede decir, agrega, que una nación "es bárbara porque reine en ella más que en otra la ignorancia y las preocupaciones. Se dirá que es atrasada, poco culta, pero de ahí no se puede pasar", advierte. Niega también la existencia de movimientos retrógrados hacia la barbarie. Más aún: afirma que la barbarie se ha extinguido hace siglos en los países europeos a partir de la fusión de elementos cristianos, germanos y romanos, que dieron origen a una nueva forma de civilización. Al hacer referencia a América, dice que no corresponde tampoco que se hable de barbarie cuando se hace referencia a los tiempos coloniales.

La lucha de la civilización con la barbarie no existe entre nosotros, afirma, porque todos los elementos intervinientes en las contiendas civiles pertenecen a la civilización, "ora hayan salido de los campos, ora de las ciudades". Para admitir aquellas luchas sería imprescindible, a su modo de ver, que se dieran varios supuestos:

primero, que en ellas apareciese siempre de una parte las campañas, y de la otra las ciudades, combatiendo aquellas por destruir la civilización y sustituirle la barbarie, y estas viceversa porque la barbarie hiciese lugar a la civilización; segundo, que los caudillos y las masas que combatían se dividiesen constantemente de tal forma, que a un lado no hubiese más que hombres salidos de los campos, y al otro de las ciudades, sin confundirse jamás unos con otros; y tercero, que las poblaciones campesinas no sólo se vieses decididamente marchando a hundirse en la barbarie, sino que mediante un poder dominante hubiesen hecho retroceder la sociedad a términos de ser mucho menos civilizada de lo que era antes.

No existen barreras que aislen a las ciudades y al campo puesto que hay en realidad frecuente intercomunicación entre ellas, agrega Berro.

En cuanto a las guerras civiles, dice que fueron protagonizadas en América tanto por hombres provenientes de la ciudad como de la campaña. Esas guerras civiles no eran provocadas por cuestiones ideológicas sino por intereses personales, de grupo o de localidad. No hay luchas por principios políticos o por elementos sociales puestos en antagonismo, sino pasiones subalternas provocadas más bien por la inexperiencia cívica debido al repentino tránsito del régimen absolutista de la colonia al de la libertad a partir de la Revolución, sin transición alguna.

Las revueltas, los desórdenes y las tiranías, afirma Berro, no se han originado en las campañas sino en las ciudades y la mayoría de sus promotores han salido de ellas. Atribuye Berro a la actividad política que se desarrolla en las ciudades, la frecuente exaltación de ánimos, las perturbaciones y las conmociones cíviles. Estas conmociones de los centros urbanos arrastraron a las campañas, generalizándose la contienda. Pero la campaña no formaba una facción propia separada, sino que se dividía siguiendo a los bandos en pugna. "Y de esta manera se veían campesinos y hombres de ciudad siguiendo a unos, y campesinos y hombres de ciudad siguiendo a otros". En esto coincide con las apreciaciones de Sarmiento, recogidas en su libro de *Viajes*, hechas en ocasión de su visita a Montevideo, un par de años antes, y que ya señalamos en páginas anteriores.

Pasa en seguida Berro a examinar la situación de la campaña. Niega las suposiciones de que la barbarie sea el signo distintivo de la población campesina y que esta barbarie avance para dominar a la civilización de la ciudad. Dice que, por el contrario, el progreso en la campaña fue más rápido y más firme que el de la ciudad. Desde hace unos veinte años —escribe— se produjo una

amplia subdivisión de la propiedad rural y un importante asentamiento poblacional. Los nuevos propietarios elevaron su nivel de vida, mejoraron sus costumbres y sus expectativas, y se esforzaron por adoptar hábitos de la ciudad. En la campaña —dice— “el impulso de la civilización es vigoroso”. Por lo tanto —insiste Berro en su réplica a Herrera y Obes—, no se puede generalizar la situación social de la población rural de los países hispanoamericanos con las particularidades de la campaña uruguaya.

Admite que en la época colonial el campesino estaba virtualmente marginado y sin posibilidades de salir de la situación de dependencia en que estaba colocado dentro del ordenamiento social hispano: de aquí su indolencia y el arraigo de costumbres rudimentarias y conservadoras. Después de la Revolución se quebraron las compuertas que frenaban la actividad de los hombres de la campaña y sus progresos materiales y culturales conformaron una nueva situación social. El antiguo sometimiento y resignación fue reemplazado por el espíritu de independencia y la aparición de nuevas expectativas. Ese cambio —a su criterio— permitiría armonizar los intereses de los grupos sociales de la ciudad y la campaña sin crear situaciones de predominio de una sobre la otra.

El estudio de Berro, cuyos lineamientos básicos acabamos de sintetizar, es denso y revela buen conocimiento de los problemas que examina. Tal vez sea el estudio más comprensivo y relevante que la temática propuesta por el *Facundo* tuvo en la época de su aparición. Sorprende que, excepto el historiador uruguayo Juan E. Pivel Devoto, nadie se haya ocupado de este trabajo de Berro en su correlación con las ideas de Sarmiento. Conviene aclarar que Berro —miembro de un gobierno aliado de Rosas— no menciona ninguna vez a Sarmiento, pero es obvio que lo tuvo presente a lo largo de su trabajo, y en este sentido es significativo que en varias ocasiones, y sin dar nombres, aluda a las teorías difundidas por los salvajes unitarios. . .

Con relación a este estudio hay varias puntualizaciones que hacer, sin agotar naturalmente las observaciones que merece. Es cierto que el esquematismo del *Facundo* ofrecía flancos susceptibles de crítica respecto del tajante divorcio que sugiere entre la ciudad y la campaña. Sarmiento habla de barbarie, es decir, de primitivismo cultural en la campaña y la correlación con formas sociales anacrónicas que denomina feudales, cuyo arcaísmo resultaba más fácil impugnar contrastándolo con la dinámica de la moderna cultura urbana. No se puede negar la comunicación y vinculación entre la campaña y la ciudad, pero esto no quita que aquélla, mientras no se produjera un cambio sustancial en su estructura, apareciera como

supérstite de la herencia colonial, y más aún, la campaña gravitaba a través de los intereses de los hacendados y latifundistas afincados en la ciudad y se manifestaba políticamente como fuerza reaccionaria. No es casual que los caudillos, protagonistas de nuestras guerras civiles, tuvieran todos intereses rurales.

Es obvio que la actividad política se desarrollaba exclusivamente en las ciudades, pero esto no implica suponer que los intereses de los grandes propietarios de la campaña no desempeñaran papel alguno en las confrontaciones políticas y en las frecuentes revueltas de la época. Estas conmociones urbanas, coincidimos con Berro, arrastraron muchas veces a la campaña, por acción o por reacción, generalizándose la contienda. Esto es lo que Sarmiento llamaba avance de la barbarie sobre las ciudades. En cuanto a la carencia de un grupo político autónomo representativo de los hacendados de la campaña era precisamente la consecuencia natural del arcaísmo económico-social que la caracterizaba.

Con referencia a la incursión descriptiva de Berro sobre la situación de la campaña conviene una aclaración importante. Él se refiere a la campaña uruguaya y ésta, en esa época, difiere radicalmente de la campaña pampeana o del litoral nuestro. Omite Berro consignar que en la antigua provincia de la Banda Oriental hubo una auténtica revolución agraria ejecutada por Artigas a partir del célebre Reglamento de fomento de la campaña, de 1815, que efectivamente transformó la vida rural en ese territorio.

Una breve digresión tal vez aclare este punto. Artigas fue el primer caudillo rioplatense, es cierto, pero no es el caudillo arquetípico según la imagen forjada por una tradición historiográfica hecha de prejuicios e incomprensiones. Su popularidad en la campaña oriental no obedecía a una actitud paternalista, habitual en los caudillos posteriores, sino a su programa de cambio político-social. Por ello Artigas no es lo mismo que Quiroga ni es lo mismo que Rosas.

La magnitud de los cambios producidos en el territorio oriental se refleja bien en las páginas de Berro cuando habla de “la mudanza operada en los hombres de la campaña y de sus progresos en el camino de la civilización. . . después que sus habitantes se convirtieron en propietarios territoriales”.

Precisamente este tipo de cambio social era uno de los objetivos de Sarmiento cuando se proponía acabar con el latifundio que prevalecía en esta banda occidental del Plata y, a través de la colonización, echar las bases que permitieran conformar una clase media rural. De ahí que la entusiasta descripción que Berro hace del campesino debe referirse entonces al pequeño propietario rural que

resultó de la política artiguista pues los rasgos que le atribuye no se corresponden con los del estanciero latifundista.

Aunque acaso demasiado pormenorizadas, estas pocas precisiones críticas eran imprescindibles para penetrar sin confusiones en el discurso social de Berro. Sea como fuere, su réplica es una página valiosa que invita a la reflexión.

Y esto es lo que Sarmiento quería: que su tesis de *Facundo* no sólo se leyera sino que también se discutiera, porque el debate, aún cargado de pasiones, contribuye a echar luz y a crear una conciencia pública sobre los grandes problemas nacionales y sobre el modo de operar para resolverlos.

ARGIROPOLIS, RAICES HISTORICAS DE UNA UTOPIA

Por Fernando AINSA
CRICCAL, FRANCIA

CONFINADA AL GÉNERO utópico, *Argirópolis* ha padecido una cierta marginación crítica en la clasificación, evaluación y comentario del conjunto de la obra de Domingo Faustino Sarmiento. Si bien es cierto que la tentación de clasificarla como una utopía tradicional es comprensible, especialmente a partir de las connotaciones del título —la significativa *polis* griega¹ traspuesta al Río de la Plata— y de la propia naturaleza del proyecto que propone —fundar la capital de los Estados Unidos de América del Sur en una isla— una atenta lectura del texto permite extraer otras conclusiones.

Por lo pronto, porque la temática, la composición y el estilo de *Argirópolis* no difieren mucho del resto de la obra de Sarmiento. Este libro de apenas 120 páginas, publicado en 1850, se presenta como un programa que, si bien está marcado por una *intención* utópica, tiene todos sus referentes directamente inscritos en el contexto político de la época. No se trata de una obra intemporal o difícilmente localizable en el espacio, tal como sucede con otras utopías del género, sino de un proyecto concreto para el momento histórico argentino y rioplatense desde el cual se escribe.

La iniciativa de fundar una capital para los Estados Unidos del antiguo Virreinato del Río de la Plata se articula en el conjunto de la reflexión general de Sarmiento sobre el futuro de la América Meridional. Por otra parte, apenas dos capítulos (iii y v) de los siete que componen el total, se refieren a la iniciativa de edificar una *ciudad-ideal* en la isla de Martín García, reiterándose en el resto del opúsculo preocupaciones y proposiciones que aparecen en otros textos políticos, ensayísticos o periodísticos del período.

Una comprobación de este tipo no debe llevar, sin embargo, a

¹ Sarmiento adapta el nombre clásico al Río de la Plata y el adjetivo gentilicio que llevaba la Confederación y con el cual se ha dado el nombre a la Argentina. Lo hace aludiendo significativamente a la *polis* griega —Heliópolis— y al título de la obra de Tomasso di Campanella, *La città del sole*, la *civitas solis* modelo de la utopía renacentista.

rechazar la *intención* utópica del texto. Por lo pronto, porque la misma vocación programática que se percibe en *Argirópolis* está presente en el resto de la obra de Sarmiento. En la mayoría de sus libros, panfletos y artículos se percibe una voluntad prospectiva y una preocupación por el *deber ser* argentino y americano, al que contraponen en forma dialéctica el *ser* de la realidad desde la cual escribe. El paralelo constante entre el diagnóstico de la problemática del presente y lo que debería ser el porvenir, cuando no la simple nostalgia de un pasado idealizado, puede rastrearse en sus obras mayores —como *Facundo* y hasta *Recuerdos de provincia*— y en textos periodísticos de circunstancia.

Es justamente esa *tensión* en que se traduce el contenido desiderativo, esa *tendencia* y *latencia* que se proyecta hacia el futuro a partir de un presente que se cuestiona críticamente, la que constituye la esencia misma de la *función* utópica en la que se inscribe el pensamiento de Sarmiento, más allá de la categorización de *Argirópolis*.

Es decir que, mientras por un lado la ensayística histórica de Sarmiento aparece en general como *utopizante*, por el otro la utopía de *Argirópolis* se presenta como una solución al problema político que plantea el "post-rosismo" en la Argentina. Como ha escrito Gustavo Ferrari, *Argirópolis* combinó la utopía —lo programático— con el "panfleto político realista".² En esta última dirección la clasifica Paul Verdevoye, al estudiarla en el subcapítulo sobre política argentina incluido en uno más vasto sobre la política que propone el "publicista" Sarmiento.³

Por su parte, Horacio Cerutti Guldberg se pregunta:

¿Dónde está la utopía sarmientina? Diseminada por todo el texto. La estructura formal del panfleto político oculta la estructura utópica subyacente al discurso. En este sentido, el mismo Sarmiento desorienta a sus intérpretes al hablar de "la sanidad de miras y objeto práctico" de *Argirópolis*, "a despecho de la Utopía que le sirve de noble frontispicio". La estructura del género utópico, con sus momentos de crítica y de propuesta, aparece nitidamente si no nos dejamos llevar por estas apariencias.⁴

² Gustavo Ferrari, "Introducción" a *Argirópolis*, Buenos Aires, EUDEBA, 1968. Todas las citas de la obra de Sarmiento corresponden a esta edición.

³ Paul Verdevoye, *Domingo Faustino Sarmiento —Educatore et publiciste (entre 1839 et 1852)*, Institut des Hautes Etudes de l'Amérique Latine, 1963, pp. 366-369.

⁴ Horacio Cerutti Guldberg, "El utopismo del siglo XIX; aproximación a dos exponentes del género utópico gestados en el seno de la ideología liberal", en *El pensamiento latinoamericano en el siglo XIX*, México, IFCG, 1986, p. 115. En este ensayo Cerutti analiza *Argirópolis* de Sarmiento y

Las diferencias entre *Argirópolis* y el resto de la producción ensayística de Sarmiento no son, pues, tan sustanciales como se ha pretendido. Esta afirmación resulta tanto más evidente si se tiene en cuenta la dificultad en que se ha debatido la crítica para clasificar en géneros su obra, tan poco ortodoxamente dividida de acuerdo a los criterios europeos utilizados para abordarla. El ejemplo de *Facundo*, donde confluyen páginas de historia, sociología, novela, ensayo y tratado de moral es, en este sentido, bien explícito.⁵ Por ello, puede afirmarse sin exagerar que *Argirópolis* es una utopía contextualizada en la Argentina de 1850, inscrita orgánicamente en el conjunto de una producción cuya reflexión histórica está teñida por permanentes alusiones utópicas.

Es justamente este presupuesto —la integración orgánica de *Argirópolis* en el conjunto de una vasta obra de *intención utópica*— el que preside el razonamiento del presente trabajo, donde analizaremos algunas de las constantes del pensamiento del polémico y apasionante sanjuanino cuyo centenario se festeja este año de 1988.

Entre la utopía y la casuística

LA palabra utopía no se menciona en ningún momento en *Argirópolis*. Sin embargo, durante un viaje en barco por el Río de la Plata, Sarmiento se refiere a la isla de Martín García como "mi Utopía". En otra ocasión, desembarca en su puerto, recorre entusiasmado el perímetro de la isla e inscribe su nombre —*Argirópolis*— en una roca de la playa, verdadero bautizo fundacional del proyecto. En las observaciones recogidas en *Campaña en el Ejército Grande*, destaca la fertilidad del terreno, la seguridad del puerto, las posibilidades de construir una aduana, resaltando "la sanidad de miras y objeto práctico" de *Argirópolis* "a despecho de la utopía que le servía de noble frontispicio".⁶ Es decir que, aún calificada de utopía ("a despecho de..."), *Argirópolis* se le aparece como viable: la isla existe, tiene una indiscutible importancia estratégica y posee excelentes condiciones naturales para fundar una capital. Sarmiento es consciente que el proyecto no tiene una causalidad histórica directa y que es sólo fruto de su voluntarismo

Peregrinación de Luz del Día o viaje y aventuras de la verdad en el Nuevo Mundo (1871), de Juan Bautista Alberdi.

⁵ Noé Jitrik, en *Muerte y resurrección de Facundo*, Buenos Aires, CE-DAL, 1968, p. 9, explica las dificultades que presenta la obra de Sarmiento para su clasificación, y cita a Alberto Palcos, quien habla de la ruptura de moldes tradicionales de los géneros literarios en Sarmiento.

⁶ Gustavo Ferrari, en la "Introducción" citada.

programático. Por ello afirma: "Dése hipotéticamente una ciudad como Venus, saliendo de entre la espuma de las aguas de un conjunto de ríos, y el comercio pondrá de su cuenta en un año todos los accesorios y vehículos que aceleren el movimiento" (p. 85).

Argirópolis es, pues, una *hipótesis*, un deseo, porque parte, pura y simplemente, de la "nada". La isla de Martín García es una isla desierta, escenario ideal de la utopía. Para darle una consistencia real hay que imaginar una ciudad que "nacería rica de elementos de construcción duradera" (p. 85), donde se levanten los edificios con las piedras de la isla, porque "no hay gloria sin granito que la perpetúe".

El congreso, el presidente de la Unión, el tribunal supremo de justicia, una sede arzobispal, el Departamento Topográfico, la administración de los vapores, la escuela náutica, la universidad, una escuela politécnica, otra de artes y oficios y otra normal para maestros de escuela, el arsenal de marina, los astilleros y mil establecimientos administrativos y preparativos que supone la capital de un Estado civilizado, servirían de núcleo de población suficiente para formar una ciudad. (p. 84)

Por esta razón, aunque Sarmiento se diga: "¡A cuántas aplicaciones públicas se ofrece el laberinto de canales e islas que forman el delta del Paraná!" (p. 84) e imagine el Río de la Plata dividido en "miles de canales frecuentados por millares de botes, lanchas y falúas", no deja de preguntarse:

¿Diríase que todos estos son sueños? ¡Ah! Sueños, en efecto; pero sueños que ennoblecen al hombre, y que para los pueblos basta que los tengan y hagan de su realización el objeto de sus aspiraciones para verlos realizados. Sueño, empero, que han realizado todos los pueblos civilizados, que se repite por horas en los Estados Unidos, y que California ha hecho vulgar en un año (p. 85).

Proyecto y sueño, sí, pero en la medida en que una utopía pareciera ya es *realidad* en Estados Unidos ("vulgar en un año"), puede ser un sueño *posible* para América del Sur. Para darle la necesaria viabilidad, el proyecto enunciado con lirismo se acompaña de una detallada lista de ejemplos: la lista de vapores que navega entre San Francisco y Panamá (p. 86), las casas comerciales que operan en el puerto de Buenos Aires (p. 102) y la estadística sobre el origen de los inmigrantes llegados a Nueva York en 1849 (p. 109). Aunque parece fuera de contexto en una obra programática, la utopía propuesta se apoya en la casuística, el sueño en la erudición y el exagerado detalle.

Esencia histórica de la utopía

Más allá de la discusión semántica sobre cómo clasificar *Argirópolis*, es interesante recordar que, desde los orígenes del género, las utopías se han relacionado casi siempre con las preocupaciones políticas y sociales de sus autores, porque —contra lo que se afirma en general— éste no es un género de evasión. Catalogar la obra de Sarmiento como utopía no es reducirla al fantasioso "soñar despierto" de un irrealista ensayista argentino. La mayoría de las utopías estimulan la reflexión sobre la época en que han sido escritas y orientan la imaginación hacia lo que podría ser, *deber ser* enunciado siempre en función de los valores imperantes en la sociedad del autor. Basta con pensar en los escritores que fundan el género como Moro, Campanella, Bacon y Harrington.

Tomás Moro concibe *Utopía* (1516) como *modelo alternativo* a la realidad política inglesa y termina su vida ejecutado por el orden imperante que ha combatido como Canciller. Campanella escribe *La Città del Sole* en la cárcel, como respuesta a la agitación campesina de Calabria, cuya injusta situación social le inspira el modelo de sociedad teocrática que propone. Francis Bacon, que también fue Canciller de Inglaterra, proyecta "la casa de Salomón" en *New Atlantis*, utopía que se convierte en la realidad de la Royal Society of London y posteriormente en el College of Philosophy. James Harrington publica *Oceana* (1656) como un desafío a la convulsionada Inglaterra de Cromwell, y es perseguido bajo el reinado de Carlos II.

En realidad, buena parte de los utopistas de los siglos XVI y XVII aparecen como legisladores disfrazados y escriben obras *ad usum Delphini* con el fin de encontrar al monarca capaz de aplicarlas. Lindante muchas veces con las obras llamadas "el espejo del Príncipe" (el *Furstenspiegel* alemán, *miroir des princes* francés, el "reloj de príncipes" del español Antonio de Guevara) de contenido más propagandístico y político, la utopía es por esencia histórica. Las relaciones con la realidad son siempre determinantes, ya que la utopía más irreal y fantástica en apariencia no puede evitar los referentes de la época de su autor. La negación de una escala de valores, su proyección o la imaginación más libremente desatada no son nunca totalmente arbitrarias. El propio Georges Sorel, estudioso de mitos y poco simpatizante del género utópico, asegura que: "Il ne faut pas donc s'étonner si tant d'utopistes purent devenir des hommes d'Etat habiles lorsqu'ils eurent acquis une plus grande expérience de la vie politique".⁷

⁷ Cit. por Gustavo Ferrari, "Introducción" a *op. cit.*

En resumen, puede afirmarse que, entre la *topía* desde la que se escribe y la *utopía* proyectada, hay siempre una interacción dialéctica. "La utopía es una *apuesta* ejercida sobre la base de los términos que ofrece la *topía*" —afirma Arturo Andrés Roig⁸— relación íntimamente ligada al diálogo del hombre con la historia. Toda forma de "felicidad imaginada" a través de la *subversión* de la realidad es una manera de reflexionar sobre el presente y, paradójicamente, una forma de influir sobre él para cambiarlo. Así se puede hablar del doble aspecto de la utopía: crítica de lo existente y propuesta de aquello que debería existir. Es decir, son los *modelos* los que varían, mientras que la *función utópica* permanece constante a través de los siglos. La *intención utópica* es invariable, y como tal recorre la historia, aunque apenas enunciada aparezcan las variables. El *contenido* de cada *modelo* propuesto se mueve en el interior de la historia que lo engendra. "El modelo a imitar es un elemento que aparece con toda fuerza y explícitamente en *Argirópolis*", subraya Horacio Cerutti,⁹ al recordar cómo la *función modelica* aparece en las utopías renacentistas que usan al Nuevo Mundo como topos.

El modelo utópico de Argirópolis

ARGIRÓPOLIS, escrita en 1850 en vísperas de la caída de Rosas, se inscribe en la capacidad de abrir *posibilidades* en lo *imposible relativo* de la época, "fascinación de lo imposible" que guía buena parte del pensamiento de Sarmiento. La calificación peyorativa de su intención utópica es posterior, distancia entre lo imposible relativo y lo *imposible absoluto* que, si bien puede trazarse hoy en día sin mayor dificultad gracias a la perspectiva histórica que nos da el fracaso de la propuesta sarmientina, no resultaba tan obvia en el momento de su enunciación. En 1850, la discusión sobre el proyecto era esencialmente política, aunque Urquiza manifestara un "prudente silencio" y el General Paz haya sido más directo: "Su Argirópolis, en mi modo de pensar expresa un pensamiento grande, patriótico, sublime también, pero de difícil y, actualmente, de imposible realización".¹⁰

Pese a la *imposibilidad* de realización que marca su origen, es interesante anotar que la mayoría de los presupuestos de *Argiró-*

⁸ Arturo Andrés Roig, "La experiencia iberoamericana de lo utópico y las primeras formulaciones de una 'Utopía para sí'"; en *Revista de Historia de las Ideas* (Quito) 1981, pp. 53-67.

⁹ Horacio Cerutti, *op. cit.*, p. 116.

¹⁰ Gustavo Ferrari, *op. cit.*, p. 13.

polis fueron reiterados obsesivamente por Sarmiento en el resto de su obra. Algunos ejemplos lo confirman. Nos referiremos a dos de ellos: los que presiden la idea de fundar una capital en la isla de Martín García —problemática geopolítica e histórica del momento— y los del poblamiento de la isla en el contexto de la ambición sarmientina de "gobernar es poblar".

1) *Fundación de la capital*

EN el dilema argentino de la época —que Sarmiento percibe como expresión de la antinomia *Buenos Aires-Interior*—¹¹ la solución de fundar una capital en un lugar diverso al que oponía la *ciudad-puerto* a los centros provinciales no era totalmente ilógica. La resistencia a la gravitación de Buenos Aires marca buena parte de los conflictos de la época, sólo parcialmente dirimidos en 1880 con la creación de la Capital Federal y está presente o latente en la ensayística de Sarmiento y en la de algunos integrantes de su generación como Juan Bautista Alberdi, quien afirma en 1850 que "es imposible un gobierno nacional con capital en Buenos Aires".

Entre 1860 y 1880 se presentan al Congreso argentino unos cincuenta proyectos relativos al lugar donde debía ser el emplazamiento de la capital, de los cuales se discutieron más de treinta. Entre ellos figuraron las ciudades de Rosario, Córdoba, Tucumán, Paraná y Río Cuarto. Buenos Aires aparece como "la apoplejía en el centro y la parálisis en las extremidades", según la famosa definición de Leandro Alem: "Para el principio democrático y el régimen federal, la capital en este centro poderoso entraña gravísimos peligros y puede comprometer seriamente el porvenir de la república".¹²

El ejemplo de los Estados Unidos de América, según el cual se proyecta Washington como capital de la Unión para dirimir las

¹¹ Según anota Jitrik (*op. cit.*, p. 17), el conflicto Buenos Aires-interior es de antigua data; estalla con la caída de Rosas y la configuración del *partido porteño*. La constitución de 1853 consagra el sentido del levantamiento de Urquiza: capitalizar Buenos Aires. A partir de esa evidencia, aparecen conflictos que se manifiestan en todos los órdenes. Habiéndose anticipado en *Facundo* Sarmiento vuelve a encontrar una fórmula de solución con su "Provinciano en Buenos Aires, porteño en las provincias, argentino en todas partes". Argirópolis representa una concesión en esa neutralidad, pues trae la propuesta de que la capital esté instalada en otra parte, lo cual significa inclinarse en ese momento por el partido porteño, enemigo de ceder Buenos Aires para Capital de la Nación.

¹² Cit. en Mempo Giardielli, "Hacia la capital de la utopía", en *La razón* (Buenos Aires), 3 de octubre de 1986.

rivalidades existentes entre Nueva York, Filadelfia, Baltimore y Boston, inspira en Sarmiento el modelo a reproducir en el ámbito rioplatense dividido por las tradicionales oposiciones entre los puertos de Buenos Aires y Montevideo, entre las ciudades de Córdoba y la misma Buenos Aires. Estas oposiciones reflejan las antinomias no resueltas entre capital e interior, ciudad-puerto y campo productor, así como traducen las más circunstanciales de Federales contra Unitarios, Doctores contra Caudillos y la famosa creación sarmientina de Civilización y Barbarie.

Si el proyecto de Sarmiento aparece insertado en la problemática de la época —dar una capital a la Argentina, reconstruyendo al mismo tiempo las Provincias Unidas— es interesante recordar que, en el ámbito latinoamericano, la preocupación por fundar una capital que pudiera evitar la fragmentación "balcánica" de los antiguos virreinos aparece también en Francisco de Miranda y Simón Bolívar. La propuesta de Sarmiento es posterior a *Colombo*, la capital imaginaria de Miranda, que debería edificarse en el istmo de Panamá para asegurar la unidad de las dos Américas y al proyecto de la ciudad *Las Casas* que Bolívar propone fundar en "el soberbio puerto de Bahía-honda" en los confines de Colombia y Venezuela, capitales de la utopía americana en que se traduce el deseo de *unidad* continental o regional.¹³ Una aspiración similar se expresa más de un siglo después en las capitales que pretenden *integrar* el territorio nacional, como es el caso de Brasilia, fundada por Juscelino Kubitschek en 1960, y el anuncio del presidente Raúl Alfonsín en febrero de 1986 de transformar la ciudad patagónica de Viedma en la nueva capital argentina.

La vocación utópica del urbanismo —cuyas raíces pueden rastrearse en los proyectos de Hipodamos de Mileto en el Pireo¹⁴ y en los del *quattrocento* italiano¹⁵ se reitera en el *Bosquejo de la*

¹³ Sobre el punto, véase Arturo Ardao, "Las ciudades utópicas de Miranda, Bolívar y Sarmiento" en *Nuestra América Latina*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1986, pp. 83-95.

¹⁴ Es interesante recordar que el primer autor utópico —Hipodamos de Mileto— fue un urbanista del cual Aristóteles afirma en *Política*; "Hipodamos, hijo de Euryfon, ciudadano de Mileto, el que inventó el trazado geométrico de las ciudades y recortó el Pireo en un damero". Calificado de meteorólogo por Hesychio y Photio, es decir especialista en fenómenos celestes, Hipodamos de Mileto estuvo encargado de trazar el plan de las nuevas ciudades griegas en armonía con el esquema del universo, tal como se lo concebía en su época.

¹⁵ Los monarcas italianos sueñan con ciudades nuevas. Un urbanista utópico como Leon Battista Alberti publica *De re aedificatoria* (1452); Antonio Averlino (llamado Filarete) propone una ciudad fantástica en su *Trattato*, que bautiza Sforzinda, y que deberá edificarse en pleno campo

ciudad del futuro (1938) del arquitecto argentino Wladimiro Acosta para la construcción de un nuevo tipo de ciudad basada en la penetración de zonas urbanas y rurales, en la racionalización de los espacios consagrados a la vivienda y al trabajo, a la industria y a la agricultura y en la concepción que guía la fundación de la ciudad de La Plata. Una vocación utópica más explícita aparece en *La ciudad anarquista americana* (1914) de Pierre Quiroule, imaginada en un país —El Dorado— situado a orillas del río Diamante, en cuyas características geográficas se reconoce fácilmente el espacio rioplatense.¹⁶

En este contexto, parece claro que el proyecto sarmientino de levantar en una isla desierta una capital para una confederación de tres países no constituye una utopía que pueda ser calificada peyorativamente de irreal y disparatada, sino una forma de proponer una solución a la doble problemática de su tiempo, a saber: 1) Reconstruir el Virreinato del Río de la Plata y el espacio político de las Provincias Unidas, dándole al mismo tiempo una capital a la Confederación Argentina. 2) Recuperar la isla de Martín García, a la sazón ocupada por Francia en el contexto de la Guerra Grande, convirtiéndola en enclave de la red fluvial.

1) Reconstrucción del espacio territorial del Virreinato del Río de la Plata

LA capital Argirópolis no se proyecta como un fin *per se*, ni como una isla autárquica al modo de la utopía tradicional, sino como un instrumento para hacer posible la ambición de reconstruir el antiguo Virreinato del Río de la Plata. Sarmiento expresa esta prioridad al titular a uno de los siete capítulos en que divide *Argirópolis* —el capítulo II— "Las Provincias Unidas del Río de la Plata, el Paraguay y la República del Uruguay", porque: "No es sólo una cuestión de la Confederación Argentina la que se debate, sino la de las antiguas Provincias Unidas del Río de la Plata" (p. 31).

Sin embargo, para recrear el espacio del antiguo Virreinato no puede pensarse que la capital sea Buenos Aires. Sarmiento considera

sobre una tierra fértil y donde será posible la Cucaña de la tradición popular. Los proyectos urbanísticos vuelven, una y otra vez, a repetirse en las utopías del Renacimiento.

¹⁶ Félix Weinberg, en *Dos utopías argentinas de principio de siglo*, Buenos Aires, Solar, 1976, reproduce y estudia esta interesante utopía. Al tema hemos consagrado un trabajo, Fernando Ainsa, "La ciudad anarquista americana (estudio de una utopía libertaria)", en *Caravelle*, 46 (1986).

razonablemente que "el Paraguay y el Uruguay no tienen interés alguno que los ligue a Buenos Aires que está fuera de sus rutas naturales de comercio" (p. 37). Es más: tanto Paraguay como Uruguay no aceptarían nunca "confederarse" con una Argentina cuya capital fuera Buenos Aires y le resulta evidente que "la ciudad comerciante de Montevideo resistiría ahora y siempre a someterse a su rival, la ciudad comerciante de Buenos Aires" (p. 37).¹⁷ Por estas razones es de preguntarse si Montevideo, cuya suerte dependía en esos momentos de auxilios extranjeros, en lugar de someterse a su rival Buenos Aires, "No se encontraría bien servida formando parte de un grande Estado, cuyas leyes fuesen igualmente equitativas para Buenos Aires como para Montevideo, poniendo término al estado provisorio"¹⁸ (p. 40).

Por su parte, el Paraguay —según afirma Sarmiento— también tiene interés en ligarse con la Confederación para gozar "de igual a igual" con Buenos Aires de las ventajas del comercio europeo, ya que naturalmente "está subordinado a la embocadura de los ríos que le sirven de intermediarios con el comercio europeo" (p. 41). Para garantizar la "igualdad" entre los tres estados, la sede del gobierno común tiene que estar en un "territorio neutro". Nada mejor que una isla para evitar todo conflicto.

Con estos presupuestos, sólo la creación de la capital en Martín García puede "conciliar los intereses y la libertad de los Estados confederados". El proyecto se apoya en el hecho de que está desligada "naturalmente de toda influencia de cada una de las provincias que forman la Unión", condición insular que la coloca en una posición "aún mejor que Washington en Estados Unidos", ya que es "independiente de ambas márgenes del río".

La isla de la utopía sarmientina, localizada geográficamente en la confluencia de los ríos Paraná y Uruguay, tiene además una gran

¹⁷ Pero si Montevideo rechaza a Buenos Aires como centro, Sarmiento está al mismo tiempo convencido de que "El Uruguay, dividido en partidos, agitado por las ambiciones de sus caudillos, no ha podido desprenderse de las Provincias Unidas de que fue segregado. La ambición del general Rivera le hizo llamar en su auxilio a los argentinos que por millares estaban asilados en Montevideo; y el general Oribe, para reponerse de su vencimiento, buscó naturalmente el apoyo del gobierno de Buenos Aires" (p. 32).

¹⁸ El razonamiento parece claro. Un modo de terminar con la guerra "fratricida" de ocho años es aceptar una confederación basada en un mismo plano de igualdad entre los estados en pugna: "Nosotros preguntaríamos a los sitiadores y a los sitiados en Montevideo, aquellas dos partes de una nación empeñadas ocho años en una lucha fratricida, si hallan dificultad insuperable, invencible, para asociarse al Paraguay y a la República Argentina en una federación con el nombre de Estados Unidos de la América del Sur, u otro que borre todo asomo de desigualdad".

importancia estratégica. Se trata de un enclave que permite controlar la salida comercial del Paraguay y la comunicación entre los puertos de Montevideo y Buenos Aires. Centro natural en el contexto geográfico en que está situada para "la percepción de derechos de exportación e importación", Sarmiento está convencido de que "la población de la isla creará en pocos años un nuevo centro comercial común a las dos ciudades (Buenos Aires y Montevideo) y un nuevo elemento de prosperidad, aumentando el número de ciudades comerciantes y ricas del Río de la Plata". Por otra parte —como ha señalado Horacio Cerutti— "La isla es la polis de la plata, pero representa supletoria y paradigmáticamente a todo el país confederado".¹⁹

En este proyecto no hay únicamente una reminiscencia nostálgica del vasto territorio virreinal del pasado, ni una pragmática solución política al problema del presente, sino una clara apuesta al futuro. Se diseña con claridad en sus páginas la ambición de las "grandes naciones", el "gran Estado" que Sarmiento contraponía a "las repúblicas oscuras" (p. 41). Por ello advierte sobre la propensión de las repúblicas sudamericanas a "descomponerse en pequeñas fracciones, solicitadas por una anárquica e irreflexiva aspiración a una independencia ruinosa, oscura, sin representación en la escala de las naciones" y cita el ejemplo de Centroamérica, que "ha hecho un estado soberano de cada aldea: la antigua Colombia dióselo para tres repúblicas; del Río de la Plata se descompusieron en Bolivia, Paraguay, Uruguay y Confederación Argentina" (p. 80).

Esta preocupación por la "balcanización" americana —lo que Francisco Bilbao llamará pocos años después "los Estados Desunidos del Sur" en contraposición a los Estados Unidos del Norte— no es más que la reiteración de otros ensayos o artículos periodísticos de Sarmiento donde, no sin ironía, se refiere a las Provincias "desunidas" del Río de la Plata, atomizadas "hasta constituirse en un caos sin constitución", a causa de la inepticia de los "ejecutores testamentarios" de Felipe II.

El mundo está cansado de oír hablar de "reyertas americanas entre ciudades que apenas son algo más que aldeas, entre naciones que no cuentan más población que un departamento o un condado" (p. 81) —sostiene— no sin algo de la "vergüenza" que siente América frente a Europa, a la que se refiere en otras oportunidades: "América avergonzada, contemplándola Europa". Europa mira, observa, mientras América se conmueve, padece y se avergüenza. La vergüenza de América está en relación con la mirada de Europa.²⁰

¹⁹ Horacio Cerutti, *op. cit.*, p. 116.

²⁰ Noé Jitrik, *op. cit.*

Hay que terminar, pues, con esa "eterna riña de ganaderos incompetentes".²¹

Para hacer plausible y verosímil su proyecto de *integración* nacional y de *unidad* regional americana, Sarmiento lo remite al "modelo europeo". Funda ambos —integración nacional y unidad regional— en "las necesidades de las naciones modernas" y en el "espíritu de la época", cuyos ejemplos de Italia, Alemania, Canadá y Estados Unidos, incluso con la "anexión de los estados vecinos" (Texas, California y Nuevo México) le resultan obvios, especialmente ante el antagonismo del Brasil. La necesidad de formar una sola nación frente al Brasil, "fuerte de cuatro millones de habitantes", se impone. Sarmiento considera importante la reconstitución del espacio territorial del Virreinato como una forma de superar la "inferioridad de fuerza" en que se encuentra la Argentina y como un modo de asegurar la "dignidad y posición futura de la raza española en el Atlántico" (p. 80).

Pero, por sobre todas las cosas, la utopía sarmientina tiene raíces históricas bien precisas. Sarmiento quiere recuperar para los países del Plata la soberanía perdida de la isla de Martín García, un modo de asegurar su importancia estratégica y la navegación de los ríos, clave del desarrollo regional, especialmente y provincias como Entre Ríos.

2) Recuperación de la isla de Martín García

Recuperar la isla de Martín García ("el cerrojo de los ríos", como la llamó gráficamente) ocupada a la sazón por Francia en la Guerra Grande que oponía el Uruguay de Fructuoso Rivera a la Argentina de Rosas aliada con el Brigadier Manuel Oribe, es el segundo objetivo en su proyecto.

El autor de *Argirópolis* está convencido de que "no estando en poder de ninguno de los Estados la isla, y siendo la posesión actual que de ella tiene la Francia por vía de rehenes, la Francia se prestaría a devolverla a un congreso reunido en ella para terminar la guerra".²² Es justamente el hecho de la "situación extranjera" de

²¹ Es interesante anotar que, aunque Sarmiento deja de hablar de Argirópolis como capital, dado el poco interés que suscita su proyecto, reitera durante cerca de veinte años su ambición de reconstituir las Provincias Unidas. En 1867, como resultado de la Guerra de la Triple Alianza, propone la incorporación lisa y llana del Paraguay a la Argentina.

²² Para Sarmiento, la creación de la capital en Martín García permite aprovechar "El incidente que nos ha deparado la Providencia, haciendo que la isla de Martín García, llave del comercio interior, esté hoy fuera

Martín García la que la hace "un baluarte de defensa para los Estados y, por tanto, está llamada a ser el centro de la Unión", es decir, "una barrera insuperable contra todo amago de invasión".²³

El razonamiento de Sarmiento no deja de ser lógico y consecuente con su ambición de reconstruir las Provincias Unidas, porque es consciente de que si Buenos Aires recupera la soberanía de Martín García se convertirá en la dueña del comercio fluvial, lo que será fuente de inevitables conflictos con las distintas provincias y Estados en juego.²⁴ A causa de esta importante política, insiste en que:

Todo nuestro estudio, dirigido por la más severa imparcialidad, debe consagrarse a examinar si la isla de Martín García, puede servir de capital permanente de la posible Unión, y si por su colocación geográfica es el centro administrativo, económico y comercial, forzoso, indispensable, para asegurar la reciprocidad de ventajas que los Estados Confederados deben prometerse de su unión (p. 49).

El proyecto se le aparece como viable, y para que sea verosímil se apoya nuevamente en ejemplos europeos: Génova y Venecia, ciudades puerto de importancia comercial y estratégica, Inglaterra que "por su forma insular" presenta puertos a todos los mares, Estados Unidos y sus numerosos puertos y ríos articulados como vías de comunicación e intercambio comercial, el Sena, el Loire, el Ródano, la Garona y el Rhin en Francia. Una vez más, Sarmiento

del dominio del gobierno de Buenos Aires, y pueda entrar en el dominio del congreso general" (p. 59).

²³ Sarmiento lo reconoce explícitamente cuando afirma que: "Esta dependencia de la Confederación es común a la república del Uruguay, cuya arteria de comercio exterior es el Uruguay mismo, con sus tributarios que desembocan arriba de la isla de Martín García, y, por tanto, queda subordinado, como el Paraná, a la legislación que le imponga el Estado poseedor de aquella isla, que sirve de fortificación de la entrada de los ríos" (p. 35).

²⁴ "Ocupada la isla central por el congreso, quedaría garantida la libertad comercial de todos los Estados contratantes, sin el peligro que hoy subsiste de que devuelta a la jurisdicción del gobierno de Buenos Aires la libertad comercial de Entre Ríos, Corrientes, Santa Fe, el Paraguay y el Uruguay, sea en lo sucesivo sometida a las regulaciones que quiera imponerles en su propio provecho el gobierno poseedor de la isla fortificada y dejar con esto subsistentes motivos de conflictos futuros" (p. 48). Más adelante, reitera: "Esta dependencia de la Confederación es común a la república del Uruguay, cuya arteria de comercio exterior es el Uruguay mismo, con sus tributarios que desembocan arriba de la isla de Martín García, y, por tanto, queda subordinado, como el Paraná, a la legislación que le imponga el Estado poseedor de aquella isla, que sirve de fortificación de la entrada de los ríos" (p. 78).

distingue la isla de la utopía clásica, autárquica y aislada, desahogada de todo referente espacial o temporal, del "sueño" que pretende hacer brotar de lo profundo de las aguas del Río de la Plata.

II) Poblamiento de Argirópolis y poblamiento de la Argentina

EN el origen de *Argirópolis* está también el proyecto de poblamiento de la Argentina que subyace en la ensayística sarmientina. Se reiteran en sus páginas "los males de la extensión" y el "despilfarro de terreno" que caracterizan la "superficie desmesurada" de América. Lo dice abiertamente el autor: "Nuestra pampa nos hace indolentes, el alimento fácil del pastoreo nos retiene en la nulidad" (p. 83).

Frente a la inmensidad del espacio abierto del continente, la isla de Martín García se le aparece como un *espacio concentrado*, cuyas virtudes ensalza por la negación de lo que no quiere ver repetido en su territorio. La capital de los Estados Unidos del Río de la Plata no es más que el centro y la garantía de una paz recuperada que se opone a la triste realidad del resto del país, ya descrita en *Facundo* y reiterada en *Argirópolis*:

A nadie se ocultan los defectos que nos ha inculcado el género de vida llevado en el continente, el rancho, el caballo, el ganado, la falta de utensilios, como la facilidad de suplirlos por medios atrasados. ¡Qué cambio en las ideas y en las costumbres! Si en lugar de caballos fuese necesario botes para pasarse los jóvenes; si en vez de domar potros, el pueblo tuviese allí que someter con el remo olas alborotadas; si en lugar de paja y tierra para improvisarse una cabaña, se viese obligado a cortar a escuadra el granito! El pueblo, educado en esta escuela sería una pepinera de navegantes intrépidos, de industriales laboriosos, de hombres desenvueltos y familiarizados con todos los usos y medios de acción que hacen a los norteamericanos tan superiores a los pueblos de la América del Sud. (p. 89)

La condición "insular" de Martín García le permite rechazar el "grotesco destino de estancia" que desprecia y reiterar su negativa de que la Argentina sea "un criadero de vacas". A partir de esta capital, el país entero debe ser "la patria de todos los que vengan de Europa" y debe dejárseles en "libertad de obrar y mezclarse con nuestra población" (p. 109), con lo cual el proyecto de poblar *Argirópolis* se inscribe en el plan de poblamiento de la Argentina.

En *Argirópolis*, Sarmiento repite sus obsesivas preocupaciones

de que hay que "mezclarse" con la población de "países más adelantados que el nuestro", hay que favorecer la inmigración de europeos para que "nos comuniquen sus artes, sus industrias, su actividad y su aptitud al trabajo" (p. 99), para lo cual hay que "hacer segura la situación de los extranjeros, atraerlos a nuestro suelo, allanarles el camino de establecerse y hacerles amar el país, para que atraigan a su vez a otros con la noticia de su bienestar y de las ventajas de su posición" (p. 99). Las embajadas argentinas en el exterior deben transformarse en "oficinas públicas" para "se-ducir hombres eminentes" y "enviarlos millares de emigrantes laboriosos" (p. 111).

No hay que "gritar contra los extranjeros" y no hay que esperar que los pocos nativos se multipliquen hasta llegar a ser una nación, porque no harán sino reproducir hombres "con su escasez actual de conocimientos" y su falta de "nociones industriales". Hombres, por otra parte, condenados a defenderse de los "indios salvajes" que depredan el interior del país y reducen aún más "la parte ocupada por los cristianos" (p. 111).

Sarmiento ve el poblamiento como un modo de fijar la *frontera* del país, noción de límite que lo preocupa y que compara con la "pacificación" de los territorios asiáticos de Rusia y la de Argelia por parte de Francia. Se trata, pura y simplemente, de *colonizar* la Argentina: distribuir tierras, construir caminos cuyo recorrido se asegure con una buena red de postas y posadas, garantizar comunicaciones con el telégrafo, fortificar ciudades para protegerlas de "malones" y de "salvajes", tal es la meta. De ahí la importancia que da al Departamento Topográfico que proyecta establecer en *Argirópolis*: el foco de donde parten y a donde vuelven "todos los trabajos de reconocimiento, mensuramiento y demás" (p. 116), porque "Nuestro principal elemento de prosperidad son los terrenos baldíos, improductivos hoy, pero que pueden valer millones desde el momento que se emprenda distribuirlos a los colonos por un precio determinado" (p. 116).

Este convencimiento de poblar como remedio a todos los males se reitera pocas páginas más adelante, al repetir en *Argirópolis* lo que Sarmiento preconizara en ensayos, discursos y leyes como gobernante:

El elemento de orden de un país no es la coerción ni la comprensión del gobierno. Son los intereses comprendidos. La despoblación y la falta de industria prohijan las revueltas: poblad y cread intereses. Haced que el comercio penetre por todas partes, que mil empresas se inicien, que millones de capitales estén esperando sus productos, y crearáis un millón de sostenedores del orden. (p. 124)

El razonamiento es claro: "cuantos más europeos acudan a un país, más se irá pareciendo ese país a la Europa, hasta que llegue un día en que le sea superior en riqueza, en población y en industria" (p. 110). Con los cien mil emigrantes enviados cada año, se "cubrirán de mieses los campos y las ciudades" del "bello territorio de Entre Ríos".

Un buen ejemplo lo da justamente la provincia de Entre Ríos, cuya importancia geográfica y natural aparece destacada por el hecho de que "el día que haya leyes inteligentes de navegación, será el *paraíso terrenal*, el centro del poder y de la riqueza, el conjunto más compacto de ciudades florecientes" (p. 87). Compara ese territorio "regado por la naturaleza con el esmero de un jardín" con la estrecha franja del valle del Nilo en Egipto, con la "Holanda cenagosa" y "la Francia mal regada", para concluir que si en el jardín entrerriano sólo "pacen hoy rebaños de vacas" es por la falta de leyes de navegación y una "mala aplicación de territorio privilegiado". Se trata —una vez más— de parecerse a Europa: ¿Acaso las sierras de Córdoba no recuerdan a los "sitios risueños y pintorescos de los Alpes de la Suiza?" (p. 118). Y la posibilidad de parecerse a algo ya existente, convierte el proyecto utópico en algo *posible*. Lo que es utopía en América, es realidad en Europa, aunque este principio se relacione en forma ambivalente con el hecho de que América es —al mismo tiempo— depositaria de la esperanza perdida en Europa.

En la dialéctica entre esperanza americana y modelo europeo radica una de las claves no sólo del pensamiento de Sarmiento sino de la propia historia del continente. Una dialéctica hecha de los reflejos que se envían mutuamente los espejos situados en las dos orillas del Atlántico —el modelo europeo que deslumbra y se imita y el espacio americano ensalzado como propicio para la utopía— ambos condicionándose y deformando la visión integral de la realidad, necesitada —más que nunca— de una interpretación original y ajustada.

La vigencia de la problemática no resuelta entre modelo europeo y utopía americana explica en buena parte el interés —donde se mezcla la apasionada adhesión y el vehemente rechazo— que sigue suscitando la prosa del polifacético sanjuanino a los cien años de su muerte.

CONFLICTOS Y ARMONIAS DE SARMIENTO

Por María Elena RODRÍGUEZ OZÁN
CCYDEL, UNAM

LA HISTORIOGRAFÍA argentina se ha polarizado, desde hace muchos años, en dos figuras importantes de la historia nacional: ellos son Juan Manuel de Rosas y Domingo Faustino Sarmiento. Nacionalistas con el primero y liberales con el segundo abrieron una guerra sin cuartel que ha terminado produciendo análisis y estudios siempre cargados de pasión y que hasta el presente siguen despertando una enconada polémica. Aún en años recientes, en los dos primeros gobiernos peronistas, esta radicalización llegó a extremos lamentables. Para el Peronismo Rosas era el pionero de la defensa nacionalista, mientras que Sarmiento aparecía como el símbolo del liberal entreguista. Fue calificado entonces con toda clase de adjetivos y los numerosos monumentos que se le han levantado en el país sufrieron frecuentes vejaciones. Además, en el mundo oficial de la cultura y en los medios académicos su figura fue minimizada o muchas veces ignorada. Para mi generación ha sido un arduo esfuerzo tratar de conocer a Sarmiento no sólo dentro de la Universidad sino después de salir de ella. Personaje controvertido en vida ha seguido siendo el centro de una disputa vigente hasta nuestros días.

Sarmiento es un hombre polifacético: escritor, ideólogo, estadista, maestro y especialmente elemento fundamental en la construcción de una nación. De todos estos aspectos el que quizás concilia las divididas opiniones de sus compatriotas es su labor como maestro. Aquí es difícil disentir. La escuela argentina es su obra y, aún en los momentos más críticos del peronismo, la enseñanza primaria siguió rindiéndole tributo, aún a pesar de las directivas del sistema.

Su prolongada y activa vida hace difícil un análisis en el espacio de que disponemos; por este motivo vamos a circunscribir nuestro comentario al último libro que produjo, en 1882: *Conflictos y armonías de las razas en América*. Esta obra, como toda su producción anterior y su vida misma, fue considerada peyorativamente como europeizante por la crítica de sus adversarios.

Un ideólogo tan distinto de Sarmiento y al que no se puede calificar de liberal, José Carlos Mariátegui, fue acusado de lo mismo. Como respuesta Mariátegui escribió:

No faltan quienes me suponen un europeizante, ajeno a los hechos y cuestiones de mi país. Que mi obra se encargue de justificarme, contra esta barata e interesada conjetura. He hecho en Europa mi mejor aprendizaje. Y creo que no hay salvación para Indo-América sin la ciencia y el pensamiento europeos u occidentales. Sarmiento, que es todavía uno de los creadores de la argentinidad, fue en su época un europeizante. No encontró mejor modo de ser argentino.¹

Lo primero que quisiéramos destacar de *Conflicto y armonías* es el alarde de erudición que hace su autor. Recorre la historia universal con una soltura que maravilla. Además, toda la obra trasluce y, más que esto, evidencia la admiración que no sólo Sarmiento sino su generación sintieron por el modelo de país que veían en los Estados Unidos.

Comienza por dedicar su trabajo a Mrs. Horace Mann, como un homenaje a la memoria de su esposo, historiador y pedagogo, de quien dice que "sus consejos me guiaron en la juventud para traer a esta América la educación común que él había defendido con tan buen éxito en aquélla".²

La influencia que la escuela primaria norteamericana tuvo en la Argentina fue enorme. Sarmiento, en la imposibilidad de llevar maestros a todas las instituciones de enseñanza, consiguió un número suficiente para formar la Escuela Normal de Paraná y crear otras del mismo carácter en la capital y diferentes provincias argentinas que sirvieron de semillero a la nueva educación. Numerosos testimonios dejaron los maestros norteamericanos, algunos de los cuales permanecieron en el país hasta el final de su vida.

Los análisis históricos de nuestro autor se habían circunscrito casi exclusivamente a su país, pero

la persistencia con que aparecen los males que creíamos conjurados al adoptar la constitución federal, y la generalidad y semejanza de los hechos que ocurren en toda la América española me hizo sospechar que la raíz del mal estaba a mayor profundidad que los que accidentes exteriores del suelo dejaban crear.³

¹ José Carlos Mariátegui, *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*, 1a. edición, Lima, Biblioteca Amauta, 1928.

² Domingo Faustino Sarmiento, *Conflicto y armonías de las razas en América*. Buenos Aires, Editorial Intermundo, 1946, p. 9.

³ *Ibid.*, p. 10.

Sarmiento precisa que desde la independencia se ha progresado bastante, y que el estado material del continente no es malo pero es "la situación política lo que da que pensar".⁴ Lamenta la falta de apego al derecho que se observa a pesar de que formamos muchísimos más abogados que los Estados Unidos. Para 1845 —dice— en ese país estudiaban leyes menos de 500 alumnos para veintitantos millones de habitantes, en cambio nosotros "educamos uno para cada quinientos...".⁵

En conclusión, cree que el nudo de la cuestión está en el conflicto de razas que habitan nuestro suelo. Así, sostiene que "el conflicto de las razas en Méjico, le hizo perder a California, Tejas, Nuevo Méjico, los Pueblos, Arizona, Nevada, Colorado, Idaho, que son ahora estados florecientes de los Estados Unidos...".⁶

Se pregunta entonces ¿qué es América y qué somos nosotros?

¿Somos europeos? ¿Tantas caras cobrizas nos desmienten!

¿Somos indígenas?— Sonrisas de desdén de nuestras blondas damas nos dan acaso la única respuesta.

¿Mixtos?— Nadie quiere serlo, y hay millares que ni americanos ni argentinos querrán ser llamados.

¿Somos Nación?— Nación sin amalgama de materiales acumulados, sin ajuste ni cimientito...⁷

A continuación la obra manifiesta un criterio eminentemente racista que lo lleva a sostener que hay razas superiores e inferiores. Describe algunas de las características principales de los indígenas, a los que reconoce como "nuestros padres prehistóricos".

La seriedad de la posición en reposo de los músculos de la cara, y la gravedad del porte, son generales a todas las tribus indígenas, como expresión de dignidad personal en los varones, y de impenetrabilidad, que en realidad toca en el estoicismo cuando hacen frente al dolor, al miedo, a la alegría, lo mismo que al martirio.⁸

Aunque se refiere a muchos de los grupos indígenas del continente, la mayor parte de los ejemplos provienen de la América del Sur. Destaca el valor de los araucanos, que detuvieron a los españoles y a sus sucesores criollos, o sea, a los chilenos. Lo que es muy interesante son las consideraciones que hace de las misio-

⁴ *Ibid.*, p. 11.

⁵ *Ibid.*, p. 11.

⁶ *Ibid.*, p. 19.

⁷ *Ibid.*, p. 27.

⁸ *Ibid.*, p. 37.

nes jesuíticas. Dice: "Una asociación religiosa, animada de un espíritu asombroso de acción, bajo una disciplina severa y con solo las armas de la persuasión y la superioridad intelectual de la raza blanca, acomete la empresa de organizar sociedades con base salvaje, sobre un principio religioso, con un gobierno teocrático de tutela espiritual absoluta".⁹ Explica las características de la administración jesuítica con respecto a la propiedad, el trabajo y la vida de las misiones y concluye en una aseveración muy especial. "Esta fruta de las misiones no tardó en madurar. Produjo el espantoso despotismo del doctor Francia, representante laico del sistema indio-jesuítico".¹⁰

En la mentalidad de Sarmiento y muchos de sus contemporáneos, la raza indígena, por donde se la analizara, seguía siendo la barbarie a vencer. Nos dice, por ejemplo: "¡Cuánto han ganado las mujeres indias con su arrimo y aún servidumbre de la raza europea! Los indios también han mejorado muchísimo en sus costumbres, pues aquello que parece depravación accidental al sur, es el estado normal de las tribus indias".¹¹

En cuanto a la raza negra, elemento que considera sirvió de aligación entre el europeo y el indio para formar el pueblo americano, fue introducido, dice, por la "filantropía exagerada del Obispo de Chiapas" que no encontró mejor forma de defender a sus indios.

Considera muy negativa la mezcla de estas tres razas, ya que son "tres elementos sin práctica de las libertades políticas que constituyen el gobierno moderno".¹²

A pesar de este carácter negativo, hace elogios de lo que han significado los negros en la vida de la América del Sur, de su capacidad de trabajo y de la forma como se han ido extinguiendo, especialmente después de su participación en la guerra de independencia.

Especial interés tiene el juicio que le merece la guerra del país del norte.

La guerra de secesión de los Estados Unidos procedió de un error de juicio. Creíase firmemente que los frutos tropicales no podían ser obtenidos a precios convenientes sino por el trabajo de la raza cuyo cutis parece carbonizado por los rayos del sol. Concluida esa guerra púnica, sometidos los rebeldes, libertos los negros, fue ne-

⁹ *Ibid.*, p. 55.

¹⁰ *Ibid.*, p. 59.

¹¹ *Ibid.*, pp. 67-68.

¹² *Ibid.*, p. 70.

cesario, para vivir, volver al cultivo del algodón, como se pudiese, con trabajo de brazos libres, con máquinas para ahorrar salario, y diez años después, los subyugados plantadores produjeron doble y triple cantidad de balas de algodón que antes de la guerra, y a precios acaso más remunerativos. Se habían perdido diez mil millones de duros y un millón de vidas humanas, por ignorar que la esclavitud hasta como explotación es hoy inútil. Los negros figuran ya en la política americana como los indios en América.¹³

De las herencias españolas en América se destaca el municipio como la única institución realmente democrática que nos legaron. En cambio la otra institución civil fue la Inquisición, que para Sarmiento no sólo funcionó como poder político sino que atrofió la inteligencia del pueblo español y por ende de sus descendientes en las colonias.

"Los indios no piensan porque no están preparados para ello, y los blancos españoles habían perdido el hábito de ejercitar el cerebro como órgano, salvo en el clero secular y regular que era numeroso..."¹⁴

Contraponen esta característica de los españoles al ejercicio continuo de la razón por parte de los sajones y que ha tenido como consecuencia en los pueblos por ellos integrados una natural inclinación a las formas libres y democráticas.

Estudiando el desenvolvimiento de la razón en Europa llega a Descartes con su "pienso, luego existo" y dice: "Un español o un americano del siglo XVI, debió decir con más verdad: Existo, luego no pienso!"¹⁵ Tan nefasta ha sido la Inquisición.

España, piensa, quedó aislada de Europa porque junto a los Pirineos vivían los vascos, pueblo por él considerado primitivo y que impidió el movimiento de las ideas que sólo lograron llegar cuando traspasaban la línea vasca.

Es muy singular la concepción que tiene de la historia de España. El triunfo de los cristianos sobre los árabes fue en realidad el triunfo de los bárbaros sobre la civilización que al final termina por absorberlos. Así, cuando llega al imperio "Felipe II es la concentración del principio mahometano español de la unidad de creencia. El y no el Papa, funda la Inquisición, él y no el Papa emprende la persecución de las nuevas ideas de sus compatriotas los flamencos".¹⁶

¹³ *Ibid.*, pp. 73-74.

¹⁴ *Ibid.*, p. 119.

¹⁵ *Ibid.*, p. 138.

¹⁶ *Ibid.*, p. 151.

Especial interés muestra por los judíos españoles; al error de su expulsión adjudica Sarmiento el hecho de que los capitales que comenzaron a llegar de América hayan ido a acrecentar las arcas inglesas en lugar de fortalecer a España.

En sus reflexiones sobre España dice:

Uno de los más poderosos cargos que como publicista americano, hemos hecho siempre a la España, ha sido habernos hecho tan parecidos a ella misma.

Esto no quita que le hagamos justicia dándole aquello que le pertenece, que en realidad era mucho para nosotros entonces, pues nos daba de lo poco que tenía, no habiendo para ella, ni para remedio, un poco de libertad.¹⁷

Una parte importante del libro se dedica al estudio de las razas en Norteamérica. Puritanos, cuáqueros, la colonización de Virginia por la nobleza inglesa, la "no mestización" con los pueblos indígenas, entre otros.

La vieja Inglaterra era la única nación libre cuando los peregrinos emprendieron su marcha, la marcha eterna del espíritu humano hacia el Occidente y la Nueva Inglaterra es más libre todavía que la tierra que dejó con sus reyes, nobleza y tradiciones seculares.¹⁸

Insiste en que el norteamericano es un anglosajón exento de toda mezcla con razas inferiores.

Sarmiento manifiesta un amplio conocimiento de los Estados Unidos y en todos y cada uno de estos capítulos es evidente su admiración por ese país. Al final de la obra hay un capítulo dedicado a las conclusiones que podríamos resumir así: En la colonización de Norteamérica los sajones no admitieron a las razas indígenas ni como socios ni como siervos.

La colonización española la hizo un monopolio de su propia raza que no salía aún de la Edad Media al trasladarse a América y que además se mestizó con una raza prehistórica servil. Esta América sólo podrá ser como la otra si logra imponer las ideas modernas consiguiendo superar los ríos dejados por la sangre indígena e hispánica. Concluye diciendo:

La América del Sur se queda atrás y perderá su misión providencial de sucursal de la civilización moderna. No detengamos a los Estados

¹⁷ *Ibid.*, p. 168.

¹⁸ *Ibid.*, p. 232.

Unidos en su marcha; es lo que en definitiva proponen algunos. Alancemos a los Estados Unidos. Seamos la América, como el mar es el Océano. Seamos Estados Unidos.¹⁹

No quisiera terminar mi análisis de esta obra sin decir que la misma debe ser juzgada dentro del marco ideológico del positivismo finisecular. Aplicar tanto al libro como al autor los cánones vigentes en nuestra época sería no sólo un grave error, sino además una injusticia.

¹⁹ *Ibid.*, p. 357.

SARMIENTO Y EL POSITIVISMO¹

Por Oscar R. MARTÍ
UNIVERSIDAD DE
LOS ANGELES, CALIFORNIA

POLÍTICO, VIAJERO, historiador, pensador, presidente de la Argentina, Domingo Faustino Sarmiento ha dejado una honda huella en el pensamiento latinoamericano. Cien años después de su muerte, su libro *Facundo o civilización y barbarie en las pampas argentinas* sigue siendo parte del debate político de su país.²

Mi interés por Sarmiento comenzó cuando preparaba mi tesis doctoral sobre el positivismo latinoamericano. Me encontré con que autores importantes como Korn y Zea lo clasificaban como *positivista*, y autóctono para colmo de males.³ Dada la escasez de citas y referencias directas al positivismo europeo en la obra sarmientina, dudé de la clasificación de Korn, y por ende, de la de Zea. Tenían que estar equivocados, me dije. Sarmiento no puede ser un positivista —los antedata. Pero después de varios años de estudio de la obra de Zea, y de adquirir un gran respeto por la exactitud de su pensamiento, he dudado de mis dudas y he vuelto a repensar el problema. ¿Qué querían decir Korn, Zea y otros al referirse al "positivismo" de Sarmiento? Responder esta interrogante es el objetivo del presente ensayo.

¹ Este ensayo fue presentado en la mesa redonda "Centenario de la muerte de Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888)", en el Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos, Universidad Nacional Autónoma de México, en mayo de 1988. Me han resultado muy útiles los comentarios del público y de los panelistas. Agradezco a la comisión Fulbright y al CCYDEL el apoyo brindado para escribir este ensayo.

² Domingo F. Sarmiento, *Facundo; Civilización y Barbarie; Vida de Juan Facundo Quiroga*, México, Porrúa, 1966.

³ Alejandro Korn, "Filosofía argentina", en *Obras*, La Plata, Universidad Nacional, 1940, vol. 3, p. 261; Francisco Romero, "Tendencias contemporáneas en el pensamiento hispanoamericano", en Leopoldo Zea, comp., *Antología de la filosofía americana contemporánea*, México, B. Costa-Amic, 1968, p. 49; Leopoldo Zea, *Filosofía de la historia americana*, México, FCE, 1978, p. 39; del mismo autor, *El pensamiento latinoamericano*, México, Ariel, 1976.

1. ¿Qué es el positivismo?

EL positivismo es una filosofía europea que tiene sus raíces en la preocupación del pensador francés Augusto Comte (1795-1857) por la ciencia, la historia y la política. Sus ideas principales se encuentran en los seis volúmenes del *Cours de philosophie positive*, publicados entre 1830 y 1842, y en los cuatro del *Système de politique positive*, impresos entre 1851 y 1854.⁴ Comte no fue un filósofo popular, aunque tuvo una influencia significativa en Francia, Gran Bretaña, Rusia, los Estados Unidos y en nuestra América.⁵ En Inglaterra repercutió en la formación filosófica de John Stuart Mill (1806-1873), sobre todo en su *System of Logic*, de 1843. Pero Mill se distanció de las conclusiones políticas de Comte y escogió una tangente más liberal en su *Utilitarianism*, de 1861 y en su *Auguste Comte and Positivism*, de 1865.⁶

Las ideas de Comte también influyeron en Herbert Spencer (1820-1903), otro filósofo inglés muy popular durante la segunda mitad del siglo XIX. Spencer escribió sobre la ciencia, la filosofía y la sociedad en la *Social Statics*, publicada en 1855, la famosa obra *First Principles*, de 1862, y en *Principles of Sociology*, de 1876, entre otras.⁷ Al igual que Mill, Spencer declaró sus diferencias

⁴ En Comte, *La filosofía positiva*, sel. e introd. de Francisco Larroyo, México, Porrúa, 1979. Para una evaluación del pensamiento comtiano, véanse F. S. Marvin, *Auguste Comte*, México, FCE, 1978, y el ensayo de Pedro Henríquez Ureña, "El positivismo de Comte", en *Obra Crítica*, México, FCE, 1960, pp. 52-63.

⁵ Véase Oscar R. Martí, "The Positivist Utopias", en E. D. S. Sullivan ed., *Utopian Dreams*, San Diego, California, Campanile Press, 1983, pp. 93-114. El positivismo de Spencer tanto como el de Comte tuvieron una gran influencia en nuestra América; véase Leopoldo Zea, *Pensamiento latinoamericano*. La mejor colección de documentos positivistas latinoamericanos se encuentra en Leopoldo Zea, *Pensamiento positivista latinoamericano*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1980. El positivismo tuvo, como es bien conocido, una gran influencia en México; véase Leopoldo Zea, *El positivismo en México. Apogeo y decadencia del positivismo en México*, México, FCE, 1968, pero también en Brasil (por ejemplo, Antonio Paim, *Historia das ideias filosóficas no Brasil*, São Paulo, Grijalbo, 1967); Uruguay (véase Arturo Ardao, *Espiritualismo y positivismo en el Uruguay*, México, FCE, 1950), entre otros, y desde luego en la Argentina (véanse Ricaurte Soler, *El positivismo argentino*, México, UNAM, 1979, Hugo E. Biagini, comp., *El movimiento positivista argentino*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1985).

⁶ La evaluación de Henríquez Ureña es justa: "Si se acepta la noción popular de positivismo, Mill no cabe dentro de su círculo; es sólo línea tangente". Véase Pedro Henríquez Ureña, "El positivismo independiente", en *op. cit.*, pp. 64-72.

⁷ Herbert Spencer, *Social Statics*, Nueva York, Fundación Robert Schalkenbach, 1954; *First Principles*, Londres, Watts, 1937; *Principles of Socio-*

con el pensamiento comtiano en *Reasons for Dissenting from the Philosophy of M. Auguste Comte* de 1864.

Es difícil caracterizar al positivismo europeo como movimiento filosófico. A pesar de la tendencia de sus exponentes principales a sistematizar, carece de continuidad ideológica. La disparidad intelectual entre Comte y Spencer es tan profunda que muchos han reservado el adjetivo "positivista" para el primero y han denominado al segundo como "evolucionista".⁸ A pesar de ello, hay grandes similitudes, y es casi imposible resistir la tentación de agruparlos bajo una misma bandera.

Para los positivistas, la ciencia es empírica. Da conocimientos sólo si sus inferencias se derivan estrictamente de los datos de la experiencia, y si son verificables. Aunque estos requisitos descartan mucha especulación frecuentemente clasificada como científica (la cosmología, por ejemplo), tienen consecuencias saludables pues eliminan metafísicas, misticismos, causas finales o primeras y otros ejercicios de la imaginación. La ciencia positiva no consiste exclusivamente en teorías sobre el universo sino que permite un estudio cuidadoso del hombre y la sociedad en que vive. Comte llamó a este aspecto de la ciencia positiva "sociología". Insistió que tenía miras prácticas, pues estaba diseñada para resolver los grandes problemas sociales.

Para respaldar la validez de la ciencia social, los positivistas recurren a la evidencia del pasado. Comte desarrolló una teoría histórica que explica los cambios intelectuales y sociales en términos de pasos discretos. La llamó la Ley de los tres estadios: el hombre, el conocimiento y la sociedad pasan por tres etapas, la teológica, la metafísica y la positiva, correspondientes a tres estructuras políticas —las teocracias, las democracias y finalmente la sociedad científico-industrial, la cima del progreso. Spencer formuló una teoría más amplia que toma en cuenta la historia biológica de la raza y la influencia del medio. Para sobrevivir, el hombre tiene que adaptarse al ambiente; de otra manera perece. En esta lucha por la supervivencia se seleccionan gradualmente los organismos mejores y desaparecen los inferiores, una evolución que también se puede observar en las sociedades. Éstas evolucionan de

logy, Nueva York, D. Appleton, 1899; *Reasons for Dissenting from the Philosophy of M. Auguste Comte and Other Essays*, Berkeley, California, Glendessary Press, 1968. Véase también Judah Rumney, *Spencer*, México, FCE, 1944.

⁸ Walter M. Simon, *European Positivism in the Nineteenth Century: An Essay in Intellectual History*. Ithaca, Nueva York, Cornell University Press, 1963, pp. 3-4; Donald G. Charlton, *Positivist Thought in France During the Second Empire*, Oxford, Clarendon Press, 1959, pp. 5-11.

las primitivas a las monárquicas para culminar en las sociedades industriales. Los pueblos que luchan más fuertemente y se adaptan, llegan a dominar el ambiente. De estas suposiciones no hay más que un paso a la conclusión de que las razas y culturas europeas son superiores porque dominan el mundo.

Según Comte, los problemas sociales fundamentales de orden y progreso se pueden resolver sólo en una sociedad positivista. La divide en un proletariado productor, una clase capitalista que administra, y un sacerdocio sociológico, estructurado como un *presidium* soviético, que gobierna enunciando leyes científicas. Para Spencer, la superioridad de las sociedades industriales es también obvia. Pero se alcanza adoptando políticas de *laissez faire* gubernamental y de individualismo sin restricciones, ya que cualquier interferencia política altera o retarda el proceso natural de evolución social.

2. Sarmiento y el positivismo

DADO este esbozo del positivismo europeo, ¿cómo puede encajar el pensamiento de Sarmiento en esta filosofía? Existen dos métodos: uno es buscar las influencias históricas en una persona; el otro, examinar su labor intelectual. Se podría preguntar cuáles fueron las influencias históricas en Sarmiento —esto es, qué filósofos contribuyeron a su formación intelectual, y si fueron positivistas. Una de las dificultades que se presentan para aplicar este método es que, a excepción de la educación primaria que recibió en la Escuela de la Patria en San Juan, Sarmiento no cursó estudios sistemáticos.⁹ Era autodidacta y, desde los diecisiete años, lector voraz aunque desordenado. Leía cuanto caía en sus manos —novelas, periódicos, libros de política, historia, etcétera. Llegó hasta a enseñarse inglés y francés. Por eso, no es fácil reconstruir las raíces intelectuales. Sólo puedo aventurar (sin mucho riesgo y con toda la vaguedad que tal aserción implica) que fue inspirado por las corrientes intelectuales populares en la Argentina y Chile durante las cuatro primeras décadas del siglo pasado, sobre todo por el romanticismo y el sansimonismo que también influyó en Echeverría y los ideólogos de la Asociación de Mayo.

Otra dificultad para buscar raíces positivistas en Sarmiento son las fechas. Publicó *Facundo* en 1845, y el texto ya contenía el germen de algunas de las ideas que se caracterizarían más tarde

⁹ Domingo F. Sarmiento, "Mi educación", en *Recuerdos de provincia*, Buenos Aires, EUDEBA, 1960, pp. 156-182.

como positivistas. Pero en 1845, el único que podría haberlo influido era Comte, y no hay indicaciones de su lectura ni de la de positivistas comtianos. Quizás hubiesen contactos directos —cartas o visitas durante su viaje a Europa entre 1845 y 1849. Pero tampoco hay evidencia de tales.¹⁰

Existen referencias a dos positivistas en su obra intelectual tardía: al historiador comtiano Thomas Henry Buckle y a Herbert Spencer. Es obvio que Sarmiento ha leído *The History of Civilization in England* (1856) de Buckle. Pero su interés por él se debe más a una afinidad intelectual que a la adopción de una doctrina. Ambos admiran, entre otras cosas, la cultura anglosajona y ambos aseveran la inferioridad de la española.¹¹ En cuanto a las ideas de Spencer, Sarmiento lo cita principalmente en *Conflicto y armonías de las razas en América*, de 1883. El mismo Sarmiento declara una afinidad intelectual: "Con Spencer me entiendo, porque andamos el mismo camino".¹² Lo curioso es que al leer el *Facundo*, la mayor influencia debería venir no de Comte sino del Spencer de 1855 y 1865.

Si volvemos ahora a la labor intelectual de Sarmiento tampoco hay, a primera vista, similitudes con las preocupaciones de los positivistas europeos. No le interesan las ciencias, ni comprender teóricamente la realidad ni los problemas filosóficos, lógicos y epistemológicos que caracterizaron a Comte, Mill, y al Spencer de los *Primeros principios*. Por lo tanto, al no encontrar una continuidad histórica con el positivismo ni una similitud intelectual, concluí en mi tesis doctoral que

Algunos estudiosos de la filosofía argentina insisten en que muchas de las ideas de los positivistas europeos se pueden encontrar en la obra de Echeverría, Alberdi y Sarmiento. Ellos son influidos por las mismas fuentes que los positivistas —el tradicionalismo, el eclectismo, el socialismo sansimoniano, la religión organizada, etc.— y sus soluciones son también similares: mejorar las condiciones sociales por medio de la educación, ingeniería económica y social, etc. Pero a Echeverría, Alberdi, Sarmiento les falta la continuidad histórica y representan un desarrollo paralelo, más o menos. Son figuras de tran-

¹⁰ De este viaje deja amplia documentación en Domingo Faustino Sarmiento, *Viajes*, Buenos Aires, Hachette, 1955. Véase en particular su estadía en París, en el primer volumen, *De Valparaíso a París*, pp. 206-253.

¹¹ José Ingenieros, "Las ideas sociológicas de Sarmiento", en *Antimperialismo y Nación*, con una introducción de Oscar Terán, México, Siglo XXI, 1979, p. 314.

¹² Domingo F. Sarmiento, *Obras*, vol. 37, p. 322, cit. en Ingenieros, "Las ideas", p. 309.

sición entre el romanticismo y el positivismo. No son positivistas. Su obra les dará prestigio más tarde a los positivistas que le seguirán sus pasos como líderes intelectuales de la nación argentina. Y están suficientemente fuera de las corrientes positivistas europeas para que los ignoremos aquí.¹³

No creo estar equivocado en mi evaluación juvenil —no completamente. Según Arturo Andrés Roig, son los positivistas mismos los que clasificaron a Sarmiento como uno de ellos para recibir su prestigio y establecer alguna que otra legitimidad histórica.¹⁴ Pero esto no quita que la labor intelectual de Sarmiento no tenga afinidades con las ideas del positivismo finisecular, sobre todo algunos de los temas ya divisdos en el *Facundo* de 1845. No hay razón para pensar que tantos escritores importantes, entre ellos Ingenieros, Korn y Zea, se hubieran equivocado colosalmente.¹⁵ Toca delinear algunas afinidades.

3. El positivismo de Sarmiento

UNA de las características de la vida de Sarmiento fue su acento en la acción. No fue un hombre dedicado al mundo de las ideas; al contrario, según él éstas son instrumentos para cambiar el mundo. Al describir la vida de Facundo Quiroga, Sarmiento busca una manera de transformar esa realidad social. Las ideas tienen fines prácticos, políticos, reformistas y revolucionarios. No da explicaciones sociológicas sino políticas, explicaciones que nos permiten comprender la situación contemporánea de la Argentina. Y no sola-

¹³ Oscar R. Martí, *The Reaction Against Positivism in Latin America: A Study in the Philosophies of Carlos Vaz Ferreira and José Ingenieros*, Ann Arbor, Michigan, University Microfilm, 1978, p. 76.

¹⁴ Los positivistas "impusieron una simplificación del desarrollo de nuestras ideas, cuando al tratar, de modo justificado por cierto, de asimilar dentro de su propio pensamiento a los escritores anteriores, valoraron en ellos todo lo que les resultaba en algún sentido compatible con sus propios supuestos, haciendo pasar a las sombras todos aquellos aspectos que denunciaban la presencia de la conciencia romántica. De este modo surgió la tesis pan-positivista, aplicada para toda la segunda mitad del siglo XIX". Arturo Andrés Roig, "Introducción", *El espiritualismo argentino entre 1850 y 1900*, Puebla, Cájica, 1972, p. 27.

¹⁵ Además de Ingenieros, Korn y Zea, incluyo en este grupo a Ricaurte Soler y a Aníbal Sánchez Reulet. Pero hay disidentes; Roig lo considera un espiritualista, *op. cit.*, pp. 28-35, y Juan Carlos Torchia Estrada un utilitarista en la *Filosofía en la Argentina*, Washington, Unión Panamericana, 1961, pp. 171-176.

mente para obtener una comprensión intelectual sino para poder cambiar esa realidad política. Recuerda el *dictum* de Comte según el cual el fin de la ciencia es la acción: "Science d'où prévoyance; prévoyance, d'où action".¹⁶

Otro aspecto del pensamiento sarmientino que lo vincula al positivismo comtiano es su énfasis en la educación. Que gobernar es educar, y que la educación se extiende tanto al gobierno como al pueblo son premisas fundamentales de Comte y Sarmiento. Pero difieren en detalles. Comte sugirió que el pensamiento científico se podía cultivar por medio de la educación positiva, que acentuaría la enseñanza enciclopédica de las ciencias, procediendo de las más abstractas a las más concretas. El programa educativo de Sarmiento, sin embargo, tiene sus raíces en los sistemas educativos norteamericanos y se deriva en parte de la influencia del educador americano Horace Mann y de su esposa, a quienes conoció en su viaje a los Estados Unidos, en 1849.¹⁷ Quizás por ellos Sarmiento tuvo alguna idea de las reformas educativas que los positivistas comtianos sugerían, ya que los Mann acababan de regresar de una gira por Europa con el fin de estudiar sus sistemas educativos.

Más cercano al positivismo spenceriano es la idea de que factores étnicos y geográficos tienen una influencia importante en la formación del carácter político.¹⁸ Spencer, al explicar el objeto de la sociología, insiste en que había que investigar el "clima, contorno, suelo y minerales de la región habitada por cada sociedad" y "la flora y la fauna, en la medida en que afectan la vida humana. Y

¹⁶ Augusto Comte, *Cours de philosophie positive*, París, Schleicher Fères, 1907, vol. 1, p. 35; Auguste Comte, *Discours sur l'esprit positif*, introducción y notas de Paul Arrousse-Bastide, París, Union Générale d'Éditions, 1963, p. 82.

¹⁷ Arturo Andrés Roig, "Espiritualismo", pp. 66-67. Una breve descripción de la entrevista de Sarmiento con Mann se encuentra en Louise Hall Tharp, *Until Victory: Horace Mann and Mary Peabody*, Boston, Little, Brown, 1953, pp. 213-214. Para la relación entre Sarmiento y la Sra. Mann, véase el fascinante libro de Alice Houston Luiggi, *Seenta y cinco valientes: Sarmiento y las maestras norteamericanas*, con un prólogo de Alberto Palcos, Buenos Aires, Agora, 1959, donde se narran las peripecias de sesenta y cinco maestras norteamericanas que emigran a la Argentina entre 1869 y 1898 para fundar escuelas normales en las provincias. Véase también Domingo F. Sarmiento, *Obras*, Buenos Aires, 1900, vol. 49, p. 295.

¹⁸ "Una especie de positivismo histórico —como lo señala Sánchez Reulet— desplazó entre los románticos argentinos las concepciones universalistas de los liberales de la independencia. Esta transformación se evidencia en el pensamiento de Sarmiento y Alberdi en la importancia considerable que el primero reconoce a los factores étnicos y geográficos", Ricuarte Soler, *El positivismo argentino*, p. 154.

los caracteres de las tribus o naciones circundantes eran factores que no deberían ser pasados por alto. Los caracteres del pueblo, individualmente considerado, habrían de describirse también: sus rasgos físicos, intelectuales y morales".¹⁹ Sarmiento afirmó esta tesis en la primera parte del *Facundo* al describir la fisonomía de la Argentina y su influencia en la infancia y formación del riojano:

porque en Facundo Quiroga no veo un caudillo simplemente, sino una manifestación de la vida argentina tal como la han hecho la colonización y las peculiaridades del terreno, a lo cual creo necesario consagrar una seria atención, porque sin esto la vida y hechos de Facundo Quiroga son vulgaridades que no merecen entrar sino episódicamente en el dominio de la historia...²⁰

Pero Sarmiento es más radical que Spencer. El ambiente, la educación, el país, son factores que crean a un Facundo o a un John Stuart Mill, a un gaucho o a un hombre civilizado, a un argentino o a un inglés. Si se alteran los factores, se altera el producto.

Un tercer punto de afinidad con el positivismo es la dicotomía de civilización y barbarie misma, una dicotomía sobreentendida en los trabajos sociológicos de Spencer y los antropológicos de Morgan.²¹ Según Spencer, "encontramos motivos para inferir que los cambios de la vida cazadora a la pastoril y de ésta a la agrícola, favorecen el aumento de población, el desarrollo de la organización política, de la organización industrial y de las artes —aunque estas causas no produzcan, por sí mismas, estos resultados".²² La evolución natural de la humanidad indica un ascenso de un estado primitivo, rural, bárbaro, a uno más civilizado —del hombre natural que, aislado de sus semejantes, se enfrenta a la naturaleza violenta y telúrica, al hombre social, que crea relaciones con sus semejantes y que en conjunto domina y hace de la naturaleza una servidora suya. En Sarmiento el contraste es más violento.

El hombre de la ciudad viste el traje europeo, vive de la vida civilizada tal como la conocemos en todas partes; allí están las leyes, las ideas del progreso, los medios de instrucción, alguna organización musical, el gobierno regular, etc. Saliendo del recinto de la

¹⁹ Herbert Spencer, *Autobiography*, Nueva York, Appleton, 1904, vol. 2, pp. 226-227.

²⁰ Sarmiento, *Facundo*, p. 6.

²¹ Herbert Spencer, *El progreso, sus leyes y sus causas*, trad. de Miguel de Unamuno, Buenos Aires, Claridad, 1924; Lewis H. Morgan, *Ancient Society*, Nueva York, Rinehart y Winston, 1877.

²² Herbert Spencer, *Principles of Sociology*, vol. 1, p. 539.

ciudad, todo cambia de aspecto; el hombre del campo lleva otro traje que llamaré americano, por ser común a todos los pueblos... parecen dos sociedades distintas, dos pueblos extraños uno del otro.²³

El antropólogo spenceriano de 1865 presenta este cambio como personificación del paso de lo simple a lo complejo: en el estado natural las relaciones son simples y, en la medida que se civiliza la humanidad, se vuelven más complejas. Sarmiento caracteriza el cambio de relación como el paso de agrupaciones salvajes a domesticadas, de violentas a dominadas. Insiste, en oposición a Rousseau, en la incompatibilidad de ambos tipos de hombres, y las representa como una oposición entre barbarie y civilización, personificada en el gaucho y el hombre urbano. "Todo lo que hay de civilizado en la ciudad está bloqueado por allí, proscrito afuera".²⁴

Las disquisiciones de Sarmiento no tienen sentido sin una filosofía de la historia, de la historia americana y de la Argentina en particular. Es filosofía porque usa los datos históricos para obtener una comprensión de su dirección, del por qué del presente y el hacia dónde en el futuro. Aunque filosofías de la historia abundan antes de los positivistas, los rasgos son comtianos: El curso de la historia es un progreso de un pasado bárbaro a un futuro civilizado, de un pasado primitivo, teocrático, a un futuro científico, "une progression continue vers un but déterminé".²⁵ En palabras de Spencer, "en este orden se ha producido la evolución social y sólo en este orden parece posible".²⁶ Y al igual que Comte y Spencer, Sarmiento ve culminar la historia en las sociedades industriales pronosticadas por la ciencia, y personificadas por las naciones europeas civilizadas —por Inglaterra y Francia en particular.

Sarmiento encuentra una verificación de esta teoría en el progreso de los Estados Unidos de América, nación que admira y que insiste hay que emular. Afirma que el modelo histórico de España es nefasto, que conducirá sólo a una barbarie continua; el modelo sajón es superior y llevará a la prosperidad. "No detengamos a los Estados Unidos en su marcha... Alcancemos a los Estados Unidos. Seamos la América, como el mar es el Océano".

Las características de la obra de Sarmiento que quizás lo identifiquen más con el positivismo son sus ideas raciales. Es innegable que el positivismo spenceriano es racista. Constituye la base del darwinismo social tan popular en los Estados Unidos a partir de 1870 y predica que las razas son un resultado de la lucha por la

²³ Sarmiento, *Facundo*, p. 16.

²⁴ Sarmiento, *loc. cit.*

²⁵ Auguste Comte, *Discours*, p. 157.

²⁶ Herbert Spencer, *Principles of Sociology*, vol. 1, pp. 543-544.

supervivencia. Los hábitos y las costumbres, si están lo suficientemente arraigados, son heredados por la especie. La historia y el ambiente son críticos. Por lo menos difiere del racismo del siglo XX, que insiste en que estamos determinados por la biología, que somos lo que somos porque no podemos ser otra cosa, no por falta de voluntad sino por un plasma genético defectuoso.

Según Spencer, la mezcla de razas diferentes resulta en individuos "cuya naturaleza no ha sido moldeada para ningún tipo social y, en consecuencia, no puede, con otros como él, desarrollar ningún tipo social".²⁷ Hay elementos de este racismo no sólo en el Sarmiento tardío de *Conflicto* sino en el *Facundo* mismo: "Las razas americanas viven en la ociosidad, y se muestran incapaces, aun por medio de la compulsión, para dedicarse a un trabajo duro y seguido".²⁸ Para Sarmiento, sin embargo, ni la raza ni la geografía ni la historia determinan completamente. El hombre siempre puede luchar contra el determinismo y contra las "fatalidades que Sarmiento traza para indicar en seguida cómo podrían abolirse".²⁹

Sarmiento propone como soluciones la inmigración y la educación: la inmigración, de los países latinos más civilizados como Francia y de los anglosajones, para mejorar el carácter racial del argentino; la educación para mejorar el carácter social. Ambas soluciones tienen complementos en el positivismo. La primera es, como ya he mencionado, spenceriana. La segunda es comtiana —y de Mill, quien tanto insistió en que sólo la educación podría acelerar el progreso social, y es todavía uno de los más laudables rasgos del positivismo comtiano.³⁰

Ambas soluciones tienen premisas contradictorias. Si el mestizaje ha sido fatal en la América, si estamos determinados por la raza, entonces somos lo que somos y no podemos ser otra cosa. No tenemos opción. Ni la educación, ni la inmigración, ni la mezcla con razas mejores nos van a ayudar hoy. Entonces ¿por qué preocuparse? Como dice la canción:

*Yo soy el negrito del batey,
y el trabajo para mí es un enemigo,
el trabajo se lo dejó todo al buey,
porque el trabajo lo hizo Dios como castigo.*

²⁷ Herbert Spencer, *Principles of Sociology*, vol. 1, p. 560.

²⁸ Domingo F. Sarmiento, *Facundo*, p. 15.

²⁹ Tulio Halperin Donghi, cit. en Ricaurte Soler, *El positivismo*, p. 168.

³⁰ Alice Houston Luiggi, *Setenta y cinco valientes: Sarmiento y las maestras norteamericanas*, con un prólogo de Alberto Palcos, Buenos Aires, Agora, 1959.

Si en opinión de Sarmiento las razas americanas son incapaces, entonces todo su esfuerzo por educar la Argentina es una imposición intelectual y una pérdida de tiempo. La educación no puede cambiar la biología. El plasma genético se puede importar con una inmigración europea, pero importar cultura sería inútil para las razas que están condenadas a ser ociosas.

¿Se contradice Sarmiento? Desde luego. Y para hacerlo consistente hay que eliminar la disyuntiva más débil. De las dos, Sarmiento favorece la educación. Su insistencia en ella es un signo de que no creía incondicionalmente en la inferioridad del hombre americano. Pero hay que explicar la contradicción. Los hombres se deben medir por sus acciones y no por lo que dicen, y opino que todo esto del conflicto de razas ha sido en un Sarmiento polémica o explicación teórica que el otro Sarmiento, el hombre de mundo, desmintió con la acción educadora y el esfuerzo de mejorar las condiciones del pueblo.

4. Conclusiones

Nos queda por establecer si tiene sentido hablar del positivismo de Sarmiento. Si ser positivista requiere una conexión histórica de maestro a seguidores, entonces Sarmiento no es un positivista. Pero el mismo criterio no nos permitiría incluir a Mill o Spencer pues, aunque existió proximidad física, no habían más que ideas afines. Por otra parte, si por positivismo se entiende sólo afinidad intelectual, es difícil entonces excluir a Sarmiento y a los autóctonos.

Algunos aspectos del pensamiento sarmientino tienen similitud con el positivismo y otros no. Armonizan en la importancia de la educación y de la acción para cambiar la realidad, en el valor de la etnia y la geografía, en la diferencia entre civilización y barbarie, en la influencia del carácter racial. Ninguna de estas ideas es exclusiva de los positivistas. Por ejemplo, el acento en la acción se puede encontrar en Saint Simon, el énfasis en la geografía en Montesquieu, la oposición de civilización y barbarie en Platón, y el racismo, por desgracia, es tan viejo como la humanidad. Nos dice Ingenieros que las

discusiones sobre las razas y la influencia del medio estaban de moda; el progreso y la perfectibilidad social inspiraban apasionadas profecías; el proletariado y el dogma de la igualdad estaban en el léxico usual de los partidos radicales. De todo ello se encuentran ecos en

Facundo, el libro más argentino por su ambiente y sus personajes, pero el más europeo por su espíritu y por su doctrina.³¹

Entonces, fuera de una cuestión "semántica", ¿qué importancia tiene clasificar a Sarmiento como positivista?

Para responder a esta interrogante, tengo que referirme a una singularidad del pensamiento latinoamericano, y la actitud de muchos ante ella. Es obvio que el pensamiento filosófico latinoamericano presenta similitudes y diferencias con el pensamiento filosófico europeo. Hay quien condena estas similitudes como copias del pensamiento europeo, y las diferencias como malas copias. Los pensadores latinoamericanos, por consiguiente, sólo copian filosofías sin poder originar ninguna.

Estamos ante una paradoja. Se presupone que en nuestra América sólo se hacen copias, y cuando el pensamiento no es idéntico, entonces son malas copias. No se puede ganar —o se es idéntico (y malo), o no se es idéntico (y por lo tanto malo). Y siempre se es copia. El positivismo es un buen ejemplo. Como respuesta a esta crítica injusta, Arturo Ardao insistió en que el positivismo se adaptó, no adoptó en la América;³² Arturo Andrés Roig afirmó que siempre hay originalidad;³³ Alejandro Korn desarrolló la tesis del positivismo autóctono, y Zea la de la filosofía latinoamericana como filosofía sin más.

Si examinamos cuidadosamente los hechos, veremos que el pensamiento de Sarmiento falsifica la tesis de copias. No se le puede acusar de copiar, ni bien ni mal, lo que no se ha escrito todavía, no importa cuál fuera su afán de europeizar. No es eco de lo que todavía no se ha dicho. Pero seguimos llamando a Sarmiento positivista. Usamos categorías europeas. No llamamos, por ejemplo, a Spencer un sarmientino. Bueno, en los significados no hay imperios económicos o políticos. Podemos usar el vocablo "positivista" para referirnos a Sarmiento muy conscientes de que significa algo diferente del vocablo positivista europeo —por eso el adjetivo "autéctono". Si aplicamos la lección a los positivistas americanos de fines de siglo, entonces hemos aprendido algo.

Siempre aconsejo a mis estudiantes latinoamericanos que discutan con las fuentes, que las reten, que lleven la investigación a sus fines lógicos. Insisto en que la filosofía latinoamericana no se va

³¹ José Ingenieros, "Las ideas", p. 310.

³² Arturo Ardao, "Asimilación y transformación del positivismo en nuestra América", en R. L. Woodward, ed., *Positivism in Latin America*, Lexington, Massachusetts, Heath, 1971, pp. 11-16.

³³ Arturo Andrés Roig, "Introducción", *op. cit.*, p. 12.

a deshilar ante estos retos. Sobrevivirá, adquiriendo así un significado nuevo. Hasta cierto punto es lo que he hecho con la tesis de Sarmiento como positivista. No sólo ha sobrevivido sino que ha adquirido un significado nuevo, más profundo, y más personal. Hoy respeto más no sólo a Korn y a Zea sino a Sarmiento mismo, que con todos sus pecados ha demostrado una originalidad extraordinaria.

LA CONTRIBUCION DE SARMIENTO AL LIBERALISMO ARGENTINO

Por Ana Carolina IBARRA
UNAM, MÉXICO

ALGUNOS AUTORES sostienen que durante los últimos cuatro siglos el liberalismo ha sido "por excelencia" la doctrina de la civilización occidental.¹ Aceptar que el liberalismo es un pensamiento que mantiene continuidad a lo largo de un lapso tan vasto y cambiante, a la vez que revela la vigencia y actualidad que mantiene como tema, nos obliga a explicar cada una de sus expresiones en función del momento y condiciones históricas en las que se produce.

No hay duda de que el movimiento de independencia aceleró la penetración y difusión de las ideas de la Ilustración europea. Y que aunque éstas se combinaron, enriquecieron o incluso entraron en contradicción con los imperativos de la realidad americana, después de la lucha armada pudo vislumbrarse en casi toda América Latina la existencia de un movimiento liberal encaminado a impulsar en los respectivos países la organización nacional en una perspectiva de modernización y progreso. Los principales postulados de ese credo liberal se sintetizaron en los principios de libertad individual, libertad de expresión, libertad de comercio y de intercambio, igualdad de derechos, supresión del poder temporal de la Iglesia, secularización de la enseñanza y de la sociedad.²

Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888), escritor, educador de generaciones, destacado periodista, miembro de la Asociación de Mayo, boletín de las tropas de Urquiza, integrante del ala nacionalista del partido liberal, presidente de la Argentina entre 1868 y 1874, diputado y fundador de innumerables instituciones culturales y educativas de su país, ha sido sin duda una de las personalidades liberales más fuertes del Continente.³ Por este mo-

¹ Juan A. Ortega y Medina, "Impacto del liberalismo europeo", en *Secuencia* (Instituto Mora, México), 1 (1985), p. 15.

² François Chevalier, "Conservadores y liberales en México", en *Secuencia*, 1 (1985), p. 142.

³ Hacemos nuestras aquí las palabras con que lo expresa François Chevalier en *América Latina*, Barcelona, Labor, 1983.

tivo, de su vasta obra y de su incansable actividad como hombre político de la etapa de formación de la Argentina moderna hemos querido retomar en estas páginas aquello que nos parece su mayor aporte al pensamiento liberal de su tiempo, que por cierto es también lo que más ha trascendido a su ámbito espacial y temporal. Nos interesa destacar en dos de sus obras fundamentales aquello que consideramos que expresa todavía lo que Charles Hale ha llamado "el sentido liberador de la palabra liberal".⁴

El liberalismo surgió como un pensamiento liberador, comprometido con el derrocamiento de las viejas estructuras, y sus ideales alentaron los movimientos revolucionarios europeos de finales del siglo XVIII y comienzos del XIX. En el caso de América Latina, el liberalismo de la primera mitad del siglo XIX se caracteriza por mantener la defensa de las libertades y la preocupación por establecer identidades nacionales. En general, la primera generación liberal se siente ligada a la lucha emancipadora, a la cual considera su pasado heroico y el inicio de una lucha muchas veces no terminada. Así lo admite Sarmiento en las páginas de *Facundo*, cuando dice que la revolución comenzó en 1810 pero que sus últimos tiros no se han disparado todavía. Para él la independencia ha dejado pendientes muchas realizaciones: formas representativas, prensa libre, educación libre, colonización, respeto a los derechos del hombre...⁵

Facundo y Educación Popular, dos textos esenciales en la obra de Sarmiento, recogen lo mejor del pensamiento romántico y los más caros ideales del liberalismo. En las páginas del primero, conocemos al vehemente liberal que, casi sin proponérselo, crea uno de los mejores ensayos de la literatura latinoamericana de todos los tiempos; en *Educación popular* sienta las pautas para la educación argentina y ofrece una fuente de inspiración para reformas educativas posteriores en otros países de América Latina.

Como sabemos, en su evolución el pensamiento liberal en América Latina perdió el carácter combativo que había animado levantamientos populares y guerras civiles en la postindependencia. En las últimas décadas del siglo se convirtió en un liberalismo de élite,⁶ de marcada influencia positivista, expresión de la burguesía, del grupo gobernante y de las clases en ascenso.

Frente a los nuevos acontecimientos, el pensamiento de Sar-

⁴ Charles Hale, "La discontinuidad liberal", en *Vuelta* (México), 117 (1986), p. 53.

⁵ *Facundo, civilización y barbarie*, 4a., Buenos Aires, Losada, 1970, p. 62.

⁶ José Luis Romero, *Situaciones e ideologías en América Latina*, México, UNAM, 1978, esp. "El liberalismo latinoamericano".

miento, como el de muchos de sus contemporáneos, desembocó en el positivismo y adoptó posiciones evolucionistas que acentuaron los sentimientos racistas y la admiración hacia el extranjero, ya presentes en su obra previa. Estas posiciones extremas llegaron a manifestarse de manera tan violenta que por momentos su contribución al proceso de formación nacional de la Argentina queda opacada por sus excesos.

Sin embargo, no vamos a referirnos a este período también decisivo en la vida de Sarmiento, sino a recoger algunos temas que nos permitan revalorar su aporte en la etapa que antecede a la organización del país.

El derrumbe del proyecto nacional en 1828 había dejado como saldo una nación dividida. Luego de la guerra argentino-brasileña y del fracasado intento unitario de reorganización nacional, quedó de manifiesto la imposibilidad de plantearse la unificación en los mismos términos. El incremento de las tensiones provinciales desembocó en la guerra civil del interior. Bustos, Facundo Quiroga y Estanislao López dominaban la política provincial; en Buenos Aires, Juan Manuel de Rosas, apoyado por amplios sectores porteños, se preparaba para convertirse en el hombre decisivo de la Argentina por más de veinte años.

La época de Rosas está llena de paradojas. Por un lado, el problema de la paz se hace fundamental en un período de guerras internas, interregionales e internacionales. Surgido de la guerra civil y derrotado en esa conflagración regional en la que intervinieron además Uruguay, Brasil y Francia, conocida como la Guerra Grande, el gobierno de Rosas fue profundamente ambivalente: necesitó de la guerra para garantizar la paz. Se consiguió entonces lo que Tulio Halperin Donghi ha llamado "la paz de los cementerios".⁷

En realidad se trataba de una época de grandes enfrentamientos. La violencia del ejército fortalecido al término de la guerra de independencia encontró su respuesta en la contrarrevolución rural que expresaba la creciente atomización del poder, el fortalecimiento de las oligarquías locales y la incapacidad del poder central de mantener en torno de sí la cohesión nacional. La fuerza rural fue en aumento, a costa del debilitamiento de los centros urbanos. La proliferación del caudillismo fue consecuencia lógica de esta situación y *Facundo*, la gran obra de Sarmiento, uno de los retratos más lúcidos y elocuentes de esa Argentina.

En este ambiente, la juventud culta de Buenos Aires, los jóve-

⁷ Tulio Halperin Donghi, *Historia argentina. De la independencia a la Confederación rosista*, Buenos Aires, Paidós, 1972, p. 183.

nes egresados de la Universidad de Rivadavia, comenzaron a reunirse para dar cauce a sus inquietudes literarias a través del Salón Literario, fundado en 1837. Sin embargo, esta juventud liberal, socialista y romántica fue asumiendo posiciones políticas cada vez más comprometidas y militantes. Cuando el bloque francés se colocó a las puertas de Buenos Aires, el Salón Literario avaló tácitamente la presencia extranjera para debilitar a la dictadura.

A principios de 1839, el Salón Literario desapareció y cedió su lugar a la Asociación de Mayo, la que empezó a publicar su periódico *El Iniciador*, dirigido por Miguel Cané, con la colaboración de Bartolomé Mitre, Varela, Tejedor, Alberdi y Echeverría. Desde 1838, Sarmiento mantuvo correspondencia con Alberdi y sostuvo con él un fructífero intercambio de ideas.

La Asociación de la joven generación argentina se creó en "nombre de Dios y de la independencia americana", según nos refiere Sarmiento en *Facundo*. Estuvo inspirada en la igualdad, la fraternidad y el progreso de la humanidad. Su objetivo era luchar por la regeneración y felicidad de la sociedad argentina.⁸ Consciente de los errores de los unitarios y del grupo rivadaviano, los acusó de haber intentado una copia ciega de realidades distintas a las del país. En cambio, la Asociación se propuso rescatar los valores nacionales y ofrecer soluciones que fueran acordes con la realidad argentina. Su programa político establecía los siguientes puntos: restablecimiento de los correos, caminos y vías de comunicación, expansión de la frontera y colonización de los territorios del sur, introducción de poblaciones inmigrantes para poblar los distintos territorios, fomento de la navegación fluvial, organización de la educación pública, de la prensa y de la justicia, afirmación de las formas representativas, libertad de expresión y de opinión, dignificación del culto religioso y restablecimiento de la paz con el exterior.⁹

Llevadas al extremo sus contradicciones con la dictadura, los jóvenes reformadores tuvieron que partir al exilio. Sarmiento regresó a Chile. El exilio chileno le brindaría una trinchera para continuar desde el periodismo el combate contra la tiranía y la posibilidad de definir y desarrollar su proyecto educativo. En aquellos años, Sarmiento fue director de la Escuela Normal de Preceptores, dirigió el Liceo, preconizó la simplificación ortográfica de nuestro idioma, tradujo y difundió la obra de educadores europeos y norteamericanos. Como director del diario *El Progreso*, Sarmiento publicó durante los meses de mayo y junio de 1845, en su-

⁸ *Facundo*, p. 222.

⁹ *Ibid.*, pp. 232-235.

cesivas, entregas, su *Vida de Quiroga*, la que habría de ser su obra más famosa: *Facundo o Civilización y barbarie*.

Facundo es una obra beligerante, de lucha. Con tono vehemente su autor combatió en sus páginas, política y literariamente, a la dictadura de Rosas e hizo una propuesta política para la organización argentina. Integrada por tres grandes apartados (el primero dedicado a la descripción del escenario físico de la Argentina, el segundo, al relato de la biografía romántica del caudillo de la Rioja, Facundo Quiroga, y el tercero, en el que hace un ensayo político) es una obra *sui generis*, difícil de encasillar dentro de una clasificación precisa. Sin embargo, sus páginas ofrecen una variedad de posibles lecturas y transmiten la fuerza y la vitalidad del liberalismo argentino en aquella época.

Henríquez Ureña señaló que en torno al tema central de esta obra —traducida al inglés en 1868 y al francés en 1874— Sarmiento organizó su vida. La frase es digna de recordarse ya que, en definitiva, *Facundo* marca un derrotero en la vida de su autor. Para Sarmiento, la lucha contra los caudillos es casi una obsesión. Para él los caudillos representaban el atraso, la brutalidad, el poder personal y arbitrario; por eso él los combatió obstinadamente. Aparte de *Facundo*, Sarmiento escribió dos folletos para atacar a Aldao y al Chacho Peñaloza, además de lanzar su obra *Campaña del Ejército Grande* con el propósito de demoler a Urquiza, a quien consideraba al escribir la obra como el último de los caudillos. Como militar participó en la batalla de Caseros y redactó el parte de guerra; como gobernador de San Juan derrotó en 1865 a las fuerzas montoneras del Chacho, caudillo de esa zona; como presidente aplastó la rebelión de López Jordán en Entre Ríos (1871) y, con el propósito de hacer cumplir la Constitución a toda costa, "aprobó la pena de muerte para los desertores del ejército y los caudillos tomados prisioneros".¹⁰ A lo largo de su vida, mantuvo una actitud implacable frente a los brotes de inconformidad provincial.

La crítica que hizo Sarmiento a las condiciones de atraso que imperaban en la Argentina de aquellos años, crítica que lanzaba específicamente contra la proliferación de los caudillos, estuvo acompañada por un tono de desprecio hacia todo aquello que fuera una expresión de lo autóctono. Si bien en algunos pasajes del *Facundo* salta a la vista el desdén por los indígenas, por los esclavos y por toda manifestación de carácter popular, en realidad este tema es tratado con mucha ambivalencia a lo largo de su obra.

¹⁰ Haydée Gorostegui de Torres, *Historia argentina: la organización nacional*, Buenos Aires, Paidós, 1972, p. 84.

Sin embargo, en *Facundo* se percibe la contradictoria realidad de mediados del siglo XIX. La condena explícita al evocar el territorio y el modo de vida de sus pobladores se transforma en admiración hacia lo propio, preocupación por definir el ser nacional. Sin que ése sea un propósito deliberado, el tono épico, propio de esta etapa formativa, es uno de sus elementos esenciales. Alberto Palcos y otros críticos de finales del siglo XIX, la calificaron de epopeya primitiva del pueblo argentino.

Si tomamos algunas partes del *Facundo*, veremos a la nación que surge y a la cual el autor dedica estos pasajes en los que se descubre su preocupación por intuir la Argentina:

La poesía, para despertarse, porque la poesía es, como el sentimiento religioso, una facultad del espíritu humano, necesita del espectáculo de lo bello, del poder terrible, de la inmensidad de la extensión, de lo vago, de lo incomprensible, porque sólo donde acaba lo palpable y lo vulgar empiezan las mentiras de la imaginación, el mundo ideal. Ahora yo me pregunto ¿Qué impresiones ha de dejar en el habitante de la República Argentina el simple acto de clavar los ojos en el horizonte y ver... no ver nada?

Porque cuando más se hunde los ojos en aquel horizonte incierto vaporoso, indefinido, más se aleja, más lo fascina, lo confunde, y lo sume en la contemplación y la duda. ¿Dónde termina aquel mundo que quiere en vano penetrar? ¡No lo sabe! ¿Qué hay más allá de lo que se ve? La soledad, el peligro, lo salvaje, la muerte, He aquí ya la poesía...¹¹

Por el tono general de la obra, a veces se nos escapa lo que Sarmiento dice cuando explica su admiración hacia los pueblos europeos: su admiración está en función al compromiso liberal, "asociado a su amor a la civilización".¹² Y, aunque admite que en el contexto de la Argentina de los años 1840 fueron los jóvenes reformadores los que vieron con agrado la intervención extranjera con la expectativa de derrocar conjuntamente al tirano, Sarmiento es consciente de los riesgos de la alianza. Observa con extraordinaria sagacidad y reserva la política exterior de Francia y de la Gran Bretaña. Para apreciar esta actitud, vale la pena recoger algunos comentarios suyos: "Digo lo mismo con respecto a Inglaterra, cuya política en el Río de la Plata haría sospechar que tienen el secreto designio de dejar debilitarse, bajo el despotismo de Rosas, aquel espíritu que la rechazó en 1807, para volver a probar

¹¹ *Facundo*, p. 40.

¹² *Ibid.*, p. 224.

fortuna...". Y más adelante añade: "¡Qué ilusión! Este estado se levantaría a despecho suyo; porque la grandeza del estado está en la pampa, en las producciones tropicales del norte y el gran sistema de ríos navegables cuya aorta es el Plata".¹³

En estos términos, Sarmiento asume una posición de defensa de la soberanía, en una etapa durante la cual las intervenciones se suscitaron en distintos lugares de América Latina y en el contexto de un conflicto que comprometió a la región del Plata. La Guerra Grande, originada por la competencia y rivalidad entre dos caudillos orientales, arrastró a suelo uruguayo una lucha que duró más de quince años y cuyo combate final se libró en Caseros. La suerte del gobierno de Rosas se decidió con su apoyo a Oribe y la ofensiva que ello motivó por parte del bloque constituido por Brasil, Francia y los colorados uruguayos y los opositores argentinos de la dictadura.

Un arma más en la lucha contra la dictadura rosista fue *Facundo*. El sentido de denuncia frente a la tiranía y el autoritarismo constituye aún hoy en día uno de los valores más recuperables de la obra. Las reflexiones que Sarmiento se hace en torno al tema de la tiranía constituyen uno de sus elementos más valiosos: "hay un momento fatal en la historia de todos los pueblos, dice Sarmiento, y es aquel en que, cansados los partidos de luchar, piden antes de todo el reposo de que por largos años han carecido, aún a expensas de la libertad o de los fines que ambicionaban; este es el momento en que se alzan los tiranos...".¹⁴

En este mismo contexto, y como una parte más de su lucha infatigable por sentar las bases para el futuro de la Argentina, Sarmiento produjo otra de sus grandes obras. Como lo señalamos antes, el exilio chileno le brindó la posibilidad de desarrollar su proyecto educativo. Como ministro del Interior, Manuel Montt ofreció a Sarmiento una comisión que duró cuatro años, para viajar al extranjero y estudiar los sistemas educativos de países desarrollados como los Estados Unidos y Francia. Fruto de esta experiencia fue la aparición del libro *Educación popular* (1894), su obra capital en materia educativa.

El libro *Educación popular* puede considerarse un texto precursor en el terreno de la educación en América Latina y lo más valioso y duradero de los trabajos de su autor. Por primera vez en América Latina se honra la tarea de los educadores y se plantea la posibilidad de brindar educación al pueblo.

Educación popular revela una acusada influencia del pedagogo

¹³ *Ibid.*, p. 228.

¹⁴ *Ibid.*, p. 197.

norteamericano Horace Mann y la admiración que Sarmiento sintió siempre por los Estados Unidos. No es extraño que sea evidente también aquí la exaltación de los valores extranjeros. En sus páginas, Sarmiento acusa a la colonización española que, si bien no exterminó a la población indígena, aprovechó su trabajo y consiguió esclavizarla, "dejando para tiempos futuros una prole rebelde a la cultura y sin las tradiciones de ciencia, arte e industria, que hacen que los deportados a la Nueva Holanda reproduzcan la riqueza, la libertad y la industria inglesa en un corto número de años..."¹⁵

Para Sarmiento la tarea de erigir un Estado nacional fuerte y digno debía partir de la erradicación de las lacras de la herencia española:

La dignidad del estado, decía, no puede cifrarse pues, sino en la dignidad de condición de sus súbditos; y esta dignidad no puede obtenerse elevando el carácter moral, desarrollando la inteligencia y disponiéndola a la acción ordenada y legítima de todas las facultades del hombre. Hay además objetivos de previsión que tener en cuenta al ocuparse de la educación pública y es que las masas están menos dispuestas al respeto de las vidas y de las propiedades a medida que su razón y sus sentimientos morales están menos cultivados...¹⁶

Sarmiento preconizó los imperativos de orden, paz y progreso que habían de ser los lemas de la generación futura y advierte que "de no preparar a las venideras generaciones para la necesaria adaptación de los medios de trabajo, el resultado será la pobreza y la obscuridad nacional".¹⁷

Sobre estas reflexiones que sirvieron de base a toda su obra, Sarmiento sentó las principales premisas de la educación argentina: el carácter popular de la educación, una educación democrática a la que todos deben tener acceso por derecho y que el Estado debe obligatoriamente ofrecer, el carácter nacional y público de la educación, que exige mantener una relación directa entre el poder del Estado y el sistema educativo. Por lo tanto, una educación laica, gratuita y a todos los niveles. Porque para Sarmiento la educación comenzaba en las cunas y no debía terminar nunca. Al respecto, insistía:

¹⁵ Ana Carolina Ibarra, comp., *Doce textos argentinos sobre educación*, México, SEP-El Caballito, 1985, pp. 53 y 54.

¹⁶ *Ibid.*, p. 51.

¹⁷ *Loc. cit.*

las cunas nos interesan vivamente en América, por cuanto a merced de medios inteligentes e higiénicos aplicados a la crianza de los párvulos, se salvan millares de existencias sacrificadas a la ignorancia de las madres, o la falta de recursos... Pero las salas de asilo tienen un alcance más extenso. La moral del niño se forma allí en aquellos patios en que reunidos centenares de ellos, bajo la vigilancia apenas necesaria de mujeres inteligentes y solícitas, se abandonan a la movilidad de su edad, corrigiendo por la influencia de la masa sobre el individuo, los vicios de carácter que dejan desenvolver los mimos o la inexperiencia materna, el aislamiento y la soledad del hogar doméstico...¹⁸

Educación popular es una obra extensa, en la que su autor trata asuntos diversos relacionados con este gran tema de la época. En sus páginas se demuestra la necesidad de la instrucción pública, de la educación de las mujeres, de la escuela primaria, de la educación superior, de la inspección escolar, de los institutores, de los métodos de enseñanza y de la modernización de la ortografía española.

Todo este gran tema está cimentado en el papel que el liberalismo asigna a la educación, en el espíritu democrático que debe privar en la enseñanza y en la fe de que por la vía de la educación será posible la organización racional y próspera de la sociedad. En la Introducción señala:

La instrucción popular es una institución completamente moderna, nacida del cristianismo, convertida en derecho por el espíritu democrático de la sociedad actual. Ha dos siglos que este derecho hubiera parecido a ojos del clero y de la nobleza tan exorbitante como el sufragio: hoy el uno como el otro son incontestables...¹⁹

Para Sarmiento, como para todo liberal, la instrucción pública debe proponerse la preparación de las nuevas generaciones para el desarrollo de su inteligencia por medio del conocimiento de la ciencia y para lograr formar su razón, ya que "todos los hombres deben ser igualmente educados" y la ley no debe atreverse a poner condiciones al uso de un derecho "que pertenece al hombre, por nada más que ser persona racional y libre..."²⁰

Con una espléndida argumentación, en las páginas de *Educación popular* Sarmiento defiende tan apasionadamente como siempre el ideal educativo de su tiempo. Para fortuna suya no sólo su obra educativa en la Argentina sino la que desarrolló durante su

¹⁸ *Ibid.*, pp. 43-44.

¹⁹ Domingo F. Sarmiento, *Obras*, Buenos Aires, 1896, vol. XI, p. 8.

²⁰ Ana Carolina Ibarra, *op. cit.*, p. 49.

estancia en Chile, lo sitúan como uno de los más destacados educadores del continente.

Hacia finales de 1851 la caída de Rosas era inminente. Sus principales opositores regresaron a la patria y Sarmiento, junto con Mitre, se integró al frente de batalla para participar en el desenlace final. Sin embargo, la experiencia de Sarmiento en las filas de Urquiza fue amarga. Resultado de ello fue su *Campaña del Ejército Grande*, dedicado a Juan Bautista Alberdi. Colaborador cercano de Urquiza, Alberdi, uno de los liberales más realistas de su tiempo, insistía en anteponer la Constitución y la unidad nacional al debate político. "Con caudillos, con unitarios, con federales y con cuanto contiene y forma la desgraciada república se debe proceder a su organización",²¹ decía en respuesta a las páginas de Sarmiento meses después de su publicación.

Sarmiento, en cambio, dejaba claro:

He visto con mis propios ojos degollar el último hombre que ha sufrido esta pena, inventada y aplicada con profusión por los caudillos, y me han bañando la cara los sesos de los soldados que creí las últimas víctimas de la guerra civil. Buenos Aires está libre de caudillos y las provincias si no se las extravían, pueden librarse del último que sólo ellas con su cooperación levantarían. En la prensa y en la guerra usted sabe en qué filas se me ha de encontrar siempre y hace bien en llamarme el amigo de Buenos Aires, a mí que apenas conocí sus calles...²²

Fiel a su elección ante la disyuntiva contenida en *Facundo*, Sarmiento optó de manera definitiva por la ciudad. De allí en adelante, su participación se produjo del lado del proyecto porteño, expresado en el porteñismo nacionalista.

Después de la decisiva batalla de Caseros, la Argentina no había logrado su unificación. Sin embargo, los diez años siguientes serían determinantes para la consecución de este propósito. Durante este lapso, las tendencias hacia la unidad fueron imponiéndose y el problema de la organización nacional se resolvió, inevitablemente, sobre la base de conciliación con el interior. Ya desde 1853, la elaboración de la Constitución federal, inspirada en las *Bases* de Alberdi, reflejaba la intención de las provincias de abandonar las posiciones separatistas en favor de un proyecto común y desechando el predominio de una región sobre otra. Únicamente Buenos Aires persistía en mantener determinadas prerrogativas.

²¹ Juan Bautista Alberdi, *Cartas sobre la prensa y la política argentina*, Buenos Aires, Ediciones Estrada, s.f., p. 5.

²² *Ibid.*, p. 17

Sin embargo poco a poco la necesidad de integrar la nación se impuso aún en Buenos Aires.

En estas décadas, la participación de Sarmiento fue destacada, primero al lado de Mitre, después al llegar a la presidencia en 1868. Su candidatura concilió las diferencias entre las dos alas del liberalismo porteño y se insertó como parte del proceso de modernización que desplegó a partir de entonces la Argentina decimonónica. Cuando en 1880, bajo la presidencia de Julio Argentino Roca, se consolida la integración definitiva del país, la Argentina se acerca a muchos de los ideales planteados por su predecesor, el ilustre maestro sanjuanino. La culminación de la conquista sobre la Patagonia, la homogeneización racial, el arribo del aluvión de inmigrantes se hacían presentes en los campos antes desiertos y el sistema educativo florecía, haciendo de la Argentina uno de los países más adelantados en lo que se refería a enseñanza primaria. Con ello, la generación de Sarmiento podía preciarse de haber sentado las bases de la Argentina moderna.

Las situaciones y las perspectivas habían ido cambiando durante aquellos años el discurso encendido de Sarmiento. Ya no había evocación a los compromisos emanados con la Revolución de 1810. Sarmiento, como muchos hombres de su tiempo, había olvidado el sentido original de la palabra liberal y se autodefinía en 1875 como "liberal limitado, como el ilustre Thiers...". Explicaba con más precisión:

Acusado como estoy de amar el despotismo, diré que soy liberal gobiernista, en cuanto quiero que a nombre de la libertad no se debilite la acción del gobierno... Estoy pronto a jurar que sostendré la constitución, respetaré y obedeceré a las autoridades (aún de partidos contrarios), sin hacer armas para enderezar sus entuertos o los del Congreso al dictar leyes...²³

Estas palabras del senador Domingo F. Sarmiento corresponden a las de la nueva generación de positivistas y científicos que, aun cuando consideran como su fuente al liberalismo de los primeros tiempos, han abandonado sus posiciones más combativas. El pensamiento de Sarmiento pierde fuerza y se transforma en un pensamiento comprometido con el proyecto de las clases latifundistas y los intereses agroexportadores que en aquella época lograron consolidarse. Sin embargo, Sarmiento había legado para la posteridad dos de las obras más vitales, brillantes y representativas del liberalismo decimonónico.

²³ Domingo F. Sarmiento, *Discursos parlamentarios*, 4a. ed., Buenos Aires, Editorial Jackson, 1945, p. 62.

*Por los caminos de
Nuestra América*

Por iniciativa de la Junta del Acuerdo de Cartagena (JUNAC) se filmó la serie de televisión "Por los caminos de Nuestra América", que tuvo como guionista y cronista general a Manuel Malaver. Concluimos la publicación de sus crónicas de viaje.

IX. VENEZUELA: FINAL DE VIAJE Y PRINCIPIO DE UNA NUEVA AVENTURA

Por *Manuel MALAVER*
PERIODISTA VENEZOLANO

LA MAÑANA crecía lenta, brumosa, cuando partimos del improvisado embarcadero. De lado y lado la vegetación sudorosa y de frente los colores revueltos de la laguna. Como gritos venían de lo lejos, y cantos, y trinos, y aquellos olores untados de tierra y de melaza. Aturdido seguía las maniobras del capitán y las risas y exclamaciones de Víctor Jiménez, recién incorporado ayudante de cámara. Pocho Álvarez, Freddy Ehlers y Marichina García, la animadora venezolana. Nos acompañaban, además, dos lindas maracuchas, socióloga una y promotora de turismo la otra, enviadas gentilmente por la Corporación de Desarrollo del Estado Zulia, Corpozulia. Lo demás era el viento, la soledad, las nubes, y aquella sensación honda y lluviosa de estar viajando hacia lo primario, lo innominado, lo elemental.

Sinamaica hervía de infinitos acontecimientos, de sucesos tramados y sencillos, y uno de los más sorprendentes era aquella pareja de torcazas que de pronto alzó el vuelo asustada por la tensión de las olas y el ruido de la pequeña embarcación. Me acuerdo también de haber visto flores que se abrían en pleno día, ramas que crujían bajo la presión de la luz y poderosas sombras que ya se proyectaban, ya desaparecían, conforme las nubes se atrevieran o no a colocar sus manazas sobre el torrente incontenible del sol. Presentimiento caudaloso de un mediodía que ya asomaba sus hachas y cuchillos.

Vimos aparecer entonces los primeros palafitos, quiero decir, las primeras casas construidas sobre la laguna, y en los portales las mujeres ocupadas en diversos quehaceres domésticos y los hombres preparando, o manipulando, atarrayas, anzuelos y canaletes. Los niños, por su parte, nadaban, o jugaban una insólita versión de béisbol acuático, o remaban en enormes botes, serios, concentrados, como planeando empresas y asuntos muy importantes. Irrumpe en ese momento la guía morena y espigada, la de la sonrisa amarilla, que ya se había puesto una cayena sobre el pelo, y dice: "Son in-

dios", y ahí el tiempo, cubriéndose de abalorios, y adornos fantásticos, arqueó las manos, y terminó de desplegaros aquel muestrario de objetos, instantes y situaciones que se deslizaban por la mente, tal el agua fluía por entre las manos de Marichina ahora tratando de humedecerse los brazos y la cara.

Ruedan en tropel los atavismos, la nostalgia de palabras, la añoranza de imágenes, la sed de símbolos y el fantasma de Venecia es la obsesión de los comentarios. Es entonces cuando caigo en la cuenta de que estamos realizando un acto mil veces repetido, desde que hace casi quinientos años un grupo de aventureros españoles puso el mismo nombre a la misma tierra que acabamos de nominar y bautizar. Conclusión: idéntico espacio, idéntico tiempo e idéntica cultura conducen a idénticos resultados.

Continúa la guía, cabellera y cayena desplegadas al viento y al sol y que ahora sé que se llama Layarí: "Indios Paraujanos, y no Goajiros, porque los Goajiros son hombres de tierra, y no de agua. 'Paraujanos' quiere decir 'hombres de la laguna'. Aquí, donde tuvo su origen el nombre de Venezuela, los encontraron los españoles con sus hermosos pueblos, sus hermosas calles, sus hermosos niños, y su hermosa laguna. Aquí extendieron ellos las manos, en señal de amistad, a aquellos hombres rubios que venían de muy lejos sobre animales fabulosos y espadas brillantes".

Pero la laguna de Sinamaica continúa imperturbable, atropellándonos los símbolos y su historia. A veces parece río, a veces lago, a veces mar. El verde intrincado de los manglares encintándose con el ruido y los olores del viento. Hay paréntesis de silencio que se abren, o se cierran, según aparezcan los niños bogueros, o las hileras de casas pintadas de blanco y azul. Pocho Álvarez y Víctor Jiménez se introducen en un palafito y ya sólo se oye "corte", "rueda". La otra guía, la silenciosa y contemplativa Luisa, dice: "Yo he decidido venir a vivir aquí, en la casa que fue de un policía, que, por cierto, se suicidó".

Con el pistilo de la cayena entre los dientes, y el rizador abriendo la cascada de la ondulosa cabellera, dice Layarí, la guía de la sonrisa amarilla: "Como casi todas las tribus caribes de Venezuela, los Paraujanos trataron de conservar esta laguna que por derecho les pertenecía. Todo inútil. Fueron exterminados técnica, maquinamente. Hoy sólo quedan estos pocos hombres y mujeres que como por instinto construyen sus casas en la laguna. O sea, ya no existen como Paraujanos, en cuanto han perdido su lengua y su cultura; son una parte más de nuestra cultura mestiza".

Emboscada en el mediodía, degüello y arcabuzazos de un sol cada segundo más asesino, más irreverente. La india paraujana que

nos ofreció café en su palafito rebosante de flores da alaridos mientras estructuras de metal la persiguen y encandilan. Marichina García solloza en silencio, como pidiendo explicaciones a dioses terribles y vengativos y Freddy Ehlers, pensativo, juega con la luz y el agua. Sin creer lo que ha visto y lo que ha oído.

Maracaibo en la noche

"**T**RES fueron los elementos esenciales que trazaron la identidad del Maracaibo histórico: la arquitectura colonial y republicana, el lago, y la gaita. La primera ya no existe, barrida por el canibalismo urbano. El lago está contaminado por los derrames de petróleo. Y la gaita está tan mezclada con los sabores de otras músicas que apenas se le reconoce". Habla el músico y poeta Pedro Luis Manzanillo, que como desde otras épocas nos ve a través de sus cristales oscuros y redondos. Es un hombre como de sesenta años, impresionantemente flaco, con una voz ronca y sedosa, que toma de repente el cuatro y canturrea la danza "Maracaibo en la noche".

"Es así, continúa Manzanillo, como el maracuco de hoy día es un hombre desarraigado, habitante de la nostalgia y el ensueño. Con una referencia absolutamente abstracta de su historia e identidad. En una permanente fuga hacia un pasado, o porvenir, tan brillante como inasible. Converse usted con ellos, con los maracuchos, y sólo encontrará balbuceos de un amor que no tiene lenguaje, porque no tiene realidad. Este es el origen de la persistente violencia que sacude a la región zuliana, de la reacción irracional hacia cuanto nos rodea y nos es familiar. Un puro y desesperado acto de amor es nuestra violencia".

Como para corroborar su lenguaje críptico el hombre nos brinda una tarde larga y caliente. Caminata por las calles del barrio El Saladillo, emblema arquitectónico, humano, y cultural, de lo que el músico y el poeta llama "el Maracaibo histórico", hoy convertido en una urbanización de calles y avenidas con el habla cortada de raíz, donde niños y papagayos juegan enloquecidos. En la tarde, con un sol que se desintegra, rastreamos las orillas del Lago, y el espectáculo aceitoso, de manchas sólidas, partidas, nos deja cabizbajos. Pero por la noche no podemos evitar cantar, bailar, y gritar, con el ritmo frenético de la única danza folklórica de América Latina que se hace con guitarra eléctrica.

Pero al día siguiente Maracaibo se resiste a dejar pasar una versión tan culturalista de sus encantos y comienza a rociarnos de fiestas, imágenes y sol. Bajo el fuego relampagueante brilla la moder-

nidad de sus avenidas, edificios y urbanizaciones, y una vida interior, profunda y explosiva, cargada de locura y contemporaneidad. Están, además, los paisajes de un verde intenso, casi negro, y un color rojo de la tierra que impregna la atmósfera de incandescencias y bermellones. Escalofrió que está diciéndonos a cada instante que entramos en otra fábula, en otra geografía.

Están también el Planetarium, los grandes proyectos agro-industriales, la escuela-granja de los Niños Cantores de Zulía, el Instituto Ecológico de Rescate del Lago de Maracaibo, el recién inaugurado Canal 13 de televisión, los programas de desarrollo implementados por Corpozulia para la explotación de la cuenca carbonífera del Guasare e infinitos detalles que anuncian que la identidad cultural de Maracaibo gira vertiginosamente hacia el porvenir.

Por si fuera poco esa desbordante y apabullante presencia de la raza Goajira, con mujeres morenas, altas, y hermosas, de amplias y sugestivas mantas, con hombres robustos y nerviosos, activísimos en el comercio, la agricultura, la artesanía, y la industria; caso particularísimo de una nación que teniendo su territorio en la línea fronteriza entre Colombia y Venezuela es privilegiada con las dos nacionalidades, pudiendo vivir indistintamente en una u otra patria, siendo un magnífico lazo de unión entre los dos países.

Por la tarde, casi al anochecer, lanzamos una última mirada hacia "la tierra del sol amada", como la llamó el poeta del siglo pasado, volvemos a admirar la imponente estructura del Puente sobre el Lago, y meditamos en una Latinoamérica donde las partículas atómicas del pasado, el presente y el porvenir formen parte de una íntima y total explosión.

Alemanes, jirabaras, españoles, ayamanes y caquetíos

LANOS y pastizales ardientes, casi chamuscados, árboles inmensos y desafiantes, y la solvente infraestructura vial de Venezuela, con sus distribuidores y autopistas, estaciones de servicio en capacidad de resolver todas las exigencias de los viajeros. Dice Ehlers: "Ya verás Juan Carlos que aquí desaparecen todas las penalidades de la Móvil 2", y para corroborarlo el colombiano sonríe y pone alas a su ansiedad de engullir kilómetros y kilómetros. Una como nueva alegría va invadiéndonos lentamente, atizada por la luminosidad de los espacios abiertos y el color de los ojos de Marichina García que parece mirarnos a todos a la vez. Canta también la risa de Mari Juves, la asistente de producción, cargada de celebración y franqueza. "Aquí parece que todo es nuevo, comenta Eduardo Unívazo, como si aún no se hubiese apagado el fuego cósmico".

No es tan nueva la ciudad de Coro, con casi 500 años a cuestas y una claridad que, unida a la espaciosidad de las calles y el blanco de las casas, le da un cierto aire de pañuelo recién lavado. Comento: "Esta es la segunda ciudad que se fundó en la tierra firme venezolana, después de Cumaná. Cuando se agotan los placeres de perlas de la Isla de Cubagua, luego de 20 años de criminal explotación, la conquista se muda a la Costa Occidental, y aquí en Coro los alemanes llamados Welsares inician la conquista de Venezuela y de la Costa Atlántica colombiana. Desde aquí se fundan Maracaibo y Río Hacha, y se inicia la economía agropecuaria con la importación de las primeras reses que se establecen en los pastizales de El Tocuyo".

Soles y mediodías que escaldan los huesos y la visión fantasmal de los valles que se desovillan a lo lejos, y las ciudades, sus torres e iglesias en pinturas y relieves polvorientos y difusas. Pasamos, en efecto, Carora, llamada también "la ciudad del Diablo"; luego Aranales, y ciertamente Quibor, desbordado por una plaza y un museo que exhibe la mejor colección de la cerámica pre-colombina de Venezuela. Seguimos paso a paso el desarrollo de las culturas Jirahara, Ayamana y Caquetía.

En Barquisimeto, la capital del Estado Lara, nos esperan los crepúsculos, los graffitti, y las pinturas y esculturas al aire libre que surgen de todas partes. Pero esencialmente el Museo del Barro, revolucionaria idea donde se funden los conceptos más avanzados en materia de exposiciones de arte con una disciplina tan vieja que, según la Biblia, fue la que utilizó Jehová para la creación del primer hombre. Nos cuentan Eduviges Lucena promotora, y Elena Alvarado, directora de programación: "La idea del Museo es sencilla, redonda y funcional, pues todo está integrado al Museo, las paredes, los pisos, los techos, y desde luego, lo que se llama convencionalmente 'obras de arte'. Todo el espacio-tiempo del Museo es una disertación sobre el uso del barro en las más variadas y complejas aplicaciones. Veamos esta pared de bahareque...".

En la noche son las danzas frenéticas de El Tamunangue, una coreografía de ocho ritmos con sus cantos, interpretados por los campesinos de la región noreste del estado Lara para celebrar el día de San Antonio. Gloria del mestizaje cultural venezolano las danzas ya están en África, ya en España, ya en Indoamérica. Noche de tambores, de rasgueos y voces que parecen venir de la oscuridad de los tiempos. De aguardiente. De una luna que se desploma sobre el empedrado de los patios de El Museo del Barro, y de miradas que compiten en intensidad con los misterios de la noche y de la música.

La diosa viviente

“BIENVENIDOS al templo de mi Madre” susurra el hombre alto, moreno, robusto, pelo ensortijado, voz gruesa, torso desnudo, y una cinta estrechándole la amplitud de la frente. “Viene gente aquí de todos los países, continúa, y todos son recibidos con amor y fraternidad, pero en especial los que vienen de los países fundados por el Padre Libertador”. Cuando Ehlers le explica que estamos grabando un material para el Programa de Televisión Andino, el Hermano Pablo señala: “Pueden grabar todo lo que quieran, pero con respeto. Vienen por aquí algunas televisoras nacionales e internacionales, y después hacen circular programas diciendo que esto es cosa de salvajes. Ustedes verán que aquí palpita la más profunda cultura, la más honda civilización, aquella que rescata lo más sagrado de las razas que dieron origen a la nacionalidad. Pueden grabar, pero antes es preciso pedir permiso, y recibir la bendición, de la Hermana María, la Sacerdotiza Mayor, representante en la tierra de la Reina María Lyonza”.

Con este exordio, pronunciado como con sonido vegetal, intuitivos que una aventura insólita está flameando en el ambiente, y atravesamos tarantines y empalizadas aguardando que un trono y una diosa viviente broten de la nada para espetarnos quién sabe qué prodigios y fórmulas mágicas. Pero no sucede nada y el Hermano Pablo se limita a presentarnos una buena señora, como de sesenta años, mestiza y humilde que, sartién en mano, prepara cachapas para la venta, la sabrosa torta venezolana de maíz tierno. “Bienvenidos mis hijos, dice la señora, bienvenidos, y disfruten de la energía sagrada que se respira en Sorte, la montaña-templo donde habita el Espíritu Supremo. Que la Reina los proteja y que todo sea para bien”. Todo esto mientras nos bendice y volteá la cachapa que está a punto de quemársele.

Minutos después cruzamos un río, donde somos algo así como purificados condición sine qua non para respirar la Energía Sagrada y tener acceso a los Misterios y bajo la guía del Hermano Pablo vamos descubriendo uno de los santuarios más hermosos de la selva tropical sudamericana, con sus bosques, sus ríos, sus flores, sus pájaros. En el camino tropezamos con miles de personas que con los más pintorescos atuendos se reúnen alrededor de figuras trazadas ingeniosamente en la tierra, con algo de misticismo hindú, sabiduría, africana, magia católica y petroglifo indígena, en las cuales los creyentes pretenden descubrir mensajes ocultos del más allá. Por último, los abigarrados altares donde propiamente se rinde culto a la Reina, saturados de objetos, figuras, símbolos y amuletos.

Allá un sacerdote, o brujo, quema pólvora sobre el dibujo de un círculo, según él para espantar, “transfigurar en cenizas”, el mal que hacía estragos en una paciente que recta, semidesnuda y sollozando, se mantiene impávida en el centro de la figura geométrica. Acá un grupo de hombres y mujeres, también semidesnudos, danzan, y en el centro, otro brujo, envuelto en incienso, con collares de flores que le caen hasta las rodillas, masculla frases y retazos de canciones. Más allá, adentrándose en la selva, las operaciones esotéricas no aptas para neófitos, de las cuales sólo percibimos los tambores, los rumores y la música.

Por la noche descienden los espíritus sobre todo aquello que parte del cortejo de la Reina, portentosa magia comunicacional milagrosamente ignorada por la tecnología japonesa, que nos permite resolver algunas incógnitas metafísicas, y los inevitables problemas de orden práctico. A Juan Carlos Vargas, por ejemplo, el Indio Guaicapuro le recomienda ciertas vitaminas para combatir el cansancio, “la fatiga que no me abandona desde que pisé tierra venezolana”. A Eduardo Univazo el Negro Felipe le recomienda pócimas y baños para mejorarse del mal de amores que no lo abandona ni a sol ni a sombra. A Pocho Álvarez nada menos que el general Miranda le recomienda “paciencia, mucha paciencia, porque una gran época, y un gran viaje, han de venir portando toda la felicidad de la tierra”. “Robalino está muy bien, dice el Indio Tamanaco, y se va a reunir con ustedes en un gran río”. Y cuando todos coreamos “¿En cuál?”. Dice: “En Riobamba”.

Anécdotas, curiosidades, folklore, exotismo, pasajes pintorescos, pero esencialmente el convencimiento que en las montañas de Sorte, y en torno a la Reina María Lyonza, y sus Tres Potencias, se desarrolla una de las manifestaciones fundamentales de la América encubierta, aquella a partir de la cual se realizará la revolución del futuro.

El marxismo del profesor Domínguez

NERVIOSO, con mirada inquisitiva y penetrante, el profesor Domínguez nos recibe en la casa de su conuco, en las cercanías de la población de Yaritagua. Se le notan como setenta años bien vividos y una caudalosa naturalidad que le fluye como torrencioso manantial. Es profesor titular de la Universidad Central, abogado, antropólogo, periodista, poeta, hombre de teatro, y ahora, como él mismo dice, “conuquero, campesino empeñado en descubrir los secretos de la tierra, y de las estrellas que alumbran bajo los cielos”.

Hace ya algún tiempo que se vino a vivir a estos campos, a defender la causa de los campesinos sin tierra, y entre pleito y pleito se ha convertido en un campesino más, siendo hoy por hoy uno de los líderes más estimados de la región.

—¿Por qué ese regreso a la tierra, al conuco y a María Lyonza?

—Porque la tierra, el conuco y María Lyonza son tres partes de una misma verdad: el venezolano en particular, y los latinoamericanos en general, tenemos que regresar al origen, a nosotros mismos, al indio desnudo, o vestido, que consiguieron los conquistadores, y empezaron a disfrazar con los hábitos de una cultura extranjera. Hoy al celebrar los 500 años de esa imposición nos damos cuenta que esos hábitos, lejos de enriquecernos, lo que han hecho es hacernos más dóciles a la dominación. Regresar a la tierra es volver a penetrarnos con los misterios y potencias de la naturaleza. En el conuco debemos redescubrir y utilizar la estructura básica de la eficiente economía indígena. Y en la Reina María Lyonza se encuentran los principios fundamentales de una nueva religión que está más acorde con la forma y el contenido de nuestro ser.

—¿Cuál es el origen del mito de María Lyonza?

—Es un mito de la conquista, de la guerra que se desarrolló entre los españoles y las tribus que comandaba en esta región el cacique Yaracuy. Luego de terribles batallas Yaracuy es hecho prisionero, y decapitado, sus tierras arrasadas, sus pueblos destruidos, siendo sucedido por su hija la princesa Yara, quien de inmediato se refugia en las montañas de Sorte y Quibayo, se pone al frente del ejército de su padre, e inicia la primera guerra de guerrillas de la historia venezolana contra el invasor español. Son, por cierto, los españoles quienes dan origen al mito al hablar de la princesa india que provoca una lluvia para evitar ser capturada, se habla también de un terremoto que desata antes de una batalla, o que se le ve en un carruaje tirada por tres onzas, de ahí el nombre de María de la Onza.

—¿Qué es lo que más lo atrae de la religión de la Reina?

—Primero, su profundo sentido ecológico. Es una religión que deriva todo su poder de nuestra capacidad para invocar las fuerzas de la naturaleza, la cual les impone a sus creyentes la necesidad de proteger, conservar, y enriquecer esas mismas fuerzas de la naturaleza. Segundo, es una religión, o filosofía, surgida de las entrañas del pueblo, sin necesidad de recurrir a las culturas o religiones importadas, que se imparten en las iglesias y las universidades, que es la misma cosa. Tercero, es una religión para el logro de la paz del espíritu, según seamos capaces de regresar a nuestra última esencia, a lo primigenio, al origen, a lo primitivo.

—¿Cómo es que siendo marxista milita también en una religión que entre otras cosas se enorgullece de su magia?

—Para mí el marxismo tiene magia, y la conformación de toda la estructura socioeconómica de las sociedades de este continente también tienen magia, en este proceso formativo de contradicciones, antagonismos, que a veces son conciliables, otras irreconciliables, estallidos, etcétera, etcétera. Convulsiones, revoluciones tienen magia, y nuestro pueblo, el pueblo latinoamericano, es un pueblo lleno de toda una concepción cosmogónica y mítica y de una profunda inclinación hacia la magia, la magia de la música, la magia del color, la magia del viento en el follaje de los árboles, el rumor del río cuando corre desprendiéndose de las altas cumbres por riscos y peñascos, todo eso es magia.

Noche sin rumbo conocido y las magias del profesor Raúl Domínguez guiándonos los ojos desde las estrellas.

X. EL VIAJE MARAVILLOSO LLEGA A SU FIN

DULCES E ÍNTIMOS esos pueblos andinos venezolanos que empiezan a anidar tan pronto abandonamos las tierras resacas de Lara y Trujillo, y un azul intenso va apoderándose de cielos que hasta ayer no más eran nubarrones y chubascos. Porque las lluvias aún flotan y los árboles inmensos son como emblemas de que aún recorreremos las soledades del trueno y del relámpago. Acido augurio para una aventura que ya comienza a terminar, cuyos protagonistas se sienten segundo a segundo hombres corrientes, del montón. La guitarra se nos ha vuelto como otra cámara y Juan Carlos Vargas sólo interpreta canciones hondas y nostálgicas. "Actitud gratuita y pesimista, comenta Frank Croce, porque ahora es cuando viene lo bueno".

De todas maneras ¿a qué vienen tantos recuerdos? Detalles, nimiedades que se creían perdidos en lo más perdido del inconsciente. Canta Vargas: "El tiempo pasa. Nos vamos poniendo viejos". La risa o la voz o las miradas o la historia de Marynés Payno. Aquella noche en el Cuzco de caminatas absurdas e intemperantes. El mediodía en Camaná. Tantos hitos que ahora podrían estar representados en la torre de esa capilla que se deshace a lo lejos, o en el canot de estos campesinos endomingados, vestidos de blanco, con flores y guirnalda, sonajas y violines que van a alguna fiesta o celebración, mientras la móvil rumbea hacia los páramos de San Rafael de Mucuchíes.

Maldonado, oriundo de Burgos. F. López Estrada supone que las ideas de Moro influyeron en el humanista español.¹³ Pero si Maldonado sólo soñaba con la creación de una sociedad ideal en las tierras descubiertas, Vasco de Quiroga, representante de la administración española en Nueva España, trató de realizar en la práctica algunas tesis de la *Utopía*. Fundó dos pueblos-hospitales de Santa Fe: uno cerca de la ciudad de México y otro en Michoacán, que se dirigían mediante reglas y ordenanzas, elaboradas por él y a cuya creación lo había impulsado el libro del humanista inglés.

En la carta al Consejo de Indias del 24 de julio de 1535 por la cual Quiroga protestaba contra el injusto decreto real que permitía la esclavización de los indígenas, expresó su admiración por Tomás Moro. En su opinión, el autor de la *Utopía*, sin visitar una sola vez el Nuevo Mundo, había descrito las costumbres y los usos reinantes entre los aborígenes de este continente, y en particular de la Nueva España. Quiroga terminó su extenso mensaje con una declaración según la cual el libro sobre "la mejor organización estatal" lo había inspirado para la creación de leyes que permitirían eliminar las contradicciones entre los españoles y los indígenas y conservar los usos y las costumbres que recordaran el estado de los hombres de la "Edad de Oro" y de los tiempos de los primeros apóstoles.¹⁴

No nos detendremos en la descripción detallada de la actividad de Vasco de Quiroga en Nueva España ni en esclarecer las tesis que el obispo de Michoacán adoptó de Moro y trató de realizar en la práctica. Hay mucha literatura dedicada a esta cuestión. Sólo señalaremos que Vasco de Quiroga fue el primero en la historia (mucho antes que Fourier, Saint Simon y Owen), que intentó practicar algunas tesis utópicas sobre la sociedad ideal. Quiroga tomó de la *Utopía* no sólo la organización justa del trabajo (empleo universal con jornada hábil de seis horas), sino también algunos rasgos de la organización política del Estado "utópico". Además, hay que subrayar que los pueblos-hospitales de Santa Fe estaban destinados a iniciar a los indígenas en el cristianismo, o sea, implicaban un sentido misionero nítido. En esto residía su diferencia fundamental de la sociedad "ideal" de Moro.

Quiroga se pronunciaba desde las posiciones del Humanismo cristiano, y por eso trataba de aproximar el catolicismo a sus fuentes, a los tiempos de las primeras comunidades cristianas. Éstas, con la preconización de la igualdad universal, se convirtieron para

¹³ F. López Estrada, *Tomás Moro y España: sus relaciones hasta el siglo XVIII*, Madrid, 1980, p. 54.

¹⁴ Colección..., p. 512.

el obispo de Michoacán en el fin al cual había que aspirar. Todo esto constituyó una suerte de eco del movimiento reformador en Europa.

Las personalidades españolas percibían la *Utopía* de diferente manera. Si en el ejemplo de Vasco de Quiroga vemos el intento de crear, con su ayuda, una comunidad cristiana libre, el licenciado Francisco de Anuncibay, instalado en Nueva Granada, la consideró necesaria para fines completamente distintos. En 1952 propuso al Consejo de Indias importar dos mil negros esclavos de Guinea para el trabajo en las minas del Cauca. Después de su cristianización, debían vivir en pequeños poblados cerrados, en número de habitantes no mayor de trescientos. Su proyecto preveía también otras formas de organización social extraídas del libro del humanista inglés, así como los castigos, desde el azote y el corte de orejas hasta la condena a muerte. A los colonos se les prohibía entrar en contacto con indígenas.

Los hechos referidos ilustran la enorme importancia que los contemporáneos concedían al libro sobre "la mejor organización estatal" y permiten afirmar que no sólo las noticias del Nuevo Mundo ejercieron cierta influencia en la creación de la *Utopía*, sino que esta obra influyó en los que estaban directamente relacionados con la realidad del continente americano. Agregaré que a las representaciones utópicas de los europeos sobre el Nuevo Mundo no hay que considerarlas socialistas por su esencia, como hacen algunos investigadores, aunque el ideal socialista formado más tarde absorbió indudablemente los diferentes conceptos sobre "sociedades ideales", incluidas las que surgieron en la época de los grandes descubrimientos geográficos.

LAS CARABELAS Y LA FILOSOFÍA

Por Eduard DEMENCHÓNOK
ACADEMIA DE CIENCIAS DE LA URSS

TUVE LA SUERTE de estar a bordo de la Santa María, de Colón, mejor dicho de su copia "que echó anclas" en la bahía de Barcelona. Un barco pequeño, pero perfecto como un violín por su estabilidad y forma.

Cuando se discute el actual significado de la fecha histórica, es importante tener en cuenta que el 500 aniversario del descubrimien-

—Mi bisabuelo lo conoció, y yo conocí a mi bisabuelo. Contaba el viejo que Florentino era catire, delgado, alto, temible con el cuatro, y temible con la bandola. Improvisador como ninguno. Si no, ¿cómo cree usted que podía cantar con Mandinga? —Pasan puntas de ganado y con ellas hombres a caballo, firmes y enhiestos. Dice Croce: "Estos son los llaneros, los legendarios llaneros. Con ellos anduvo Boves, Páez, Bolívar, los hombres más orgullosos de Venezuela..." Pero ahí vuelve el indio, interrumpiéndolo.

—Iba Florentino una noche, a comienzos de la noche, a un desafío que tenía palabreado en Santa Inés de Barinas, entre relámpagos y truenos, porque ya dije que la noche estaba lluviosa. Se baja del caballo a beber agua en El Caño de Las Animas, y cuando volteaba ve tras él a un jinete sombrío. Dice el poeta:

Negra se le ve la manta,
negro el caballo también,
bajo el amplio pelo e'guama,
la cara no se le ve.

Estamos ahora en la Estación Ecológica de El Hato Piñero, en la cual se hacen diversos experimentos botánicos y zootécnicos sobre plantas y especies animales. Un experto nos habla de chiguire, del caimán del Orinoco. Pero al retomar el camino vuelve el llanero.

—Según el poeta el Diabolo canta su primera copla en El Caño de Las Animas:

Amigo, por si se atreve,
aguárdame en Santa Inés,
que yo lo quiero encontrar
para cantar con usted.

Y Florentino:

Sepa el cantador sombrío
que yo cumplo con mi ley,
y como canté con todos,
tengo que cantar con él.

Cantos los que vienen ahora de los potreros de ordeño, donde hombres y mujeres apaciguan a las vacas, que escuchan pacientes y silenciosas:

Primavera, primavera,
Mí Padre me regañó

porque amaba a una doncella,
y le contesté llorando,
mi padre ¡si usted la viera!

Nemesio como empatado.

—El desafío se hizo, por cierto, en Santa Inés, y esa misma noche, al filo de la medianoche, y preguntas van, y respuestas vienen, todo en verso, con un pajarillo tramao, y ya ganaba el Diabolo, y ya ganaba Florentino.

Zamuros de la Barrosa,
del Arconocal del río,
albricias pido señores,
que ya Florentino es mío.

Y el catire:

Zamuros de la Barrosa,
del Arconal de Abajo,
ahora verán señores
al Diabolo pasar trabajo.

Pero era puro aguaje, porque ya Mandinga, no sólo le estaba ganando el desafío, sino que estaba a punto de robarle el alma, y llevársela a su auxilio a todas las vírgenes, santos, y arcángeles, y escapa a los designios de Satanás. Dice el poeta:

Y en compases de silencio,
negro bongo que echa a andar
¡Salud señores! El alba
bebiendo en El Paso Real.

Cae la noche y con ella el joropo que enciende la fogosidad de los llaneros. El baile y las coplas saltan detonadas por la lumbre del arpa, el cuatro y las maracas. Humea la ternera olisqueada por la peonada que hace alusiones a los pájaros, a la luna. Verdadero festín de cantores, como homenaje al legendario poeta que cantó con el Diabolo.

Primer y último encuentro

TAMBORES de Barlovento y nombres que se derriten al primer rayo del sol, o de la luna. Araira, Tacarigua, Higuero, Panaquire, Curiepe, bailes largos, y ese San Juan Guaricongo que parece escapado

de la humareda de cualquier calabozo. Porque aquí los santos, como los nombres, endulzan la vida. Son esos amigos festivos, bromistas y faltos de seriedad que prefieren la calle y los tarantines a los altares y nichos de las iglesias; son hombres libres, brujos, músicos y cantadores. Azul, y ese misterio que fluye con especial plasticidad en las tierras tropicales, donde los sonidos de África no están lejanos.

Tres días como alocados, huyendo de tristezas y paraísos recónditos, de esa guitarra que ya domina a Juan Carlos, ya encabrita a Víctor Jiménez, y Frank Croce que nos habla de lluvias que aparecen partiendo los cielos, o se alejan, como las nubes. Son cumbres y caseríos los que pasan como celajes, y hombres y mujeres los que se visten con pañuelos sobre el cuello, y flores en el pelo. Todo el caudal de los ríos en una literatura oral que cuenta de leyendas y lances de magia donde gallos y serpientes se enfrascan en peleas, en picotazos y mordidas interminables, figurando desafíos entre caciques, o batallas entre amantes. Desde el techo, o la rama de un árbol, un gato atisba, lanzándose como un rayo sobre la humanidad del perdedor.

Una mañana, casi al mediodía, volvemos a buscar el Oriente y de nuevo comienzan los nombres a derretirse. Cúpira, Uchire, Píritu. Dice Tula Rojas que descansenos porque nos aguarda una jornada muy larga. "Llegamos a Puerto La Cruz como a las 8, comemos a las 9, nos acostamos a las 10, y en la madrugada del día siguiente emprendemos el viaje más fantástico de los fantásticos viajes que han realizado en los cinco meses". Univazo me mira incrédulo, y Alberto Amaya dice: "a lo mejor Tula nos lleva para la luna". Pocho Alvarez: "Yo por ahora me conformo con el sol". El bullicio del Paseo Colón de Puerto La Cruz nos atolondra y más un cantante que descubrimos en el bar del hotel, llamado el Indio Guaraúno, y que interpreta canciones de todo el continente.

Nos retiramos esperanzados, pero Tula cumple su palabra. A las dos y media camina, de puerta en puerta, sacándonos de la cama, y a las tres y media ya está en la proa de una de las dos lanchas que ha alquilado trazando algarabías y rumbos. Dormitando, como autómatas, nos recostamos en amplias embarcaciones tratando de dormir. Nadie, sin embargo, duerme. Por una curiosa e inexplicable reacción vamos animándonos poco a poco, conversando sobre diversos asuntos, y ahora somos los que un día conocimos Taquile, en el Lago de Titicaca; viajamos a la Islilla en el Perú; y recorrimos Jambelí en el Ecuador, y Ciénaga Grande, en Colombia. "Es la magia del Caribe" apunta Frank Croce.

Noche cerrada, madrugada inmensa, apenas interrumpida por la dulzura del oleaje y los rumores hondos, casi imperceptibles, que

vienen de la playa. Luces y unos como animales noctámbulos que hace vuelos rasantes como claro indicio de que algo insólito está a punto de ocurrir. Pero todo sigue tranquilo, como si los pájaros fueran apenas unas de las tantas pesadillas. Ya casi no se ven las luces, y las olas yodadas columpian las embarcaciones como crestas de delfín o dentadas de tiburón.

Van surgiendo entonces en el horizonte unas como sombras, figuras gigantescas, titánicas, que bien semejan animales anti-diluvianos o fantasmagóricas construcciones medievales. Oímos músicas raras, disonantes. Todos los sonidos, todos los rumores se nos vienen en aluvión. En un minuto todo se aclara, es el sol que brilla impertérrito, y vemos las escarpadas costas del Golfo de Santa Fe, sus islotes rocosos y los peñascos que se alzan por los cuatro puntos del horizonte. Entramos a Mochima y de nuevo parece flotar la calma, representada en una situación de playas, pueblitos, isllas y manglares, apenas rozados por brisas que son como una copa o ánfora donde el tiempo gotea poco a poco.

Lo que encandila aquí, sin embargo, no son las imágenes, ni los sonidos, sino ese sabor a yodo, ese olor a plancton, esa sensación de troncos húmedos, de rama recién quebrada, de flor maltratada que fluye por todas partes. Y ese sol, y ese calor y ese blanco que encabrita los nervios y transfigura las horas en una embriaguez vital sólo comparables a la máxima desgracia o a la máxima felicidad. Porque todo sucede aquí al rojo vivo, como si nos aprestáramos a nacer o a morir.

Pasa como nube Cumaná y es mediodía cuando recortamos Araya, con la salina que relumbra a lo lejos. Seguimos penetrando en la península escarpada, reseca, agónica, y colorea la luz cuando vemos las costas de Coche, Cubagua, y Margarita. Lágrimas y risas, cantos y abrazos para este redactor que acaricia su patria chica después de mucho tiempo. La tarde es Carúpano, Yaguaraparo, Río Caribe, y todo es sofoco cuando la lancha va apagando los motores y el sol es un caballero herido, escafandra y escudo a sus pies, y heridas que derraman sangre a caudales, a borbotones. Escucho la voz de Tula Rojas: "Señores, no miren. Hemos llegado a nuestro destino. Esperen unos segundos. Ya atracamos. Abran ahora los ojos": Palmeras estremecidas por un viento suave, arenas que relumbra, gaviotas aleteando contra el rojo, y otra vez la voz de Tula: "Señores, este es Macuro, en lengua Caribe, hoy Puerto Colón, la playa donde el Almirante pisó por primera vez la Tierra Firme del Continente".

El fin es el comienzo

A MÉRICA es esencialmente sus ríos, y Venezuela este Orinoco que crepita entre las selvas, lame las sabanas, humedece los cielos, invade los mares y aplasta los espíritus con una suerte de presencia terrible, absoluta, espectral. Durante ocho días hemos navegado sobre estas aguas aparentemente inmóviles, quietas, apacibles, pero secretamente revueltas en estallidos de vida y muerte. Primero fue la penetración por el Golfo de Paria, viniendo de Guiria, y bordeando las costas de la Isla de Trinidad. Luego el encuentro —más bien el choque— con las mil bocas que hacen retroceder el mar. Por último, ese tramontar por las soledades de Caño Mánamo, sin brizna que se mueva, se inquiete o perturbe.

A la derecha las tierras altas del Estado Monagas. A la izquierda, las bajas del Territorio Federal Delta Amacuro. De todas las direcciones una vegetación de árboles y follajes gigantescos, inabarcables. Y de los espacios esta humedad caliente cuyo señuelo en una lluvia gruesa, pesada y rumorosa que aleja pájaros y alegrías. Por si fuera poco, el sol recurrente, desbordado en una fumarola que ruge como dentro de nosotros mismos. Imágenes que vuelan, o se descuelgan de las ramas, que asoman la cabeza por entre los remansos, pero que nunca sabemos si son reales o soñadas.

Escenario ideal para la tristeza, para el canto. Pero no estamos tristes, ni cantamos. Oigo sí las carcajadas de Alberto Amaya y el habla seseada de Pocho Alvarez. "Oh, dice Univazo, si siquiera pudiera entrever el Huascarán". "Hijos míos, responde Ehlers, los compensaré con un viaje a las Galápagos". En el futuro, en el futuro, todos hablamos del futuro, porque aquí no hay presente. Es decir, no hay penetración lúcida de la cotidianeidad, del momento, del instante, que se ha desparramado, como en un viaje espacial, con toda clase, partícula o monumentalidad, cósmicas. "Volvamos a lo mínimo, a lo perceptible", parecen gritar desde todas las direcciones, pero el Orinoco insiste en machacarnos que individualmente ninguno sobrepasa los 1.80 metros. Para colmo, brotan estos pueblos y caseríos sobre las márgenes, aposentados como una de tantas formas animales con las que el río dispensa bondades y maldades.

A pesar de todo, la noche se vuelve conversación y recuerdos. Como si el final quisiera volver al principio. Otra vez Marínés Payno, Irma Avila, Hernán Cuéllar, Egoaguirre, Jenny Blanco, Eliana Dessa, Robalino. Añoranzas que pasan de mano en mano, de palabra en palabra. En el follaje, en el intuido follaje, las luciérnagas, como diciéndonos que la noche es nuestra invitada eterna. Pero vuelve el sol y lo olfateamos en esta madrugada cuya tempe-

ratura está más alta que nunca. Se oye el rugido del tigre y el tiempo se transfigura en oleadas de formas que huyen como de un presentimiento atroz.

De día el calor, la sequedad, lo sombrío van desapareciendo y la tierra se va haciendo más fresca y poblada. Pasamos Uracoa, Macareo, Barrancas, y de pronto, como surgiendo de las aguas, Puerto Ordaz, llamada también Ciudad Guayana. Situada en la confluencia del Orinoco y el Caroní, con apenas treinta años de fundada, rodeada de parques y saltos gigantescos, es como una avanzada de Venezuela hacia el futuro, pues en ella, además de desarrollarse importantes empresas básicas como la Siderúrgica del Orinoco, Alcasa y Alumina, se implanta un proyecto humano, histórico y cultural de signo nuevo, con ideas de conciencia donde lo tecnológico es parte del progreso total del hombre. Una mañana incursionamos en la gigantesca represa del Gurí, con una generación de electricidad en capacidad de abastecer a 65 ciudades como Caracas, y para despedirnos conocemos las bellezas de Canaima y el Salto Angel.

La noche es temprana cuando rumbo hacia Ciudad Bolívar, siempre en estas dos lanchas que han sustituido eficientemente la móvil 1 y la móvil 2. "Ya casi me siento animal del agua", comenta Univazo. Pero vibramos de ansiedad por volver a ver nuestros vehículos, que viajaron de Puerto La Cruz a la ciudad capital del estado y que ya están en manos de Juan Carlos y de Víctor Jiménez, quienes viajaron por tierra a tomar posesión de ellos. De todas maneras ya está aquí esta madrugada que se vuelve cobriza, y anuncia momentos insólitos, cuando nos acercamos al gigantesco puente sobre el Orinoco. Media hora más y estaremos desembarcando en nuestro destino final. Hay lágrimas, y apretones, sonrisas y sobresaltos. El ruido de la lancha y de nuevo el olor y el sabor de las cosas recién nacidas. Pasan troncos veloces y ramas y sargazos. Como a la señal de una vara mágica, o la batuta de un director, todo despierta en un segundo, suena, se zambulle, emerge.

Allá está la ciudad, temblorosa, abriendo los ojos. El sol descuelga alguno de sus retazos y el horizonte es una mancha encendida. Descendemos tranquilamente, pero ya en tierra todo se vuelve hurras, vivas, retorcionjes. Cinco meses exactos y ni un accidente, ninguna enfermedad grave, ninguna discusión traumática, "y lo que es más importante, dice Freddy Ehlers, la alegría y el optimismo intactos. Hemos demostrado que los sudamericanos podemos unirnos y hacer cosas maravillosas juntos, aparte de reír y cantar. Yo los invito ahora a reconocer la ciudad que lleva el nombre del inspirador de todo ese sueño: el Libertador Simón Bolívar".

Ciudad Bolívar nos recibe apacible, pero ya a las diez de la mañana es el eco de un habla cariñosa y rimada, de una arquitectura de fuertes relumbrones coloniales, y sobre todo, de los olores de ese río que una vez más nos deslumbra con su quietud y lejanía. Visitemos los lugares históricos: la casa donde Bolívar escribió el Discurso para el Congreso de Angostura, la casa donde se imprimió el Correo de Orinoco, el palacio donde el Libertador pronunció la alocución que cimentó constitucionalmente la independencia de cinco países de la América del Sur y casas y salones por donde Bolívar paseó sus quimeras y ansiedades.

Otra vez la noche, el río, la luna, y la voz de todos cantando no sé cuántas alusiones al futuro.

Reseñas

FELIX WEINBERG, *Las ideas sociales de Sarmiento*, Buenos Aires, EUDEBA, 1988, 201 págs.

Profundo conocedor de la compleja obra de Domingo Faustino Sarmiento, Félix Weinberg ha reunido en este volumen trabajos elaborados durante varios años para ser presentados en diferentes eventos académicos. Estos estudios se extienden en el amplio período que va de 1961 hasta 1987, mostrando así la dedicación continua de Weinberg a desentrañar desde diversas facetas el entramado argumental construido por Sarmiento durante su prolífica vida pública.

A pesar de estar integrado por trabajos elaborados en diferentes ocasiones, durante un lapso extenso de tiempo y con distintos objetivos, el volumen presenta una unidad intrínseca: su título indica muy bien el *leit motiv* de la interpretación. Debe señalarse también que su publicación es oportuna. Escribo estas líneas cuando acaba el año dedicado a conmemorar el centenario de la muerte del sanjuanino-argentino y no me parece exagerado evaluar los esfuerzos realizados por aquí y por allá para recordarlo como la muestra palpable de lo mucho que se desconoce a Sarmiento, por debajo de las aguas que todavía agitan las pasiones que supo encender. El libro que comentamos permite obtener una visión más serena y reposada de un Sarmiento poco leído y menos reflexionado.

¿Cómo resumir el Sarmiento que nos boceta Weinberg? En el entendido que un tal intento tenga sentido y aporte algo, me parece que la visión propuesta por Weinberg puede resumirse en estos términos: preocupado por intervenir en la coyuntura —en las diversas coyunturas en que le tocó actuar durante más de cuatro décadas—, Sarmiento siempre conservó una visión de altura y profundidad. Miró desde la altura de un proyecto de cambio social para el país y atravesó en sucesivos abordajes la profundidad de la estructura social llamada a ser modificada por los embates del progreso postulado por su generación como ineludible. De este modo, el polemista que por supuesto fue, aparece dotado de la intelección meditada del cientista social comprometido con su grupo social y con un país en formación. Casi casi cabe ponerlo en estos términos: Sarmiento, de extracción social y formación pequeñoburguesa, se convierte en el intelectual orgánico de una burguesía industrializante argentina. No lo dice así Weinberg, pero ampliamente lo sugiere. Sarmiento propicia la industrialización y deja muy claro que para él modernización no es suficiente; se trata de avanzar en una transformación estructural de la sociedad argentina y de sus formas productivas, distribución de la tierra, organización de la inmigración, de la estructura jurídica, etcétera. Naturalmente, pensador y miem-

bro de la élite de las "clases medias", Sarmiento se opone a las revoluciones que involucren protagónicamente a una masa trabajadora que sólo puede ser remolcada por los sectores ilustrados y cultivados de la sociedad. Por ello, su política inmigratoria es favorecedora del ensanchamiento de los grupos urbanos ubicados en el medio de los grupos altos propietarios de la tierra y los sectores populares hundidos en las "tinieblas de su espíritu". Sensible a una política social, se enfrentó sin ambages a la oligarquía vacuna. Al interpretar a Sarmiento como "un ideólogo de las clases medias, y más precisamente de la pequeña burguesía" (p. 31), Weinberg podrá establecer posteriormente en su libro las conexiones con el surgimiento de grupos juveniles llamados a cumplir tareas importantes en la labor política finisecular y de inicios del siglo xx; entre ellos: Aristóbulo del Valle, Leandro Alem, Hipólito Yrigoyen (p. 120). Expresamente lo anota así Weinberg, a propósito de las necesidades de participación política de los sectores medios ampliados por la inmigración: "Estos ideales [orden, honradez y economía], típicos de las clases medias, eran en su caso, más que una expresión de deseos, el barrunto de un movimiento político que se conformaría apenas pocos años después y del que sólo la muerte impidió a Sarmiento ser uno de sus líderes naturales. Para entonces, la política activa se había convertido en una necesidad de las clases medias" (p. 48).

Temas muy diversos y sumamente polémicos en la consideración sarmientina son desglosados por Weinberg, quien va señalando —con cuidadoso apego a las fuentes— los matices y los deslindes conceptuales del sanjuanino. Así, sus actitudes frente al gaucho, al indio, a la frontera/desierto, a la inmigración, a una educación argentina, dejan de ser simples tópicos ideológicos —para la idolatría acrítica o el repudio indignado— y pasan a formar parte de los argumentos integrales de Sarmiento. No se trata de compartir, sino de entender primero a cabalidad, para después elaborar un juicio pertinente.

Uno de los temas más cuidadosamente expuestos por Félix Weinberg es el que se refiere a *Argirópolis*. Su interpretación, editada por primera vez en 1978 como estudio preliminar a la primera reedición facsimilar de la obra sarmientina en Liechtenstein, anuncia la tesis central del intérprete en parte de su título: "Apariencia utópica y sustancia realista". Weinberg explicita esta tesis: "Lejos de ser una obra de imaginación y de interés efímero, es un libro que encierra algunas claves no siempre advertidas, que requieren ser desentrañadas para poder comprender los verdaderos objetivos que lo inspiraron" (p. 97). Prolijamente desentraña el intérprete las relaciones entre el texto de *Argirópolis* y el contexto político y social en que Sarmiento ejerce su acción a través de este escrito político. Y el examen confirma la opinión del mismo autor: su texto no es utopía sino que esconde el sentido práctico, fruto de la "percepción de la realidad y el olfato político de Sarmiento" (p. 116, n. 17). Este valioso análisis de Weinberg

me confirma en la idea de que estamos frente a un texto de gran riqueza hermenéutica. Su complejidad nos ha empujado a explorar, más allá de intérpretes poco acuciosos, la naturaleza de la estructura utópica del texto mismo, entendiendo por utopía en este caso no ya el sentido peyorativo, sino el del "género" utópico (cf. mi trabajo "El utopismo del siglo XIX; aproximación a dos exponentes del género utópico gestados en el seno de la ideología liberal", en *El pensamiento latinoamericano en el siglo XIX*, México, IPGH, 1986, pp. 111-125 y también Fernando Ainsa, "Argirópolis, raíces históricas de una utopía", en este mismo volumen de *Cuadernos Americanos*). Mi impresión inicial es que estas lecturas (de Weinberg, Ainsa y mía), efectuadas a diversos niveles, son complementarias y ayudan a detectar, por lo menos:

- a) Un nivel de operatividad del género utópico, que rebasa la consideración superficialmente ficticia y quimérica del mismo.
- b) La impostación realista y políticamente operativa del género entre los liberales argentinos, para quienes su ejercicio no fue un placer lúdico neutral, sino que lo empuñaron para intervenir en política con gran prudencia y astucia.

Finalmente, es imposible resistir a la quizás nostálgica tentación de reproducir un fragmento del discurso pronunciado por Domingo Faustino Sarmiento dirigido al ejército nacional al asumir la presidencia de la república el 12 de octubre de 1868. Este discurso es reproducido atinadamente por Weinberg en el apéndice núm. 1 de su libro ya que, sugestivamente, no está incluido en las *Obras Completas*. El fragmento de referencia puede adquirir una carga profético normativa si se lo lee teniendo a la vista el horizonte de la dolorosa y sangrienta historia institucional argentina desde los años treinta. Es de desear que su relectura incite a reflexionar sobre este libro sugerente de Félix Weinberg:

... lo que distingue al ejército argentino es el honor militar que lo ha hecho siempre fiel sostenedor de los poderes constitutivos que se da el pueblo. La sublevación por causas o pretextos políticos no es mancha que empaña el brillo de espadas argentinas.

Los caudillos de la guerra civil salen de otras profesiones. El ejército se ha mantenido siempre libre de esta tacha, de que no han estado exentos los militares de otras repúblicas (p. 192).

Horacio CERUTTI GULDBERG

VENTURA RAMOS ALVARADO, *Honduras: guerra y anti-nacionalidad*, Honduras, Guaymuras, 1988, 207 págs.

Una reflexión sobre la situación actual de Honduras y América Central desde una perspectiva crítica y orientada en un pensamiento liberador es el trabajo que reseñamos del distinguido maestro Ventura Ramos Alvarado. Su reflexión surge de una realidad nacional y regional que en nuestros tiempos es parteaguas de la historia contemporánea de Latinoamérica.

La justificación para emprender una serie de consideraciones sobre el actual conflicto de Centroamérica radica, según Ramos Alvarado, en el propósito de abordar un trabajo que "no pretende dar soluciones a la crisis global que sufre la sociedad centroamericana y Honduras en particular, sino simplemente estimular la libre discusión". Discusión que sin duda es parte medular de la lucha por la soberanía y la democracia en la región. Lucha que a su vez de nueva cuenta enfrenta su principal contradicción en la aplicación de una política concebida en función de los intereses hegemónicos norteamericanos, que se resume en la expresión más pragmática de la llamada Doctrina de la Seguridad Nacional.

Así, para el autor de este trabajo el contenido de su libro permite, a su juicio, poner en manos de los sectores populares, tanto hondureños como centroamericanos, lo medular de esa reflexión, en la búsqueda de la necesaria lucha por "una democracia auténtica, basada en la soberanía popular y en el derecho de las mayorías postergadas y oprimidas por el régimen oligárquico, a escoger por sí mismas su sistema de vida".

El desarrollo de los temas abordados en la obra de Ventura Ramos tiene como hilo conductor la situación de Honduras y del resto de las naciones del istmo centroamericano, en función de las imposiciones políticas, económicas, militares y culturales de la hegemonía del gobierno norteamericano. Con base en las condiciones que en el actual proceso de intervención padece Honduras, Ramos lo caracteriza como un período en que, perdida

la hegemonía y también la esperanza de construir el capitalismo nacional, los grupos oligárquicos han pasado a depender absolutamente del capital monopolista y del gobierno norteamericano. Esa dependencia se manifiesta de hecho, tal como lo insinúa el informe que se le entregó a la Comisión Kissinger: Honduras en condición de Estado Asociado a los Estados Unidos o el status de protectorado, sometido a los efectos de la ocupación militar norteamericana.

Es por ello que Ramos considera que el problema de la democracia en Honduras es en esencia que se trata de una "democracia oligárquica adscrita a la dominación norteamericana", en la que la filosofía de esa falsa democracia "es el anticomunismo, ahora en su etapa demencial que ha conformedo la administración Reagan. El reglamento de esa ideología es la

Doctrina de la Seguridad Nacional, que arrasa con el poder civil y coloca en la cima del poder al jefe de las Fuerzas Armadas con la élite castrense".

Por ello, para el maestro Ramos, Honduras es el modelo democrático del imperio, en tanto que en otras naciones del continente, "donde los pueblos se han rebelado e impuesto un gobierno 'del pueblo y para el pueblo', en ese país no hay democracia sino subversión, terrorismo y caos. Allí es necesario que Washington lleve el orden democrático, partiendo de sus bases establecidas en Honduras".

De esa forma, para el autor, el caso de Honduras viene a ser un elemento cardinal para comprender el papel de los Estados Unidos en la región, específicamente cuando Honduras se convierte por decisión del gobierno estadounidense en una "plataforma militar de los Estados Unidos para enfrentar un falso peligro de invasión a los demás pueblos de Centroamérica desde Nicaragua".

Las condiciones en que Honduras queda intervenida representan para Ventura Ramos el ejemplo más revelador de la pérdida de la soberanía nacional, en tanto que las clases gobernantes "a cambio de una protección insegura, convirtieron a Honduras en el país centroamericano más destruido y más aniquilado por la crisis política de la región", inscribiendo esos mismos sectores dominantes a la patria de Morazán, como una nación subordinada a la estrategia de la Guerra de Baja Intensidad contenida en la doctrina Reagan, cuyo sustento ideológico descansa en la Doctrina de la Seguridad Nacional que considera como elemento cardinal del origen de la crisis centroamericana a la contradicción Este-Oeste. Concepción que ubica a los pueblos centroamericanos que se oponen a la dominación estadounidense no como sujetos activos en la construcción de su democracia sino como agentes del comunismo internacional. Así, con tal criterio, para Ventura Ramos "se niega de un solo plumazo la existencia de un proceso histórico en la América Central, que avanza hacia la liberación de los pueblos".

Para Ramos, esa percepción de la realidad por los sectores subordinantes manifiesta su agotamiento en la búsqueda de un proyecto capitalista nacional, en el mismo sentido en que padecen un desgaste ideológico. En razón de ello, el mismo autor señala que los señores gobernantes

no saben todavía cómo han llegado a la presente crisis política. Y no lo saben porque están reñidos con las ciencias sociales y por esta razón desconocen las leyes que determinan el progreso histórico. Creen que el desarrollo social, es decir, el paso de una condición inferior a una fase superior, es consecuencia del capricho de una persona o un grupo social que ha adoptado ideas ajenas a la organización estatal, llamada, por conveniencia, democrática.

Así entonces, para Ventura Ramos Alvarado, ante la falta de una alternativa nacional, soberana, los grupos dominantes y su gobierno resuelven sustituir el Estado liberal por un Estado terrorista, tratando de encontrar una

correspondencia con su ideología anticomunista y la Doctrina de Seguridad Nacional. Su percepción de democracia queda entonces como una "guerra contra el pueblo de Honduras y la agresión ya no encubierta contra los demás pueblos de la región, en especial contra Nicaragua y el movimiento de liberación salvadoreño".

En virtud de esa absorción de Honduras por parte de los Estados Unidos, siempre para el autor de este ensayo, uno de los principales retos para el pueblo hondureño y los demás del istmo centroamericano es el más agresivo políticamente que se haya vivido en la historia de la región.

Así, el texto de Ventura Ramos constituye a lo largo de toda su exposición un trabajo de una constante reflexión sobre el presente y del futuro de Honduras y Centroamérica. Resulta también un trabajo comprometido con la visión de las causas y las luchas populares de los nuevos actores sociales del área centroamericana. La denuncia contra la intolerancia imperialista es también, en el ensayo, un análisis de esa realidad. Sin duda es un texto de combate y de aportación a la historia del pensamiento político emancipador centroamericano. Se anexan al final del texto tres documentos que nos permiten adentrarnos aún más en el conocimiento del conflicto centroamericano. Ellos son: "Carta del presidente Suazo Córdova al presidente Ronald Reagan"; "Capítulo VII del Informe a la Comisión Kissinger" y la ponencia de José R. Castro Orellana y Deborah Barry presentada en el VII Congreso Centroamericano de Sociología, "La Guerra de Baja Intensidad y la Militarización de Centroamérica".

La lectura de un trabajo como el de *Honduras: guerra y anti-nacionalidad* resulta, en nuestro tiempo y en nuestra América, un elemento más para comprender que la lucha por la soberanía y la democracia en la región es parte medular de la integración latinoamericana.

Adalberto SANTANA

LIBROS Y REVISTAS RECIBIDOS

- Bellini, G., *et al.*, *Temas Colombianos*, Roma, Bulzoni Editore, 1988.
- Boal, Augusto, *Crónicas de Nuestra América*. Ecuador, Libros para el pueblo, 1986.
- Busquets, Loreto, Rivas y Verdi, *Del "Don Alvaro" a "La fuerza del Destino"*. Roma, Bulzoni Editore, 1988.
- Camp, Roderic A., *Memories of a Mexican Politician*. Albuquerque, University of New Mexico Press, 1988.
- Dávila Vázquez, Jorge, *Este mundo es el camino*. Ecuador, Libros para el pueblo, 1985.
- Jaramillo, Carlos Eduardo, *Veinte años de poesía (1953-1972)*. Ecuador, Libros para el pueblo, 1985.
- Karsen, Sonja, *Ensayos de Literatura e Historia Iberoamericana*, Nueva York, Peter Lang, 1988.
- Naylor, Robert A., *Influencia británica en el comercio centroamericano durante las primeras décadas de la Independencia (1821-1851)*. CIRMA/PMS, 1988.
- Pazos, Julio, *Contienda entre la vida y la muerte o personajes volando en un lienzo*. Ecuador, Libros para el pueblo, 1985.
- Vera, Pedro Jorge, *Selección de cuentos*, Ecuador, Libros para el pueblo, 1985.
- Anthropos*, revista de documentación científica de la cultura (Barcelona), 85 (1988).
- Boletín informativo* (Fundación Juan March, Madrid), 184, 185 (1988).
- Casa de las Américas* (La Habana), 167, 168, 169 (1988).
- Cuadernos Hispanoamericanos* (ICI, Madrid), 454-457 (1988) (Homenaje a César Vallejo).
- El guacamayo y la serpiente* (Casa de la cultura ecuatoriana), 25 (1985).
- Estudios Iberoamericanos* (Pontificia Universidad Católica Do Rio Grande Do Sul, Brasil), 2 (1986), 1 (1987).
- Letras de Deusto* (Universidad de Deusto, España), 39 (1987).
- Literatura soviética* (Unión de Escritores de la URSS), 7 (1988) (Mijail Bulgakov y su obra).

INDICE DEL AÑO 1988

AUTORES

	Núm.	Págs.
AINSA, FERNANDO. La alteridad lejana como utopía en el mito de la Tierra Prometida	10	55-80
ANADÓN, JOSÉ. El Padre Acosta y la personalidad histórica del hermano Lorenzo	12	12-38
BAENA SOARES, JOÃO CLEMENTE. Palabras (<i>Premio Gabriela Mistral</i>)	8	13-15
BARI DE LÓPEZ, CAMILA y GLORIA HINTZE DE MOLINARI. José Martí y los Estados Unidos: defensa del ser y de la unidad de Nuestra América (<i>Cuba y la Historia</i>)	7	111-123
BARRIENTOS, JUAN JOSÉ. Aguirre y la rebelión de los marañones	8	92-115
BEER, GABRIELLA DE. Visión de España en la obra de Andrés Bduarte. (<i>Ensayo hispanoamericano</i>)	9	130-136
BERGAMÍN, JOSÉ. Más que poesía (<i>Homenaje a César Vallejo</i>)	8	170-174
BOSCH GARCÍA, CARLOS. Un nuevo libro de Ortega y Medina. (<i>Presentación</i>)	10	190-195
BRADING, DAVID A. Héroes republicanos y tiranos populares	11	9-28
CONCHA, MIGUEL. La Iglesia de los pobres y el mundo indígena. (<i>Teología de la Liberación</i>)	12	160-174
CORTAZZO, URUGUAY. Tradición y renovación en la crítica literaria del Uruguay. (<i>Ensayo Hispanoamericano</i>)	9	137-151
DUSSEL, ENRIQUE. Otra visión del Descubrimiento. El camino hacia un desagravio histórico. (<i>Quinto Centenario</i>)	9	34-41
DUSSEL, ENRIQUE. Teología de la Liberación y marxismo. (<i>Teología de la Liberación</i>)	12	138-159
ECHEVERRÍA ÁLVAREZ, LUIS. El colonialismo interno y externo (<i>Quinto Centenario</i>)	11	101-104
FERNÁNDEZ RETAMAR, ROBERTO. Simón Bolívar en la modernidad martiana (<i>Cuba y la Historia</i>)	7	90-110

	Núm.	Págs.
FILIPPI, ALBERTO. Las Américas para Marx	10	24-54
FORNET BETANCOURT, RAÚL. José Martí y el problema de la raza negra en Cuba (<i>Cuba en la Historia</i>)	7	124-139
FROST, ELSA CECILIA. Palabras preliminares en la presentación de <i>La idea colombina del Descubrimiento desde México</i> , de Juan A. Ortega y Medina (Presentación)	10	189
GARCÍA LUIS, JULIO. Cuba y el Nuevo Mundo (<i>Quinto Centenario</i>)	11	123-126
GARCÍA NÚÑEZ, FERNANDO. Notas sobre la frontera norte en la novela mexicana. (<i>Literatura y Política</i>)	10	159-168
GÓMEZ MARTÍNEZ, JOSÉ LUIS. La generación del Chaco y la toma de conciencia boliviana	8	43-73
GÓMEZ ROBLEDO, ANTONIO. Semántica y aporética del Descubrimiento. (<i>Quinto Centenario</i>)	9	27-30
GONZÁLEZ, CRISTINA. Ortega y Medina y la historiografía colombina (Presentación)	10	195-201
GRANDE, FÉLIX. César Vallejo. Semejante mendigo (<i>Homenaje a César Vallejo</i>)	8	184-198
GUARNER, VICENTE. La inmigración de médicos españoles de 1939 y la medicina en México	7	16-28
GUTIÉRREZ, GUSTAVO. Por el camino de la pobreza (<i>Teología de la Liberación</i>)	12	71-100
HENRÍQUEZ VERA, RIGOBERTO. Venezuela ante el Quinto Centenario. (<i>Quinto Centenario</i>)	11	89-100
HINTZE DE MOLINARI, GLORIA, Véase BARI DE LÓPEZ, CAMILA		
IDUARTE, ANDRÉS. Vallejo en la hora de España (<i>Homenaje a César Vallejo</i>)	8	175-183
JAKSIĆ, IVÁN. La vocación filosófica en Chile	8	21-42
JUAN, ADELAIDA DE. Sobre Lam de las Antillas (<i>Cuba y la Historia</i>)	7	150-159
KUTÉISCHIKOVA, VERA. Latinoamérica en la conciencia rusa	7	29-44
LABASTIDA, HORACIO. Colonialidad y liberación en América Latina (<i>Nuestro Tiempo</i>)	9	77-87
LEÓN-PORTILLA, MIGUEL. Un comentario a las disquisiciones semánticas y aporéticas del doctor Antonio Gómez Robledo (<i>Quinto Centenario</i>)	9	31-33

	Núm.	Págs.
LIMA LOPES, JOSÉ REINALDO DE. La Teología de la Liberación en el Brasil y los movimientos sociales (<i>Teología de la Liberación</i>)	12	175-198
LIZCANO, MANUEL. El doble centenario hispánico de 1992 y 1998 (<i>Quinto Centenario</i>)	11	41-52
LÓPEZ-SCHÜMMER, JOSÉ LUIS. El Descubrimiento como mito (<i>Quinto Centenario</i>)	9	21-26
LLOPESA, RICARDO. Algunos aspectos de la poesía de Eduardo Zepeda-Henríquez (<i>Novísima poesía latinoamericana</i>)	11	205-212
LLOSA, JORGE GUILLERMO. Autodescubrimiento cultural de América Latina (<i>Quinto Centenario</i>)	11	54-64
MALAVER, MANUEL I. Un viaje hacia Bolivia (<i>Por los caminos de Nuestra América</i>)	9	91-96
MALAVER, MANUEL II. En Cochabamba (<i>Por los caminos de Nuestra América</i>)	9	97-103
MALAVER, MANUEL. En el sur del Perú (<i>Por los caminos de Nuestra América</i>)	10	139-145
MALAVER, MANUEL IV. Revolución feminista en el Perú colonial (<i>Por los caminos de Nuestra América</i>)	10	146-155
MALAVER, MANUEL V. En Ecuador (<i>Por los caminos de Nuestra América</i>)	11	159-166
MALAVER, MANUEL VI. De Cuenca a Peguche en un caballo azul (<i>Por los caminos de Nuestra América</i>)	11	167-177
MALAVER, MANUEL VII. El cacique Guatavita (<i>Por los caminos de Nuestra América</i>)	12	217-225
MALAVER, MANUEL VIII. En el norte de Colombia (<i>Por los caminos de Nuestra América</i>)	12	226-233
MARTÍ, ÓSCAR. El pasado del futuro: el desarrollo nacional y la universidad norteamericana	8	74-91
MARTÍN DEL CAMPO, ENRIQUE. Palabras (<i>Premio Gabriela Mistral</i>)	8	11-12
MARTÍNEZ ECHAZÁBAL, LOURDES. Positivismo y racismo en el ensayo hispanoamericano (<i>Ensayo hispanoamericano</i>)	9	121-129
MENDOZA, ANA INÉS. Un exiliado	12	9-11
MERCADER, MARTHA. El difícil matrimonio de la literatura y la política (<i>Literatura y Política</i>)	10	169-179
MERQUIOR, JOSÉ GUILHERME. Vico, Joyce y la ideología del alto modernismo	10	9-23

	Núm.	Págs.
MEYER, EUGENIA. Un sujeto llamado América (<i>Presentación</i>)	10	202-206
MONTIEL, EDGAR. La prosa matinal de un poeta "atenido a las vísperas eternas de un día mejor" (<i>Homenaje a César Vallejo</i>)	8	211-226
NÚÑEZ JIMÉNEZ, ANTONIO. El eurocentrismo y el Encuentro de Dos Mundos (<i>Quinto Centenario</i>)	11	76-88
ODDONE, JUAN ANTONIO. Presencia de José Luis Romero en la universidad uruguaya (<i>Homenaje a José Luis Romero</i>)	10	122-128
OLIVER, AMY A. La ironía de "la más mínima criatura del mundo" (<i>Sor Juana Inés de la Cruz</i>)	7	64-71
ORREGO, ANTENOR. Descubrimiento de Vallejo (<i>Homenaje a César Vallejo</i>)	8	160-169
PARIS DE ODDONE, BLANCA. José Luis Romero universitario (<i>Homenaje a José Luis Romero</i>)	10	129-136
PARTIDA, ARMANDO. El sincretismo indígena-hispánico de las manifestaciones parateatrales en el territorio mexicano	11	29-38
PASTERNAK, NORA. El americanismo de la revista <i>Sur</i> . (<i>Borges y el Sur</i>)	9	198-209
PINILLOS, MARÍA DE LAS NIEVES. Repercusión de la Teología de la Liberación en la Narrativa Iberoamericana	12	60-68
PIXLEY, JORGE. Los estudios bíblicos en la Teología de la Liberación hoy (<i>Teología de la Liberación</i>)	12	129-137
PLANELLS, ANTONIO. Jorge Luis Borges y el fantasma de Blas Pascal (<i>Borges y el Sur</i>)	9	175-197
REY ROMAY, BENITO. Jesús Silva Herzog (Discurso en el aniversario de su natalicio pronunciado el 14 de noviembre de 1987) (<i>Reconocimiento</i>)	7	163-169
RICHARD, PABLO. Las comunidades eclesiales de base en América Latina (<i>Teología de la Liberación</i>)	12	122-128
RODGERS, SUSANA. El desarrollo del nacionalismo radical (1890-1930). (<i>Nuestro Tiempo</i>)	9	50-76
RODRÍGUEZ BARILARI, ELBIO. Uruguay: Literatura y resistencia después del miedo (<i>Literatura y política</i>)	10	180-186
RODRÍGUEZ BUSTAMANTE, NORBERTO. José Luis Romero en la Universidad de Buenos Aires. (<i>Homenaje a José Luis Romero</i>)	10	110-117

	Núm.	Págs.
ROJAS BEZ, JOSÉ. Sor Juana y "El divino Narciso": Síntesis americanista del "Matrimonio divino" (<i>Sor Juana Inés de la Cruz</i>)	7	47-63
ROMANO, RUGGIERO. Evocación de José Luis Romero (<i>Homenaje a José Luis Romero</i>)	10	118-121
RUFFINELLI, JORGE. Borges y el ultraísmo: un caso de estética y política (<i>Borges y el Sur</i>)	9	155-174
RUIZ SOTO, ALFONSO. Los poemas en prosa de López Velarde (<i>Homenaje a Ramón López Velarde</i>)	12	201-210
SACOTO, ANTONIO. El ensayo hispanoamericano contemporáneo. (<i>Ensayo Hispanoamericano</i>)	9	107-120
SALA CATALÁ, JOSÉ. Crónica de Indias e ideología misional	12	39-59
SÁNCHEZ, LUIS ALBERTO. La tristeza en la literatura peruana (<i>Homenaje a César Vallejo</i>)	8	151-159
SÁNCHEZ VÁZQUEZ, ADOLFO. Filosofía y circunstancias. [Discurso al recibir el título de doctor <i>Honoris Causa</i> otorgado por la Universidad de Cádiz] (<i>Reconocimientos</i>)	7	170-178
SANTANA, ADALBERTO. Revoluciones contemporáneas en América Latina: Cuba y Nicaragua (<i>Cuba y la Historia</i>)	7	140-149
SHERIDAN, GUILLERMO. Un poema recobrado de López Velarde (<i>Homenaje a Ramón López Velarde</i>)	12	211-214
SHUBEROFF, ÓSCAR J. José Luis Romero, historiador de la cultura (<i>Homenaje a José Luis Romero</i>)	10	107-109
SILVA-HERZOG F., JESÚS. La economía mundial: breves comentarios (<i>Nuestro Tiempo</i>)	9	45-49
SILVA-HERZOG MÁRQUEZ, JESÚS J. Voluntad y vocación de Jesús Silva Herzog (<i>Homenaje</i>)	12	237-240
SOLER, RICAUARTE. Etapas del pensamiento y acción antiimperialistas en Panamá	10	81-104
TEXTO DE LA DECISIÓN ADOPTADA POR EL JURADO DE LA OEA QUE OTORGÓ el premio "Gabriela Mistral" a Leopoldo Zea, 1987 (<i>Reconocimiento</i>)	7	177-182
THEODORO DA SILVA, JANICE. El descubrimiento: la conmemoración como el Narciso de nuestra cultura. (<i>Quinto Centenario</i>)	11	65-75
ÚRIBE, HERNÁN. El periodismo en la formación histórica de los pueblos iberoamericanos. (<i>Quinto Centenario</i>)	11	105-122

	Núm.	Págs.
VALLEJO, CÉSAR. Poesías y prosas escogidas (<i>Home- naje a César Vallejo</i>)	8	119-150
VERÁSTEGUI, ENRIQUE. Mapa de ruta: Vallejo. (<i>Ho- menaje a César Vallejo</i>)	8	199-210
VIDALES, RAÚL. La matriz histórica de la Teología de la Liberación (<i>Teología de la Liberación</i>)	12	101-121
VILLEGAS, ABELARDO. El papel del Estado en Améri- ca Latina	7	9-15
YAMAL, RICARDO. La generación dispersa: algunos aspectos de la poesía de Omar Lara (<i>Novísima poesía latinoamericana</i>)	11	181-204
ZAVALA, SILVIO. Acabar con la controversia (<i>¿Des- cubrimiento o Encuentro?</i>)	11	154-156
ZAVALA, SILVIO. El Nuevo Mundo (<i>Descubrimiento o Encuentro?</i>)	11	141-145
ZAVALA, SILVIO. Examen del título de la conmemora- ción del V Centenario del Descubrimiento de América (<i>Quinto Centenario</i>)	9	14-20
ZEA, LEOPOLDO. ¿Descubrimiento o Encuentro? (<i>¿Descubrimiento o Encuentro?</i>)	11	146-153
ZEA, LEOPOLDO. La revolución cubana en la dialéc- tica de la historia (<i>Cuba y la Historia</i>)	7	75-89
ZEA, LEOPOLDO. Más allá de los 500 años (<i>Quinto Centenario</i>)	9	11-13
ZEA, LEOPOLDO. Palabras (<i>Premio Gabriela Mis- tral</i>)	8	16-20
ZEA, LEOPOLDO. ¿Qué hacer con quinientos años? (<i>Quinto Centenario</i>)	11	127-137

LIBROS RESEÑADOS

ALEMÁN VALDÉS, MIGUEL. <i>Remembranzas y testi- monios</i> , por Felicitas López-Portillo T.	10	210-214
CERUTTI GULDBERG, HORACIO. <i>Hacia una metodolo- gía de la historia de las ideas (filosóficas) en América Latina</i> , por Mario Magallón Anaya	8	229-230
<i>Colección Archivos de la Literatura Latino- americana del Caribe y Africana del siglo XX</i> , por Liliana Irene Weinberg	12	248-250

	Núm.	Págs.
HALPERIN DONGHI, TULLIO. <i>Reforma y disolución de los imperios ibéricos. 1750-1850</i> , por Felicitas Ló- pez-Portillo T.	8	231-235
LÓPEZ-PORTILLO T., FELICITAS. <i>El pevezjemenismo; génesis de las dictaduras desarrollistas</i> , por Bea- triz Ruiz Gaytán	11	215-218
MORALES, SALVADOR. <i>El Bolívarismo de José Martí</i> , por Gustavo Escobar Valenzuela	7	185-186
ORTEGA Y MEDINA, JUAN A. <i>La idea colombina del Descubrimiento desde México (1836-1986)</i> , por María Teresa Bosque-Lastra	10	209-210
ORTEGA Y MEDINA, JUAN A. <i>Zaguán abierto al Mé- xico republicano (1820-1830)</i> , por Elsa Cecilia Frost	9	213-216
RÍO GRIMM, MARTHA DEL (compilador) <i>et al. Por una Universidad de Excelencia (Compilación Pe- riodística)</i> , por Mario Magallón Anaya	9	216-218
UNAM, Secretaría General Académica. <i>Universidad y política en América Latina</i> , por Enrique Cama- cho Navarro	9	218-220
VUSKOVIĆ, PEDRO y BELARMINO ELGUETA. <i>Che Gue- vara en el presente de América Latina</i> , por Enri- que Camacho Navarro	12	243-247
ZEA, LEOPOLDO. <i>Discurso desde la marginación y la barbarie</i> , por Mario Magallón Anaya	11	218-222

Se terminó la impresión de este texto el mes de enero de 1989 en los Talleres de la Editorial Libros de México, S. A., Av. Coyoacán 1035, Col. Del Valle, Delegación Benito Juárez, 03100 México, D. F. Se imprimieron 2 500 ejemplares.



NOVEDADES

NICARAGUA ANTE LA CORTE INTERNACIONAL
DE JUSTICIA DE LA HAYA

Marion Laudy

ACUMULACIÓN DE CAPITAL E
INDUSTRIALIZACIÓN COMPLEJA EN MÉXICO

Carlos Perzabal

LA CLASE OBRERA HOY

Jean Lojkiné

LA INTELIGENCIA ARTIFICIAL

John Haugeland

LOS EMPRESARIOS ANTE EL
ESTADO Y LA SOCIEDAD

René Millán

LOS CAMPESINOS Y SU DEVENIR
EN LAS ECONOMÍAS DE MERCADO

José Luis Calva

José-Guilherme
Merquior

FOUCAULT O
EL NIHILISMO
DE LA
CÁTEDRA



Foucault, la figura central
de la filosofía francesa
después de Sartre.
Fue el sumo sacerdote
que presidió las bodas
del anarquismo con la
contracultura.

J. G. Merquior



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

PENSAMIENTO CRÍTICO/PENSAMIENTO UTÓPICO

*Sólo una filosofía de la
autodeterminación de los
pueblos puede superar la
marginación y la barbarie*



PENSAMIENTO CRÍTICO/PENSAMIENTO UTÓPICO

DISCURSO DESDE
LA MARGINACIÓN
Y LA BARBARIE

Leopoldo Zea

ANTHROPOS
EDITORIAL DEL HOMBRE

ANTHROPOS
EDITORIAL DEL HOMBRE

Apdo. 387 08190 SANT CUGAT DEL VALLES
(Barcelona) Tel. (93) 674 60.04
Norte 23, bajos izda. 28015 MADRID
(91) 522 53 48

9

SEPTIEMBRE - DICIEMBRE 1983

Marx y América Latina

José Aricó
Luis Vitale
Jesús Monjarás Ruiz
Francisco J. Guerrero
Gabriel Vargas Lozano
Jaime Labastida
Eduardo Saxe Fernández
Cesáreo Morales

NUESTRA AMÉRICA

ANTHROPOS

REVISTA DE DOCUMENTACIÓN CIENTÍFICA DE LA CULTURA

En una sociedad científico-técnica la cultura puede subsistir en tanto es **escritura plural y solidaria**, capaz de generar permanentemente **nuevos espacios de conocimiento y libertad**.

ANTHROPOS Revista de Documentación Científica de la Cultura se propone **documentar las múltiples escrituras** que van configurando nuestra cultura mediante la **investigación de sus agentes** —creadores, estudiosos y usuarios destacados—, **reuniendo, estructurando y reviviendo fragmentos del Tiempo, inscritos y dispersos en obra y obras**.

Por ello, la revista ANTHROPOS es un **instrumento de lectura y actualización** para ser **guía y referencia** en la indagación de nuestra producción cultural, fragmentada y unitaria en el tiempo.

Los SUPLEMENTOS, en sus cuatro modalidades —**Miscelánea, Monografías, Antologías y Textos de historia social del pensamiento**—, forman un **cuerpo nuevo** de la revista ANTHROPOS en secuencia temática, ofreciendo así un **mayor servicio documental y valiosos materiales de trabajo**.

Publicación imprescindible para Bibliotecas, Centros de estudio e investigación, Instituciones universitarias y docentes, etc...

UNA ESCRITURA PLURAL DEL TIEMPO

DATOS TÉCNICOS:

ISSN: 0211-5811
Dep. Legal: B 15518/81
Formato: 20 x 27 cm
Periodicidad: Revista: mensual
112 números en 400
Página: Revista:
Número semestral: 64 + XXX (96)
Número doble: 128 + XLVII (178)
Periodicidad: Suplementos: 6 números
Año: 1983
Página: Suplementos:
Número: 180 (página)
Número: 112 y 208
Idioma: Español (además otras lenguas)
Edita: Editorial Anthropos
Prensa: S.C.L. (Barcelona)

IMPORTE SUSCRIPCIONES:

Revista:

País: 1983
ESPAÑA: 6.128 Ptas. + 6% IVA
AMÉRICA: 8.128 Ptas. (por AVIÓN)

EUROPA y RESTO
DEL MUNDO: 7.628 Ptas.

Año atrasado:

1982 (promediado):
1983: 3.560 Ptas. + 6% IVA
1983: 3.750 Ptas. + 6% IVA
1985: 3.750 Ptas. + 6% IVA
1986: 4.250 Ptas. + 6% IVA
1987: 5.515 Ptas. + 6% IVA
1988: 6.128 Ptas. + 6% IVA

Suplementos (Suscr. anual):

ESPAÑA: 7.004 Ptas. + 6% IVA
AMÉRICA: 9.000 Ptas. (por AVIÓN)

EUROPA y RESTO
DEL MUNDO: 8.504 Ptas.

PEDIDOS DE SUSCRIPCIÓN:

Revista ANTHROPOS
Coto de Suscripciones
Avenida 387, CUAJAL DEL VALLES
(Barcelona, España) Tel: (93) 674 60 04

ALEJANDRO DE HUMBOLDT HISTORIADOR Y GEÓGRAFO DE LA AMÉRICA ESPAÑOLA

(1799-1804)

I

CHARLES MINGUET



11

NUESTRA AMÉRICA

centro coordinador y difusor de estudios latinoamericanos
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Universidad de México

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
diciembre, 1988 453

- ◆ **Hannah Arendt: La búsqueda de la felicidad**
- ◆ **Joseph Brodsky: Divertimento lituano**
- ◆ **Anne Letitia Barbauld: Sir Bertrand**
- ◆ **Textos de José Pascual Buxó,
Beatriz de la Fuente y Evodio Escalante**

Edificio anexo a la antigua Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, primer piso, Ciudad Universitaria
Apartado postal 70 286, 04510 México, D.F. Tels: 550-5559 y 548-4352

Suscripción
 Renovación

Adjunto cheque o giro postal por la cantidad de **veinticinco mil pesos 00/100 moneda nacional**
 Adjunto cheque por la cantidad de 90 Dlls. U.S. Cy. (cuota para el extranjero)

Nombre

Dirección

Colonia

Ciudad

Estado

País

Teléfono

AMÉRICA LATINA

Se hace suscripción a la revista «América Latina» en las siguientes casas distribuidoras:

ARGENTINA
Sergio Simiat
Avenida Corrientes 1719 p. 6
1047 Cap. Fed.
Buenos Aires

Editorial Anteo S. A.
Casilla de Correo 40
Sucursal 2 — C.P. 1402
Buenos Aires

CHILE SRL
Sánchez de Bustamante, 466
1173, Cap. Fed.

BOLIVIA
«Librería Univers»
Casilla Correo 1224.
Calle 24 de Septiembre, 426
Santa Cruz

Ediciones Sival
Pasaje Peatonal
Franc Tamayo
Local 2, Planta Baja
Casilla 20697, La Paz

BRASIL
«Livreria Valentina Rutzov»
Rua 24 de Maio
35, 3 Andar
Conjunto 312, São Paulo
«Importadora de Revistas
Santago Ltda»
Rua Prof. Quirino do Vale, 76
Cx. Postal 13025
20290 Rio de Janeiro

«Livreria Tecnocientífica»
Rua Conde de Sarzedas, 246
01512 São Paulo

«Ciencia e Paz»
Rua Senador Dantas 117
Sobre Loja 206
Centro Loja 206
Centro Cep 20031
Rio de Janeiro

Livreria Pagina Ltda
Rua Das Marecas
36/A Zoja
Rio de Janeiro

COLOMBIA
«Ediciones Suramérica Ltda»
Carrera 7 N. 22-44 piso 7
Aptid. aereo 14470 y 8971
Bogotá, D.F.

COSTA RICA
«Librería Internacional»
Calle 12 Av. 12-14 Apartado 758
San José

ECUADOR
«Empresa Editora»
Importadora S.A.
Viamil N 211 y Abdon

Calderon
Casilla 6217
Guayaquil

«Librería Quitov»
Lolo Alberto Maldonado S.
Apartado N 166-B
Quito

«Librería Veneto»
Murgon 287 y 10 agosto
Apartado Postal 2084
Quito

GUIYANA
«The Michael Forde Bookshop»
41 Rottz St.
(Freedom House)
Lacytown, Georgetown 13

The Peoples Bookshop
131, Albert and Crown Streets
Georgetown, Georgetown

MEXICO
«Servicios Bibliográficos Palomar
S.A.»
Apartado Postal 42045
Mexico — D.F. C.P. 06400

«El Día» Alfonso López
Camacho
Rua Flores Magón 6A 1508.
Aptid. Postal N 175
Toluca B. Cta.
Mexico

Ediciones de Cultura Popular
Balderas 49, Centro 06040
Mexico, D.F. Mexico

NICARAGUA
«Importaciones y Exportaciones
Literarias S.A.»
Apartado Postal N 2705
Managua

PANAMA
«Librería Solaris»
Av. Justo Arosemena con
Calle 45
Este Ed. Balboa, Local N 5
Apto. 2705, Zona 3
Panamá 3

PERU
«Librerías y Distribuidoras
Cosmos y Siglo XXI»
Av. Tacna N 219
Lima 1

PUERTO RICO
Librería «Notos» Inc.
G.P.O. Box 14127
Dureno Station
San Juan 00916

TRINIDAD
Moko Enterprises Ltd
14 Riverside Road, Cuperie
Trinidad V.I.

VENEZUELA
«Distribuidora Trans
venolana»
Apartado N 40242
Caracas 104

«Distribuidora Progreso»
Apartado 19224
Zona Postal 101
Caracas

JAMAICA
Vanguard Publishers Ltd.
30A Constant Spring Road
Kingston B

URUGUAY
Ediciones
Pueblos Unidos SA
Colonia 1191
Casilla de Correo 6222
Montevideo,
Uruguay

Academia de Ciencias
de la URSS
Instituto de
América Latina

REVISTA LATINOAMERICANA DE ECONOMIA

PROBLEMAS DEL DESARROLLO

ISSN 0301-7038

América Latina y el Caribe

Escriben:

Iris Necedo de León Armando Ortega Márquez José Miguel Candia

México, Industria Siderúrgica

Escriben:

Lucía Álvarez Mosso, María Luisa González Marín e Isabel Rueda Peiró

Venezuela

Escribe:

Víctor Fajardo Cortez

Centroamérica y Panamá

Escribe:

Eugenio Rivera Urrutia

Análisis y teoría

Escribe:

Eduar Arregui Koba



INSTITUTO DE INVESTIGACIONES ECONOMICAS
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO
MEXICO

73

Vuelta

REVISTA MENSUAL • AÑO XIII • ENERO DE 1989 • 3000 PESOS

146

DANIEL BELL

VIAJE AL PAÍS DE LA PERESTROIKA

JAMES LAUGHLIN

UN RETRATO DE GERTRUDE STEIN

COMENTARIOS

ENRIQUE KRAUZE: HÉCTOR AGUILAR CAMÍN

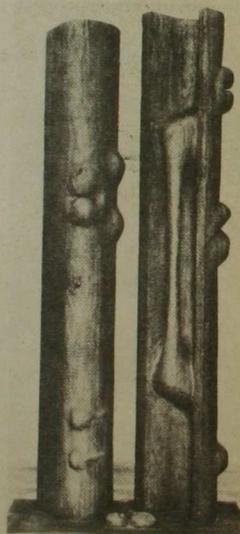
FABIENNE BRADU: JORGE IBARGÜENGOITIA

ADRIÁN LAJOUS: JORGE CASTAÑEDA

BLAS MATAMORO: CARTA DE MADRID

ALEJANDRO KATZ: CARTA DE BUENOS AIRES

VIEJAS IDEAS PARA UN NUEVO FONDO DE LAS ARTES



Mexico and Latin America are changing day by day.
What do you know about these changes?

Voices of Mexico

is a space for current opinion
and reflection.

Political and economic
analysis

Special Reports

Interviews with Mexican
leaders

Science and Culture



Quarterly magazine of the Mexican National Autonomous University

All publicity or subscriptions should be sent to:

Hispanic Books Distributors, INC
1855 West Grant Road
Tucson, Arizona 85745
Phone (602) 882-9484

Revista Voices of Mexico
Filosofía y Letras No. 88
Colonia Copilco-Universidad
C.P. 04360
México, D.F.
Tels: (905) 6-58-58-53
6-58-72-79

Síntesis

N.º 5 - VENEZUELA
MAYO-AGOSTO 1988

Edita AIETI
Claudio Coello, 86 - 4.º
28006 Madrid

Director: Guadalupe Ruiz-Giménez

Presentación.

AMÉRICA LATINA

Ideas e instituciones

- Vigencia del Estado planificador en la crisis actual. **Adolfo Gurrieri**.
- El marxismo en América Latina. **José Aricó**.

Economía e integración

- La economía política del desarrollo latinoamericano. **Albert Hirschman**.

Relaciones internacionales

- Las internacionales sindicales. **Julio Godio/Achim Wachendorfer**.

VENEZUELA

Artículos y estudios

- Estado y desarrollo sociopolítico en Venezuela. **Heinz Sonntag**.
- Sistema político o cómo funciona la máquina de procesar. **Diego Bautista Urbaneja**.
- El futuro de la democracia en Venezuela. **Juan Carlos Rey Martínez**.
- El sistema electoral venezolano. **Mercedes Martelo**.
- Crisis y concertación en Venezuela, dos coyunturas históricas. **Margarita López Maya/Luis Gómez Calcaño**.
- ¿Retador o garante del sistema? Los 50 años de la Confederación de trabajadores de Venezuela. **Héctor Valecillos**.
- Militares y democracia en Venezuela. **Felipe Agüero Plwonka**.
- La política exterior. Continuidad y cambio, contradicción y coherencia. **Eva Josko de Gueron**.
- Venezuela ante el proceso de integración andina. **Ruth de Krivoy**.
- Economía venezolana. Problemas y perspectivas. **Leopoldo Yáñez Belancourt**.
- La renta petrolera, su distribución y cuentas nacionales. El ejemplo de Venezuela. **Bernard Mommer**.

DOCUMENTOS

- Discurso pronunciado por Arturo Uslar Pietri el 15 de mayo de 1986 en sesión especial del Congreso de la República.
- Pacto de Punto Fijo.
- Propuestas para reformas políticas inmediatas. COPRE.
- Reformas inmediatas del Poder Judicial. Comisión Presidencial para la reforma del Estado.
- Propuesta para impulsar el proceso de descentralización en Venezuela. Comisión Presidencial para la reforma del Estado.
- Compromiso de Acapulco para la paz, el desarrollo y la democracia. Primera reunión Ocho Presidentes Latinoamericanos.

BIBLIOGRAFÍA

- Otros artículos de actualidad.
- Libros.
- Reseñas.
- Centros de Investigación en Ciencias Sociales.

Número 14

Marzo-Abril 1989

Vol. 2

Alfonso Rumazo González. El sentido inicial de la emancipación.
Luis Alberto Romero. Buenos Aires, 1880-1950: Política y cultura de los sectores populares.

Aída Apter-Cragolino. Ortodoxia naturalista, inmigración y racismo en *En la sangre* de Eugenio Cambaceres.

Hugo Verani. Felisberto Hernández: la inquietante extrañeza de lo cotidiano.

PARAGUAY

Aída Lerman Alperstein. El Paraguay de las últimas décadas.
David William Foster. Procesos semióticos en las notas periodísticas de Rafael Barret.

ALEJO CARPENTIER

Irlemar Chiampi. Sobre la teoría de la creación artística en *Los pasos perdidos* de Alejo Carpentier.

Rita Gnutzmann. La evolución de un tema: el negro en la obra de Alejo Carpentier.

Alicia Valero Covarrubias. "El arpa y la sombra de Alejo Carpentier: una confesión a tres voces".

QUINTO CENTENARIO

Sergo Mikoyan, coordinador. Tres carabelas en el horizonte. (Mesa redonda realizada por la revista *América Latina* en la Unión Soviética).

RESEÑAS

Partiendo de la angustia, por Pablo Gil Casado.

Filosofía y crisis. En torno a la posibilidad de la filosofía latinoamericana, por Jesús Serna Moreno.

LIBROS Y REVISTAS RECIBIDOS

CONTENIDO

- José Guilherme Merquior* El otro Occidente (Un poco de filosofía de la Historia desde Latinoamérica).
Marcos Winocur Cuba 1959. La Revolución y la Burgesía.
Jorge López Páez Vino del Sur. Relato a varias voces.

HOMENAJE A DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO

- Leopoldo Zea* El proyecto de Sarmiento y su vigencia.
Félix Weinberg La antítesis sarmientina "Civilización Barbarie" y su percepción coetánea en el Río de la Plata.
Fernando Ainsa Argirópolis. Raíces históricas de una utopía.
María Elena Rodríguez Ozán Conflictos y armonías de Sarmiento.
Oscar R. Martí Sarmiento y el positivismo.
Ana Carolina Ibarra La contribución de Sarmiento al liberalismo argentino.

POR LOS CAMINOS DE NUESTRA AMERICA

- Manuel Malaver* IX. Venezuela: Final de viaje y principio de una nueva aventura.
X. EL viaje maravilloso llega a su fin.

RESEÑAS

- Las ideas sociales de Sarmiento*, por Horacio Cerutti Guldberg
Honduras: guerra y antinacionalidad, por Adalberto Santana

LIBROS Y REVISTAS RECIBIDOS

INDICE DEL AÑO 1988